

# Leila Slimani

## El país de los otros



# Leila Slimani

## El país de los otros





En 1944, Mathilde, una joven alsaciana, se enamora de Amín Belhach, combatiente marroquí en el ejército francés durante la II Guerra Mundial. Tras la Liberación, el matrimonio viaja a Marruecos y se establece en Meknés, ciudad en la zona del Protectorado de Francia con una importante presencia de militares y colonos. Mientras él intenta acondicionar la finca heredada de su padre, unas tierras ingratas y pedregosas, ella se sentirá muy pronto agobiada por el ambiente rigorista de Marruecos. Sola y aislada en el campo, con su marido y sus dos hijos, padece la desconfianza que inspira como extranjera y la falta de recursos económicos. ¿Darán sus frutos el trabajo abnegado de este matrimonio? Los diez años en los que transcurre la novela coinciden con el auge ineludible de las tensiones y violencia que desembocarán en 1956 en la independencia de Marruecos. Todos los personajes habitan en «el país de los otros»: los colonos, la población autóctona, los militares, los campesinos o los exiliados. Las mujeres, sobre todo, viven en el país de los hombres y deben luchar constantemente por su emancipación.



Leila Slimani

# **El país de los otros**

**Primera parte - Guerra, guerra, guerra**

**Trilogía del país de los otros - 1**

ePub r1.0

Titivillus 06.01.2022

Título original: *Le pays des autres*  
Leila Slimani, 2021  
Traducción: Malika Embarek López

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1



*En memoria de Annej Atika.  
Su libertad me inspira siempre.*

*A mi madre adorada.*

Maldición de esa palabra: mestizaje.  
Escribámosla en caracteres enormes en la  
página.

ÉDOUARD GLISSANT,  
*L'intention poétique*

Su sangre no se quería callar, ni salvarse,  
ni lo uno ni lo otro, ni dejar que el cuerpo  
se salvase a sí mismo. Su sangre negra lo  
empujó primero hacia la cabaña del negro;  
luego, su sangre blanca lo sacó de allí. Y  
fue su sangre negra, probablemente, la  
que le hizo empuñar la pistola; y su sangre  
blanca, la que le impidió usarla.

WILLIAM FAULKNER,  
*Luz de agosto*

**I**

La primera vez que Mathilde fue a ver la finca, pensó: «¡Qué lejos está!». Le preocupaba ese aislamiento. Corría el año 1947, no tenían coche y habían realizado el trayecto de veinticinco kilómetros desde Meknés en una carreta conducida por un gitano. A Amín no le importaba la incomodidad del banco de madera ni que su mujer tosiera por el polvo que la vieja tartana levantaba a su paso. Solo estaba pendiente del paisaje, ansioso por llegar a las tierras que su padre le había encomendado.

En 1935, tras años de trabajar como intérprete para el ejército colonial, Kadur Belhach compró varias hectáreas de tierras cubiertas de rocalla. Confesaba a su hijo sus esperanzas de convertirlas en una hacienda floreciente que alimentara a varias generaciones de los Belhach. Amín recordaba la mirada de su padre, su voz firme mientras exponía sus proyectos agrícolas. Una plantación de viñedos, le explicaba, y varias hectáreas dedicadas a cereales. En la parte más soleada de la colina construiría una casa, rodeada de árboles frutales y de unas cuantas hileras de almendros. Kadur estaba orgulloso de que le perteneciera: «¡Nuestra tierra!». Pronunciaba esas palabras, no a la manera de los nacionalistas ni de los colonos, en nombre de unos principios morales o de un ideal, sino como un propietario contento de su legítimo derecho. El viejo Belhach quería que lo enterraran allí, y a sus hijos también. Que esa tierra lo alimentara y acogiera su última morada. Pero murió en 1959, mientras su hijo se había alistado en el regimiento de los espahíes, vistiendo con orgullo su uniforme: la capa y los zaragüelles. Antes de salir hacia el frente, Amín, el primogénito y a partir de entonces cabeza de familia, arrendó la propiedad a un francés originario de Argelia.

Cuando Mathilde preguntó de qué había fallecido el suegro que ella no había conocido, Amín se tocó el estómago e inclinó la cabeza en silencio. Más adelante, se enteraría de lo que había ocurrido. Desde su regreso de

Verdún, Kadur Belhach padecía unos dolores de estómago crónicos que ningún curandero marroquí o europeo había conseguido calmar. Él, que se preciaba de ser un hombre razonable, orgulloso de la educación recibida y de su talento para los idiomas, desesperado y avergonzado, se había humillado hasta el extremo de bajar a un sótano miserable donde atendía una *chuafa*. La hechicera y vidente lo convenció de que alguien que lo odiaba le había echado un sortilegio y un temible enemigo le había provocado ese dolor. Le dio un papelito doblado en cuatro que contenía unos polvos de color amarillo azafrán. Esa misma noche, Kadur los disolvió en agua y se los bebió. Pocas horas después, en medio de un sufrimiento atroz, murió. A la familia no le gustaba hablar de ello. Les avergonzaba la ingenuidad del padre y las circunstancias de su muerte, pues el venerable oficial se había vaciado en mitad del patio de la casa, empapando de mierda su chilaba blanca.

En ese día de abril de 1947, Amín sonreía a su esposa y metía prisa al cochero, que se frotaba los pies descalzos y sucios, uno contra otro. El gitano azotó a la mula con más fuerza y Mathilde dio un respingo. La violencia de aquel hombre la indignaba. Chasqueaba la lengua, «¡Arre!», y hacía restallar el látigo contra la grupa esquelética del animal. Era primavera y Mathilde estaba encinta de dos meses. Los campos lucían cubiertos de caléndulas, malvas y borrajas. Una brisa fresca agitaba los tallos de los girasoles. A cada lado del camino, las plantaciones de los colonos franceses, establecidos allí desde hacía veinte o treinta años, se extendían en una suave ondulación hasta el horizonte. La mayoría de ellos procedían de Argelia, y las autoridades coloniales les habían concedido las mejores tierras y las mayores superficies. Amín extendió un brazo y se puso la mano del otro a modo de visera para protegerse del sol de mediodía y contemplar la vasta extensión que se ofrecía ante él. Con el índice mostró a su esposa una hilera de cipreses que rodeaba la finca de Roger Mariani, que había hecho fortuna con el vino y la crianza de cerdos. Desde el camino no se veía ni la casa del dueño ni la extensión de los viñedos. Pero a Mathilde no le costaba imaginar la riqueza de aquel campesino que la llenaba de esperanza sobre su propia futura fortuna. El paisaje, de una belleza serena, le sugirió un grabado que colgaba de la pared, junto al piano, en casa de su

profesor de música en Mulhouse. Recordó las explicaciones que le había dado sobre la lámina: «Es la Toscana, señorita, quizá algún día vaya usted a Italia».

La mula se detuvo a pacer la hierba que crecía en el borde del camino. No parecía dispuesta a subir la cuesta que se erguía ante ellos, cubierta de grandes pedruscos blancos. Furioso, el cochero se incorporó y colmó a la bestia de insultos y de golpes. Mathilde sintió las lágrimas asomarle a los ojos. Intentó contener el llanto y se acurrucó contra su marido, que pensó que ese gesto de ternura estaba fuera de lugar.

«—¿Qué te pasa? —le preguntó él.

—Dile que deje de golpear a esa pobre mula».

Mathilde posó su mano sobre el hombro del gitano y se quedó mirándolo, como un niño que intentara calmar a un adulto furioso. Pero el cochero aumentó su violencia. Lanzo un escupitajo al suelo, levantó el brazo y dijo: «¿Tú también quieres probar el látigo?».

El humor cambió y el paisaje, también. Llegaron a lo alto de la colina, cuyos flancos yermos carecían de todo: ni flores, ni cipreses, apenas algunos olivos que sobrevivían en mitad del roquedal. Aquella colina desprendía una sensación de esterilidad. Eso ya no era la Toscana, pensó Mathilde, sino el Lejano Oeste de los vaqueros. Se bajaron de la carreta y caminaron hasta una casucha blanca sin ningún encanto, cuyo tejado consistía en una vulgar lámina de hojalata. No era una casa, sino una breve sucesión de pequeños cuartuchos, sombríos y húmedos. La única ventana, situada en lo alto para protegerse de la invasión de alimañas, dejaba penetrar una luz tenue. En las paredes, Mathilde observó unos anchos cercos verdosos provocados por las últimas lluvias. El anterior inquilino vivía solo, pues su mujer había regresado a Nimes, tras haber perdido a un hijo, y jamás se le ocurrió convertir esa casa en un lugar cálido y acogedor para una familia. Mathilde, a pesar de la tibieza del clima, se sintió helada. Los proyectos que su marido le había expuesto la llenaban de desasosiego.

\* \* \*

La misma turbación la había invadido, el 1 de marzo de 1946, al aterrizar en Rabat. A pesar del rabioso azul del cielo, la alegría de encontrarse con su marido y la satisfacción de haber huido de su destino, sintió miedo. El viaje había durado dos días. De Estrasburgo a París, de París a Marsella, de Marsella a Argel, donde había embarcado en un viejo avión Junkers y visto de cerca la muerte. Sentada en un incómodo banco, en medio de unos hombres de mirada cansada por los años de guerra, le costó reprimir el deseo de gritar. Durante el vuelo, lloró, vomitó, rezó a Dios. En su boca se mezclaron los sabores de la sal y de la bilis. Estaba triste, no tanto ante la idea de morir en los cielos de África, sino de aparecer con un vestido arrugado y manchado de vómitos en la pista de aterrizaje, donde la esperaba el hombre de su vida. Finalmente, aterrizó sana y salva. Allí estaba Amín, más apuesto que nunca, bajo ese cielo de un azul tan profundo que se hubiera dicho que lo habían lavado a fondo. Su marido la besó en las mejillas, atento a las miradas de los demás pasajeros. La agarró del brazo de un modo que era a la vez sensual y amenazador, como si quisiera controlarla.

Tomaron un taxi y Mathilde se apretó contra el cuerpo de su marido, al que, por fin, sentía tenso por el deseo, por el apetito de ella. «Dormiremos esta noche en el hotel», anunció, dirigiéndose al conductor, y, como para demostrar su moralidad, añadió: «Es mi esposa, acabamos de reencontrarnos». Rabat era una ciudad pequeña, blanca y solar, cuya elegancia la sorprendió. Contempló, embelesada, las fachadas de estilo *art déco* de los edificios del centro y pegó la nariz al cristal de la ventanilla del taxi para ver mejor a las bellas mujeres que caminaban por el Cours Lyautey, luciendo sombreros conjuntados con los zapatos y guantes. Había obras por todos lados, ante las cuales unos hombres vestidos de harapos esperaban pidiendo trabajo. Vio a unas monjas caminar junto a dos campesinas que llevaban a la espalda hatillos de leña. Una niña, con el pelo cortado como un chico, se reía, montada sobre un burro del que tiraba un hombre negro. Por primera vez en su vida, Mathilde respiraba el viento salado del océano Atlántico. La luz empezó a palidecer, dominando el rosa y los tonos aterciopelados. Sintió sueño, y se disponía a reclinar la cabeza sobre el hombro de su marido cuando este anunció que habían llegado.

No salieron de la habitación del hotel durante dos días. Ella, que sentía tanta curiosidad por las personas y los lugares, se negó a abrir los postigos. No se cansaba de las manos de Amín, de su boca, del olor de su piel, parecido —ahora lo comprendía— al del aire de ese país. Él ejercía sobre ella un auténtico hechizo, y le suplicaba que no saliera de su cuerpo, que se quedara en él, incluso para dormir, incluso para hablar, el mayor tiempo posible.

La madre de Mathilde decía que el sufrimiento y la vergüenza reavivaban el recuerdo de nuestra condición de animales. Pero nadie le había hablado de ese placer. Durante la guerra, y en las noches de desolación y tristeza, Mathilde gozaba en la cama helada de su dormitorio, en el piso de arriba de la casa de sus padres. Cuando sonaba la sirena que anunciaba un bombardeo y se empezaba a oír el zumbido de un avión, salía corriendo, no para sobrevivir, sino para colmar su deseo. Cada vez que sentía miedo, subía a su dormitorio cuya puerta no se podía cerrar, aunque no le importaba que alguien la sorprendiera. De todos modos, el resto de la familia se agrupaba en los sótanos, querían morir juntos, como animales. Ella se tumbaba en la cama, y gozar era el único medio de calmar su miedo, controlarlo, tomar las riendas, dominar la guerra. Echada sobre las sábanas sucias, pensaba en los hombres que atravesaban las llanuras, armados con fusiles, privados de mujeres, del mismo modo que ella se sentía privada de un hombre. Y mientras se acariciaba, se imaginaba la inmensidad de ese deseo insatisfecho, ese apetito de amor y de posesión que se había apoderado de la Tierra entera. La idea de esa lubricidad infinita la sumía en un estado de éxtasis. Echaba la cabeza hacia atrás y, con los ojos desorbitados, imaginaba legiones de hombres que llegaban a ella, la tomaban, agradecidos. Para Mathilde, miedo y placer se confundían, y en los momentos de peligro siempre afloraba esa idea.

Al cabo de dos días con sus noches, Amín, muerto de hambre y de sed, tuvo que sacarla casi a la fuerza de la cama, para que aceptara sentarse a comer en la terraza del hotel. E incluso allí, mientras el vino le calentaba el corazón, pensaba en el lugar que su marido ocuparía, más tarde, entre sus muslos. Pero él había adoptado una expresión seria. Devoró la mitad del pollo que le habían servido, comiéndoselo con los dedos, y quiso hablar del

porvenir. No subió con ella a la habitación y le indignó que ella le propusiera una siesta. Se ausentó varias veces para hacer unas llamadas de teléfono. Cuando ella le preguntó con quién había hablado y cuándo se marcharían de Rabat y del hotel, él se mostró muy impreciso: «Todo irá bien», le dijo, «lo solucionaré».

Al cabo de una semana, una tarde que Mathilde había pasado sola, Amín entró en la habitación del hotel, nervioso, disgustado. Ella lo cubrió de caricias, se sentó en sus rodillas. Apenas se había humedecido los labios con la cerveza que ella le había servido cuando le dijo: «Tengo una mala noticia. Debemos esperar algunos meses antes de establecernos en la finca. He hablado con el inquilino y se niega a marcharse hasta que finalice su contrato de arrendamiento. He intentado encontrar un piso en Meknès, pero todavía hay muchos refugiados y no hay nada en alquiler a un precio razonable». Ella se sintió desamparada.

«—¿Qué haremos entonces?

—Nos iremos a vivir a casa de mi madre, hasta que se marche el inquilino».

Mathilde se puso en pie de un salto y se echó a reír.

«¿No estarás hablando en serio?». Para ella, esa situación era ridícula y movía a burla. Un hombre como él, capaz de poseerla como lo había hecho la noche anterior, aceptaba vivir en casa de su madre. ¿Cómo era posible?

Pero él no estaba para bromas. No se levantó, para no tener que asumir la diferencia de estatura entre su mujer y él. Con una voz helada, y la vista fija en el suelo de terrazo, afirmó: «Aquí las cosas son así».

A menudo oíría esa frase. En ese instante, comprendió quiera una extranjera, una mujer, una esposa, un ser a merced de los otros. El ahora estaba en su territorio, él era quien explicaba las normas, quien decía lo que había que hacer, quien trazaba las fronteras del pudor, de la vergüenza y del decoro. En Alsacia, él era un extranjero, un hombre de paso que no debía hacerse notar. Cuando se conocieron en el otoño de 1944, ella le había servido de guía y de protectora. El regimiento de Amín, estacionado en su pueblo, a unos cuantos kilómetros de Mulhouse, debía esperar varios días para avanzar hacia el Este. Cuando los militares se presentaron allí, entre todas las chicas que rodearon el Jeep, Mathilde era la más alta. Tenía unos

hombros anchos y unas pantorrillas de chico. Su mirada era verde como el agua de los manantiales de Meknés, y no dejaba de observar a Amín. Durante toda la semana que él pasó en el pueblo, ella lo acompañó a pasear, le presentó a sus amigos y le enseñó algunos juegos de cartas. Ella le sacaba toda la cabeza, y la tez de él era lo más oscura que nadie hubiera podido imaginar. Era tan guapo que Mathilde temía que alguna chica se lo quitara, que fuera una ilusión. Jamás había sentido algo así por nadie. Ni por el profesor de piano que tuvo a los catorce años. Ni por su primo Alain que le metía la mano debajo del vestido y robaba para ella cerezas a orillas del Rin. Pero ahora ella era la que estaba en la tierra de él, y se sintió desvalida.

\* \* \*

Tres días después, el conductor de un camión aceptó llevarlos hasta Meknés. Mathilde estaba incómoda por el olor del camionero y el mal estado de la carretera. Se detuvieron dos veces en el arcén para que ella vomitara. Pálida y agotada, con los ojos fijos en un paisaje al que no le encontraba ni sentido ni belleza, le venció la melancolía. «Ojalá que este país no me sea hostil y que algún día me resulte familiar», se dijo a sí misma. Cuando llegaron a Meknés, ya era noche cerrada y una lluvia recia y glacial se abatió contra el parabrisas del camión. «Es muy tarde para presentarte a mi madre», dijo Amín, «dormiremos en un hotel».

La ciudad le pareció oscura y poco acogedora. Él le había descrito la topografía urbana, que respondía a los criterios ordenados por el mariscal Lyautey al principio del Protectorado. Una separación estricta entre la medina, cuyas costumbres ancestrales se debían preservar, y la ciudad europea, cuyas calles llevaban nombres de ciudades francesas y que pretendía ser un laboratorio de la modernidad. El camión los dejó en la parte baja de la ciudad, en la orilla izquierda del ued Bufakran, a la entrada de la medina. Allí vivía su familia, en el barrio de Berrima, frente a la judería. Tomaron un taxi para pasar del otro lado del río. Enfilaron cuesta arriba una carretera muy larga, dejando atrás unas pistas de deportes, y atravesaron una especie de franja de seguridad, una tierra de nadie, que

dividía la ciudad en dos, y donde estaba prohibido construir. Amín le señaló el campamento Poublan, una base militar que dominaba la medina para vigilar cualquier eventual agitación.

Se instalaron en un hotel confortable, y el recepcionista examinó con el celo de un funcionario los documentos y el acta de matrimonio. En las escaleras que conducían a la habitación, estuvo a punto de estallar una pelea, pues el mozo de las maletas se empeñaba en hablar en árabe con Amín que se dirigía a él en francés. El adolescente lanzó unas miradas equívocas a Mathilde. Él, que necesitaba mostrar a las autoridades un documento para justificar que se le autorizaba a caminar por las calles de la ciudad nueva de noche, estaba resentido contra Amín por circular en libertad y acostarse con la enemiga. Con el equipaje apenas soltado en la habitación, Amín se puso de nuevo el abrigo y el sombrero. «Voy a saludar a mi familia. No tardaré». Y sin darle tiempo a contestar, dio un portazo, y ella lo oyó correr escaleras abajo.

Mathilde se sentó en la cama con las piernas flexionadas contra el pecho. ¿Qué pintaba ella allí? Solo podía reprochar la situación a sí misma y a su vanidad. Ella era la que había querido vivir esta aventura, la que se había embarcado, envalentonada, en este matrimonio, cuyo exotismo envidiaban sus amigas de la infancia. Ahora podría ser objeto de cualquier burla, de cualquier traición. Quizás él se había citado con una amante. Quizás estaba ya casado, pues como le había dicho su padre, esbozando una mueca de incomodidad, en ese país los hombres eran polígamos. Quizás estaría jugando a las cartas en alguna taberna a unos cuantos metros de allí, celebrando con sus amigos el haber dejado plantada a su insoportable esposa. Se echó a llorar. Se avergonzaba de ceder al pánico, pero había caído la noche, no sabía dónde estaba. Si él no volvía, se sentiría perdida por completo, sin dinero, sin amigos. Ni siquiera conocía el nombre de la calle del hotel en el que se alojaban.

Poco antes de la medianoche, cuando él regresó, lo recibió despeinada, con el rostro sofocado y descompuesto. Había tardado en abrirle la puerta, estaba temblando, y él creyó que algo le había ocurrido. Ella se abalanzó a sus brazos e intentó explicarle su miedo, su nostalgia, la loca angustia que se había apoderado de ella. Él no lo entendía, y el cuerpo de su esposa,

agarrado al suyo, le resultó terriblemente pesado. La condujo hacia la cama y se sentaron el uno junto al otro. Amín tenía el cuello mojado con las lágrimas de ella. Mathilde se tranquilizó, se sorbió los mocos varias veces y recuperó un ritmo más lento de respiración. Él le dio un pañuelo que llevaba en el bolsillo, le acarició la espalda y le dijo: «No te portes como una niña pequeña. Ahora eres mi esposa. Tu vida está aquí».

Dos días después, se instalaron en la casa del barrio de Berrima. En las estrechas callejuelas de la vieja medina, Mathilde se agarraba del brazo de su marido, temía perderse en aquel laberinto abarrotado de gente, entre los gritos de los vendedores alabando las virtudes de sus mercancías. Tras la pesada puerta claveteada de bronce de la casa, la familia lo esperaba. La madre, Muilala, de pie en medio del patio, vestía un elegante caftán de seda y llevaba el pelo cubierto con un pañuelo de color verde esmeralda. Para la ocasión, había sacado de su joyero de madera de cedro unas viejas alhajas de oro: unas ajorcas de tobillo, una fíbula grabada y un collar tan pesado que su cuerpo menudo se encorvaba hacia delante. Cuando el matrimonio entró, ella se abalanzó hacia Amín y lo bendijo. Sonrió a Mathilde, que estrechó sus manos entre las suyas y contempló aquel bello rostro moreno, con las mejillas un tanto enrojecidas. «Dice que seas bienvenida», tradujo Selma, la hermana menor de Amín que acababa de cumplir nueve años. Esperaba, de pie, delante de Ornar, un jovencito flaco y silencioso, con los ojos bajos y los brazos cruzados en la espalda.

Mathilde tuvo que acostumbrarse a esa vida, unos amontonados sobre otros, en aquella casa donde los colchones estaban infectados de chinches y de piojos, y donde no te podías proteger de los ruidos del cuerpo ni de los ronquidos. Su cuñada entraba en el dormitorio de ellos sin llamar y se tiraba en su cama, diciendo algunas palabras en francés que había aprendido en la escuela. Por la noche, se oían los gritos de Yalil, el menor de los hermanos varones, que vivía encerrado en el piso superior con la única compañía de un espejo que nunca perdía de vista. Fumaba kif continuamente en un *sebsi*, y el olor se esparcía por el corredor y mareaba a Mathilde.

Durante todo el día, hordas de gatos arrastraban su silueta esquelética por el jardincillo interior, donde un platanero cubierto de polvo luchaba por sobrevivir. En el fondo del patio habían excavado un pozo del cual la criada, una antigua esclava, sacaba agua para hacer la limpieza. Amín le había contado que Yasmín provenía del África negra, quizá de Ghana, y que Kadur Belhach la había comprado para su esposa en el mercado de Marrakech, antes de que los franceses abolieran la esclavitud.

En las cartas que escribía a su hermana, Mathilde mentía. Fingía que su vida se parecía a la de las novelas de Karen Blixen, Alexandra David-Néel o Pearl S. Buck. Componía unas aventuras en las que ella era la protagonista, en contacto con una población local ingenua y supersticiosa. Se describía a sí misma calzando botas y tocada con un sombrero, cabalgando altanera a lomos de un pura sangre árabe. Quería inspirar celos a Irene. Que sufriera con cada palabra, que se muriera de envidia, hacerla rabiar. Se vengaba de su hermana mayor, autoritaria y rígida, que la había tratado toda su vida como a una chiquilla y que a menudo había disfrutado humillándola en público. «Mathilde, la descerebrada, la descarada», decía Iréne sin cariño ni indulgencia. Mathilde estaba convencida de que su hermana nunca la había entendido y la había mantenido prisionera de un afecto tiránico.

Cuando partió hacia Marruecos, huyendo de su pueblo, de los vecinos y del futuro que le estaba destinado, Mathilde experimentó un sentimiento de victoria. Las cartas que enviaba a su hermana eran entusiastas describiendo su vida en la casa de la medina. Insistía en el misterio de las callejuelas del barrio de Berrima, exageraba su suciedad, el ruido, el olor de los burros que transportaban a hombres y mercancías. Una monja del colegio e internado de Notre-Dame le había regalado un librito sobre Meknés con reproducciones de grabados de Delacroix. Dejaba en su mesilla de noche esa obra de hojas sepia para poderse impregnar de sus imágenes. Y se aprendió de memoria algunos breves textos de Pierre Loti que consideraba muy poéticos. Se maravillaba imaginando que el escritor había dormido a algunos kilómetros de donde ella estaba y que había posado su mirada en las murallas de la ciudad y en el embalse de Agdal.

Mathilde describía a los bordadores, a los caldereros, a los artesanos que tallaban la madera, sentados en el suelo con las piernas cruzadas en sus

tiendecitas en desnivel respecto de la calle. Le contaba las procesiones de las cofradías en la plaza El-Hedim, y el gran número de videntes y curanderos que había. En una de sus cartas se extendió casi en una página entera describiendo una tiendecita donde vendían cráneos de hiena, cuervos disecados, patas de erizo y veneno de serpiente. Se imaginó que impresionaría a Irene y a su padre, Georges, y que, en sus dormitorios del primer piso de su casa burguesa, por las noches la envidiarían, pues ellos se habían contentado con el hastío, en lugar de la aventura; con el confort, en lugar de una vida de novela.

En el paisaje todo era inesperado, diferente de lo que ella había conocido hasta entonces. Habría necesitado nuevas palabras, un vocabulario liberado del pasado, para expresar los sentimientos, la intensidad de una luz tan deslumbrante que obligaba a achicar los ojos; para describir el estupor que la embargaba, día tras día, ante tanto misterio y belleza. Nada, ni el color de los árboles, ni el del cielo, ni siquiera el sabor que el viento le dejaba en la lengua y en los labios, le era familiar. Todo era distinto.

En los primeros meses de su estancia en Marruecos, Mathilde pasaba mucho tiempo sentada ante el escritorio que su suegra había instalado en uno de los cuartos que les había asignado en la casa. Muilala le manifestaba una deferencia enternecedora. Por primera vez en su vida, compartía su casa con una mujer instruida y, cuando veía a su nuera inclinada sobre el papel de cartas oscuro, sentía hacia ella una inmensa admiración. Había prohibido que se hiciera ruido en los pasillos y obligó a Selma a dejar de correr entre los pisos. También se negaba a que pasara mucho tiempo en la cocina. Pensaba que ese no era el lugar para una europea capaz de leer los periódicos y recorrer las páginas de una novela. Mathilde se encerraba, pues, en su cuarto y escribía. Pocas veces disfrutaba de la escritura, ya que su vocabulario le resultaba limitado para describir un paisaje o evocar alguna escena vivida. Tropezaba una y otra vez con las mismas palabras, pesadas y aburridas, y entonces percibía de modo confuso que el idioma era un campo inmenso, un terreno de juego sin lindes que la asustaba y la mareaba. ¡Tenía tanto que contar! Le habría gustado ser Maupassant para describir el color amarillo que cubría los muros de la medina o la agitación de los niños que jugaban en las calles donde las mujeres se deslizaban como

fantasmas, envueltas en sus jaiques blancos. Convocaba un vocabulario exótico que gustaría —de ello estaba segura— a su padre. Hablaba de las razias; de los campesinos, los *felah*; de los genios, los *yinn*; de los azulejos, los *zelliyes*, de todos los colores.

Le habría gustado que no hubiera ninguna barrera, ningún obstáculo a su expresión. Que pudiera decir las cosas tal como las veía. Describir a esos críos con el cráneo rapado debido a la tiña, corriendo de una callejuela a otra, gritando y jugando, que a su paso se detenían, se giraban, se fijaban en ella y la observaban con una mirada sombría, una mirada de adultos que no correspondía a su edad. Un día, cometió el error de dar una moneda a un chiquillo que no debía de tener más de cinco años, vestido con un pantalón corto y tocado con un fez que le quedaba enorme. No era más alto que los sacos de yute llenos de lentejas o de sémola que los tenderos colocaban a la entrada de sus comercios y en los que Mathilde siempre se imaginó poder hundir el brazo. «Cómprate un globo», le había dicho, y se sintió llena de orgullo y de alegría. Pero el niño había gritado y los demás compañeros surgieron de todas las calles adyacentes y se abalanzaron sobre ella como un enjambre de abejas. Invocaban el nombre de Dios, decían palabras en francés, pero ella no entendía nada y tuvo que salir corriendo, ante la mirada de la gente que debió de pensar: «¡Le está bien merecido, por dar tontamente limosna!». Le hubiera gustado observar de lejos esa vida sublime, volverse invisible. Su estatura, su piel tan blanca, su condición de extranjera, la mantenían alejada del centro de las cosas, de ese silencio que te confirma que estás en tu casa. Saboreaba el olor del cuero en la angostura de las callejuelas, el del fuego de leña y el de la carne fresca, mezclados al del agua estancada y al de la fruta demasiado madura, al de la bosta de los burros y al del serrín de la madera. Pero carecía de palabras para nombrarlos.

Cuando se cansaba de escribir o de releer las novelas, que se sabía de memoria, Mathilde se tumbaba en la azotea donde se lavaba la ropa y se ponían a secar las tiras de carne aliñadas. Escuchaba las conversaciones de la calle, las canciones de las mujeres, ocultas a las miradas en el lugar que les estaba destinado. Las observaba pasar de una azotea a otra, como funámbulas, con el riesgo de caerse. Las jóvenes, las criadas, las esposas

gritaban, bailaban y se contaban confidencias en esas azoteas que solo abandonaban por la noche o a mediodía cuando el sol es más intenso. Escondida tras el pretil, repetía algunos insultos en árabe que había aprendido, y la gente que pasaba por la calle alzaba la cabeza y la insultaba a su vez, deseando que Dios condenara al descarado con alguna enfermedad, como el tifus: «*Allah iatik tifus!*». Debían de pensar que era un niño que se burlaba de la gente, un pillastre harto del aburrimiento y de estar pegado a las faldas de su madre. Mathilde, con el oído al acecho, absorbía el vocabulario con una rapidez que asombró a todos. «¡Parece mentira, si apenas ayer no entendía nada!», se sorprendía Muilala. Y, a partir de entonces, se cuidaban de lo que decían delante de ella.

Fue en la cocina donde aprendió árabe. Acabó por imponerse allí. Muilala aceptó que se sentase a mirar. Le lanzaban guiños y sonrisas, y cantaban. Primero aprendió a decir tomate, aceite, agua y pan. Lo caliente, lo frío, el léxico de las especias. Luego llegó el del clima: sequía, lluvia, heladas, viento caliente e incluso tempestad de arena. Con ese vocabulario pudo también nombrar el cuerpo y hablar de amor. Selma, que estudiaba francés en la escuela, le servía de trujamán. A menudo, cuando Mathilde bajaba a desayunar, se la encontraba dormida en algún diván del salón. Y entonces reñía a Muilala, a quien le daba igual que su hija tuviera estudios, sacara buenas notas o faltara a clase. La dejaba dormir como un lirón y no ponía empeño alguno en despertarla para ir al colegio. Mathilde había intentado convencer a su suegra de que Selma, gracias a los estudios, obtendría su independencia y su libertad. Pero ella había arrugado el ceño. Su rostro, que de costumbre era tan afable, se había ensombrecido y no perdonó a la *nesranía*, a la cristiana, que la reprendiera. «¿Por qué deja usted que falte al colegio? Está poniendo en peligro su porvenir». ¿De qué porvenir le hablaba esta francesa?, se preguntaba Muilala. ¿Qué importancia tenía que su hija se quedara en casa, si aprendía a rellenar las tripas de cordero y a coserlas, en lugar de emborronar las páginas de un cuaderno? Ella había tenido muchos hijos, muchos disgustos. Había enterrado a un marido y a varios bebés. Selma era su regalo, su reposo, la última oportunidad que la vida le ofrecía de mostrarse cariñosa e indulgente.

Para el primer ramadán que pasó en Marruecos, Mathilde decidió ayunar ella también, y su marido le agradeció que adoptase sus ritos. Al acabar el día, rompían el ayuno con la *harira*, aunque a ella no le gustaba el sabor de esa sopa; y se levantaba antes de que saliera el sol para tomar unos dátiles y leche agria. Durante el mes sagrado, Muilala se pasaba las horas en la cocina, y Mathilde, golosa e inconstante, no entendía cómo podían privarse todo el día de comida en medio de los aromas de los tayines y del pan recién horneado. Las mujeres, desde el alba hasta la puesta del sol, enrollaban pasta de almendra, bañaban en miel pestiños fritos, mezclaban la harina empapada en grasa y la amasaban hasta hacerla tan fina como el papel de fumar. Las manos de esas mujeres no temían ni el frío ni el calor y las ponían encima de unas sartenes de barro ardientes. Con el ayuno, los rostros palidecían, y Mathilde se preguntaba cómo resistían en esa cocina sobrecalentada donde el olor de la sopa mareaba. Ella, en las largas jornadas de ayuno, solo pensaba en lo que comería cuando se pusiera el sol. Con los ojos cerrados, tumbada en uno de los húmedos divanes del salón, soñaba con esos manjares. Luchaba contra la jaqueca imaginándose unas rebanadas de pan caliente, unos huevos fritos con tiras de carne en salazón ahumada, unos dulces, unos cuernos de gacela mojados en el té.

Luego, cuando sonaba la llamada a la oración del atardecer, las mujeres disponían sobre el ataífor jarras de leche, huevos duros, tazones de sopa humeante, dátiles que abrían con los dedos para quitarles el hueso. Muilala tenía un detalle para cada cual. Rellenaba regaifas con carne y añadía guindilla a las de su hijo menor al que le gustaba que la lengua le picara. Exprimía naranjas para Amín, pues estaba preocupada por su salud. De pie, en la entrada del salón, esperaba a que los hombres, con el rostro aún arrugado por el sueñecito que se habían echado, distribuyeran el pan en la mesa, pelasen los huevos duros, se acomodaran entre los cojines, para ir ella a la cocina y comer a su vez. Mathilde no entendía nada. Decía: «¡Esto es esclavitud! Se pasa el día cocinando y debe esperar a que los hombres terminéis para ponerse ella a comer. No me lo puedo creer». Se indignaba ante la actitud de Selma, que se reía, sentada en el alféizar de la ventana de la cocina.

Manifestó su indignación a Amín, y la volvió a repetir con motivo del Aid al-Kebir, fiesta que dio lugar a una pelea terrible. La primera vez, Mathilde se quedó callada, como petrificada ante el espectáculo de los carniceros que llegaban para sacrificar el cordero, con los delantales llenos de sangre. Desde la azotea, observó las callejuelas silenciosas de la medina por las que cruzaban las siluetas de esos verdugos, y luego a chicos yendo y viniendo entre las casas y el horno del barrio. Regueros de sangre caliente corrían a borbotones de casa en casa. Un olor a carne cruda flotaba en el aire, y de unos ganchos de hierro colgaba el pellejo lanudo del animal en las puertas de las viviendas. «Es un día idóneo para cometer un asesinato», pensó. En las azoteas, dominio de las mujeres, reinaba una gran agitación. Cortaban, vaciaban, despellejaban, descuartizaban. En las cocinas, se encerraban para limpiar los despojos, eliminar el olor a heces de las tripas, antes de rellenarlas, coserlas y saltearlas un buen rato en una salsa picante. Había que separar la grasa de la carne, poner a cocer la cabeza del cordero, pues incluso los ojos se los comería el hijo mayor, metiendo el dedo índice en el cráneo, y sacaría los brillantes globos oculares. Cuando ella fue a decirle que esa era una «fiesta de salvajes», «un rito cruel», que la carne cruda y la sangre la asqueaban hasta el punto de vomitar, Amín alzó al cielo sus manos temblorosas y, si se contuvo para no estrellarlas contra la boca de su mujer, fue porque era un día sagrado y debía a Dios mostrarse sosegado y compasivo.

\* \* \*

Al final de cada carta que escribía a Irene, Mathilde pedía que le enviara libros. Novelas de aventuras, relatos con ambientes que transcurrían en países fríos y lejanos. No le confesó que ya no iba a la librería del centro de la ciudad europea. No soportaba ese barrio de comadres cotillas, esposas de militares y de colonos. Esas calles, de las que guardaba tan malos recuerdos, le provocaban ganas de matar. Un día de septiembre de 1947, estando encinta de siete meses, caminaba por la Avenue de la République, que la mayoría de los meknesíes llamaban la Avenue, a secas. Hacía calor y

se le habían hinchado las piernas. Pensó en ir al cine Empire o a sentarse en la terraza de Le Roi de la Bière a refrescarse un poco. Dos mujeres jóvenes la habían agredido verbalmente. La más morena se había echado a reír: «Mira esta. Un moro la ha dejado preñada». Mathilde se dio la vuelta y la agarró por la manga. La mujer se apartó sobresaltada. Si no hubiera tenido esa barriga, si el calor no hubiera sido tan agobiante, la habría perseguido. Le habría dado su merecido. Le habría devuelto los golpes recibidos durante su vida. Insolente, de pequeña; lúbrica, de adolescente; esposa rebelde, hoy. Había recibido bofetadas y humillaciones, padecido la indignación de los que querían hacer de ella una mujer respetable. Aquellas dos desconocidas habrían pagado por la vida de sumisión que soportaba.

Por muy extraño que resultara, Mathilde jamás pensó que Irene o Georges no la creerían y aún menos que pudieran ir algún día a Marruecos a hacerle una visita. Cuando se instaló en la finca, en la primavera de 1949, se sintió libre para mentir sobre la vida de esposa de gran terrateniente que llevaba. No confesó que echaba de menos la agitación de la medina, que la promiscuidad, que antes maldecía, ahora le parecía un destino envidiable. A menudo escribía: «Me habría gustado que me vieras», sin medir que ese deseo encerraba su inmensa soledad. Se entristecía por todas esas novedades que no interesaban a nadie más que a ella, por su existencia sin espectadores. ¿Qué interés tiene vivir si no es para ser vista?, pensaba.

Acababa sus cartas con «os quiero», «os echo de menos», aunque nunca manifestaba la nostalgia que sentía. No cedió a la tentación de confesarles que el vuelo de las cigüeñas, que llegaban a Meknés a principios del invierno, le producía una intensa melancolía. Ni su marido ni la gente de la finca compartían su amor por los animales y, un día, al evocar el recuerdo de Minet, el gato de su infancia, ante su marido, este alzó la vista al cielo ante semejante cursilería. Ella recogía a los gatos, los domesticaba dándoles pan mojado en leche, y, cuando las mujeres bereberes se la quedaban mirando al considerar que malgastaba ese alimento en los animales, pensaba: «Deben recuperar el amor perdido, a ellos les ha faltado tanto».

¿Con qué objeto decir la verdad a Irene? ¿Contarle que trabajaba, un día tras otro, como una loca, como una iluminada, con su bebé de dos años a la espalda? ¿Qué poesía podía extraer de esas largas noches que pasaba

pinchándose los dedos con la aguja de coser los vestiditos a Aicha para que parecieran nuevos? A la luz de las velas, repugnada por el olor a cera de mala calidad, recortaba patrones de viejas revistas y, con una devoción admirable, tricotaba braguitas de lana para su hija. Durante aquel caluroso mes de agosto, se sentó en el suelo de cemento, vestida solo con una combinación, y en un bello tejido de algodón le confeccionó un vestido. Nadie notó lo bonito que le había quedado, el detalle del fruncido, el lazo encima de los bolsillos, el forro rojo que realzaba la prenda. La indiferencia de la gente ante la belleza de las cosas la mataba.

Amín aparecía poco en sus relatos. Su marido era un personaje secundario alrededor del cual planeaba una atmósfera opaca. Quería dar la impresión a Iréne de que su historia de amor era tan ardiente que le resultaba imposible compartirla o ponerle palabras. Su silencio sugería insinuaciones lúbricas; sus omisiones, pudor o incluso delicadeza. Pues Iréne, que se había enamorado y se había casado justo antes de la guerra con un alemán, físicamente deforme por una escoliosis, había enviudado a los tres meses. Cuando Amín llegó al pueblo, ella observaba, con unos ojos que desbordaban de envidia, a su hermana temblar bajo las manos del africano, a la pequeña Mathilde con el cuello cubierto de chupetones oscuros.

¿Cómo reconocer que el hombre que había conocido durante la guerra ya no era el mismo? Bajo el peso de los disgustos y las humillaciones, él había cambiado, se había ensombrecido. ¡Cuántas veces Mathilde había notado, al caminar del brazo de él, la mirada acerada de las personas con quienes se cruzaban! Ahora, el contacto de su piel la quemaba, le resultaba desagradable, y no podía evitar darse cuenta, con una especie de asco, de lo extraño que le parecía su marido. Se decía a sí misma que se necesitaba mucho amor, más del que ella era capaz de sentir, para resistir el desprecio de la gente. Se necesitaba un amor sólido, inmenso, inquebrantable, para soportar la vergüenza cuando los franceses lo tuteaban o la policía le pedía la documentación, y se disculpaban al observar sus medallas bélicas o su perfecto dominio de la lengua francesa. «Es que usted, querido amigo, es distinto». Y él sonreía. En público, pretendía que no tenía problema alguno con Francia, puesto que estuvo a punto de morir por ella. Pero en cuanto se

quedaban solos, se encerraba en el silencio y rumiaba su vergüenza por haber sido un cobarde y haber traicionado a su pueblo. Entraba en la casa, abría los armarios y tiraba al suelo todo lo que pillaba. Mathilde también podía estallar, y, un día, en medio de una pelea en la que él gritaba «¡Cállate de una vez, me avergüenzo de ti!», ella abrió la nevera, cogió un cuenco de melocotones maduros con los que iba a hacer una mermelada y tiró la fruta pasada a la cara de Amín, sin darse cuenta de que Aicha los observaba, asombrada ante la imagen de su padre, con el pelo y el cuello chorreando de jugo.

Amín solo le hablaba de trabajo. De los obreros, de las preocupaciones, del precio del trigo, de las previsiones meteorológicas. Cuando algunos miembros de su familia iban a visitarlos a la finca, se sentaban en el salón y, tras preguntar tres o cuatro veces sobre la salud, se callaban y bebían té. Mathilde veía en ellos una bajeza repugnante y una trivialidad que le dolían más que la nostalgia de su país o su soledad. Le habría gustado hablar de sus sentimientos, de sus esperanzas, de la angustia que sentía; inexplicable, como todas las angustias. «¿Acaso no tiene vida interior?», se preguntaba al observar a Amín comer sin decir palabra y con la vista fija en el tayín de garbanzos que la criada había cocinado, y cuya salsa, demasiado grasienta, asqueaba a Mathilde. Él se interesaba únicamente por el trabajo y por la finca. Nunca había risas, baile, momentos sin hacer nada, simplemente charlar. Aquí, la gente no hablaba. Su marido era más estoico que un cuáquero. Se dirigía a ella como si fuera una niña pequeña que había que educar. Ella aprendía al mismo tiempo que Aicha las buenas maneras, y debía decir sí a todo cuando él explicaba «Esto no se hace» o «No tenemos medios para eso». Al llegar a Marruecos, Mathilde parecía todavía una cría. Y tuvo que acostumbrarse en unos pocos meses a soportar la soledad y la vida doméstica, a aguantar la brutalidad de un hombre y la extrañeza de un país. Había pasado de la casa de su padre a la de su marido, pero tenía la sensación de no haber ganado en independencia y autoridad. Apenas podía ejercer su dominio sobre Tamo, la joven criada. Pues Ito, su madre, estaba atenta, y, en su presencia, Mathilde no se atrevía a levantarle la voz. Tampoco sabía tener paciencia y dar muestras de pedagogía con su propia hija. Pasaba de los mimos más voraces a la ira más histérica. A veces, se quedaba mirando a su hija y esa maternidad le resultaba monstruosa, cruel, inhumana. ¿Cómo una niña podía criar a otros niños? Habían desgarrado su

cuerpo joven y habían extraído de él a una víctima inocente que ella no sabía defender.

Cuando se casaron, Mathilde tenía apenas veinte años. En esa época, a él eso no le había preocupado. Incluso la juventud de su esposa le parecía encantadora, con sus enormes ojos que se asombraban y sorprendían ante cualquier cosa, su voz aún frágil, su lengua tibia y dulce, como la de una niña pequeña. Él tenía veintiocho años. Tampoco era mucho mayor que ella, pero más tarde reconocería que su edad no influía en el malestar que su mujer le inspiraba por momentos. Él era un hombre y había luchado en la guerra. Procedía de un país en el que Dios y el honor se confundían, y además había perdido a su padre, y ello le obligaba a mostrar cierta gravedad. Lo que le gustaba de ella en Europa empezó a pesarle ahora e incluso lo irritaba. Era caprichosa y frívola. Él no le perdonaba que no se mostrase más dura, con más aguante. No tenía tiempo ni talento para consolarla. ¡Sus lágrimas! ¡Cuántas había derramado desde que había llegado a Marruecos! Lloraba por el menor contratiempo, prorrumplía continuamente en sollozos, y a él eso lo alteraba. «¡Deja de llorar! Mi madre, que perdió varios hijos, que se quedó viuda a los cuarenta años, ha llorado menos en su vida que tú en esta última semana. ¡Para ya, para de una vez!».

Estas mujeres europeas tienden a negar la realidad, pensaba él.

Mathilde lloraba demasiado, se reía demasiado. Cuando se conocieron, pasaban las tardes tendidos en la hierba a orillas del Rin. Ella le contaba sus sueños y él la animaba a hacerlo, sin pensar en las consecuencias, sin juzgar la vanidad que mostraba. Le divertía que fuera así, pues él no sabía reírse abiertamente. Siempre se tapaba la boca con la mano como si la alegría fuera para él, entre todas las pasiones, la más vergonzante e impúdica. Luego, en Meknès, todo fue diferente, y las pocas veces en que la acompañaba al cine Empire, salía de la sala de mal humor, enfadado con su mujer, que se reía por lo bajo y que había intentado cubrirlo de besos.

Mathilde quería ir al teatro, escuchar música bien alto, bailar en el salón. Soñaba con bellos vestidos, recepciones, té danzantes, fiestas bajo las palmeras; los sábados, ir al baile que se organizaba en el café de France; los domingos, a pasear por los jardines públicos de La Vallée Heureuse e invitar a los amigos a tomar el té. Recordaba, con sentida nostalgia, las

fiestas que organizaban sus padres. Temía que el tiempo pasara demasiado rápido, que la miseria y las tareas del campo se eternizaran y que, cuando llegara el descanso, ella fuera demasiado vieja para disfrutar de los vestidos y de la sombra de las palmeras.

Una tarde, cuando acababan de establecerse en la finca, Amín cruzó por la cocina, delante de Mathilde que estaba preparando la cena a Aicha. Él llevaba el traje de los domingos. Ella alzó la mirada hacia su marido, desconcertada, dudando entre alegrarse o enfadarse. «Voy a salir», dijo él, «unos antiguos compañeros de la guarnición están en la ciudad». Se inclinó sobre su hija para darle un beso en la frente, y, de pronto, Mathilde se incorporó. Llamó a Tamo que estaba limpiando el patio y le puso a la niña en sus brazos. Con voz segura le preguntó: «¿Me tengo que vestir bien o no es necesario?».

Él se quedó de piedra. Balbuceó unas palabras, explicando que era una reunión entre amigos, no adecuada para una mujer. «Si no es adecuada para mí, no veo por qué lo será para ti». Y sin entender lo que le pasaba, dejó que lo siguiera Mathilde, que había tirado su delantal sobre una silla de la cocina y se pellizcaba las mejillas para realzar el tono de su tez.

En el coche, no dijo ni una palabra y mantuvo su gesto de enfado, concentrándose en conducir, furioso con ella y con su propia debilidad. Ella hablaba, sonreía, fingía que no se daba cuenta de que estaba de más. Se convenció a sí misma de que quitándole gravedad a la situación, a él se le pasaría el enfado, y adoptó un aire dulce, travieso, desenvuelto. Llegaron al centro de la ciudad sin que él hubiera despegado los labios. Aparcó y salió del coche precipitadamente, caminando muy deprisa hacia la terraza del café. Se hubiera dicho que albergaba la vana esperanza de que ella se perdiera por las calles de la ciudad europea o simplemente no quería sufrir la humillación de presentarse del brazo de su esposa.

Ella le dio alcance con tanta rapidez que él no tuvo tiempo de dar explicaciones a los amigos que lo estaban esperando. Los hombres se levantaron y saludaron a Mathilde con timidez y deferencia. Ornar, su cuñado, le indicó una silla junto a él. Estaban muy elegantes, llevaban chaqueta y el pelo engominado. Pidieron las bebidas al dueño, un griego de carácter jovial que regentaba aquel café desde hacía casi veinte años. Uno

de los pocos establecimientos de la ciudad donde no reinaba segregación alguna, donde los marroquíes bebían alcohol en la misma mesa que los europeos, y donde las mujeres, que no eran prostitutas, acudían a alegrar las veladas. La terraza, situada en la esquina de dos calles, estaba protegida de las miradas por dos grandes y frondosos naranjos silvestres. Allí te sentías solo en el mundo y en seguridad. Amín y sus amigos brindaron, pero hablaron poco. Hubo largos silencios interrumpidos por risas discretas o algún relato o anécdota. Siempre era así, pero Mathilde no lo sabía. No se creía que esas veladas con sus amigos, de las que ella se había sentido celosa y que habían ocupado a menudo su mente, transcurrieran de ese modo. Creyó que por su culpa se había estropeado la reunión. Quería participar contando algo. La cerveza le había infundido ánimos, y evocó, con voz tímida, un recuerdo de su Alsacia natal. Tembló un poco, le costó encontrar las palabras y su relato resultó sin interés. No hizo reír a nadie. Amín la miró con un desprecio que le destrozó el corazón. Jamás se había sentido tan intrusa.

En la acera frente al café, la luz de una farola parpadeaba y luego se fundió. La terraza, apenas iluminada por algunas velas, se adornó con un encanto nuevo, y la oscuridad serenó a Mathilde que tuvo la impresión de que los hombres se habían olvidado de ella. Temía el momento en que Amín quisiera acortar la velada, poner fin al malestar y le dijera: «Nos vamos». Le esperaba —estaba segura de ello— una escena, gritos, una bofetada o la frente estampada contra el cristal del coche. Por ello, se aprovechó de los ligeros ruidos de la ciudad, se quedó escuchando las conversaciones de los allí reunidos en torno a la mesa y cerró los ojos para oír mejor la música que provenía del fondo del café. Le hubiera gustado que durase todavía algo más, no quería regresar a casa.

Los hombres se relajaron. El alcohol hizo su efecto y se pusieron a hablar en árabe. Quizá pensaron que ella no los entendía. Un joven camarero, con la cara cubierta de acné, dejó sobre la mesa una fuente de fruta. Mathilde dio un mordisco a un melocotón, y luego a una tajada de sandía cuyo jugo le cayó en el vestido y se lo ensució. Cogió una pepita de sandía entre el dedo pulgar y el índice y la lanzó. Salió disparada y fue a aterrizar sobre la cara de un señor grueso, tocado con un fez, vestido con

levita y sudando. El hombre agitó la mano. Parecía espantar una mosca. Mathilde cogió otra pepita y esta vez apuntó a un hombre alto y muy rubio, sentado con las piernas cruzadas y que hablaba con gran entusiasmo. Pero no acertó y fue a dar a la nuca de un camarero a quien le faltó poco para que se le cayera la bandeja. Ella se echó a reír, traviesa, y se pasó la hora siguiente ametrallando a los clientes del café mientras ellos movían desesperadamente los brazos. Como si un extraño mal los hubiera atacado, a la manera de esas fiebres tropicales que hacen que la gente se ponga a danzar y a copular. Los clientes se quejaron. El dueño mandó quemar palitos de incienso para protegerse de la invasión de aquellas moscas. Pero los ataques no cesaron y muy pronto sintieron dolor de cabeza por el incienso y la bebida. La terraza se vació, Mathilde se despidió de los amigos de Amín y, al llegar a casa, este le dio un guantazo. Ella pensó que de todos modos se había reído mucho.

Durante la guerra, mientras el regimiento de Amín avanzaba hacia el Este, él pensaba en su finca como otros sueñan con una mujer o una madre que han dejado atrás. Temía morir sin haber podido cumplir la promesa de fecundar aquella tierra. En los largos momentos de aburrimiento que la guerra deparaba, los hombres sacaban las barajas de naipes, las cartas de la familia cubiertas de manchas o alguna novela. Él se zambullía en la lectura de un libro de botánica o de una revista especializada que trataba sobre los nuevos métodos de riego. Había leído que Marruecos se convertiría en una California, ese estado americano lleno de sol y de naranjos, donde los agricultores eran millonarios. Aseguraba a Murad, su asistente, que su país se disponía a vivir una revolución, a acabar con esos tiempos sombríos en los que el campesino temía las razias, en los que antes que cultivar trigo se prefería criar borregos, pues con cuatro patas corren más rápido que el agresor. Él tenía, por supuesto, la intención de dar la espalda a los métodos antiguos y hacer de su finca un modelo de modernidad. Había leído con entusiasmo el relato de un tal H. Ménager, que también había sido soldado, quien, al acabar la Primera Guerra Mundial, plantó eucaliptos en la desheredada llanura del Gharb. El hombre se había inspirado en el informe de una misión enviada por el mariscal Lyautey a Australia en 1917, y había comparado la calidad de la tierra y la pluviometría de esa región con las de aquel continente lejano. Por supuesto, la gente se burló de aquel pionero. Franceses y marroquíes se reían de que quisiera plantar hasta donde alcanzase la vista unos árboles que no daban frutos y cuyos troncos grises afeaban el paisaje. Pero H. Ménager consiguió convencer a la Dirección de Aguas y Bosques, y no tuvieron más remedio que admitir que había ganado su apuesta: el eucalipto frenaba los vientos de arena, permitía sanear las hondonadas donde pululaban los parásitos y sus raíces profundas extraían agua de la capa freática inaccesible al campesino común. Amín quería

figurar entre esos pioneros, para quienes la agricultura era una búsqueda mística, una aventura, y seguir los pasos de aquellos hombres, pacientes y sabios, que habían realizado experimentos en suelos ingratos. Esos campesinos que la gente trataba de locos habían plantado pacientemente naranjos, desde Marrakech a Casablanca, e iban a convertir en jauja ese país seco y austero.

Amín regresó a Marruecos en 1945, a la edad de veintiocho años, victorioso y casado con una mujer extranjera. Luchó para retomar posesión de sus tierras, formar a sus obreros, sembrar, recolectar, tener una visión con amplitud de miras, como había dicho una vez el mariscal Lyautey. A finales de 1948, tras varios meses de negociaciones, recuperó sus tierras. Primero tuvo que realizar obras en la casa, abrir nuevas ventanas, acondicionar un pequeño jardín y pavimentar un patio en la parte trasera de la cocina para lavar y tender la ropa. Por su lado norte, el terreno estaba en pendiente y allí mandó construir en piedra una escalera de entrada e instaló una elegante puerta acristalada que daba al comedor. Desde allí se veía el perfil suntuoso del monte Zerhun y las inmensas extensiones silvestres que servían desde hace siglos como terreno de paso del ganado.

Durante los primeros cuatro años en la finca, sufrieron todo tipo de desilusiones, viendo cómo sus vidas adquirían un tono propio de los relatos bíblicos. El colono que había alquilado las tierras mientras él estuvo fuera había vivido en una pequeña parcela cultivable, detrás de la casa, y todo estaba por hacer. Primero, hubo que roturar y limpiar la tierra del palmito, esa planta viciosa y tenaz que exigía un trabajo agotador. A diferencia de los colonos de las fincas colindantes, Amín no pudo contar con la ayuda de un tractor, y sus obreros tuvieron que arrancar el palmito a golpes de pico durante varios meses. Luego hubo que dedicar varias semanas a despedregar y, tras quitar la rocalla, se procedió al desfonde del terreno con el arado y se empezó a labrar. Plantaron lentejas, guisantes, judías y parcelas enteras de cebada y trigo candeal. Poco después, una plaga de langosta atacó los campos. Una nube rosácea apareció crepitando, como surgida de una pesadilla, a devorar las cosechas y los frutos de los árboles. Amín se indignó con los trabajadores que para espantar a los parásitos se limitaban a hacer chocar unas latas vacías. «¡Pandilla de ignorantes! ¿No se

os ocurre más que eso?», les gritaba, tratándolos de incultos, y les enseñó a cavar trincheras en las que ponían salvado envenenado.

Al año siguiente, sobrevino la sequía y la consiguiente desilusión de la siega, pues las espigas de trigo estaban vacías como lo estarían en los meses siguientes los estómagos de los campesinos. En los aduares, los obreros rezaban para que cayera la lluvia, unas rogativas pasadas de una generación a otra desde hacía siglos y que jamás habían demostrado su eficacia. Pero se seguía rezando, bajo el ardiente sol de octubre, y la sordera de Dios no indignaba a nadie. Amín hizo excavar un pozo que le exigió un trabajo enorme y absorbió parte de su herencia. Pero la arena invadía constantemente el agujero que habían perforado y los campesinos no conseguían bombear agua para regar.

Mathilde estaba orgullosa de Amín. Y aunque le indignaba que pasara tanto tiempo fuera de casa y la dejara sola, sabía que era trabajador y honrado. A veces, pensaba que a su marido le faltaba suerte y una dosis de intuición. Eso era lo que su padre sí tenía. Georges era menos serio, menos incansable y constante que Amín. Bebía hasta llegar a olvidarse de su propio nombre y de las normas elementales del pudor y la cortesía. Jugaba a las cartas hasta la madrugada y se quedaba dormido en los brazos de mujeres de generosos pechos y de cuellos blancos y orondos que olían a mantequilla. En un ciego arrebató, era capaz de despedir a su contable y olvidarse de contratar a otro, dejando amontonarse en su viejo escritorio de madera la correspondencia sin abrir. Invitaba a los agentes judiciales que le llevaban las denuncias a beber unas copas con él, y estos acababan olvidándose del motivo por el que estaban allí y se ponían a cantar viejas canciones. Georges tenía un olfato excepcional, un instinto infalible. Era natural en él y ni él mismo se lo explicaba. Entendía a la gente y sentía hacia los hombres, y, por tanto, hacia sí mismo, una bondadosa compasión, un cariño que lo hacía merecedor de la simpatía de los desconocidos. Georges no negociaba jamás por codicia, sino por simple juego, y, si alguna vez había engañado a alguien, no lo había hecho a propósito.

A pesar de los fracasos, las peleas y la pobreza, Mathilde jamás pensó que su marido fuera un incompetente o un perezoso. Lo veía despertarse al alba, salir de casa, animado, y regresar al final del día con las botas

cubiertas de tierra. Recorría varios kilómetros y no se cansaba nunca. Los hombres del aduar admiraban su resistencia, aunque se ofendían a veces por el desprecio que manifestaba hacia los métodos de cultivo tradicionales. Lo veían agacharse, palpar la tierra con los dedos, dejar la palma de la mano durante unos momentos sobre la corteza de un árbol, como si esperara que la naturaleza le revelara algún secreto. Quería que todo fuera rápido. Quería triunfar.

Corría el inicio de la década de 1950, y el fervor nacionalista brotaba, dirigiendo un odio furibundo hacia los colonos. Se sucedían secuestros, atentados, fincas incendiadas. Los colonos, a su vez, se reunían en grupos de defensa, y Amín sabía que su vecino, Roger Mariani, formaba parte de estos. «La naturaleza no se mete en política», dijo un día a Mathilde para justificar la visita que iba a hacer a aquel vecino de fama diabólica. Quería comprender a qué se debía la brillante prosperidad de Mariani, saber los tipos de tractores que utilizaba, qué sistema de riego había instalado. Se imaginaba también que el francés podría suministrarle los cereales que utilizaba en la crianza de cerdos a la que se dedicaba. Lo demás le importaba poco.

Una tarde, cruzó el camino que separaba las dos fincas. Pasó delante de dos grandes cobertizos donde estaban aparcados unos modernos tractores, delante de unos establos llenos de cerdos gruesos y sanos, delante de las bodegas donde se trataba la uva por los mismos procedimientos que en Europa. Todo en aquella finca respiraba progreso, riqueza. Mariani estaba de pie en la escalinata de la casa, con dos perros de aspecto agresivo y feroz, atados con unas correas que sostenía en la mano. Por momentos, su cuerpo se proyectaba hacia delante, perdía el equilibrio, y no se sabía si estaba sometido a la fuerza de aquellos molosos o si era fingido, para acentuar la amenaza que pesaba sobre el visitante inoportuno. Amín, incómodo, se presentó balbuceando. Señaló en dirección a su finca:

«Necesito consejos», declaró, y Mariani, cuyo rostro se había iluminado, miró con desdén a aquel moro tímido.

«¡Brindemos por nuestra vecindad! Tenemos tiempo para hablar de negocios».

Cruzaron por un frondoso jardín y se sentaron a la sombra, en una terraza desde donde se veía el monte Zerhun. Un hombre delgado y de piel negra dejó en la mesa algunas copas y botellas. Mariani sirvió un anisete a su vecino y, cuando vio que este dudaba debido al calor y al trabajo que aún le esperaba, se echó a reír. «¿No bebes, verdad?». Amín sonrió y se humedeció los labios con el líquido blanquecino. En el interior de la casa sonaba un teléfono, pero Mariani lo ignoró.

El colono no lo dejaba hablar. A Amín le pareció que su vecino era un hombre muy solo que en ese momento encontraba una ocasión poco frecuente de hacer confidencias a alguien. Con una familiaridad que incomodó a Amín, Mariani se quejó de sus obreros, contándole que había formado a dos generaciones, pero que seguían siendo vagos y sucios. «¡Qué mugre, por Dios!». A veces, alzaba sus ojos legañosos hacia el bello rostro de su invitado, y, riendo, añadía: «Ya sabes que no lo digo por ti». Y sin dejarle responder continuaba: «Que digan lo que quieran, pero no me imagino este país el día en que ya no estemos nosotros para hacer florecer los árboles, remover la tierra y dedicarnos a ella. ¿Qué había aquí antes de que llegáramos? Te lo pregunto. Nada. Nada de nada. Mira a tu alrededor. Siglos de vidas humanas y ni un hombre con agallas suficientes para cultivar esas hectáreas. Siempre ocupados en hacer la guerra. Pasamos hambre. Aquí hemos enterrado, sembrado, cavado tumbas, fabricado cunas infantiles. Mi padre murió de tifus en estas tierras. Yo me rompí la espalda por ir sentado días enteros a caballo recorriendo los campos, negociando con las cabilas. No podía tumbarme en la cama sin lanzar aullidos del dolor que sentía en los huesos. Pero voy a decirte algo: debo mucho a este país. Me ha devuelto a la esencia de las cosas, me ha puesto en contacto con el impulso vital, con la brutalidad». El rostro de Mariani enrojeció y empezó a hablar más lento por el efecto del alcohol. «En Francia, me esperaba una vida de marica, mezquina, sin amplitud, sin conquistas, sin espacio. Este país me ofreció la oportunidad de vivir como un hombre».

Mariani llamó al criado que llegó trotando a la terraza. Le regañó en árabe por lo lento que era y dio un puñetazo en la mesa con tanta fuerza que

la copa de Amín se derramó. El colono hizo un gesto como de lanzar un escupitajo y se quedó observando la espalda del criado mientras se alejaba al interior de la casa. «Mira y aprende. ¡Yo me conozco a estos moros! Los obreros son unos ignorantes. ¿Cómo no vas a tener ganas de darles una tunda de palos? Hablo su lengua, conozco sus dobleces. Sé muy bien lo que dicen sobre la independencia, pero un puñado de alborotadores no me va a quitar años de sudor y de trabajo». Luego, se echó a reír, mientras cogía unos emparedados que el criado había traído al cabo de un rato, y repitió: «¡Ya sabes que no lo digo por ti!». Amín estuvo a punto de levantarse y renunciar a aliarse con su poderoso vecino. Pero Mariani, cuyo rostro se parecía extrañamente al de sus perros, se giró hacia él, como si hubiera sentido que se había ofendido, y le dijo: «¿Quieres un tractor, verdad? Lo podríamos arreglar».

## II

El verano que precedió a la entrada de Aicha en la escuela primaria fue muy caluroso. Mathilde iba por la casa vestida con una combinación ajada, con uno de los tirantes deslizándosele por el hombro y el pelo pegado a las sienes y a la frente por el sudor. En uno de los brazos sostenía a Selim, el bebé, y, en la otra mano, un pedazo de papel o de cartón con el que se abanicaba. Siempre andaba descalza, a pesar de los reproches de Tamo, que decía que traía mala suerte. Cumplía con las tareas cotidianas, pero todos sus gestos parecían más lentos, más laboriosos que de costumbre. Aicha y su hermanito Selim, que acababa de cumplir dos años, se portaban excepcionalmente bien. No tenían hambre ni ganas de jugar, y se pasaban el día desnudos, tendidos en el suelo de baldosas, incapaces de hablar o de inventarse juegos. A principios del mes de agosto, se levantó el siroco y el cielo se volvió blanco. Se prohibió a los niños que salieran fuera pues ese viento del desierto era una obsesión para las madres. Muilala le había contado a Mathilde un sinnúmero de veces la historia de unos niños que habían muerto por unas fiebres altas que el siroco arrastra a su paso. Su suegra decía que ese aire viciado no se podía respirar, pues si lo tragabas te quemabas por dentro y acababas seca, a la manera de esas plantas que se marchitan de golpe. Por culpa de ese maldito viento, la noche llegaba sin dar tregua. La luz se atenuaba, la oscuridad cubría los campos y los árboles desaparecían de la vista, pero el calor seguía pesando con todas sus fuerzas, como si la naturaleza hubiera hecho acopio de reservas de sol. Los niños entonces se ponían nerviosos. Selim gritaba. Lloraba con rabia, y su madre lo cogía en brazos y lo consolaba. Lo mantenía apretado contra ella, horas y horas, con los torsos de ambos empapados de sudor. Agotados. Fue un verano interminable, y Mathilde se sintió muy sola. A pesar de aquel calor agobiante, su marido se pasaba el día en el campo. Acompañaba a los obreros a unas siegas decepcionantes. Las espigas resultaron secas, las

jornadas de trabajo se sucedían y todos se preocupaban temiendo morir de hambre en septiembre.

Una noche, Tamo encontró un escorpión debajo de un montón de cacerolas y soltó un grito ensordecedor que hizo que Mathilde y los niños se precipitaran a la cocina. Esta daba a un patio pequeño donde se tendía la ropa, se ponían a secar las tiras de carne adobada, se amontonaban barreños sucios y merodeaban los gatos que Mathilde mimaba. Ella insistía siempre en que se cerrara la puerta que daba al exterior. Le asustaban las culebras, las ratas, los murciélagos y, sobre todo, los chacales, que una vez se habían agolpado en manada junto al horno de cal. Pero Tamo era muy despistada y se debió olvidar de cerrar la puerta. La hija de Ito tenía algo menos de diecisiete años. Era risueña y voluntariosa, le gustaba estar al aire libre, ocuparse de los niños, enseñarles los nombres de los animales en amazigh. Pero le desagradaba la actitud de Mathilde hacia ella. La alsaciana se mostraba severa, autoritaria, cortante. Se había propuesto educar a Tamo en lo que ella denominaba las buenas maneras, pero sin mostrar paciencia alguna. Cuando quiso enseñarle los rudimentos de la cocina occidental, tuvo que rendirse a la evidencia: a Tamo le importaba un bledo, no le hacía caso y sujetaba con una mano floja la espátula con la que debía remover la crema pastelera.

Esa noche, cuando Mathilde entró en la cocina, la joven bereber estaba salmodiando unos versículos mientras se ocultaba la cara con las manos.

Mathilde tardó un poco en entender qué la había asustado tanto. Luego vio las pinzas negras del arácnido asomando por debajo de la sartén que se había traído de Mulhouse, adquirida justo después de casarse. Levantó a Aicha del suelo, pues andaba también descalza. Ordenó en árabe a Tamo que se serenara. «Deja de llorar y recoge eso», le repetía. Cruzó el largo pasillo que conducía a su dormitorio y dijo: «Tesoros, esta noche dormiréis conmigo».

Sabía muy bien que su marido la regañaría. Amín desaprobaba su modo de educar a los niños, su complacencia con sus pequeñas rabietas y sus emociones. Le reprochaba que estuviera convirtiéndolos en unos seres débiles, quejicas, en especial al varoncito. «A un hombre no se lo educa así, sin darle los medios para afrontar la vida». En aquella casa, lejos de todo,

Mathilde sentía miedo, echaba de menos sus primeros años en Marruecos, cuando vivían en la medina, con la gente, los ruidos, la agitación humana. Si hacía partícipe de sus sentimientos a su marido, él se burlaba de ella. «Créeme, estáis más seguros aquí». En aquel mes de agosto de 1953 que llegaba a su fin, Amín le prohibió incluso que fuese a la ciudad, pues temía que hubiera protestas masivas o alguna revuelta. Al anunciarse el exilio del sultán Sidi Mohamed Ben Yusef a la isla de Córcega, y posteriormente a Madagascar, el pueblo se sintió airado. En Meknès y en las demás ciudades del reino, la atmósfera se tornó inflamable, los gestos eran cada vez más tensos, cualquier incidente podía transformarse en motín. En la medina las mujeres, con los ojos enrojecidos por el odio y el llanto, iban vestidas de negro para mostrar su adhesión a la causa nacionalista. «*la latif, ia latif!*», en todas las mezquitas del reino se rezaba esa breve jaculatoria, implorando la misericordia divina para que regresara el soberano. Se habían constituido organizaciones clandestinas a favor de la lucha armada contra el opresor cristiano. En las calles, desde la madrugada hasta la noche, se elevaba el grito de alabanza al rey: «*Iahia al-malik!*». Pero la pequeña Aicha no entendía de política. Ni siquiera sabía que corría el año 1953, que unos hombres se preparaban para luchar, para conseguir la independencia, y otros para negársela. Le daba igual. Se pasó el verano pensando en el colegio, aterrorizada.

Mathilde dejó a los dos niños encima de la cama y les prohibió moverse. Regresó a los pocos minutos, llevando en los brazos un par de sábanas blancas que había humedecido con agua fría. Los niños se tendieron sobre la tela fresquita y mojada, y Selim se quedó dormido enseguida. Mathilde balanceaba sus pies hinchados fuera de la cama. Acariciaba la espesa melena de su hija que murmuró:

«No quiero ir al colegio. Quiero quedarme contigo. Muilala no sabe leer, Ito y Tamo, tampoco. ¿Qué más da?». Mathilde surgió violentamente de su letargo y acercó su rostro al de la niña. «Ni tu abuela ni Ito lo eligieron por propia voluntad». En la oscuridad, la niña no distinguía los rasgos de su madre pero notó que hablaba con una gravedad poco habitual que le preocupó. «No se te ocurra jamás decir semejante disparate. ¿Lo has entendido?». Afuera, unos gatos se peleaban, lanzando unos maullidos

espantosos. «Me das envidia, ¿sabes?», continuó. «Me encantaría volver al colegio, aprender miles de cosas, hacerme amigos que duren para siempre. Ahí es donde empieza la vida de verdad. Ahora eres una niña mayor».

Las sábanas se secaron y Aicha no conseguía dormirse. Con los ojos abiertos, soñó en la nueva vida que le esperaba. Se imaginó un patio en sombra y fresco, y cogida de la mano de una niña que sería su alma gemela. La vida de verdad, según había dicho Mathilde, no estaba pues aquí, en esta casa blanca aislada en la colina. La vida de verdad no consistía en andar todo el día con las obreras. ¿Acaso los que trabajaban en las tierras de su padre no tenían una vida de verdad? Se preguntaba si no era importante la manera de cantar o el cariño con que la acogían, a la sombra de los olivos a la hora del descanso, para comer media hogaza de pan cocido esa misma mañana sobre un anafre, ante el que las mujeres permanecían sentadas horas y horas, inhalando un humo negro que acabaría matándolas.

Hasta entonces, Aicha no había pensado nunca en esa otra vida. Salvo quizá cuando iban a la parte alta de la ciudad europea, y se encontraba en medio del ruido de los coches, de los vendedores ambulantes, de los escolares adolescentes que se precipitaban a las salas de cine. Cuando oía la música que provenía del fondo de los cafés, el ruido de los tacones sobre el cemento. Cuando su madre, en la acera, tiraba de ella, harta, diciendo «perdón» a los transeúntes. Sí, ella había visto que en otros lugares había otra vida, más densa, más rápida, una vida que parecía dirigida hacia algo. Sospechaba que la vida que ellos llevaban no era más que una sombra, una dura tarea lejos de las miradas, una entrega. Una servidumbre.

El primer día de colegio llegó. Sentada en el asiento trasero del coche, Aicha estaba paralizada por el miedo. Ahora no había ninguna duda, dijeran lo que dijeran, aquello era un abandono. Un cobarde y terrible abandono. Iban a dejarla allí, en esa calle desconocida, a ella, a la niña salvaje que no conocía más que la inmensidad del campo, el silencio de la colina. Mathilde intentaba sacar temas de conversación, se reía tontamente, y ella notaba que su madre tampoco estaba tranquila. Que toda esa comedia sonaba a mentira. Las puertas del colegio aparecieron y su padre paró el coche y aparcó. En la

acera, las madres llevaban de la mano a sus hijas, vestidas de domingo. Se habían puesto ropa nueva, con un corte perfecto pero de colores discretos. Eran niñas de ciudad para las que lucirse era una costumbre. Las madres, tocadas con sombrero, hablaban entre ellas mientras las pequeñas se saludaban. Para ellas era un rencuentro, la continuación de su mundo. De pronto, a Aicha le entraron temblores. «No quiero», empezó a gritar, «no quiero bajar del coche». Sus gritos estridentes atrajeron la atención de los adultos y de las alumnas. Ella, que de costumbre era tranquila y tímida, había dejado de comportarse bien. Se enrolló como una bola en el asiento de atrás, se agarró a él y gritó hasta romper el corazón y los tímpanos de quienes la oían. Mathilde abrió la puerta: «Ven, cariño, ven, no te preocupes». Le lanzó una mirada suplicante que Aicha reconoció. Era la misma que la de los obreros de la finca cuando amansaban a los animales antes de matarlos. «Ven por aquí, tesoro, ven», y luego llegaba el encierro, los golpes, el matadero. Amín también abrió la puerta y cada uno intentó sacar a la niña. Su padre lo consiguió, y ella se agarró a la portezuela con una rabia y unas fuerzas asombrosas.

Enseguida se formó un corro de gente. Compadecían a Mathilde, quien, por vivir tan lejos con los indígenas, había hecho de sus hijos unos salvajes. Esos gritos, esa histeria, eran propios de los campesinos de las cabilas. «¿Sabían ustedes que las mujeres se arañan la cara hasta sangrar para expresar su pena?». Nadie de la ciudad frecuentaba a los Belhach, pero todos conocían la historia de esa familia que vivía en el camino hacia El Hayeb, a veinticinco kilómetros del centro, en una finca aislada. Meknés era una ciudad tan pequeña, la gente se aburría tanto, que ese matrimonio extraño alimentaba las conversaciones en las horas calurosas de las tardes.

\* \* \*

En la peluquería Au Palais de la Beauté —donde a las mujeres jóvenes les ponían bigudíes en el pelo y esmalte de uñas en los pies—, Eugène, el dueño, se burlaba de Mathilde, la rubia alta de ojos verdes que medía al menos diez centímetros más que el moro de su marido. Hacía reír a sus

clientas insistiendo en lo que diferenciaba a aquella pareja: él con un pelo negro que nacía tan bajo sobre la frente que le endurecía la mirada; ella, que tenía la impaciencia de las jóvenes de veinte años, y, a la vez, algo masculino, violento, incorrecto, que había llevado a Eugéne a dejar de aceptarla en su salón. Con unas palabras bien escogidas, describía las piernas largas y firmes de la alsaciana, su mandíbula voluntariosa, sus manos descuidadas y, luego, aquellos pies inmensos, tan grandes e hinchados que solo podía llevar zapatos de hombre. La blanca y el morango. La gigante y el oficial enano. Bajo los cascos secadores, las clientas se desternillaban de risa. Pero cuando la gente recordaba que Amín había luchado en la guerra de liberación, que había sido herido y condecorado, las risas disminuían. Las mujeres se sentían obligadas a callarse, y, por ello, con más ganas de soltar hiel. Pensaban que Mathilde era un extraño botín de guerra. ¿Cómo pudo convencer ese soldado a la robusta alsaciana a que lo siguiera hasta este país? ¿De qué huía ella para haber llegado a esto?

\* \* \*

Se agolparon alrededor de la niña. Llovían los consejos. Un hombre apartó con violencia a Mathilde e intentó hacer entrar en razón a Aicha. Sin éxito, alzó los brazos en el aire, invocó al Altísimo y los principios fundamentales de los que depende una buena educación. Zarandeaban a Mathilde que intentaba proteger a Aicha. «¡No la toquen, no se acerquen a mi hija!». Se sentía devastada. Verla llorar así era un tormento. Quiso abrazarla, acunarla y confesarle sus mentiras. Sí, se había inventado aquellos recuerdos idílicos de amistades eternas y maestros entregados. La verdad era que estos no eran amables. Que conservaba de la escuela el recuerdo del agua helada con la que se lavaba la cara en mitad de una madrugada oscura, los golpes que le propinaban, la asquerosa comida y las tardes con el estómago reconcomido por el hambre, por el desesperado deseo de un gesto de cariño. Vámonos, quería gritar. Olvidémonos de esta historia. En casa todo irá bien, me las apañaré, sabré enseñarle. Amín le

lanzó una mirada fulminante. Con sus ridículos mimos y ñoñerías estaba consiguiendo que la niña fuera una blandengue. Para colmo, ella era quien había querido matricularla en esa escuela de franceses, donde despuntaba el campanario de una iglesia en la que se rezaba a un dios extranjero. Mathilde contuvo las lágrimas, y, torpemente y sin convicción, extendió los brazos hacia su hija. «Ven, cariño, tesoro».

Estaba tan pendiente de Aicha que no se dio cuenta de que se burlaban de ella. Que las miradas bajaban y observaban sus zapatones de cuero gastado. Las madres murmuraban, con las manos enfundadas en guantes. Se ofendían de su presencia entre ellas y se reían. Delante de la cancela del colegio e internado Notre-Dame, recordaron de pronto que debían ser compasivas pues el Señor las observaba.

Amín agarró a su hija por la cintura. Estaba furioso. «¿Se puede saber qué es este escándalo que has organizado? ¿Vas a soltar la puerta de una vez? ¡Pórtate bien, nos estás avergonzando!». Con el vestido levantado, a la niña se le veían las bragas. El guarda del colegio los miraba, preocupado. No se atrevía a moverse. Brahim era un viejo de rostro redondo y afable. Llevaba un bonete blanco de croché sobre su cabeza calva. La chaqueta azul marino, impecablemente planchada, le quedaba grande. Los padres de la niña no conseguían calmarla, parecía poseída por el diablo. La ceremonia de inauguración del curso escolar acabaría estropeándose y la madre superiora se enfadaría al enterarse de que semejante espectáculo había tenido lugar delante de la cancela de su venerable institución. Le pediría cuentas y él sería el culpable.

El viejo se acercó al coche y con la dulzura máxima posible intentó despegar los deditos que se asían a la portezuela. Se dirigió en árabe a Amín: «Yo la sostengo y tú arrancas, ¿entendido?». Él asintió. Hizo un gesto con la barbilla en dirección a Mathilde y esta regresó a su sitio. Ni siquiera tuvo tiempo de dar las gracias al guarda. En cuanto la niña soltó la puerta y esta se cerró, arrancó. El coche se alejó y Aicha no supo si su madre le había lanzado una última mirada. Eso fue todo: la habían abandonado.

Allí estaba ella, en la acera, con su vestido azul arrugado al que se le había caído un botón. Tenía los ojos enrojecidos por el llanto y el señor que

la llevaba agarrada de la mano no era su padre. «No puedo acompañarte hasta el patio. Tengo que quedarme aquí en la entrada. Es mi trabajo». Puso su mano en la espalda de la niña y la empujó con suavidad hacia el interior. Aicha hizo un gesto de dócil asentimiento. Estaba avergonzada. Ella, que quería ser discreta como una libélula, había atraído la atención de todos. Avanzó por el sendero al final del cual la esperaban en fila unas monjas vestidas con largas túnicas negras.

Entró en el aula. Las demás niñas ya estaban en sus sitios y la miraban con descaro y sonrientes. Sintió tanto miedo que tuvo ganas de dormir. La cabeza se le llenó de zumbidos. Si cerraba los ojos seguro que caería en un sueño profundo. Una monja la cogió por el hombro. Llevaba una hoja en la mano. Le preguntó: «¿Cómo te llamas?». Aicha alzó la vista, sin entender qué se esperaba de ella. La sor, joven y guapa, de tez pálida, le gustó a la niña. Repitió la pregunta y se inclinó a la altura de Aicha, que acabó murmurando: «Me llamo Mchicha».

La hermana frunció las cejas. Se ajustó las gafas sobre la nariz y se inclinó de nuevo para consultar la lista de alumnas. «Señorita Belhach. Señorita Aicha Belhach, nacida el 16 de noviembre de 1947».

La niña se giró. Miró detrás de ella, como si no entendiera a quién se dirigía la monja. No conocía a esa gente, y en su pecho retuvo un sollozo. La barbilla le temblaba. Hundió las uñas en la carne de sus brazos. ¿Qué había sucedido? ¿Qué había hecho ella para merecer estar encerrada allí? ¿Cuándo regresaría mamá? La monja no se lo creía pero debía admitirlo: aquella niña no conocía su propio nombre.

«Señorita Belhach, siéntese usted allá, cerca de la ventana».

Desde que tuvo uso de razón, había oído ese nombre: Mchicha. Era el que gritaba su madre desde la puerta de la casa para llamarla a cenar. Era el que volaba entre los árboles, el que rodaba colina abajo en la boca de los campesinos que la buscaban y no la encontraban, hasta dar con ella, dormida, hecha una bolita contra un tronco de árbol. «¡Mchicha!», oía que la llamaban, y solo podía existir ese nombre, puesto que era el que silbaba como el viento, el que hacía reír a las mujeres bereberes que la abrazaban como si fuera hija de ellas. Ese era el nombre que su madre tarareaba por las noches en mitad de las canciones infantiles que se inventaba. Ese era el

último sonido que escuchaba antes de quedarse dormida, y, desde que había nacido, habitaba en sus sueños. Mchicha. La vieja Ito había comentado que los gritos del bebé parecían maullidos, y fue ella quien le puso ese apodo: gatita. Había enseñado a Mathilde el modo de cargar a la niña en la espalda, envolviéndola con una pañoleta. «Así se queda dormida mientras tú trabajas». A ella le divirtió aquel truco. Se pasaba los días así, con la boquita de su niña pegada a la nuca. Y esa ternura la hacía feliz.

Aicha se sentó en el sitio que la maestra le había indicado, cerca de la ventana, detrás de una niña muy guapa, Blanche Colligny. Las alumnas se habían vuelto todas hacia ella y se sintió amenazada por ese súbito interés. Blanche le sacó la lengua, se rio por lo bajo y dio un codazo a la compañera sentada a su lado. Imitó la forma que tenía Aicha de rascarse, debido a la lana de mala calidad con la que su madre le hacía las bragas. Aicha se giró hacia la ventana, se inclinó sobre la mesa y hundió su rostro en el hueco del codo. Sor Marie-Solange se acercó a ella.

«—¿Qué le pasa, señorita, está usted llorando?

—No, no estoy llorando, estoy durmiendo la siesta».

Aicha portaba en ella una carga de vergüenza enorme. Vergüenza de la ropa que su madre le cosía. De las batas escolares grisáceas a las que Mathilde añadía a veces algún detalle coqueto. Flores en las mangas, un ribete azul en el cuello. Pero ninguna prenda parecía nueva. Ninguna prenda parecía hecha para que ella la estrenara. Todo tenía un aspecto usado. Se avergonzaba de su pelo. Es lo que más le pesaba, esa masa crespa y sin forma, imposible de peinar, y que, en cuanto llegaba al colegio, se salía de las horquillas con que Mathilde intentaba sujetarla con enorme esfuerzo. Ya no sabía qué hacer con la melena de su hija. Nunca tuvo que lidiar con un pelo semejante. Era tan fino que se quebraba con las horquillas, se quemaba con las tenacillas, se resistía al peine. Pidió consejo a su suegra pero esta se encogió de hombros. En su familia, a ninguna mujer le había tocado la desgracia de un pelo tan encrespado. Era como el de Amín, aunque él lo llevaba muy corto, al estilo de los militares. Y de tanto ir al *hamam* donde se echaba agua ardiendo en la cabeza, las raíces se le habían atrofiado y ya no le crecía.

El peinado de Aicha era objeto de humillantes burlas. En mitad del patio, solo se la veía a ella. Una silueta menuda, un rostro de elfo y una cabellera enorme, una explosión de mechones rubios y ásperos, que, si el sol pegaba fuerte, daba la impresión de una corona dorada. ¡Cuántas veces soñó con tener el pelo de Blanche! Delante del espejo, en el dormitorio de su madre, se lo ocultaba con las manos e intentaba imaginarse cómo sería ella con la melena larga y sedosa de Blanche. O con los rizos castaños de Sylvie. O las trenzas de niña buena de Nicole. Su tío Ornar se metía con ella, diciéndole que le costaría encontrar marido y que parecía un espantapájaros. Sí, su melena recordaba a una mata de paja. Se vistiera como se vistiera, se veía ridícula, toda ella.

Las semanas pasaban, unas iguales a otras. Cada mañana se levantaba al alba y se arrodillaba en la oscuridad en un extremo de su cama, suplicando al Señor que nada viniera a retrasar su trayecto al colegio. Pero siempre sucedía algo. Un problema con uno de los fogones de la cocina que despedía humo negro. Una pelea de sus padres. Los gritos en el pasillo. Su madre, que se presentaba por fin, arreglándose el peinado y el pañuelo. Limpiándose una lágrima con el revés de la mano, quería parecer digna y luego no podía aguantarse. Daba media vuelta. Gritaba que soñaba con marcharse de allí, que había cometido el mayor error de su vida, que era una extranjera. Que si su padre supiera lo que estaba ocurriendo, le partiría la cara a ese marido gritón. Pero su padre no sabía nada. Estaba lejos. Y Mathilde se rendía. Regañaba a su hija que la estaba esperando seriecita en la puerta, y a la que le hubiera gustado decir: «¿Te puedes dar prisa? Por una vez me gustaría llegar puntual».

Maldecía el coche que su padre había comprado al ejército americano por un buen precio. Él había intentado rascar la bandera pintada en el capó pero temió estropear la carrocería y todavía quedaban algunas estrellas descascarilladas y un trozo de barra roja. La furgoneta no era solo horrible, también era caprichosa. Cuando subía la temperatura, un humo gris escapaba del motor y había que esperar a que este se enfriara. En invierno no arrancaba. «Tiene que calentarse», repetía Mathilde. Aicha culpaba a aquel trasto de sus disgustos, y maldecía a esa América, con la que muchos soñaban. «Son unos ladrones, unos inútiles, no valen nada», se decía, enfadada, para sus adentros. Por culpa de ese viejo cacharro, sus compañeras del colegio se burlaban de ella —«¡Tus padres deberían comprarte un burro, así no llegarías tan tarde!»— y la madre superiora le llamaba continuamente la atención.

Amín había conseguido fijar una sillita en la parte de atrás, con ayuda de un obrero. Aicha se sentaba en medio de las herramientas, las cajas de fruta y verdura que su madre suministraba al mercado de Meknés. Una mañana, la niña iba en el coche medio dormida y sintió que algo se movía contra su pierna. Soltó un grito y Mathilde estuvo a punto de dar un bandazo. «He notado algo entre las piernas», se justificó. Mathilde no quiso parar para no arriesgarse a que el coche no pudiera arrancar de nuevo.

«Seguro que es, una vez más, tu imaginación», la riñó, pasándose las manos por sus axilas húmedas. Cuando el coche aparcó frente a la cancela del colegio y Aicha saltó a la acera, el grupo de niñas que se apelotonaban en la entrada se puso a gritar. Algunas se agarraron a las piernas de las madres y otras salieron disparadas hacia el patio. Una de ellas se desmayó, o fingió que se desmayaba. Madre e hija se miraron sin entender qué pasaba. Luego vieron a Brahim que señalaba algo con el dedo riéndose. «Miren lo que se han traído de casa», decía, divertido. Una larga culebra se había escapado de la parte trasera del coche y seguía a la niña indolentemente, como un perro fiel que acompañara a su dueño de paseo.

Cuando en noviembre llegó el invierno para quedarse, tuvieron que afrontar las mañanas oscuras. Mathilde llevaba a su hija de la mano entre la hilera de almendros cubiertos por la helada y Aicha temblaba de frío. En la madrugada sombría, no oían más que su propia respiración. Ni un ruido de animales, ni una voz humana perturbaban el silencio. Se montaban en el coche húmedo, Mathilde encendía el contacto pero el motor se calaba. «Solo tiene que calentarse. No es nada». El coche, transido de frío, tosía como un tuberculoso. A veces la rabia se apoderaba de la pequeña. Lloraba, daba patadas a las ruedas, maldecía aquella finca, a sus padres, el colegio. De pronto, sonaba una bofetada. Mathilde salía del coche y lo empujaba cuesta abajo hasta la cancela al final del jardín. En mitad de la frente, una vena amenazaba con explotarle. Su rostro violáceo asustaba a Aicha, la impresionaba. El coche arrancaba pero luego había una cuesta muy empinada. Aquel cacharro roncaba cada vez más fuerte y a menudo se calaba.

Un día, a pesar del agotamiento y la vergüenza que le esperaban por llegar tarde y tener que llamar a la puerta del colegio, Mathilde se echó a reír. Era una mañana de diciembre, fría pero soleada. El cielo estaba tan claro que se veían las montañas del Atlas como una acuarela suspendida en el cielo. Con una voz estentórea, Mathilde gritó: «¡Estimados pasajeros, abróchense los cinturones, en breve despegaremos!». Aicha se rio y pegó su espalda al asiento. Mathilde hizo ruidos con la boca y la niña se agarró a la portezuela, lista para emprender el vuelo. Mathilde giró la llave, presionó el pedal del acelerador y el motor zumbó antes de emitir un silbido asmático.

La conductora se dio por vencida: «Estimados pasajeros, rogamos nos disculpen, pero parece que los motores no son bastante potentes y las alas necesitan una ligera reparación. No podremos emprender el vuelo hoy, debemos continuar el viaje por carretera. Pero pueden contar ustedes con su querido piloto: dentro de pocos días, volaremos. ¡Prometido!». Aicha sabía, por supuesto, que un coche no volaba y, sin embargo, durante años, siempre que se acercaban a esa cuesta, su corazón se embalaba, y pensaba: «¡Hoy será el día!». A pesar de lo inverosímil de aquella operación, no dejaba de esperar que la furgoneta se lanzara por las nubes y las condujera hacia nuevos lugares, donde podrían reír como locas, y verían con una luz distinta esa colina lejos del mundo.

Aicha odiaba aquella casa. Había heredado la sensibilidad de su madre, y Amín concluyó que todas las mujeres eran iguales, pusilánimes y fácilmente impresionables. La niña tenía miedo de cualquier cosa. De la lechuza que había en el aguacatero, cuya presencia, según los obreros, anunciaba una muerte cercana. De los chacales, cuyos aullidos le impedían dormir, y de los perros que merodeaban, con las costillas salientes y las mamas infectadas. Su padre la había avisado: «Siempre que salgas al campo, coge unas piedras». Ella dudaba que pudiera defenderse, alejar a las bestias feroces. Pero se llenaba los bolsillos con guijarros que entrechocaban al andar.

Temía, sobre todo, la oscuridad. La negrura profunda, densa, infinita, que rodeaba la finca de sus padres. Por la tarde, al salir del colegio, el coche de su madre enfilaba las carreteras por el campo, las luces de la ciudad se alejaban y ellas se sumergían en un mundo opaco y peligroso. El coche avanzaba en la oscuridad como cuando penetras en una gruta o te hundes en las arenas movedizas. En las noches sin luna, ni siquiera se distinguía la silueta masiva de los cipreses o el perfil de los pajares. Las tinieblas se tragaban todo. Ella contenía la respiración. Recitaba padrenuestros y avemarías. Pensaba en Jesús que había padecido unos sufrimientos terribles, y se decía a sí misma: «Yo no podría».

Dentro de la casa, una luz mortecina y lúgubre parpadeaba, y Aicha vivía con la angustia permanente de que se fuera la electricidad. A menudo, recorría el pasillo a tientas, con las palmas de las manos pegadas a las paredes y las mejillas húmedas de lágrimas, mientras gritaba: «¿Mamá, dónde estás?». Mathilde también soñaba con la claridad y acosaba a su marido. ¿Cómo iba a hacer la niña los deberes si se estropeaba la vista ante los cuadernos? ¿Cómo iba a correr y jugar Selim si temblaba de miedo? Amín había adquirido un generador que permitía recargar las baterías y que

utilizaba también en el otro extremo de la finca para bombear agua para los animales y el riego. Cuando las baterías se descargaban, la luz de las bombillas era cada vez más siniestra. Mathilde entonces encendía unas velas y fingía que esa iluminación era bonita y romántica. Contaba a Aicha cuentos de príncipes y princesas, de bailes en unos palacios de ensueño. Se reía, pero en realidad estaba pensando en la guerra, en los apagones durante los cuales maldecía su pueblo y los sacrificios que debían pasar, y recordaba las ansias de huir que sentía a sus diecisiete años. A causa del carbón, que servía para cocinar y para calentar la casa, la ropa de la pequeña estaba impregnada de un olor a hollín que le provocaba arcadas, además de las burlas de sus compañeras de clase. «Aicha huele a carne ahumada», gritaban las niñas en el patio. «Aicha vive como los moros en sus chozas del campo».

Amín había instalado su despacho en un extremo de la casa. En las paredes de lo que él llamaba «mi laboratorio», clavó con chinchetas unas láminas cuyos títulos Aicha se sabía de memoria. «El cultivo de los cítricos», «La poda de la viña», «Botánica aplicada a la agricultura tropical». Esas imágenes en blanco y negro no tenían para ella ningún sentido y pensaba que su padre era una especie de mago, capaz de influir en las leyes de la naturaleza, hablar con las plantas y con los animales. Un día, mientras estaba gritando por el miedo que sentía en las tinieblas, Amín se la subió a los hombros y salieron al jardín. Ni siquiera podía ver la punta de los zapatos de su padre, de lo oscuro que estaba. Un viento frío levantó su camisón. Él sacó un objeto del bolsillo y se lo dio. «Es una linterna. Agítala hacia el cielo y enfoca la luz a los ojos de los pájaros. Si lo consigues, tendrán tanto miedo que se quedarán paralizados y podrás cogerlos con la mano».

En otra ocasión, Amín pidió a su hija que lo acompañara al jardín que había diseñado para Mathilde. En él se alzaban un joven lilo, un arbusto de rododendro y una jacaranda que nunca había dado flores. Bajo la ventana del salón crecía un árbol cuyas ramas deformes cedían por el peso de las naranjas. Le mostró la rama de un limonero que llevaba en la mano y con la punta del dedo índice, cuya uña estaba siempre manchada de tierra, le indicó dos gruesos capullos blancos que se habían formado en ella.

Ayudándose con una navaja, entalló en profundidad el tronco del naranjo. «Mira bien, ahora». Insertó delicadamente un extremo de la rama del limonero, tallado con forma de escudete, en el corte que había hecho en el árbol. «Le pediré a un obrero que le ponga masilla y que lo ate. Tú, por tu parte, inventa un nombre para este árbol tan especial».

Sor Marie-Solange se había encariñado con Aicha. Estaba fascinada por esa niña en la que depositaba, en secreto, grandes ambiciones. Tenía el alma mística y, a pesar de que la madre superiora le había diagnosticado una cierta histeria, ella, en cambio, lo interpretaba como una llamada del Señor. Todas las mañanas, antes de la clase, las niñas iban a la capilla que estaba al final de un sendero de grava. Aicha llegaba a menudo con retraso pero en cuanto cruzaba la cancela del colegio, dirigía su vista hacia la casa de Dios. Entraba en ella con una determinación y una seriedad que contrastaban con su edad. Unos pocos metros antes de llegar a la puerta, se solía arrodillar y seguía avanzando en esa postura, con los brazos en cruz y la grava incrustándosele en la piel, con el rostro impasible. Cuando la madre superiora la veía, la levantaba con un gesto violento. «No aprecio para nada ese espectáculo vanidoso, señorita. Dios sabe reconocer los corazones sinceros». Aicha amaba a Dios y se lo dijo a sor Marie-Solange. Amaba a Jesús, que la acogía, desnudo, en las mañanas heladas. Le habían dicho que el sufrimiento acercaba al Cielo. Ella se lo creía.

Una mañana, al acabar la misa, Aicha se desmayó. No llegó a pronunciar las últimas palabras de la oración. Temblaba de frío en aquella capilla helada, con sus hombros huesudos cubiertos por un viejo jersey. Los cánticos, el olor a incienso, la voz potente de sor Marie-Solange no lograban que entrara en calor. Su rostro palideció, cerró los ojos y se desplomó en el suelo de piedra. Sor Marie-Solange tuvo que llevarla en brazos. A las alumnas les fastidió aquel espectáculo. Aicha, decían, era una beata, una santurrona, una futura iluminada.

La tendieron en el cuartito que hacía funciones de enfermería. La monja le besó las mejillas y la frente. En realidad, no le preocupaba la salud de la niña. Su desmayo era la prueba de que se había establecido entre aquel cuerpecito enclenque y el de Nuestro Señor un diálogo cuya profundidad y

belleza Aicha no entendía aún. Bebió agua caliente a lengüetazos y rechazó el terrón de azúcar que la monja le ofreció para que lo chupara. Alegó que ella no se merecía esa golosina. Sor Marie-Solange insistió, y entonces sacó su lengua picuda y luego masticó el azúcar con los dientes.

Pidió volver a clase. Dijo que se sentía mejor y que no quería retrasarse con las lecciones. Se sentó en su pupitre, detrás de Blanche Colligny. La mañana transcurría en paz y tranquilidad. Aicha no podía apartar la vista de la nuca de Blanche, sonrosada y carnosa, cubierta con una ligera pelusilla rubia. La niña llevaba el pelo recogido en un moño, a la manera de las bailarinas de *ballet*. Aicha observaba diariamente ese cuello durante horas. Lo conocía de memoria. Sabía que cuando Blanche se inclinaba para escribir, se le abultaba un poco la parte superior de los hombros. En septiembre, en los días de mucho calor, la piel de Blanche se cubría de pequeñas placas rojas y le picaba. Aicha se fijaba entonces en las uñas manchadas de tinta que rascaban la piel hasta hacerla sangrar. Gotitas de sudor se deslizaban desde la raíz del pelo hasta la espalda, los cuellos de sus vestidos estaban empapados y adquirirían un tono amarillento. En el aula, calentada en exceso, el cuello se le torcía como el de una oca a medida que la atención disminuía y el cansancio aumentaba, y a veces Blanche se quedaba dormida a media tarde. Aicha no tocaba nunca la piel de su compañera de clase. Por momentos, sentía deseos de estirar la mano, rozar con la punta de sus dedos el relieve de las vértebras, acariciar los mechones rubios que se le soltaban del moño y que le recordaban las plumas de un polluelo. Se contenía para no acercar la nariz al cuello de Blanche, cuyo aroma quería respirar; y cuyo sabor, descubrir con la punta de la lengua.

Ese día, vio que un estremecimiento recorría la nuca de Blanche. El vello rubio se erizó como el de un gato dispuesto a pelear. Se preguntó qué podía haberle provocado esa emoción. ¿O acaso era simplemente una brisa fresca que había penetrado por la ventana que sor Marie-Solange había abierto? Dejó de oír la voz de la maestra y el chirrido de la tiza sobre la pizarra. Ese trocito de piel la estaba volviendo loca. No resistió más. Cogió el compás y con un gesto rápido hundió la punta en la piel de Blanche. Lo extrajo enseguida y limpió con el dedo índice y el pulgar una gota de sangre.

Blanche soltó un grito. Sor Marie-Solange se dio la vuelta y estuvo a punto de caerse de la tarima. «¡Señorita Colligny! ¿Cómo se le ocurre gritar de ese modo?».

Blanche se echó encima de Aicha. Le tiró fuertemente de los pelos, con el rostro descompuesto por la rabia. «¡Ha sido ella, ese bicho! ¡Me ha pinchado en el cuello!». Aicha no se movió. Ante el ataque, agachó la cabeza, esperó a que la tormenta amainara, no dijo ni una sola palabra. Sor Marie-Solange agarró a Blanche por el brazo. La arrastró hacia su escritorio con una violencia que sorprendió a las demás niñas.

«—¿Cómo se atreve usted a acusar a la señorita Belhach? ¿Quién puede imaginarse que sea capaz de semejante cosa? Me temo que detrás de su acusación hay unas intenciones mezquinas.

—¡Le juro que es verdad! —gritó Blanche».

La niña se tocó la nuca y la inspeccionó con la palma de la mano, esperando encontrar alguna huella de la agresión. Pero no sangraba, y sor Marie-Solange le ordenó que copiase con buena letra: «No acusaré a mis compañeras de fechorías imaginarias».

En el recreo, Blanche le lanzaba miradas venenosas. «Ya verás lo que te espera», parecía decirle. Aicha lamentó que el ataque con el compás no hubiera tenido el efecto planeado. Ella esperaba que el cuerpo de su compañera se deshinchara como un globo al pincharlo con una aguja, y se convirtiera en un envoltorio mustio e inofensivo. Pero Blanche seguía viva y coleando, saltaba en medio del patio, hacía reír a sus compañeras. Apoyada en la pared exterior de la clase, con la cara dirigida al sol de invierno que calentaba sus huesos y la serenaba, observaba cómo jugaban las niñas en el recinto donde se erguían unos plátanos de sombra. Las alumnas marroquíes, con las manos ahuecadas alrededor de la boca, se contaban secretos. Aicha las encontraba guapas, con sus cabellos negros y largos, peinados en trenzas apretadas, algunas de ellas con una cinta blanca en la frente. La mayoría eran internas y dormían en la parte abuhardillada del edificio. El viernes se iban con sus familias a Casablanca, Fez o Rabat, unas ciudades en las que Aicha nunca había estado y que le resultaban tan lejanas como la Alsacia natal de su madre. Pero ella no era ni completamente marroquí ni tampoco una de aquellas europeas que jugaban

a la rayuela en el patio, hijas de propietarios de tierras, de aventureros, de funcionarios de la administración colonial. Ella no sabía qué era, así que prefería quedarse sola, apoyada en el muro ardiente por el sol. «¡Cuánto tarda en pasar el día!», pensó. «Estoy deseando ver a mamá».

Por la tarde, las niñas salieron gritando hacia la cancela. Habían llegado las vacaciones de Navidad. La grava crujía bajo los zapatos de charol, y los abrigos de paño se cubrían de un polvo blanco. Aicha se vio zarandeada por todos lados por las niñas que formaban un enjambre ruidoso y frenético. Cruzó la cancela, hizo un gesto con la mano a sor Marie-Solange y se detuvo en la acera. Mathilde no estaba. Veía alejarse a sus compañeras, frotándose contra las piernas de sus madres, como si fueran enormes gatos. Un coche americano aparcó frente al colegio y salió de él un hombre tocado con un fez rojo que buscaba con la mirada a una alumna. Cuando la vio, puso su mano en el corazón y agachó la barbilla en señal de respeto. «Lala Fatima», dijo, dirigiéndose a la niña que avanzaba hacia él, y Aicha se preguntó por qué a esa cría, que manchaba sus libros de baba de tanto dormirse sobre ellos, la trataban como a una señora. Fatima se metió en aquel coche enorme, y algunas niñas agitaron las manos y le gritaron: «¡Felices vacaciones!». Al rato aquel piar cesó, las compañeras se fueron y la vida de la ciudad retomó su curso. Unos adolescentes jugaban a la pelota en un solar detrás de la escuela, y ella oía insultos en español y en francés. La gente que pasaba le lanzaba miradas furtivas, intentando hallar una explicación a la soledad de aquella niña que no era una mendiga pero que parecía la hubiesen dejado allí olvidada. Aicha rehuía la mirada de la gente, no quería inspirar lástima ni buscar consuelo.

Cayó la noche y se pegó a la cancela, rezando para desaparecer y ser solo un soplo, un fantasma, una nube de vapor. El tiempo pasaba muy lento, sintió como si llevara allí una eternidad. Tenía los brazos y los tobillos congelados, y toda la atención puesta en su madre que no llegaba. Se frotaba los brazos, saltaba con un pie y con otro para entrar en calor. En esos momentos, pensó, sus compañeras disfrutarían en la cocina de sus casas comiendo creps bien calentitas con miel. Algunas estarían haciendo sus deberes sobre unos escritorios de caoba, en unos dormitorios que imaginaba repletos de juguetes. Los cláxones de los coches empezaron a

sonar, la gente salía del trabajo y ella se sobresaltaba con las luces cegadoras de los faros. La ciudad se vio arrastrada a una danza frenética, azuzada por el ritmo de los hombres vestidos con sombrero y abrigo. Con paso rápido, se dirigían a disfrutar del calor de sus casas, alegres al pensar en la noche que pasarían, bebiendo o durmiendo. Aicha se puso a girar sobre sí misma, como un mecanismo que hubiera enloquecido, y rezó al bueno de Jesús y a la Virgen María, con los dedos entrecruzados con tanta fuerza que las manos se le habían vuelto blancas. Brahim no le dirigió la palabra porque la madre superiora le tenía prohibido hablar con las alumnas. Pero tendió el brazo hacia la niña, y esta le cogió la mano y se la apretó. De pie delante de la cancela, los dos miraban atentamente el cruce por el que apareció Mathilde.

Saltó fuera del viejo cacharro y abrazó a su hija. En un árabe teñido de acento alsaciano, le dio las gracias a Brahim. Se tocó el bolsillo del delantal sucio, quizá buscaba una moneda para entregársela al guarda, pero no encontró nada y Mathilde se ruborizó. En el coche Aicha no respondió a las preguntas de su madre. No le comentó el odio de Blanche ni el de las demás compañeras hacia ella. Tres meses antes, había llorado al salir del colegio porque una niña se había negado a darle la mano. Sus padres le habían quitado importancia, diciéndole que no hiciera caso. Le dolió esa indiferencia. Pero aquella noche, la decepción le impedía dormir y oyó cómo sus padres discutían. Amén estaba fuera de sí con aquella escuela de cristianos en la que su hija no encajaba. Mathilde, entre sollozos, maldecía el aislamiento en el que vivían. A partir de entonces, Aicha no contó nada más. Ya no hablaba de Jesús a su padre. Guardaba en secreto su amor por aquel hombre de piernas desnudas que le daba fuerzas para contener su rabia. A su madre no le dijo que se pasaba el día con el estómago vacío desde que había encontrado un diente en medio del estofado de cordero con alubias que les habían servido en el comedor del colegio. No es que fuera un dientecito de leche, blanco y picudo, como el que se le había caído a ella ese verano, y por el que el ratoncito le había dejado bajo la almohada una golosina. No. Era un diente negro y hueco, un diente de anciano que parecía haberse desprendido de la encía, como si la carne que lo retenía estuviera podrida. Cada vez que pensaba en ello, se le revolvía el estómago.

En septiembre, cuando Aicha empezó el colegio, Amín decidió comprar una cosechadora. Había gastado tanto en la finca, en los niños, en amueblar la casa, que solo pudo acudir a un comerciante de máquinas de segunda mano, un estafador que le prometió algo excepcional traído directamente de fábrica de Estados Unidos. Amín le había hecho un gesto brusco con la mano para que se callara. No quería oír tanta palabrería, y de todos modos esa máquina era la única que se podía permitir. Se pasaba el día inclinado sobre la cosechadora y no dejaba que nadie la tocara. «Me la van a estropear», decía a Mathilde, preocupada al verlo cada día más delgado. Tenía el rostro debilitado por el cansancio y por el sol, y la tez se le había vuelto tan morena como la de los tiradores senegaleses. Trabajaba sin descanso, vigilaba cada gesto de los jornaleros, supervisaba hasta la caída de la tarde cómo cargaban los sacos, y a menudo se lo encontraban dormido en su coche, pues estaba demasiado cansado para conducir de vuelta a casa.

Durante meses, dejó de acostarse en el lecho conyugal. Comía cualquier cosa de pie en la cocina, mientras hablaba con Mathilde usando unos términos que ella no entendía. Parecía un demente y la miraba con los ojos desorbitados e inyectados en sangre. A él le habría gustado poder expresar cómo se sentía, pero lo único que sabía hacer era agitar los brazos con un gesto extraño y brusco, como si lanzara una pelota, como si se dispusiera a matar a alguien de un navajazo. Su angustia era tanto más dolorosa cuanto que no se atrevía a hablar con nadie. Reconocer su fracaso lo habría matado. No era ni por las máquinas, ni por el clima, ni siquiera por la incompetencia de sus obreros agrícolas. No. Lo que lo consumía por dentro era pensar que su propio padre se hubiera equivocado. Aquella tierra no servía para nada. Solo una pequeña capa era cultivable, pero bajo ese delgado espesor había mineral de toba, una roca gris e indiferente, una piedra contra la que chocaba constantemente su ambición.

A veces, estaba tan consumido por el cansancio y las preocupaciones que le habría gustado echarse en la tierra, encoger las piernas contra el pecho y dormir semanas enteras. Le habría gustado llorar como lloran los niños agotados por los juegos y por la excitación, pues las lágrimas aflojarían ese agobio que le apretaba el pecho. Con tanto sol e insomnio creyó volverse loco. Tenía el alma invadida por unas tinieblas donde se mezclaban los recuerdos de la guerra y la imagen de la miseria que se cernía sobre él. Recordaba la época de las grandes hambrunas. Debía de tener diez o doce años cuando vio llegar del sur a familias enteras con sus animales, delgados y famélicos hasta el extremo de no poder emitir ningún sonido. Con el cráneo carcomido por la tiña, se encaminaban hacia las ciudades a llevar sus súplicas mudas, y enterraban a sus hijos en las cunetas. Le parecía que el mundo entero sufría y que unas hordas hambrientas lo perseguían y no podía evitarlo, pues muy pronto él formaría parte de ellas. Esa pesadilla lo obsesionaba.

\* \* \*

Amín, sin embargo, no se vino abajo. Convencido por un artículo de una revista, decidió lanzarse a la cría de ganado bovino. Un día, Mathilde, mientras regresaba de acompañar a Aicha al colegio, lo vio en el borde de la carretera, a dos kilómetros de la finca. Iba andando con un hombre delgado vestido con una chilaba mugrienta y calzado con unas sandalias destrozadas que debían de lastimarle los pies. Amín sonreía mientras el otro le daba una palmada en el hombro, como si se conocieran desde siempre. Mathilde se detuvo, bajó del coche, se alisó la falda y se acercó a ellos. Su marido parecía incómodo, pero los presentó. El hombre se llamaba Buchaib, y Amín acaba de cerrar con él un trato del que se sentía muy orgulloso. Compraría, con los pocos ahorros que le quedaban, cuatro o cinco bueyes que el campesino llevaría a pastar a las montañas del Atlas, para cebarlos. Una vez que vendieran los animales, ambos se repartirían los beneficios.

Mathilde no dejaba de observar al hombre. No le gustó su risa, no era franca, se asemejaba a un ataque de tos de alguien que tuviera la garganta

irritada. La forma con que se frotaba la cara con sus largos dedos sucios le causaba una sensación desagradable. Ni una sola vez la miró a los ojos, y ella sabía que no era únicamente por ser mujer o extranjera. Aquel hombre los iba a estafar, estaba segura de ello. Esa misma noche se lo comentó a Amín. Esperó a que los niños se durmieran y a que su marido reclinara la cabeza en el respaldo de la butaca. Intentó convencerlo de que no hiciera negocios con aquel tipo. Se avergonzó un poco de sus argumentos, pues solo la guiaba el instinto, un mal presentimiento, el físico tan poco agradable del campesino. Él se enfureció. «Dices eso porque es negro, porque es un paleta que vive en la montaña y que no conoce las costumbres de la ciudad. No sabes nada de esa gente. No puedes comprender nada».

Al día siguiente, Amín y Buchaib fueron al zoco del ganado. Estaba instalado en el borde de una carretera, entre las ruinas de una muralla que antaño protegía a la gente de la ciudad de las razias de las cabilas y entre algunos árboles bajo los cuales los montañeses habían colocado alfombras. Hacía un calor sofocante y a Amín le desagradó el olor fuerte del ganado, el del estiércol y el del sudor de los campesinos. Varias veces se tapó la nariz con la manga por miedo a vomitar o a marearse. Los animales, flacos y plácidos, fijaban la vista en el suelo. Los burros, las cabras y unos cuantos bueyes parecían ser conscientes de lo poco que se tenía en consideración sus sentimientos. Masticaban sin entusiasmo las escasas matas de diente de león, de una hierba amarillenta, de hojas de malva. Tranquilos y resignados, esperaban pasar de una mano cruel a otra. Los campesinos, en cambio, ajetreados, gritaban anunciando el peso del animal, su precio, edad, cualidades. En aquella región pobre y árida, se luchaba por cultivar, cosechar, ocuparse de los animales. Amín sorteó los sacos de yute tirados en el suelo, tuvo cuidado de no pisar las bostas del ganado que se secaban al sol y fue directo hacia la zona del mercado donde habían agrupado un rebaño de bueyes.

Saludó al dueño, un viejo con la cabeza calva cubierta por un turbante blanco, y dio enseguida por terminadas las bendiciones con que este lo gratificó, una sequedad que a Buchaib le pareció excesiva. Amín habló del ganado como un científico. Hizo unas preguntas técnicas a las que el viejo era incapaz de responder. Quería dar a entender, de manera clara e

inequívoca, que ellos no eran del mismo mundo. El campesino se enfadó mientras masticaba un tallo de campanillas amarillas, haciendo el mismo ruido que los bueyes que vendía. Buchaib restableció la situación. Hundió los dedos en el hocico de las bestias y palpó las grupas con las dos manos. A la vez que daba unas palmadas en el hombro al campesino, le preguntaba por las cantidades de semen y de deyecciones de las bestias, y lo felicitó por el cuidado que les había dedicado. Amín se retiró unos cuantos pasos e hizo un enorme esfuerzo para no mostrar su hartazgo y su cansancio. La negociación duró varias horas. Buchaib y el campesino hablaban sin decirse nada. Acordaban un precio y luego uno de ellos cambiaba de opinión, amenazaba con marcharse y se hacía un largo silencio. Amín sabía que las cosas se trataban de ese modo, que era como un juego o un ritual, pero en varias ocasiones le entraron ganas de gritar para cortar de una vez con aquellas tradiciones ridículas. Se estaba acabando la tarde. El sol empezó a ocultarse detrás de los relieves del Atlas y un viento frío barrió el zoco. Chocaron la mano del vendedor que acaba de aligerarse de cuatro bueyes rebosantes de salud.

Cuando se disponía a despedirse de su socio para regresar a la aldea en lo alto de las montañas, Buchaib se mostró muy obsequioso. Elogió a Amín por sus modales y sus cualidades de negociante. Le soltó un largo discurso sobre el sentido del honor de las cabilas de la montaña, sobre el peso de la palabra dada. Criticó a los franceses pues eran desconfiados y picapleitos. Amín pensó en Mathilde y asintió. Había sido un día agotador y lo que deseaba era regresar a su casa y estar con sus hijos.

En las semanas siguientes, Buchaib envió con regularidad a un emisario a la finca. Un joven pastor con las piernas comidas por la sarna, cuyos ojos infectados de pus atraían a las moscas. El muchacho, que sin duda pasaba hambre, hablaba en tono poético de los bueyes. Decía que allá en las alturas la hierba era fresca y abundante, y que las bestias engordaban día a día. Mientras pronunciaba esas palabras vio que a Amín se le iluminaba la cara, y se sintió feliz de llevar alegría aquella casa. Regresó una o dos veces más y bebió con avidez el té en el que Mathilde, a petición del chaval, había echado tres cucharadas de azúcar.

Luego, el chico no volvió a aparecer. Pasaron quince días y Amín empezó a preocuparse. Cuando Mathilde le preguntó sobre ese asunto perdió los nervios: «Ya te he dicho que no te metas. Aquí las cosas suceden de ese modo. ¡No pensarás enseñarme cómo llevar mi finca!». Pero le atormentaba la duda. Por la noche, no podía dormir. Agotado, loco de angustia, envió a uno de sus obreros a por noticias, pero este regresó sin nada. No había podido encontrar a Buchaib. «La montaña es muy grande, Sidi Belhach. Nadie ha oído hablar de él».

Una noche, se presentó Buchaib en la puerta de la finca, con el rostro descompuesto y los ojos enrojecidos. Al ver a Amín acercarse se golpeó la cabeza con las dos manos, se arañó las mejillas, lanzó unos gritos de animal acorralado. Le costaba recuperar el aliento y Amín no entendía sus explicaciones. Buchaib repetía: «¡Unos ladrones, unos ladrones!», y la mirada se le inundaba de pánico. Le contó que una pandilla de hombres armados se había presentado por la noche. Que habían atado a los chicos que guardaban el rebaño tras haberlos golpeado y se habían llevado los bueyes en un camión. «Los pastores no pudieron evitarlo. Son buena gente, trabajadores honrados. ¿Pero qué pueden hacer ellos frente a unas armas y un camión?». Buchaib se dejó caer en una butaca. Colocó las manos en sus rodillas y se echó a llorar como un crío. Alegó que estaba humillado, que nunca se recuperaría de semejante vergüenza. Tras beber un sorbo del vasito de té, al que le había echado cinco cucharadas de azúcar, añadió:

«—Es una enorme desgracia para nosotros.

—Vamos a ir a la policía —dijo Amín, que estaba de pie frente al campesino.

—¿A la policía? —el hombre se echó a llorar de nuevo. Movié la cabeza, en un gesto de desesperación—. La policía no podrá hacer nada. Esos ladrones, esos diablos, esos hijos de perra estarán ya muy lejos. ¿Cómo iban a encontrarlos?».

Y se lanzó a una larga letanía sobre la desgracia de los hombres de la montaña, que viven lejos de todo, a merced de la violencia y de las estaciones. Lloró sobre su suerte, quejándose de la sequía, las enfermedades, las mujeres que morían de parto, los funcionarios corruptos. Seguía sollozando cuando Amín lo agarró por el brazo.

«¡Vamos a la policía!». Aunque Amín era más bajo que el campesino, no por ello se imponía menos. Era joven y tenaz, con unos brazos musculosos por las tareas del campo. Buchaib sabía que había estado en la guerra, que había sido oficial en el ejército francés y que lo habían condecorado por sus actos heroicos. Agarró la manga de la chilaba de Buchaib bien fuerte con el puño, y este no pudo resistirse. Subieron al coche y una oscuridad brutal los envolvió. Reinaba el silencio. A pesar del frío de la noche, Buchaib sudaba. Amín le lanzaba miradas furtivas. Observaba las manos del campesino, apenas iluminadas por la débil luz de los faros. Temía que este, en un ataque de locura o de desesperación, se lanzase sobre él e intentase matarlo y luego huir.

En el horizonte apareció el cuartel de la gendarmería. Buchaib cambió el tono desesperado por un discurso sarcástico. «¿Cómo puedes creer que esos inútiles van a hacer algo por nosotros?», repetía. Se encogió de hombros, dando a entender que su ingenuidad era la cosa más ridícula que había visto. Amín aparcó en la puerta del cuartel, pero Buchaib se quedó sentado. Rodeó el coche, abrió la otra puerta delantera y dijo: «¡Vamos!».

Regresó a su casa a primeras horas de la mañana. Mathilde estaba sentada en la mesa de la cocina. Intentaba hacer unas trenzas a Aicha, que se mordía los labios para no llorar. Se quedó mirándolas. Les sonrió sin decir nada y se dirigió al dormitorio. No contó a Mathilde que los gendarmes habían recibido a Buchaib como a un viejo conocido; escuchaban, mientras se reían, el relato sobre los ladrones de las montañas. Con expresión de sorpresa le preguntaron: «¿Y el camión? Dinos cómo era. ¿Y esos pobres pastores están muy malheridos? Quizá podrían venir a declarar. Cuéntanos de nuevo la llegada de los ladrones. Es muy extraña esta historia». Amín tenía la impresión de que se estaban burlando de él, más que de Buchaib. De él, que se consideraba un terrateniente; de él, que adoptaba actitudes de colono; de él, estafado como un imbécil por el primer charlatán con el que se había cruzado. Buchaib pasaría unos meses en la cárcel. Pero eso no lo consolaba. Eso no reembolsaba sus deudas. El campesino acertó en el fondo. No había servido de nada ir a la policía. Solo lo había disgustado un poco más. Tendría que haber dado un puñetazo a ese palurdo, a ese hombre de mierda. Tendría que haberlo matado a palos.

¿Quién lo habría denunciado? ¿Tenía esposa, algún hijo, algún amigo, que hubiera buscado los rastros de ese indeseable? Todos los que frecuentaban a Buchaib se habrían quedado sin duda aliviados al perderlo de vista. Habría ofrecido el cadáver a modo de regalo a los chacales y a los buitres, y, así, habría tenido al menos la sensación de haber sido vengado. ¡Ir a la policía, qué estupidez!

# III

Aicha amaneció animada. Era el primer día de las vacaciones de Navidad y rezó, tumbada en la cama, bajo la manta de lana. Rezó por sus padres, que se sentían tan desgraciados, y por ella, pues quería ser bondadosa y salvarlos. Ellos se peleaban continuamente. El día anterior, su madre había roto dos vestidos en pedacitos. Dijo que ya no aguantaba más esos pingos miserables, que si él seguía negándose a darle dinero para ropa, se pasearía por ahí desnuda. Aicha apretó con fuerza las manos y suplicó a Jesús que impidiera que su madre saliera a la calle sin nada encima, suplicó al Señor que le evitara semejante humillación.

En la cocina, Mathilde estaba sentada con Selim en su regazo y acariciaba el pelo rizado de su hijo al que adoraba. Miraba con aspecto cansado el patio inundado de sol y la cuerda doblada por el peso de la ropa tendida. Aicha pidió a su madre que le preparara una cesta con provisiones. «Podríamos acompañarte, ¿no crees? ¿Por qué no nos esperas?». Ella lanzó una mirada fulminante a su hermano al que consideraba un perezoso y un quejica. No quería que nadie la siguiera, sabía adónde iba. «Me están esperando. Me voy». Corrió hacia la puerta, hizo un gesto con la mano y desapareció.

No dejó de correr hasta llegar a un aduar que se encontraba a casi un kilómetro de la finca, en la otra vertiente de la colina, detrás de los campos de membrillos. Cuando corría se sentía inalcanzable. El ritmo que imprimía a su cuerpo la volvía sorda y ciega, la encerraba en una soledad feliz. Corría, y si le empezaba a doler el pecho, si la garganta se le llenaba de un sabor a polvo y a sangre, recitaba un padrenuestro para darse ánimos. «*Venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad*».

Llegó al aduar sin aliento, con las piernas enrojecidas por las picaduras de las ortigas. «*En la Tierra como en el cielo*». La aldea se componía de cinco casuchas miserables ante las cuales saltaban unas gallinas y unos

chiquillos. Allí vivían los jornaleros de la finca. Había ropa tendida en una cuerda entre dos árboles. Detrás de las viviendas, unos montículos de piedras blancas recordaban que allí estaban enterrados los antepasados. Aquel sendero polvoriento y la colina en la que pastaban los rebaños eran todo lo que habían visto y verían antes de morir. Allí estaba la casa de Ito y de sus siete hijas. Ese gineceo era famoso en la región. En cuanto llegó la quinta niña, se sucedieron las risas y las bromas. Los vecinos se burlaban de Ba Milud, el padre, poniendo en duda la calidad de su semen, decían que una vieja amante le había echado un sortilegio. Ba Milud se enfadaba. Pero cuando nació la séptima niña, todo se invirtió y pensaron, por el contrario, en varios kilómetros a la redonda, que Ba Milud estaba bendecido y que en esa familia había algo mágico. Le pusieron como apodo «el hombre de las siete doncellas», y ello lo llenaba de orgullo. Otros que no fueran él habrían podido lamentarse: ¡Qué preocupación! ¡Las chicas yendo solas por el campo y que unos hombres las importunen, las deseen o las dejen preñadas! ¡Cuánto gasto, hay que casarlas, venderlas al mejor postor! Pero el bendito, el optimista de Ba Milud, se sentía colmado de gloria, era feliz en aquella casa rebosante de feminidad, donde las voces de sus hijas le recordaban el pío de los pájaros cuando llega la primavera.

La mayoría de ellas habían heredado los pómulos pronunciados y el cabello claro de la madre. Las dos mayores eran pelirrojas y las demás, rubias, y todas llevaban en la barbilla un tatuaje hecho con alheña. Se peinaban con unas trenzas largas que colgaban por debajo de la espalda. Tenían la frente ancha, y se la cruzaban con una cinta de color amarillo chillón o rosa carmín, y llevaban unos aros en las orejas, tan pesados que los lóbulos se les habían estirado. Pero lo que cualquiera observaba, y que constituía su originalidad, era la belleza de su sonrisa. Con unos dientes pequeños, blancos y brillantes, como perlas. Incluso Ito, que había envejecido, y bebía un té muy azucarado, mostraba una sonrisa resplandeciente.

Un día, Aicha preguntó a Ba Milud por su edad: «Al menos cien años», respondió, en un tono serio, y la niña se quedó impresionada. «¿Por eso es por lo que tienes un diente nada más?». Ba Milud se echó a reír y le brillaron los ojos, pequeños y sin pestañas. «Pues bien, es por los ratones»,

dijo. Y adoptando un tono misterioso, le contó una historia en voz baja, mientras Ito y las chicas reían. «Una noche, había trabajado tanto en el campo que me quedé dormido en mitad de la cena. Todavía tenía en la boca un pedazo de pan mojado en té. Estaba tan profundamente dormido que no noté que un ratoncito trepó sobre mí, se comió el pan en mi boca y me robó todos los dientes. Cuando desperté, solo me quedaba uno». Aicha soltó un grito de asombro mientras las mujeres de la casa seguían riendo.

«¡No asustes a la niña, Ba!». «No te preocupes, *benti*, hija mía, en vuestra finca no hay ratoncitos como ese».

\* \* \*

Desde que Aicha había empezado el colegio iba menos por casa de Ito. Esta la acogía con gritos y risas. Quería a la hija del patrón, con su frondosa melena del color de la paja, su aspecto tímido y su cestita. En cierto modo era como una hija y Tamo, la mayor de las siete doncellas, trabajaba con ellos desde que habían llegado a la finca. Aicha buscó a las chicas pero no había nadie en la pieza central donde comían y dormían, y donde Ba Milud montaba a su esposa sin preocuparle la presencia de sus hijas. La casa era húmeda y fría, y a Aicha le costaba respirar debido al humo del anafre ante el que Ito, en cuclillas, agitaba un trozo de cartón. Con la otra mano, rompió un huevo y lo puso a freír en la sartén colocada sobre el carbón de leña y le añadió una pizca de comino. Se lo ofreció: «Toma, para ti». Y mientras la niña comía con los dedos, sentada sobre sus talones, le acarició suavemente la espalda, riéndose porque la yema de huevo se le escurría por el cuello de la blusa que Mathilde había tardado dos noches en confeccionar.

Rabea llegó con la cara sofocada por todo lo que había corrido. Solo le llevaba tres años a Aicha, pero ya no era una niña pequeña. Aicha la veía como la prolongación de los brazos de su madre. Rabea sabía pelar las verduras con su misma habilidad, limpiar los mocos secos de sus hermanas pequeñas, encontrar hojas de malva al pie de los árboles, luego cortarlas finitas y guisarlas. Con las manos igual de diminutas que las de Aicha, amasaba pan, vareaba las aceitunas por encima de las grandes redes en el

momento de la recolección. Sabía que no debía subir a las ramas húmedas de los árboles pues podía resbalarse. Su modo de silbar asustaba a los perros vagabundos que salían huyendo, con el rabo entre las patas y temblando. Aicha admiraba a las hijas de Ito y observaba sus juegos sin entenderlos del todo. Se perseguían corriendo, se tiraban de los pelos y a veces se echaba una sobre otra e imitaban esos movimientos de vaivén que tanta risa les provocaba. Les gustaba disfrazar a Aicha y gastarles bromas. Le colgaban una muñeca de trapo de la espalda, le ponían un pañuelo sucio en la cabeza y daban palmas para que bailara. Una vez, intentaron convencerla de que ella también se tatuara con alheña los pies y las manos. Pero Ito intervino antes de que lo hicieran. La llamaban *Bent Tayer*, la hija del rico, con una deferencia burlona, y añadían: «¿A que tú no eres mejor que nosotras?».

Un día, Aicha le contó a Rabea lo que era el colegio y esta se quedó conmovida. ¡Qué pena le daba Aicha! Se lo imaginaba como una especie de cárcel donde los adultos gritaban en francés a unas niñas aterrorizadas. Una cárcel donde era imposible disfrutar del paso de las estaciones, donde las alumnas estaban sentadas el día entero, a merced de la crueldad de la gente mayor.

Las dos niñas se adentraron en el campo sin que nadie les preguntara adónde iban. El barro, pegajoso y espeso, se adhería a sus zapatos y cada vez les costaba más caminar. Arrancaban con los dedos la arcilla que se pegaba a la suela, y el tacto de la tierra mojada las hacía reír. Cansadas, se sentaron al pie de un árbol y jugaron sin mucho entusiasmo a hacer pequeños agujeros con el dedo índice en la tierra donde descubrían unos gusanos grandes que aplastaban con las manos. Les gustaba saber lo que había en el interior de las cosas: en el vientre de los animales, en los tallos de las flores, en los troncos de los árboles. Querían destripar el mundo con la esperanza de averiguar su misterio.

Ese día hablaron de fugarse, de marcharse en busca de aventuras, se rieron ante la perspectiva de aquella inmensa libertad. Pero pronto sintieron hambre, el viento se volvió frío y el sol empezó a declinar. Aicha suplicó a su amiga que la acompañara a casa, tenía miedo de regresar sola y, por el sendero de piedras, la cogió por el codo. No estaban muy lejos de la casa

cuando Rabea vio un enorme montón de paja, que los obreros no habían metido en el establo, y que estaba justo debajo del granero. «Ven», le dijo a Aicha, que la siguió pues no quería parecer cobarde. Treparon al tejado gracias a una escalera de mano y Rabea, con el pecho sacudido por la risa, le dijo: «¡Mira!», y saltó.

Durante unos segundos, no se oyó nada. Como si el cuerpo de Rabea se hubiera evaporado, como si un *jinn* la hubiera secuestrado. Aicha dejó de respirar. Primero, se acercó al borde del tejado y se asomó, llamando, con una voz endeble: «¿Rabea?». Al rato, creyó oír un grito o un sollozo. Tuvo tanto miedo que bajó por la escalera a toda prisa y corrió hacia la casa. Mathilde estaba sentada en su butaca con Selim a sus pies. Su madre se levantó y, cuando se disponía a regañarla y decirle que se había angustiado mucho por la tardanza, Aicha se lanzó a sus piernas. «¡Creo que Rabea está muerta!».

Mathilde llamó a Tamo que dormitaba en la cocina y todas corrieron hacia el granero. Tamo gritó al ver a su hermana en medio de la paja manchada de sangre. Mientras gritaba, los ojos se le salían de las órbitas y Mathilde para calmarla le dio una bofetada que la tiró al suelo. Se inclinó sobre la niña, vio la herida profunda que se había hecho con la horca que estaba oculta en la paja. La cogió en brazos y la llevó corriendo a la casa. Sin dejar de acariciar la cara de la niña que estaba desmayada, intentó llamar al médico pero el teléfono estaba estropeado. Le temblaban las mandíbulas y eso asustó a Aicha, que pensó que si Rabea se moría el mundo entero la odiaría. Lo que había ocurrido era culpa suya, y al día siguiente se enfrentaría al odio de Ito, a la ira de Ba Milud, a las maldiciones de toda la aldea. Saltaba sobre un pie y sobre el otro, y las piernas le hormigueaban.

«¡Maldito teléfono, maldita finca, maldito país!». Mathilde arrojó el aparato contra la pared y pidió a Tamo que tendiera a su hermana en el sofá del salón. Se había cortado la electricidad y encendieron unas velas alrededor de la niña, inmóvil, que con esa luz parecía ya un cadáver adorable, listo para ser inhumado. Tamo y Aicha estaban calladas por temor a Mathilde y por admiración hacia ella que buscaba algo en el armario botiquín. Se inclinó sobre Rabea y el tiempo se detuvo. Solo se oía el ruido

de la saliva que tragaba, de las tijeras recortando el vendaje y el hilo para suturar la herida. Puso en la frente de Rabea, que ahora se quejaba suavemente, un paño humedecido con agua de colonia y dijo: «¡Ya está!». Cuando su marido llegó, y Aicha hacía tiempo que se había dormido, con el corazón abrumado por el miedo, Mathilde se puso a llorar y a gritar. Maldijo aquella casa, ella no podía seguir viviendo así, como salvajes, y no pensaba poner en peligro la vida de sus hijos ni un minuto más.

\* \* \*

Mathilde se despertó al alba. Entró en el cuarto de su hija que dormía al lado de Rabea. Levantó con delicadeza el vendaje que cubría la herida de la niña y dio un beso en la frente a cada una. Del escritorio de Aicha cogió el calendario de Adviento, en el que aparecía escrito con letras doradas: «Diciembre de 1953». Mathilde lo había confeccionado ella misma. Había recortado veinticuatro ventanitas, tras las que ocultó alguna golosina, que, como comprobó, permanecían cerradas. Aicha pretendía que no le gustaban los dulces. Jamás los pedía, rechazaba la fruta escarchada o las cerezas confitadas en aguardiente que Mathilde escondía detrás de una hilera de libros. La seriedad de su hija la irritaba. «Es igual de austera que su padre», pensó. Su marido ya había salido al campo, y ella se sentó en la mesa frente al jardín, envuelta en una manta.

Tamo le llevó el té y se inclinó para servírselo a Mathilde que hizo un gesto de disgusto al olería. Odiaba el olor de la criada, no aguantaba su risa, su curiosidad, su falta de higiene. La trataba de sucia y de grosera.

Tamo lanzó un grito de admiración. «¿Qué es?», preguntó, señalando el calendario sobre el que destacaban unas estrellas doradas. Mathilde dio un cachete en los dedos de la criada. «¡No te acerques a esto! Es para Navidad».

Tamo se encogió de hombros y regresó a la cocina. Mathilde se agachó junto a Selim que estaba sentado en la alfombra. Le lamió el dedo índice y lo hundió en el azucarero que Tamo había dejado. Selim, que sí era goloso, se chupó el dedo y dijo «gracias».

Mathilde llevaba semanas anunciando que quería que esas Navidades fueran como las de antaño en Alsacia. Cuando vivían en el barrio de Berrima, no insistió en poner un árbol de Navidad, ni los regalos o las guirnaldas. No se había mostrado caprichosa, pues entendió que era imposible imponer a su dios y sus ritos en aquella casa oscura y silenciosa de la medina. Pero su hija tenía ahora seis años y Mathilde, en este hogar que era suyo, soñaba con organizarle unas Navidades inolvidables. Sabía que en el colegio las niñas alardeaban de los regalos que se disponían a recibir, de los vestidos que las madres les habían comprado y se negaba a que su hija estuviera privada de esas alegrías.

Mathilde se subió al coche y enfiló la carretera que se sabía de memoria. A veces, saludaba a los obreros sacando fuera de la ventanilla su brazo izquierdo y ellos le respondían poniéndose la mano en el corazón. Cuando iba sola, conducía deprisa, y ya se lo habían advertido a Amín, que le prohibió que se aventurara a semejantes riesgos. Pero a ella le apetecía atravesar el paisaje levantando nubes de polvo y que la vida avanzase lo más rápido posible. Llegó a la plaza El-Hedim y aparcó en la parte alta de una callejuela. Antes de salir del coche, se puso una chilaba encima de la ropa y un velo que le tapaba la boca y la nariz. Unos días atrás, la habían atacado lanzándole piedras, mientras Aicha y Selim, aterrorizados, gritaban en el asiento de atrás. No le había dicho nada a Amín por miedo a que le prohibiese salir. Decía que era arriesgado para una francesa pasearse por las calles de la medina. Mathilde no leía la prensa, oía poco la radio, pero su cuñada Selma le había comentado, con una mirada maliciosa, que la victoria del pueblo marroquí llegaría muy pronto. Contó, riéndose, que habían obligado a un joven a comerse un paquete de cigarrillos por no respetar el boicot a los productos franceses. «A un vecino le asestaron un navajazo que le rajó los labios. Dijeron que fumaba y que ofendía a Alá». En la ciudad europea, a la salida del colegio Notre-Dame, las madres no se privaban de contar, en un tono de voz alto y severo, las traiciones de los moros, a quienes ellas sin embargo habían tratado con deferencia y respeto. Querían que Mathilde oyera esos relatos de secuestros de franceses, torturados por los cabileños de las montañas, pues la consideraban cómplice de aquellos atroces crímenes.

Salió del coche, con la cabeza y el cuerpo tapados, y se dirigió a casa de su suegra. Sudaba y se bajaba un poco el velo para retomar aliento. Ese disfraz le causaba una impresión extraña, la de ser una niña pequeña que juega a ser otra, y esa impostura la embriagaba. Pasaba desapercibida por completo, fantasma entre fantasmas, y nadie, bajo aquellos velos, podía adivinar que era una extranjera. Adelantó a un grupo de chiquillos que vendían cacahuets de la zona de Bufakran y se detuvo ante un puesto para palpar con los dedos unos nísperos carnosos y de color naranja. En árabe, regateó el precio, y el vendedor, un campesino delgado y sonriente, le cedió el kilo por una módica cantidad. Le habría gustado quitarse el velo, mostrar claramente su rostro, que se le vieran bien sus enormes ojos verdes, y decirle al hombre: «¡Me has tomado por lo que no soy!». Pero esa broma le pareció absurda y renunció al placer de burlarse de la ingenuidad de la gente.

Con los ojos bajos y el velo tapándole hasta la nariz, se sentía desaparecer y no sabía en realidad qué pensar. Si bien el anonimato la protegía, incluso la fascinaba, era como un abismo en el que se hundía a su pesar, y le parecía que, con cada paso que daba, perdía cada vez más su nombre, su identidad, y que, al enmascarar su físico, enmascaraba una parte esencial de sí misma. Se convertía en una sombra, en un personaje familiar pero sin nombre, sin sexo y sin edad. Las pocas veces que se había atrevido a hablar a Amín de la condición de las mujeres marroquíes, de Muilala que nunca salía de su casa, su marido había zanjado de golpe la conversación. «¿De qué te quejas? Tú eres una europea, nadie te prohíbe nada. Así que ocúpate de ti misma y deja a mi madre tranquila».

Pero Mathilde insistía, pues no podía dominar el deseo de llevarle la contraria. Por la noche, a un Amín agotado por el trabajo en el campo, exhausto por las preocupaciones, le hablaba de Selma, de Aicha, de esas niñas cuyo destino aún no estaba trazado. «Selma tiene que estudiar», afirmaba. Y si él no le contestaba nada, ella seguía. «Los tiempos han cambiado. Piensa también en tu hija. No me digas que tienes la intención de educarla como a una mujer sumisa». Mathilde le citaba, entonces, en su árabe con acento alsaciano, las palabras que la princesa Lala Aicha había pronunciado en Tánger en abril de 1947. Fue en honor a la hija del sultán

Mohamed V por lo que ellos habían elegido el nombre de su primogénita, y a Mathilde le gustaba recordarlo. ¿Acaso no eran los propios nacionalistas los que asociaban el deseo de independencia a la necesidad de favorecer la emancipación de las mujeres? Cada vez eran más numerosas las que recibían una educación, abandonaban el jaique y se vestían con chilaba o con ropa europea. Él asentía con la cabeza, refunfuñaba, pero no prometía nada. Al caminar por el campo, en medio de las jornaleras, recordaba esas conversaciones. «¿Quién querría a una pervertida?», se decía a sí mismo, «Mathilde no entiende nada». Pensaba entonces en su madre, que se había pasado la vida encerrada. De pequeña, a Muilala no se le permitía ir al colegio con sus hermanos varones. Luego, Sidi Kadur, su difunto marido, construyó la casa en la medina. Había hecho una concesión a las costumbres, abriendo una única ventana en el muro del piso de arriba, cuyos postigos estaban siempre cerrados, y a la que Muilala le estaba prohibido acercarse. La modernidad de Kadur, que besaba la mano a las francesas y se permitía el capricho de frecuentar a alguna prostituta judía del barrio de El Mers, se acababa en cuanto se trataba de la reputación de su esposa. De pequeño, Amín había visto a su madre espiar por los intersticios los movimientos de la calle y poner el dedo índice sobre sus labios para sellar entre ellos ese secreto.

Para Muilala, el mundo estaba atravesado por unas fronteras infranqueables. Entre hombres y mujeres, entre musulmanes, judíos y cristianos, y ella estaba convencida de que para entenderse bien, más valía no cruzarlas. La paz se conseguía si cada cual se quedaba en su sitio. A los judíos del *mellah* les encargaba la reparación de los anafres, la confección de los canastos, y a una costurera delgada y con las mejillas cubiertas de vello, los artículos de mercería indispensables para el hogar. Nunca conoció a los amigos europeos de Kadur que alardeaba de moderno y al que le gustaba vestir levitas y pantalones de pinzas. Y no hizo ninguna pregunta la mañana en la que, limpiando el salón privado de su esposo, descubrió en las copas y en las colillas de los cigarros unas huellas de carmín con la forma de unos labios.

Amín quería a su mujer, la amaba y la deseaba hasta el extremo de despertarse a veces en mitad de la noche queriéndola morder, devorar,

poseer de manera absoluta. Pero solía dudar de sí mismo. ¡Qué locura se le había pasado por la mente! ¿Cómo se le había ocurrido imaginar que podía vivir con una europea, una mujer tan emancipada como Mathilde? Por culpa de ella, de esas dolorosas contradicciones, le parecía que su vida estaba dominada por el movimiento de un balancín que se hubiera vuelto loco. En ocasiones, sentía la violenta y cruel necesidad de retornar a su cultura, de amar con todo su corazón a su dios, su lengua, su tierra, y la incompreensión de Mathilde lo alteraba profundamente. Quería una esposa que se pareciera a su madre, que lo comprendiese sin necesidad de palabras, que tuviera la paciencia y la abnegación de los suyos, un pueblo que habla poco y trabaja mucho. Una mujer que lo esperara en casa, silenciosa y entregada, que lo observara comer y en ello hallara toda su felicidad y gloria. Mathilde lo había convertido en un traidor y en un herético. En ocasiones, sentía el deseo de desenrollar una almozala y rezar, posar su frente en el tapiz, oír en su corazón y en la boca de sus hijos la lengua de sus ancestros. Soñaba con hacer el amor en árabe, susurrar al oído de una mujer de piel dorada palabras cariñosas, como las que se dicen a los niños pequeños. En otros momentos, cuando llegaba a casa y su mujer saltaba a abrazarlo, cuando oía desde el cuarto de baño a su hija cantando, cuando Mathilde se inventaba juegos y gastaba bromas, se sentía feliz y por encima de los demás. Como si se hubiera extirpado de la masa, y debía reconocer que la guerra había cambiado todo y que la modernidad tenía sus ventajas. Sentía vergüenza de sí mismo y de su inconstancia, y Mathilde —él lo sabía perfectamente— pagaba por ello.

\* \* \*

Mathilde llegó ante la vieja puerta claveteada y dio dos golpes fuertes con la aldaba. Le abrió Yasmín, que se había recogido los faldones de la túnica en la cintura para fregar, y se le veían las pantorrillas negras cubiertas de vello rizado. Eran casi las diez de la mañana, pero la casa estaba en calma. Se oía el ruido de los gatos, estirándose, y de la aljofifa empapada que la criada tiraba al suelo. Ante los ojos asombrados de

Yasmín, Mathilde se quitó la chilaba, arrojó el velo a un sillón y subió al primer piso corriendo. Yasmín tosió y escupió en el pozo una flema espesa y verdusca.

En el piso de arriba, Mathilde se encontró a Selma dormida en un diván. Sentía mucho cariño por esa joven caprichosa y rebelde que acababa de festejar sus dieciséis años. Era natural y espontánea, lo que no le quitaba atractivo, y Muilala se contentaba con darle cariño y comida. «Con eso tiene bastante», le había contestado un día Amín. Sí, era bastante pero no suficiente. Selma vivía entre el ciego amor de su madre y la vigilancia brutal de sus hermanos. Desde que se le empezaron a marcar las caderas y los senos, había sido declarada apta para el combate, y sus hermanos no se reprimían en estamparla de vez en cuando contra la pared. Ornar, diez años mayor que ella, decía que notaba en su hermana una inclinación hacia la rebeldía, un espíritu indomable. Sentía celos de la protección de la que disfrutaba, del cariño que la madre descubrió tardíamente y que se lo había negado a él. Su belleza ponía nerviosos a sus hermanos, que sentían, como los animales, acercarse la tormenta. Querían golpearla de manera preventiva, encerrarla antes de que cometiera una tontería y fuese demasiado tarde.

Con los años, era cada vez más guapa, de una belleza enojosa e irritante, que indisponía a la gente y que parecía anunciar las peores desgracias. Cuando Mathilde la observaba, se preguntaba qué se sentiría siendo tan bella. ¿Dolería? ¿Tenía la belleza un peso, un sabor, una consistencia? ¿Acaso era consciente Selma del malestar y la agitación que provocaba su presencia, de la irresistible atracción que sentías al quedarte mirando esos rasgos tan finos y perfectos de su adorable rostro?

Mathilde era esposa y madre, pero, por extraño que fuera, al comparar a las dos, Selma parecía más mujer. La guerra había dejado huellas en el cuerpo de Mathilde, que había festejado sus trece años el 2 de mayo de 1939. Sus senos habían tardado en despuntar, atrofiados como estaban por el miedo, las carencias, el hambre. El pelo, de un rubio mate, era tan fino que se le traslucía el cráneo, como a los bebés. Selma, en cambio, desprendía una sensualidad confiada. Sus ojos eran tan negros y brillantes como las aceitunas que Muilala ponía a marinar en sal. Sus espesas cejas, su

pelo recio y su frente ancha, la pelusilla fina y castaña que le crecía encima del labio, le hacían parecer una heroína de Bizet o de Mérimée, características que Mathilde asociaba con las mujeres mediterráneas. Unas mujeres velludas y vibrantes, unas morenas febriles capaces de volver locos a los hombres. A pesar de su corta edad, Selma tenía una manera de adelantar la barbilla, de morderse los labios, de ondular la cadera derecha, que le daba un aspecto de protagonista de una novela de amor. Las mujeres la odiaban. En el liceo, una profesora le tenía ojeriza y no dejaba de regañarla y de infligirle castigos. «Es una adolescente rebelde y descarada. Imagínese que cuando le doy la espalda tengo miedo. Saber que está ahí, en la clase, sentada detrás de mí, me inunda de terror, un sentimiento que sé es irracional», había dicho confidencialmente a Mathilde, que se había empeñado en vigilar la educación de su cuñada.

\* \* \*

En 1942, cuando Amín cayó prisionero en Alemania, fue la primera vez que Muilala salió fuera de las callejuelas familiares de Berrima. Con Omar y Selma, cogió un tren a Rabat donde la había convocado el Estado Mayor, y esperaba que aceptasen un paquete para enviarlo a su querido hijo mayor. Muilala se subió al tren, envuelta en su jaique blanco y sintió miedo cuando la máquina dejó atrás la estación envuelta en humo y silbidos. Miraba a los hombres y mujeres que se habían quedado en el andén, agitando las manos inútilmente. Ornar instaló a su madre y a su hermana pequeña en un compartimento de primera clase donde había dos francesas sentadas. Se pusieron a murmurar. Parecían sorprendidas de que una mujer como Muilala, con las ajorcas en los tobillos, el pelo teñido con alheña y las largas manos callosas, pudiera viajar al lado de ellas. La primera clase estaba prohibida para los indígenas y se escandalizaron de la desvergüenza y estupidez de aquellos analfabetos. Cuando el revisor entró en el vagón, no pudieron reprimir un estremecimiento de excitación. «¡Qué bien, esta comedia se va a acabar!», pensaron. «Vamos a enseñarle a esa fátima cuál es su lugar. ¡Habrás visto, creerse que se puede sentar en cualquier lugar,

como si no existieran unas normas!». Muilala sacó de debajo de su jaique los billetes de tren y el documento militar donde figuraba el encarcelamiento de su hijo. El revisor examinó el papel y se frotó la frente con cierto embarazo. «Buen viaje, señora», dijo, alzando su gorra. Y desapareció por el pasillo.

Las dos francesas no se lo creían. Se les había fastidiado el viaje. No soportaban el espectáculo de aquella mujer toda cubierta por el jaique. Les incomodaban el olor a especias que desprendía y la mirada boba con la que contemplaba el paisaje. Estaban hartas, sobre todo de la gorrina que la acompañaba, una niña de unos cinco o seis años, cuya ropa de burguesa no bastaba para enmascarar su mala educación. Para Selma, era su primer viaje y no paraba de moverse. Se sentaba y levantaba del regazo de su madre, reclamaba comida, se atiborraba de pastas y la miel le chorreaba por los dedos. Hablaba a gritos con el hermano que iba y venía por el pasillo, canturreaba canciones árabes. La más joven y la más indignada de las dos francesas miraba con insistencia a la niña. «Es muy guapa», se dijo a sí misma, y, sin saber por qué, la belleza de la cría la horripiló. Daba la impresión de que había robado ese rostro tan agraciado a otra niña que lo merecía más que ella y que, seguramente, lo habría cuidado mejor. La pequeña era guapa e indiferente a esa belleza, lo que la hacía más peligrosa todavía. A través de la ventanilla del tren y a pesar de los finos visillos de gasa que las viajeras habían corrido, el sol penetraba en el vagón, y esa luz, anaranjada y cálida, le hacía brillar el pelo. Su tez cobriza resultaba más suave, más untuosa. Sus ojos ligeramente achinados e inmensos parecían los de una pantera negra que, tiempo atrás, la francesa había admirado en el parque zoológico de París. Nadie, pensó la pasajera, tiene unos ojos así.

«—Alguien la ha maquillado —murmuró al oído de su amiga.

—¿Qué dices?».

La mujer se inclinó hacia Muilala y, articulando bien cada sílaba, le dijo: «A las niñas pequeñas no se las maquilla. El kohl que le has puesto en los ojos no está bien. Es vulgar. ¿Lo has entendido?».

Muilala se quedó mirándola sin comprender. Se giró hacia Selma y esta se echó a reír, tendió una caja de dulces a las dos viajeras, y les dijo: «¡La vieja no habla francés!». La francesa estaba desilusionada. Había perdido

una buena ocasión para marcar su superioridad. Si aquella indígena no la había comprendido, no servía de nada, no iba a intentar educarla. Y luego, como si le hubiera entrado un ataque de locura, agarró a Selma del brazo y la atrajo hacia ella. Sacó de su bolso un pañuelo en el que escupió y, con un gesto violento, se puso a limpiar los ojos a la niña, que dio un grito. Muilala cogió a su hija, pero la otra seguía empeñada en frotar, y miraba el pañuelo, desesperadamente limpio, intentando demostrar a su compañera de viaje y a sí misma que aquella niña era una mujerzuela en potencia, una puta. Sí, ella conocía bien a ese tipo de chicas, esas morenas que no temen a nadie, que volvían loco a su marido. Ornar, que estaba fumando en el pasillo, alertado por los gritos, entró en el compartimento. «¿Qué pasa aquí?». La viajera se asustó de aquel adolescente con gafas y salió de allí en silencio.

Al día siguiente, ya en Meknés, satisfecho de haber podido enviar las cartas y las naranjas a Amín, Ornar le dio una bofetada a su hermana. Ella no entendió nada y, cuando empezó a llorar, su hermano le dijo: «Ni se te ocurra maquillarte algún día, ¿me entiendes? Si te atreves a pintarte los labios, yo mismo te provocaré una sonrisa así de grande». Y le pasó el dedo por la cara, dibujándole una sonrisa macabra.

\* \* \*

Selma se incorporó en el diván, rodeó con los brazos el cuello de su cuñada y le cubrió la cara de besos. Desde que se habían conocido, Selma cumplía las funciones de guía, intérprete y mejor amiga de Mathilde. Le había explicado los ritos y las tradiciones, enseñado las fórmulas de cortesía. «Si no sabes qué contestar, asiente y funcionará». Le reveló el arte de simular y de mantenerse tranquila. Cuando estaban solas, bombardeaba a Mathilde con preguntas. Quería saber todo sobre Francia, los viajes, París y los soldados americanos con los que Mathilde se hubiera topado en la Liberación. Le hacía preguntas, como las de un detenido a un hombre que hubiera logrado evadirse, al menos una vez.

«—¿Qué has venido a hacer? —preguntó a Mathilde.

—Las compras de Navidad. ¿Te vienes conmigo? —murmuró la francesa».

Mathilde acompañó a su cuñada a su dormitorio y se quedó mirándola mientras se desnudaba. Sentada sobre un cojín tirado en el suelo, observó las finas caderas de Selma, su vientre ligeramente relleno, sus senos de pezones oscuros que no habían sufrido jamás la opresión de las ballenas de un sujetador. Se puso un elegante vestido negro cuyo cuello a la caja realzaba la finura de su nuca. Sacó del armario un par de guantes que se habían puesto amarillentos, cubiertos por pequeñas manchas de humedad y se los calzó con una delicadeza ridícula.

Muilala estaba preocupada.

«—No quiero que os paseéis por la medina —dijo a Mathilde—. Tú no sabes lo envidiosa que es la gente. Estarían dispuestos a quedarse tuertos para que os volviéis ciegas. Y con dos chicas guapas como vosotras, hay que evitarlo. La gente de la medina os va a echar el mal de ojo y regresareis con fiebre o con algo peor. Si queréis pasearos, id a la ciudad nueva, allí no corréis peligro.

—¿Pero cuál es la diferencia? —preguntó Mathilde, divertida.

—Los europeos no miran de la misma forma. No saben lo que es el mal de ojo».

Las dos salieron riéndose. Muilala se quedó un momento detrás de la puerta, desconcertada y temblando. No entendía lo que le estaba pasando, se preguntaba si era inquietud o felicidad lo que sentía al ver a las chicas salir a la calle.

Selma ya no soportaba esas leyendas absurdas, esas creencias de gente atrasada que su madre repetía sin cesar. No le hacía caso, y de no ser porque temía faltar al respeto a una persona mayor, se habría metido los dedos en los oídos y cerrado los ojos cada vez que su madre la alertaba contra los *jinns*, la mala fortuna, el ojo negro del destino. Muilala no tenía ya nada nuevo que ofrecer. Su vida consistía en quedarse estancada, repitiendo una y otra vez los mismos gestos, con una docilidad, una pasividad que empalagaban a Selma. Su madre era como esos perros torpes que se marean de tanto querer morderse la propia cola y acaban tendidos en el suelo gimiendo. Ya no soportaba la presencia constante de su madre quien, al

oírle abrir una puerta, le lanzaba: «¿Adónde vas?». Le preguntaba constantemente si quería comer algo, si se aburría y, a pesar de su avanzada edad, subía a la azotea para saber qué estaba haciendo allí. Su permanente atención y cariño la agobiaban, y adquirían para ella una forma de violencia. Por momentos, sentía deseos de gritar en la cara a su madre, y a Yasmín, la criada. Consideraba que ambas eran esclavas por igual, con independencia de que una de ellas hubiera comprado a la otra en el mercado. La adolescente habría dado lo que fuera por una cerradura y una llave, por una puerta que encerrase sus sueños y sus secretos. Rezaba para que el destino le fuera favorable y que un día pudiera huir a Casablanca y reinventarse. Al igual que los hombres gritaban «¡Libertad e independencia!», ella también gritaba «¡Libertad e independencia!», pero nadie la escuchaba.

Suplicó a Mathilde que la llevase a la Place de Gaulle. Quería «hacer la Avenida», como decían los chicos y las chicas de la ciudad nueva. Ansiaba parecerse a ellos, unos jóvenes que vivían para mostrarse, que recorrían de arriba a abajo la Avenue de la République a pie o en coche, lo más despacio posible, con las ventanillas abiertas y la radio a todo volumen. Mostrarse al igual que las chicas europeas, que la eligieran la reina de la feria, la más guapa de Meknés, y lucirse ante los chicos y los fotógrafos. Habría dado lo que fuera para plantar un beso en el hueco del cuello de un hombre, conocer a qué sabía su desnudez, sentirse objeto de las miradas. Ella, que no había sido nunca testigo de un gran amor, no tenía duda alguna de que aquello sería la cosa más bella del mundo. Los tiempos antiguos habían acabado; los matrimonios concertados, también. O al menos es lo que Mathilde le había dicho, y ella quería creérselo.

\* \* \*

Mathilde aceptó, más porque tenía que hacer unas compras en el barrio europeo que por complacer a su cuñada. Selma ya era casi una mujer, pero se detuvo un rato delante de una juguetería, y, cuando tocó el escaparate con sus dedos enfundados en los guantes, uno de los dependientes le gritó:

«¡Quita tus manos de ahí!». La miraban con desconfianza, a pesar de ir vestida de europea, con el pelo recogido con descuido en un moño bajo en la nuca. Se ajustaba sin cesar los guantes blancos, se alisaba la falda con ridícula obsesión, sonreía a los transeúntes esperando disipar ingenuamente el malestar de estos y enmendar los fallos que ella cometía. Delante de un café, tres chicos silbaron al verla y Mathilde se sintió incómoda ante la sonrisa que Selma les devolvió. Tuvo que cogerla de la mano y acelerar el paso, pues temía que alguien la viera y Amín se enterase de ese desafortunado gesto. Se dieron prisa caminando hacia el mercado y Mathilde dijo: «Tengo que hacer la compra para la cena. No te alejes». En la entrada, unas mujeres esperaban sentadas en el suelo a que alguien las contratara de criadas o para cuidar niños. Todas llevaban la cara tapada con un velo, salvo una, de boca desdentada que asustó a Selma. «¿Quién podría contratar a esta?», se preguntó. Siguió caminando lentamente con sus bailarinas negras sobre el suelo mojado. Le habría gustado quedarse en la ciudad, comer un helado, admirar la ropa en los escaparates y a las mujeres que conducían ellas mismas sus automóviles. Le hubiera gustado formar parte de esas pandillas de jóvenes que organizaban guateques los jueves por la tarde y bailaban al son de la música americana. En el escaparate de la tienda de café, un autómata, un hombre negro de nariz chata y gruesos labios, asentía con la cabeza. Se quedó plantada unos minutos delante de aquel busto y repitió el gesto, como una muñeca mecánica. En la carnicería, le hizo gracia un gallo dibujado en un cartel sobre el que había escrito «Cuando cante este gallo, venderemos al fiado». Quiso enseñárselo a Mathilde que se enfadó: «Solo piensas en reírte. ¿No ves que estoy ocupada?». Mathilde parecía inquieta. Rebuscaba en sus bolsillos. Con el ceño fruncido, contaba y recontaba el cambio que le devolvían en las tiendas. El dinero se había convertido en un tema de continua discusión. Amín la acusaba de irresponsable y manirrota. Tenía que insistir, justificarse, incluso suplicar para que le diera el dinero del colegio, del coche, de la ropa de la niña o para la peluquería. Él ponía en duda su palabra. Le reprochaba que comprase novelas, productos de maquillaje, tejidos inútiles para coser una ropa que a nadie le importaba. «Yo soy el que gana el dinero», le gritaba a veces. Le señalaba con el dedo los alimentos

que había sobre la mesa y añadía: «Esto y esto y esto, todo eso lo pago yo con mi trabajo».

Cuando era adolescente, Mathilde nunca pensó en la posibilidad de ser libre por sí sola. Le parecía impensable, por ser mujer, por no tener estudios, que su destino no estuviera íntimamente ligado al de otra persona. Se dio cuenta de su error demasiado tarde y ahora que tenía discernimiento y algo de valor ya le era imposible dar marcha atrás. Los niños eran sus raíces y estaba atada a esta tierra, a su pesar. Sin dinero, no tenía adónde ir y esa dependencia, esa sumisión, la amargaban. Aunque pasaban los años, no se consolaba e invariablemente le entraban náuseas, una especie de repliegue sobre sí misma, un aplastamiento que le provocaba asco de su persona. Siempre que Amín le deslizaba un billete en la mano o se regalaba a sí misma un chocolate, por capricho, no por necesidad, se preguntaba si lo había merecido. Temía que algún día, al envejecer en esta tierra extranjera, no poseyera nada, no hubiese realizado nada en la vida.

Al regresar Amín de trabajar, la noche del 23 de diciembre de 1953, se quedó deslumbrado. Se dirigió de puntillas al salón donde Mathilde había dejado algunas velas encendidas en el centro de una corona de hojas que ella misma había confeccionado. Sobre el aparador había un pastel cubierto con un paño bordado y las paredes estaban decoradas con guirnaldas rojas, adornadas con bolas de Navidad y lazos de terciopelo.

Mathilde se había convertido en la dueña de sus dominios. Tras cuatro años de vida en la finca, demostró su capacidad para lograr cosas con muy poco, decorar la mesa con manteles y ramos de flores silvestres, vestir a los niños como acomodados burgueses y preparar comida a pesar de que los fogones tuvieran fugas de humo. Ya no sentía los miedos del principio. Aplastaba los insectos con la punta de sus sandalias, despedazaba ella misma los animales que los campesinos le regalaban. Amín estaba orgulloso de ella y le gustaba observarla, sudorosa y con el rostro sofocado, cuando realizaba las tareas de la casa. La energía de su mujer lo emocionaba y al besarla le decía «amor mío», «cariño», «mi soldadito».

Si hubiera podido, le habría regalado el invierno y la nieve para que ella se sintiera en su Alsacia natal. Si hubiera podido, habría excavado en la pared de cemento una chimenea noble y amplia donde ella se calentara a la manera de antaño en el hogar de su niñez. No pudo regalarle ni fuego ni copos, pero esa noche, en lugar de meterse en la cama, despertó a dos obreros y ordenó que lo acompañaran a través del campo. Ellos no preguntaron nada al patrón. Caminaron dócilmente y, mientras se adentraban en las tierras, rodeados por la oscuridad y los gritos de los animales, pensaron que quizá aquello era una trampa, un ajuste de cuentas o que les iba a soltar una reprimenda por algún delito que no recordaban haber cometido. Les había pedido que cogieran un hacha y no cesaba de girarse hacia ellos y de murmurar: «Más rápido, tenemos que terminar antes

de que amanezca». Uno de los obreros, Achur, tiró de la manga del patrón. «Ya no estamos en nuestras tierras, Sidi. Son las de la viuda». Él se encogió de hombros y lo apartó. «Sigue caminando y cállate», le dijo, tendiendo el brazo para iluminar el camino con una pequeña linterna. «¡Ahí!». Amín levantó la cabeza y se quedó en esa postura unos instantes, con el cuello tenso y la vista fija en la copa de los árboles. Parecía feliz. «Vamos a cortar este árbol y llevárnoslo a casa. Rápido y no hagáis ruido». Durante cerca de una hora, los hombres dieron hachazos al tronco de un joven ciprés de follaje azul noche. Luego, los tres levantaron el árbol, agarrándolo cada uno de un extremo y el tercero manteniendo el equilibrio en el medio. Cruzaron de ese modo las tierras de la viuda de Mercier, y, si alguien hubiera sido testigo de la escena, sin duda habría pensado que era una alucinación, pues el follaje ocultaba a los hombres y parecía que aquel árbol tendido avanzaba por sus propios medios en una dirección desconocida. Los obreros cargaron con la víctima sin protestar, sin entender lo que acababa de ocurrir. Amín tenía fama de honrado y de pronto se había transformado en un ladrón, en un furtivo, que actuaba con astucia contra una mujer indefensa. Además, puestos a robar, ¿por qué no optar por animales, cosechas o máquinas? ¿Por qué aquel árbol enclenque?

Amín abrió la puerta de la casa, y, por primera vez en su vida, los obreros entraron en el hogar del patrón. Atravesó el dedo índice sobre sus labios y se descalzó ante los obreros, que lo imitaron. Dejaron el árbol en mitad del salón. Era demasiado alto para las dimensiones del cuarto y la punta se doblaba en el techo. Achur quiso coger una escalera para cortarla pero Amín estaba perdiendo la paciencia. La presencia de los obreros en su salón le molestaba y los echó sin contemplaciones.

Cuando se despertó al día siguiente, extenuado por haber dormido poco y por el dolor en el hombro, acarició la espalda de su esposa. La piel de Mathilde estaba sudorosa y ardiente, de su boca entreabierta se deslizaba un hilillo de saliva, y sintió por ella un violento deseo. Hundió la nariz en el cuello de la joven y no prestó atención a las palabras que ella balbuceó. La poseyó como un animal sordo y ciego, le arañó los senos, hundió sus uñas sucias en su melena. Cuando Mathilde vio el árbol en mitad de salón, contuvo un grito. Se giró hacia Amín que la había seguido y comprendió

que esa mañana su marido se había cobrado la recompensa, que si la había tomado con tanta pasión era para festejar su victoria. Dio varias vueltas alrededor del ciprés, recogió algunas ramitas del suelo, las frotó en la palma de la mano y respiró ese perfume familiar. Aicha, despierta por los gritos de su padre, observó la escena sin entenderla. Su madre estaba feliz y ello la sorprendía.

Ese día, mientras Mathilde y Tamo desplumaban el enorme pavo que un obrero había traído, Amín se acercó al centro hasta la Avenue de la République. Entró en la elegante tienda que regentaba una señora mayor francesa, y las dos dependientas se rieron con sorna. Él bajó los ojos y lamentó no haberse cambiado de zapatos. Los tenía cubiertos de barro de la noche anterior y no había tenido tiempo de que le plancharan la camisa. La tienda estaba llena de gente. Un grupito esperaba en fila en la caja, con los brazos cargados de paquetes. Unas mujeres elegantes se estaban probando sombreros y zapatos. Se acercó lentamente a unos expositores acristalados en los que había diferentes modelos de chinelas de mujer. «¿Qué quieres?», preguntó una de las chicas con una sonrisa a la vez burlona y lúbrica. Él estuvo a punto de contestar que se había equivocado. Guardó silencio unos segundos, preguntándose qué actitud adoptar, y la joven abrió los ojos de par en par e inclinó la cabeza.

«—Bueno, Mohamed, ¿entiendes o no francés? ¿Acaso no ves que estamos trabajando?

—¿Tienen ustedes de mi talla? —le dijo».

La dependienta giró la mirada hacia el lugar que le indicaba y lo miró perpleja. «¿Esto es lo que quieres, un disfraz de Papá Noel?», le preguntó.

Agachó la cara como un niño al que hubieran pillado cometiendo una travesura. La dependienta se encogió de hombros. «Espérame aquí». Se dirigió a la trastienda. Este hombre, pensó, no parecía un sirviente a quien un perverso patrón obligara a disfrazarse para divertir a sus hijos. No, se parecía más bien a esos jóvenes nacionalistas que la policía detenía en los cafés de la medina y con los que ella fantaseaba poder acostarse algún día. Pero, por otra parte, no se imaginaba a uno de esos con una barba blanca y un gorro horroroso. Amín se movía de un lado a otro, impaciente delante de la caja. Con el paquete debajo del brazo, tenía la impresión de cometer un

delito y sudaba ante la idea de que algún conocido lo viera allí. Condujo a toda velocidad por la carretera de vuelta a casa, pensando en la sorpresa que iba a dar a los niños.

Se puso el disfraz dentro del coche y entró en la casa así vestido. Al subir las escaleras de la entrada y abrir la puerta del comedor, se aclaró ruidosamente la garganta y con una voz grave y cálida llamó a los niños. Aicha no se lo podía creer. Varias veces giró el rostro hacia su madre y hacia Selim que se reía. ¿Cómo había llegado Papá Noel hasta allí? El viejecito con el gorro rojo se daba palmadas en la barriga riéndose, pero observó que no llevaba el saco a la espalda y eso la decepcionó.

En la pequeña explanada del jardín tampoco había un trineo ni renos. Agachó los ojos y observó que Papá Noel llevaba unos zapatos parecidos a los de los obreros, una especie de botas de goma gris, cubiertas de barro. Amín se frotó las manos. No sabía qué hacer ni qué decir y se sintió de pronto ridículo. Se giró hacia Mathilde, y la sonrisa encantada de su mujer le dio ánimos para seguir interpretando su papel. «¡Vamos a ver, niños! ¿Habéis sido buenos?», les preguntó con una voz cavernosa. Selim palideció, se agarró a las piernas de su madre, tendió los brazos hacia ella y estalló en sollozos. «¡Tengo miedo, tengo miedo!», gritó.

A Aicha, Papá Noel le trajo una muñeca de trapo que Mathilde había confeccionado ella misma. Para el pelo había utilizado lana oscura que humedeció con agua, untó con aceite y la trenzó. El cuerpo y la cara los había cosido en una vieja funda de almohada en la que había bordado unos ojos asimétricos y una boca sonriente. Le gustó aquella muñeca que su madre cubrió con su mismo perfume. También le trajo un puzle, unos cuentos y una bolsa de caramelos. Selim recibió un coche cuyo techo llevaba un botón que al apoyarlo se encendía y desencadenaba un ruido atronador. A su esposa, Amín le regaló un par de chinelas rosas. Le dio el paquete con una sonrisa tímida y, cuando Mathilde deshizo el envoltorio, se quedó mirando las chinelas, mordiéndose los labios porque temía echarse a llorar. No sabía si la fealdad de esas zapatillas, la talla, demasiado pequeña, o la horrible trivialidad de aquel objeto, eran lo que la sumergía en semejante estado de tristeza y de rabia. Dijo «gracias» y se encerró en el cuarto de baño, agarró el par con una sola mano y se golpeó la frente con

las suelas. Quería autocastigarse por haber sido tan ilusa, haber esperado tanto aquella fiesta, de la que su marido no entendía nada. Se odió a sí misma por no saber renunciar, por no tener la abnegación de su suegra, por ser tan frívola y ligera. Le entraron ganas de anular la cena, sumergirse en las sábanas y olvidar, pasar al día siguiente. Ahora, toda esa comedia le pareció ridícula. Había obligado a Tamo a ponerse un uniforme negro con un delantalito blanco de doncella, propio de un vodevil barato. Había cocinado unos platos que la habían agotado y estaba asqueada de antemano por la idea de comer aquel pavo que había rellenado con tanta dificultad, hundiendo sus manos en el vientre del animal, agotándose en esas tareas domésticas invisibles e ingratas. Se dirigió hacia la mesa como si la llevaran al patíbulo y abrió bien grandes los ojos delante de Amín para que brotaran las lágrimas y fingir que eran de felicidad.

# IV

En enero de 1954, hizo tanto frío que los almendros se helaron y una camada de gatitos murió en el umbral de la cocina. En el colegio Notre-Dame, las monjas consintieron en hacer una excepción a sus costumbres y dejaron las estufas encendidas todo el día en las aulas. Las alumnas se quedaban con el abrigo puesto en clase y algunas llevaban dos pares de medias. Aicha empezaba a acostumbrarse a la monotonía del colegio, y en una libreta que sor Marie-Solange le había regalado hizo el inventario de sus alegrías y de sus penas.

No le gustaban: sus compañeras de clase, el frío de los pasillos, la comida del mediodía, las lecciones que duraban demasiado tiempo, las verrugas de la cara de sor Marie-Cécile.

Le gustaban: la paz de la capilla, la música que tocaban al piano algunas mañanas, las clases de educación física donde corría más rápido que las demás y en las que trepaba por la cuerda incluso antes de que sus compañeras hubieran conseguido agarrarse a esta.

No le gustaba la hora después de la comida porque le entraba sueño y las mañanas porque siempre llegaba tarde. Le gustaba que hubiera unas normas y que se cumpliesen.

Cuando sor Marie-Solange la felicitaba por haber hecho algo bien se ruborizaba. Durante las oraciones, Aicha cogía la mano áspera y helada de la monja. Su corazón se llenaba de alegría al observar el rostro de la joven religiosa, sus rasgos marcados y sin encanto, su piel estropeada por el agua fría y el jabón de mala calidad. Era como si la monja se pasara horas limpiándose las mejillas y los párpados, pues su piel se había vuelto casi transparente; sus pecas, que, de niña, habrían sido graciosas, ahora estaban como borradas. Quizá se empeñaba en que desapareciese de ella cualquier destello de feminidad, de belleza, y, por consiguiente, cualquier peligro. Aicha jamás pensó que su maestra era una mujer, que bajo su hábito ancho

se ocultaba un cuerpo vivo y palpitante, un cuerpo como el de su madre, capaz de gritar, de gozar y de deshacerse en lágrimas. Con sor Marie-Solange, Aicha abandonaba el mundo terrenal. Dejaba atrás la mezquindad y la fealdad de los hombres, y flotaba en un universo etéreo, en compañía de Jesús y de los apóstoles.

Las alumnas cerraron bruscamente los libros y se hubiera dicho que aplaudían al unísono el final de una obra de teatro. Se pusieron a hablar, sor Marie-Solange pidió silencio, pero no lo consiguió. «Pónganse en fila. Sin disciplina, señoritas, nadie saldrá de aquí». Aicha, con el codo sobre el pupitre y la barbilla apoyada en la mano, se sumergió en la contemplación del patio de recreo. Intentó ver lejos, más allá del árbol que había perdido sus hojas, más allá de la tapia que rodeaba el colegio, más allá de la garita donde Brahim podía descansar cuando hacía frío. No deseaba salir, ni ponerse en fila junto a alguna niña que, hipócritamente, le hincaría las uñas al cogerla de la mano y se echaría a reír. Aicha odiaba la ciudad y le preocupaba la idea de cruzarla en medio de ese enjambre de extranjeras.

Sor Marie-Solange pasó la mano por la espalda de Aicha y le dijo que caminarían juntas y que ellas guiarían a la clase, que no se preocupara. Entonces se levantó, se frotó los ojos y se puso el abrigo que le había hecho su madre, que le quedaba estrecho en la sisa y la hacía andar de un modo extraño, rígido.

Las niñas se agolparon en la cancela del colegio. A pesar de sus esfuerzos por permanecer tranquilas, se notaba que aquella legión estaba presa de una efervescencia histérica y en cualquier momento podía estallar un motín. Esa mañana, nadie en la clase atendía a la lección. Nadie entendió que en el discurso de la monja se ocultaba una advertencia. «Dios», dijo con una voz frágil, «ama a todos sus hijos. Para él no existen razas inferiores y razas superiores. Tenéis que saber que ante Él los hombres son iguales, aunque sean diferentes». Aicha tampoco entendió lo que la hermana decía, pero sus palabras la impresionaron profundamente. Retuvo la lección: Dios solo ama a los niños y a los hombres. Se quedó convencida de que las mujeres estaban excluidas de ese amor universal y le preocupó convertirse

algún día en una. Esa fatalidad le pareció muy cruel y pensó en Adán y Eva, expulsados del paraíso. Cuando la mujer que había en ella acabara de despuntar, tendría que soportar ese exilio fuera del amor divino.

«¡Venga, señoritas, avancen!», sor Marie-Solange hizo un gesto amplio con los brazos e invitó a las niñas a seguirla hasta el autocar que estaba aparcado en la calle. Durante el trayecto, les dio una lección de Historia. «Este país», les explicó, «al que tanto amamos, tiene una historia milenaria. Miren a su alrededor, señoritas, ese estanque, esas murallas, esas puertas son fruto de una gloriosa civilización. Ya les he hablado del sultán Muley Ismael, contemporáneo de nuestro Rey Sol. Recuerden su nombre, señoritas». Ellas se reían por lo bajo porque la religiosa había pronunciado el nombre de aquel rey indígena insistiendo en los sonidos guturales, para demostrar que hablaba la lengua de los árabes. Pero nadie comentó nada, pues recordaban cómo se había enfadado la monja el día en que Ginette preguntó: «¿Vamos a aprender ahora la lengua de los moros?». Las niñas habrían jurado que sor Marie-Solange se había contenido para no dar una bofetada a la alumna. Sin duda, pensó que Ginette solo tenía seis años y que debía dar muestras de pedagogía y de paciencia. Una tarde, sor Marie-Solange hizo confidencias a la madre superiora, quien, mientras la escuchaba, se pasaba la lengua áspera por los labios y se arrancaba pellejitos con la punta de los dientes. Le contó que había tenido una visión, sí, de verdad, incluso una iluminación, mientras se paseaba por Azru, a la sombra de los cedros en la orilla de un torrente, al ver caminar a las mujeres, con un chal de colores que les cubría la cabeza y cargando a sus bebés a la espalda, y al contemplar a los hombres apoyados en un cayado de madera, que guiaban a sus familias y sus rebaños, había visto a Jacob, a Sarah y a Salomón. Este país, exclamó, le ofrecía unas escenas de pobreza y de humildad dignas de los grabados del Antiguo Testamento.

\* \* \*

La clase se detuvo ante un edificio oscuro. Era imposible adivinar a qué estaba destinado o qué encerraba dentro. Un hombre vestido con un traje de

color azul marino las esperaba delante de una entrada que servía de puerta, aunque más bien parecía un agujero excavado en la muralla. El guía tenía las manos cruzadas sobre el bajo vientre, intimidado, aterrorizado incluso, al ver acercarse aquel enjambre de alumnas. Con una voz aguda y temblorosa, intentó hablar más alto que el zumbido que formaban ellas, pero las monjas tuvieron que regañar a las niñas para que se pudiera oír su voz. «Vamos a bajar unas escaleras. Está oscuro y el suelo resbala. Les pido que tengan cuidado». Una vez que hubieron penetrado en lo que parecía una cueva, las niñas se callaron, enmudecidas por el miedo, por el frío glacial que emanaba de las paredes de tierra y la atmosfera lúgubre del lugar. Debido a la falta de luz, no se supo cuál de las niñas lanzó un grito, imitando el gemido de un espectro o el aullido de un lobo. «Un poco de respeto, señoritas. En este lugar, unos hermanos cristianos padecieron terribles suplicios». Atravesaron en silencio un laberinto de pasillos y corredores.

Sor Marie-Solange cedió la palabra al joven guía de voz trémula que, sorprendido por la juventud de su público, no sabía qué decir a aquellas niñas de alma impresionable. En varias ocasiones, buscaba sus palabras, las repetía, se excusaba, limpiándose la frente con un pañuelo raído. «Estamos aquí en lo que se denomina la cárcel de los cristianos». Señaló hacia la pared que había enfrente y las niñas se pusieron a gritar al ver las inscripciones dejadas, siglos atrás, por los presos. El guía ahora daba la espalda a las alumnas y acabó olvidándose de su presencia, con lo cual sus palabras adquirieron elocuencia y arrojo. Narró el calvario de miles de hombres. «A finales del siglo XVII hubo cerca de dos mil prisioneros encerrados aquí por Muley Ismael», y el guía insistió en el genio de aquel «sultán arquitecto» que mandó construir kilómetros de túneles subterráneos por los que deambulaban aquellos esclavos, moribundos, ciegos, atrapados sin salida. «Alcen los ojos», dijo con mucha soltura y casi autoritario, y las niñas, en silencio, dirigieron sus perfiles hacia lo alto. Mostró un agujero excavado en la roca: «Por allí», añadió, «arrojaban a los prisioneros y la comida que apenas bastaba para que sobrevivieran».

Aicha se pegó a sor Marie-Solange. Respiró el olor de su hábito, se agarró con los dedos al cordel que le servía de cinturón. Cuando el guía

describió el sistema de las mazmorras, de aquellos silos subterráneos en los que encerraban a los prisioneros y donde a veces morían asfixiados, sintió las lágrimas asomarle a los ojos. «En los muros», añadió el hombre, que ahora sentía un placer perverso en asustar a aquellos polluelos, «en esos muros hay esqueletos. Los esclavos cristianos, que también construyeron las altas murallas que protegen la ciudad, a veces se desplomaban por el cansancio, y sus carceleros los emparedaban». Adoptó un tono de profeta, una voz de ultratumba que produjo escalofríos en las niñas. «En todas las murallas de este glorioso país, en todas las de las ciudades imperiales, al picar la piedra, se pueden encontrar los cuerpos de los esclavos, de los heréticos, de los indeseables». Aicha estuvo pensando en ello los días siguientes. Por todos sitios le parecía ver, como en un espejismo, esqueletos encogidos sobre sí mismos, y se ponía a rezar con pasión por el descanso de las almas condenadas.

Unas semanas después, Amín encontró a Mathilde tirada, a los pies de la cama, con la nariz pegada al suelo y las rodillas encogidas contra el pecho. Le castañeaban los dientes con tanta fuerza que temió que se fuera a cortar la lengua y tragársela, como ocurría a los epilépticos que él había visto en la medina. Mathilde gemía. Él la levantó del suelo y la cogió en sus brazos. Sintió, bajo sus palmas, los músculos contraídos de su esposa y le acarició suavemente el brazo para tranquilizarla. Llamó a Tamo y, sin mirar a la criada, le encargó que se ocupara de ella. «Me voy a trabajar. Cuídala».

Al regresar por la noche, Mathilde deliraba. Se agitaba como si estuviera prisionera en las sábanas empapadas de sudor, llamaba a su madre en alsaciano. Le había subido tanto la fiebre que su cuerpo tenía convulsiones, como si le administraran electrochoques. Cerca de ella, Aicha lloraba. «Voy a buscar al médico», dijo Amín cuando amanecía. Cogió el coche y se fue, dejando a Mathilde al cuidado de la criada a la que no parecía que le hubiera impresionado la enfermedad de la señora.

En cuanto se quedó sola, Tamo se puso en marcha. Hizo una mezcla de plantas, dosificó con cuidado cada ingrediente y le echó agua hirviendo. Ante la mirada atónita de Aicha, amasó la pasta perfumada y dijo: «Hay que alejar a los malos espíritus». Desnudó a Mathilde, que no reaccionó, y untó el mejunje en aquel gran cuerpo blanco cuya palidez la deslumbró. Hubiera podido encontrar un placer malsano en dominar de ese modo a la dueña de la casa. Vengarse de esa cristiana severa e hiriente, que la trataba como si ella fuera una salvaje, diciéndole que era más sucia que las cucarachas que pululaban alrededor de las tinajas de aceite de oliva. Pero Tamo, que había llorado mucho por la noche en la soledad de su cuarto, masajeó los muslos de Mathilde, posó sus manos en sus sienes y rezó con sincera devoción. Al cabo de una hora, Mathilde se tranquilizó. Su mandíbula se distendió y sus dientes dejaron de rechinar. Sentada contra la

pared, con los dedos manchados de verde, Tamo repitió incansablemente una súplica cuya melodía Aicha seguía, mirándole los labios.

Cuando el médico llegó, la alsaciana estaba medio desnuda con el cuerpo cubierto de un potingue verdoso cuyo olor se esparcía hasta el pasillo. Tamo, sentada a la cabecera de la enferma, al ver entrar a los hombres, tapó el vientre de Mathilde con la sábana y salió del cuarto, con la cabeza agachada.

«¿La fátima es la que ha hecho esto?», preguntó el médico apuntando con el dedo en dirección a la cama. El mejunje verde había manchado las sábanas, las almohadas, la colcha y se había derramado por la alfombra, que Mathilde había comprado al llegar a Meknés y que tanto le gustaba. Las huellas de los dedos de Tamo se veían en las paredes y en la mesilla de noche. El dormitorio parecía uno de esos cuadros de artistas degenerados que confundían el talento con la melancolía. El médico frunció el entrecejo y cerró los ojos durante uno o dos minutos que a Amín le parecieron eternos. Le habría gustado que el hombre se precipitara sobre la paciente, que hiciera un diagnóstico, que encontrara una solución. En lugar de ello, daba vueltas alrededor de la cama, ajustaba un pico de la sábana, ponía un libro derecho, realizaba actos inútiles y absurdos.

Por fin se quitó la chaqueta, la dobló cuidadosamente y la dejó en el respaldo de una silla. Con aire de superioridad, lanzaba breves y mordaces miradas a Amín. A continuación, se inclinó sobre la enferma, pasó la mano por debajo de la sábana para auscultarla y, como si se acabara de acordar de que había un hombre detrás de él observándolo, se giró. «Déjanos solos». Amín obedeció. «¿*Madame* Belhach, me escucha? ¿Cómo se siente?».

Mathilde giró hacia él su rostro, marcado por el cansancio. Le costaba mantener abiertos sus bellos ojos verdes y parecía desorientada, como un niño pequeño que despertara en un lugar desconocido. El médico creyó que se iba a echar a llorar, pedirle ayuda. Se le partía el corazón al ver a aquella mujer rubia, alta, que debía de ser encantadora en una situación de normalidad que le permitiera mostrar sus buenas maneras. Tenía los pies secos y con durezas, las uñas largas y duras. Cogió el brazo de Mathilde y, con cuidado para no mancharse con la pasta de hierba, le tomó el pulso y

luego deslizó la mano debajo de la sábana para palparle el abdomen. «Abra la boca y diga “Aaa”». Mathilde obedeció.

«Es una crisis de paludismo. Aquí es bastante frecuente». Acercó su silla al pequeño escritorio de Mathilde y contempló los grabados del ilustrador Hansi, donde se veía la ciudad alsaciana de Colmar en el año 1910, y luego se fijó en el libro de historia de la ciudad de Meknés. Sobre la mesa había un papel de cartas de poca calidad, unos borradores con tachaduras. Sacó una receta de su maletín de cuero y escribió algo. Abrió la puerta del dormitorio y buscó al marido con los ojos. En el pasillo, una niña pequeña, delgada y despeinada, estaba apoyada contra la pared, con una muñeca llena de manchas en la mano. Amín llegó y el médico le entregó la hoja.

«—Ve a comprar esto a la farmacia.

—¿Qué es lo que tiene, doctor? ¿Está mejor?

—Date prisa —el médico parecía harto».

Cerró la puerta del dormitorio y se quedó junto a la cama de la enferma. Era como si tuviera que protegerla, no de la enfermedad, sino de la situación en la que ella se había metido. Ante aquella mujer desnuda y vaciada de sus fuerzas, imaginó la intimidad que compartía con aquel moro tempestuoso. Se la imaginaba claramente después de haber visto en el pasillo el fruto asqueroso de esa unión, y le produjo una arcada, un sobresalto de rabia. Por supuesto, sabía que el mundo había cambiado, que la guerra había trastocado todas las reglas, todos los códigos, como si hubieran puesto a las personas en un recipiente y las hubieran removido, entrechocando unos cuerpos de los que opinaba que era indecente que se tocaran. Aquella mujer dormía en los brazos de ese moro velludo, de ese patán que la poseía, le daba órdenes. Todo eso era injusto, no entraba dentro de la norma, esos amores creaban caos y desgracias. Los mestizos anuncian el fin del mundo.

Mathilde pidió que le dieran de beber y él le acercó a los labios un vaso de agua fresca. «Gracias, doctor», dijo, y apretó en su mano la del médico.

Alentado por ese gesto cómplice, le preguntó: «Perdone, querida señora, mi indiscreción. Pero siento curiosidad. ¿Qué diablos le ha pasado a usted para acabar en semejante sitio?».

Mathilde estaba demasiado débil para hablar. Le habría gustado arañar la mano que él apretaba contra la suya. Lejos, muy lejos, en el fondo de su mente, un pensamiento intentaba salir, hacerse oír. La indignación crecía en ella, pero no tenía fuerzas para expresarla. Le habría gustado encontrar una réplica, una respuesta hiriente a ese término que la ponía furiosa. «Acabar», como si su vida no fuera más que un accidente, como si sus hijos, esta casa, toda su existencia no fueran más que un error, un desvarío. «Tengo que encontrar algo para responder a esta gente», pensó. «Construirme una coraza de palabras».

Durante los días y las noches en los que su madre guardó cama, Aicha estuvo muy preocupada. ¿Qué iba a ser de ella si su madre se moría? Iba y venía por la casa como una mosca atrapada debajo de un vaso. Suplicaba con los ojos, como para que los adultos le dieran alguna respuesta, a pesar de no confiar en ellos. Tamo la mimaba y la cubría de palabras cariñosas. Sabía que los niños son como los perros, que comprenden lo que se les oculta y sienten llegar la muerte. Amín también estaba desamparado. La casa parecía triste sin los juegos de Mathilde, sin esas bromas absurdas que le gustaba gastar. Colocaba en lo alto de las puertas pequeños cubos de agua y cosía el interior de las mangas de la chaqueta de Amín. Habría dado lo que fuera para que ella se levantara, para que le propusiera jugar al escondite entre los matorrales del jardín. Para que contase, tomando aliento para seguir, algún cuento del folclore alsaciano.

\* \* \*

Durante la enfermedad de su vecina, la viuda de Mercier había ido varias veces a visitarla para interesarse por su salud y prestarle algunas novelas. Mathilde no entendía la amistad repentina que la viuda le dispensaba. Antes de su enfermedad, habían tenido unas relaciones distantes: alzaban la mano si se cruzaban en el campo, se regalaban frutas cuando la cosecha había sido abundante y amenazaba con pudrirse. Mathilde no sabía que el día de Navidad, la viuda se había levantado de madrugada y que, sola, en su dormitorio helado, le daba mordiscos a una

naranja. Así las pelaba, con los dientes, y le gustaba el sabor amargo que la piel le dejaba en el paladar. Había abierto la puerta que daba al jardín y, a pesar de la helada que paralizaba la vegetación, a pesar del viento glacial que soplabá en la llanura, salió descalza. A las campesinas se las reconocía por los pies que pisaban suelos ardientes, que no temían la quemazón de los matorrales de ortigas, unos pies con las plantas cubiertas de durezas. La viuda de Mercier se sabía de memoria su finca. Cuántos guijarros la cubrían, cuántos rosales florecían en ella, el número de conejos que excavaban madrigueras en sus tierras. Aquella mañana de Navidad miró en dirección a los cipreses y lanzó un breve grito. La hermosa hilera, que rodeaba su propiedad a modo de cerca, le pareció una boca a la que hubieran arrancado un diente durante la noche. Llamó a Driss que se estaba tomando un té en su casa. «¡Driss, ven aquí, date prisa!». El obrero que también cumplía funciones de socio, de hijo y de marido de reemplazo, llegó corriendo, con el vasito de té en la mano. Ella señaló con el dedo índice en dirección al árbol que faltaba, y él tardó un momento en entender qué estaba pasando. Ella sabía que invocaría a los espíritus, que la avisaría del hechizo que le habrían echado, pues Driss solo explicaba mediante la magia los acontecimientos que se salían de lo normal. La viuda, cuyo rostro estaba marcado por profundos surcos, colocó los puños sobre sus delgadas caderas. Acercó su frente a la de Driss, hundió su mirada parda en la del campesino y le preguntó qué sabía él sobre la Navidad. Se encogió de hombros. «No mucho», parecía decir. Por aquí habían pasado generaciones de cristianos, miserables campesinos u opulentos terratenientes. Los había visto remover la tierra, construir chabolas, dormir bajo tiendas de campaña, pero, sobre su intimidad y sus creencias, ignoraba todo. La viuda le dio una palmada en el hombro y se echó a reír. Con una risa franca y abierta, una risa de plata, natural como una flor, que resonó en el silencio del campo. Driss se rascó la cabeza con la punta del dedo índice y adoptó una expresión de perplejidad. En verdad, esa historia no tenía ningún sentido. Seguro que algún *jinn* había ideado una venganza contra la vieja, y ese árbol que había volado era la prueba de un sortilegio. Recordó los rumores que corrían sobre ella. Decían que había enterrado en su finca a los hijos que le nacían muertos e incluso a los fetos que su vientre seco no supo

hacer madurar. Que un día un perro apareció en el aduar con el brazo de un bebe en sus fauces.

Algunos pretendían que unos hombres iban a verla de noche, buscando alivio entre sus muslos ajados, y, aunque Driss pasaba los días enteros en la finca, aunque fuese testigo de la vida de asceta de la vieja, no podía impedir prestar oídos a las habladurías y preocuparse. Ella no le guardaba ningún secreto. Cuando llamaron a filas a su marido, y luego fue hecho prisionero, y cuando murió de tifus en un campamento, fue a Driss a quien contó su desesperación y su pena. Y él admiraba la valentía de ella y se sorprendía al ver a una mujer que lloraba y a la vez conducía un tractor, se ocupaba de los animales o daba órdenes a los obreros con una deslumbrante autoridad. Sentía gratitud hacia la viuda por enfrentarse a Roger Mariani, el vecino que había llegado de Argelia en los años 1930, justo antes de ella y de Joseph, su marido, y que trataba a los obreros con crueldad, teniendo por única norma explotarlos.

La viuda cruzó los brazos y se quedó en esa postura, silenciosa e inmóvil durante unos minutos. Luego se giró con rapidez y en un perfecto árabe dijo a Driss: «Olvidémonos de esto, ¿quieres? Venga, a trabajar». Los días siguientes, cada vez que pensaba en el árbol que faltaba, su cuerpo enclenque se veía sacudido por la risa. Por ello, alimentó en secreto un cierto afecto hacia Mathilde y su marido. Y después de las fiestas, que pasó sola en su finca, decidió ir a casa de los Belhach, donde descubrió que Mathilde estaba convaleciente. Preguntó qué podía hacer por ella y, al ver en el sofá, donde Mathilde pasaba los días, unas novelas con las páginas dobladas, le propuso prestarle algunos libros. La alsaciana, cuyos ojos brillaban de fiebre, le cogió la mano y le dio las gracias.

Un día, estando Mathilde todavía recuperándose de su enfermedad, un coche espectacular, conducido por un chófer uniformado y con gorra, aparcó delante de la entrada de la finca. Amín vio bajar de él a un hombre alto y fuerte que al llegar a su lado, con un acento extranjero muy marcado, dijo:

«—¿Puedo ver al dueño?

—Soy yo mismo —le contestó, y el hombre pareció alegrarse por ello. Llevaba unos elegantes zapatos de charol en los que Amín no pudo impedir fijarse—. Se va a manchar usted los zapatos.

—No tiene mayor importancia, créame, lo que me interesa es esta bella hacienda que usted tiene. ¿Aceptaría mostrármela?».

Dragan Palosi le hizo muchas preguntas. ¿Cómo había adquirido sus tierras, qué tipo de cultivos tenía previsto desarrollar, cuál era su rentabilidad y sus perspectivas para los próximos años? Él fue escueto en sus respuestas pues no se fiaba de aquel hombre con ese acento extraño, demasiado bien vestido para andar por el campo. Sudaba y observaba con el rabillo del ojo al visitante, que se pasaba un pañuelo por la frente y el cuello. De pronto, mientras pensaba que ni siquiera había tenido tiempo de preguntarle cómo se llamaba, el hombre se presentó. Amín no pudo reprimir un gesto de extrañeza, y el visitante se echó a reír.

«Es húngaro —dijo el hombre—, Dragan Palosi. Tengo la consulta en la calle de Rennes. Soy médico».

Amín inclinó la cabeza. Esa información no añadía nada. ¿Qué pintaba un médico húngaro por estas tierras? ¿En qué tipo de operación poco fiable lo quería embarcar? Bruscamente, Dragan Palosi se detuvo y alzó la vista. Observaba la hilera de naranjos que tenía ante él. Los árboles eran aún jóvenes pero estaban cargados de fruta. La rama de un limonero asomaba por uno de ellos y la fruta amarilla se mezclaba con unas enormes naranjas.

«—¡Qué curioso! —dijo el húngaro, acercándose al árbol.

—¡Ah! ¿Se refiere a esto? A los niños les divierte. Es un juego entre nosotros. Mi hija lo llama el *limaranjo*. También injerté una rama de un peral en un membrillo, pero aún no le hemos puesto un nombre».

Amín se calló pues no quería parecer un diletante o un iluminado ante aquel doctor en medicina.

«Me gustaría proponerle un negocio». Dragan cogió a Amín del brazo y lo llevó a la sombra de un árbol. Le contó que hacía muchos años que tenía el sueño de exportar frutas a Europa del Este. «Naranjas y dátiles», explicó a Amín, que no tenía idea de a qué países se refería. «Yo me ocuparé del transporte de las naranjas hacia el puerto de Casablanca. Yo pagaré a sus obreros por la recogida y usted también recibirá un alquiler por sus tierras. ¿Negocio concluido?». Amín le estrechó la mano y, ese día, cuando regresó del colegio con Aicha, Mathilde estaba sentada en los peldaños de las escaleras que daban al jardín. La niña corrió a los brazos de su madre y pensó que sus oraciones no habían sido inútiles y que ella iba a vivir. «*Dios te salve, María*».

\* \* \*

Cuando pudo levantarse de la cama, Mathilde se alegró de haber perdido peso. En el espejo descubrió la palidez de su rostro, sus rasgos tensos, sus ojos rodeados de ojeras. Cogió la costumbre de extender una sábana sobre la hierba, delante de la puerta acristalada de la casa, y pasaba las mañanas al sol con los niños mientras estos jugaban. La llegada de la primavera la alegró. Cada día observaba la eclosión de los capullos en las ramas, aplastaba entre sus dedos las flores de azahar de los naranjos, se inclinaba sobre el frágil lilo. Ante ella veía los campos que no estaban cultivados cubiertos de amapolas de color rojo sangre, de flores silvestres de tonos anaranjados. Aquí, nada constituía un obstáculo para el vuelo de las aves. Ni postes de electricidad, ni ruidos de coches, ni paredes contra las que podrían chocar sus minúsculas cabecitas. Desde que el buen tiempo había vuelto, oía el piar de cientos de pájaros invisibles, y las ramas de los

árboles temblaban bajo el eco de sus cantos. El aislamiento de la finca que la había aterrorizado tanto, que la había sumergido en una profunda melancolía, ahora, en estos primeros días de primavera, la deslumbró.

Una tarde, Amín se unió a ellos y se tumbó junto a su hijo con una despreocupación que sorprendió a Aicha. «He conocido a una pareja divertida que te gustaría», anunció a su esposa. Le contó la irrupción de Dragan en la finca, sus originales proyectos y le expuso todas las ventajas de asociarse con él. Mathilde frunció el ceño. No había olvidado el modo en que Buchaib se había burlado de la ingenuidad de su marido y temía que, una vez más, se dejase embaucar por falsas promesas. «¿Y por qué te lo ha pedido a ti? Roger Mariani cultiva hectáreas de naranjas, es mucho más conocido aquí».

La desconfianza de su mujer lo hirió y se levantó bruscamente. «Se lo podrás preguntar tú misma. Su mujer y él nos invitan este domingo a comer».

Durante toda la mañana del domingo, Mathilde se quejó de que no tenía nada que ponerse. Acabó eligiendo un vestido azul pasado de moda y reprochó a su marido que no la comprendiera. Soñaba con la colección *New Look* de Dior que causaba furor entre las europeas de la ciudad nueva.

«—Llevo poniéndome este vestido desde el fin de la guerra. Este largo no está de moda. ¡Con que pinta me voy a presentar!

—Pues puedes ponerte un jaique, así al menos no tendrás problemas».

Amín se echó a reír y Mathilde lo odió en ese momento. Se había levantado de mal humor y esa comida que debería haberle encantado le pareció una tarea ingrata.

«—¿Qué tipo de invitación es? ¿Estaremos solos o habrá más gente? ¿Crees que hay que vestirse muy bien?

—¿Y yo qué sé? —respondió él encogiéndose de hombros».

Los Palosi vivían en la ciudad nueva, cerca del hotel Transatlantique, en una casa con unas vistas sublimes sobre la ciudad y los alminares de las mezquitas. El matrimonio los esperaba en la entrada, protegidos del sol ardiente por un pequeño toldo de lona naranja y blanca. Mientras Amín y Mathilde bajaban del coche y avanzaban hacia la puerta, el médico mantuvo los brazos bien abiertos, como un padre de familia que recibe a sus hijos.

Dragan Palosi llevaba un elegante traje azul marino con una corbata de nudo ancho. Los zapatos de charol estaban igual de brillantes que su espeso bigote, cuidado con esmero. Tenía unas mejillas regordetas, unos labios carnosos, y todo en él expresaba cierta redondez, cierta glotonería, el placer de estar vivo. Agitó las manos, las posó en las mejillas de Mathilde, como si fuera una niña pequeña. Eran dos manos enormes y cubiertas de vello negro, unas manos de asesino o de carnicero, y Mathilde no pudo evitar imaginárselo extrayendo con aquellas manos gigantescas a un bebé de la vagina de una parturienta. Sintió en su mejilla el contacto frío de un sello de oro que le ceñía el dedo anular comprimiéndole la circulación de la sangre.

A su lado esperaba una mujer rubia. Costaba mirarle el rostro o admirar su silueta, ya que unos senos enormes, rebosantes, excesivos, atraían irresistiblemente la atención. La anfitriona recibió a Mathilde con una sonrisa perezosa y le tendió una mano fofa. Llevaba un peinado de última moda y un vestido que parecía surgido de una revista. Sin embargo, todo en ella rezumaba vulgaridad, falta de elegancia. El modo de aplicarse el pintalabios naranja, la manera de colocar la mano sobre la cadera y ese chasquido de la lengua con el que acababa las frases. Parecía querer establecer con Mathilde una complicidad absurda basada en el sexo o en la nacionalidad. Corinne era francesa, «de Dunkerque», repitió, marcando la erre. Mathilde se sintió ridícula cuando, al llegar a la entrada de la casa, entregó a Corinne dos platos: uno con un bizcocho *kouglof* y el otro con una tarta de higos. La anfitriona los cogió con las puntas de los dedos, con la torpeza de alguien que toma en brazos a un bebé por primera vez en su vida. Amín se avergonzó de su esposa, y Mathilde se dio cuenta. Corinne no era un tipo de mujer a la que le interesara la repostería ni que perdiera su tiempo, su juventud y su belleza en una cocina asfixiante de calor, entre el servicio y unos niños chillones. Quizá Dragan sintió ese malestar pues agradeció el gesto a Mathilde con una calidez y amabilidad que la emocionaron. Alzó el paño que cubría los platos, se inclinó, hundió la nariz a pocos centímetros de los dulces y aspiró su aroma larga y profundamente. «¡Pero qué maravilla!», exclamó, y el rubor inundó las mejillas de Mathilde.

Y mientras Corinne conducía a Mathilde hacia el salón, le indicaba una butaca donde sentarse, le proponía algo de beber y se acomodaba enfrente de ella, contándole su vida, Mathilde pensó: «Esta es una puta». No prestó atención al relato de la joven pues estaba segura de que serían mentiras y no quería dejarse engañar. Si la gente venía aquí, a esta ciudad perdida del mundo, era para fingir, reinventarse. Se vio obligada a escuchar la historia de cómo se conocieron Corinne y el rico ginecólogo húngaro, pero ni un solo segundo se creyó el flechazo que los había fulminado. Durante el aperitivo, en el que bebió sin medida un excelente oporto, Mathilde solo pensaba en una cosa. Veía entrar y salir al mayordomo marroquí, observaba la sonrisa radiante del húngaro, el sello de oro que aprisionaba su dedo regordete y siguió pensando: «Esta es una puta». Esas palabras resonaban en su cerebro como las ráfagas de una ametralladora. Se imaginaba a Corinne en un burdel de Dunkerque, como una pobre chica aterida de frío y de vergüenza, una silueta rechoncha y medio desnuda, con una combinación de nailon y en calcetines. Sin duda alguna, Dragan la sacó del arroyo, quizá sintió por ella un amor apasionado, movido por un espíritu caballeresco, pero eso no cambiaba en nada la situación. Aquella mujer perturbaba a Mathilde, la asqueaba y la fascinaba, le despertaba interés y a la vez ganas de salir huyendo de allí.

En varias ocasiones, mientras tomaban el aperitivo, cuando la conversación decaía en medio de un tenso silencio, Dragan evocaba los dulces que había traído Mathilde, las ganas que tenía de probarlos y le lanzaba una sonrisa cómplice. Él siempre se entendió mejor con las mujeres. De niño, lo que más le hizo sufrir fue el internado de chicos y esa virilidad opresora. Le gustaban las mujeres, no como seductor sino como amigo, como hermano. En su vida de adulto, marcada por el exilio y la errancia, las mujeres fueron siempre sus aliadas. Entendían la melancolía que se apoderaba de él. Sabían lo que significaba verse reducidas a la arbitrariedad de su sexo, del mismo modo que él se había visto reducido al absurdo de su religión. De ellas aprendió una mezcla de resignación y de

combatividad, y que la alegría es una venganza contra las personas que niegan a otras.

Amín y Mathilde se quedaron sorprendidos del refinamiento de la casa de los Palosi. Quien se fijara en ese matrimonio, difícilmente hubiera imaginado tal delicadeza, tal exquisitez en el mobiliario, en la disposición de las cortinas, la elección de los colores. Se sentaron en un salón encantador con una cristalera grande que daba al exterior, a un jardín muy cuidado. Unas buganvillas trepaban por la pared del fondo y las glicinas estaban en flor. Bajo una jacaranda, Corinne había mandado colocar una mesa y varias sillas. «Pero hace demasiado calor para comer fuera, ¿verdad?».

Cada vez que ella hablaba o se reía, sus senos se alzaban, y se tenía la impresión de que iban a salirse del vestido por encima del escote, y que sus pezones brotarían al igual que los capullos con la llegada de la primavera. Amín, más apuesto que nunca, no le quitaba ojo y sonreía con apetito. De tanto estar fuera en el campo, tenía el rostro esculpido por el viento y el sol, los ojos llenos de horizonte y su piel despedía un olor maravilloso. Mathilde no ignoraba el poder de seducción que él ejercía en las mujeres. Se preguntó entonces si había aceptado aquella invitación para complacerla a ella o si las curvas de aquella mujer, su lascivia, los habían arrastrado allí.

«Su esposa es muy elegante», había comentado Amín al llegar a la entrada, plantando un beso lánguido en la mano de Corinne. «¡Estos dulces tienen un aspecto delicioso, su esposa es un *cordón-bleu*!» había respondido Dragan. Durante la comida, cuando volvió a mencionar los dulces, Mathilde sintió deseos de desaparecer. Se pasó las manos por las sienes para arreglar el pelo, que se le había aplastado. El sudor le chorreaba por la frente y su vestido azul tenía surcos en las axilas y debajo del pecho. Se había pasado toda la mañana trajinando en la cocina, luego tuvo que apresurarse para dejar a los niños comidos y dar las últimas recomendaciones a Tamo. El coche se había calado pasados diez kilómetros de la finca y fue ella la que tuvo que empujarlo porque Amín pretendía que no sabía maniobrar bien. Mientras se llevaba a la boca un trocito de *mousse de foie* muy compacto, se dijo a sí misma que su marido era un egoísta y lo que quería era no arrugarse la chaqueta de los domingos, y por eso la obligó

a empujar aquel viejo cacharro. Por su culpa, ella había llegado con esas pintas a casa de los Palosi, agotada y sudorosa, con el vestido arrugado y las piernas llenas de picaduras de insectos. Alabó a Corinne por lo deliciosa que estaba la *mousse* y deslizó la mano por debajo de la mesa para rascarse las piernas que no dejaban de picarle.

Le habría gustado preguntarles qué habían hecho durante la guerra, pues le parecía que era la única manera de conocer a la gente. Pero Amín, a quien el vino blanco había soltado la lengua, se puso a hablar de política marroquí con Dragan, y las mujeres se sonrieron en silencio. Corinne dejó caer en el suelo la ceniza de su cigarrillo, que aún estaba encendida, y quemó algunos flecos de la alfombra. Con aire cansado, la mirada nublada por el alcohol, propuso a Mathilde acompañarla al jardín, y esta aceptó de mala gana. «La dejaré hablar», se decía a sí misma, terca y con maldad. Corinne sacó de un cajoncito de un velador un paquete de cigarrillos y le ofreció uno a Mathilde. «La próxima vez, traigan ustedes a sus hijos. Había mandado preparar unas golosinas y tengo unos viejos juguetes en el cuarto del fondo. Los dejaron los antiguos propietarios de la casa», explicó con una voz reseca por la melancolía. Corinne se sentó en uno de los peldaños de las escaleras que daban al jardín. «¿Cuándo llegó usted a Marruecos?», preguntó. Mathilde le contó su historia, y, mientras buscaba las palabras, se dio cuenta de que era la primera vez que alguien la escuchaba de ese modo, con interés y benevolencia. Corinne, por su parte, había llegado a Casablanca justo después de que se iniciara la guerra. Su marido, que había huido de Hungría, y luego de Alemania y Francia, había oído decir a un amigo ruso que Marruecos era el lugar ideal para empezar de nuevo. En la ciudad blanca, a orillas del Atlántico, había encontrado un puesto de médico en una clínica de reconocido prestigio. Ganó mucho dinero, pero la mala fama del director y la naturaleza de las operaciones que este realizaba acabaron por hacerle marchar de allí. Y había optado por Meknès, la vida sencilla de la ciudad y sus vergeles.

«¿De qué tipo de operaciones se trataba?», preguntó Mathilde, intrigada por el tono conspirador de Corinne.

Corinne miró para atrás, se corrió un poco más hacia donde estaba sentada Mathilde y murmuró: «Unas operaciones absolutamente

extraordinarias, si quiere usted saber mi opinión. ¿Acaso no se ha enterado de que acude gente de toda Europa a esa clínica? ¡Ese doctor es un genio o un loco, qué más da, pero dicen que es capaz de transformar a un hombre en una mujer!».

Al acabar el trimestre, las monjas convocaron a los padres de Aicha. Se presentaron en la entrada del colegio media hora antes, y sor Marie-Solange los condujo al despacho de la madre superiora. Cruzaron el largo sendero de grava y pasaron delante de la capilla que llamó la atención de Amín. ¿Qué le reservaba aquel dios? Sor Marie-Solange los invitó a sentarse frente al enorme escritorio de madera de cedro sobre el que se apilaban varias carpetas. Un crucifijo colgaba encima de la chimenea. Cuando entró la madre superiora, se levantaron y Amín se dispuso a hablar. Con Mathilde había estado comentando los reproches que las monjas les iban a hacer: los continuos retrasos, la forma de vestir de la niña, sus delirios místicos. Y se habían peleado. «Deja ya de contarle esas historias que la atormentan», la amenazaba Amín. «Cómpranos un coche», respondía Mathilde. Pero ante la directora se sintieron unidos. Dijera lo que dijera, ellos sabrían defender a su hija.

La monja hizo un gesto para indicarles que se sentaran. Observó la diferencia de estatura entre Amín y su mujer, y eso pareció hacerle gracia. Pensó, sin duda, que únicamente un hombre enamorado o modesto aceptaría ser mucho más bajo que su esposa. Se sentó en su sillón e intentó abrir un cajón del que no encontraba la llave.

«Bueno, sor Marie-Solange y yo misma queremos decirles que estamos muy contentas con Aicha».

A Mathilde empezaron a temblarle las piernas. Esperaba una mala noticia. «Es una niña tímida y huraña, y la verdad es que no es fácil conquistársela. Pero sus resultados son excepcionales».

Les enseñó el boletín de notas que por fin había conseguido sacar del cajón. Deslizó sobre la hoja su dedo huesudo, con unas uñas blancas, perfectamente recortadas y finas como las de una niña pequeña.

«Aicha está muy por encima de la media en todas las asignaturas. Y si hemos querido verles es porque pensamos que su hija debería pasar de curso. ¿Estarían ustedes de acuerdo?».

Las dos monjas los miraron y esbozaron una sonrisa radiante. Esperaban una respuesta y parecían decepcionadas de que no hubieran mostrado más entusiasmo. Amín y Mathilde no se movieron. Se quedaron observando el boletín de notas y parecían mantener entre ellos una conversación silenciosa, hecha de ojos que parpadeaban, de cejas fruncidas, de labios mordisqueados. Amín no había aprobado el último curso de secundaria y sus recuerdos escolares se resumían a las bofetadas que el maestro repartía de modo preventivo. En cuanto a Mathilde, recordaba en especial que en la escuela sentía frío, tanto que no podía aprender a sujetar la pluma. Ella fue quien habló.

«Si ustedes creen que es bueno para ella». Estuvo a punto de añadir: La conocen mejor que nosotros.

Aicha los esperaba muy seriecita en la calle y los dos la miraron de un modo raro, como si la vieran por primera vez. Esta niña, pensaron, les resultaba una extraña, y, a pesar de su corta edad, tenía un alma y secretos, algo irreductible que les era imposible entender o interpretar. Aquella niña enclenque, patizamba, con la cara arrugada, aquella niña arisca era, pues, muy inteligente. En casa hablaba poco. Se pasaba las tardes jugando con los flecos de la gran alfombra azul y le daban ataques de estornudos por el polvo. Nunca contaba lo que hacía en el colegio, se guardaba para ella sus secretos y sus disgustos, sus alegrías y sus amistades. En cuanto llegaban invitados, se escapaba a la velocidad de los insectos cuando se los persigue, y se encerraba en su dormitorio o se iba al campo. Fuera adonde fuera, corría, y sus piernas largas y flacas parecían independizarse del resto del cuerpo. Los pies siempre iban por delante del tronco, de los brazos, y, cuando se ponía colorada y sudaba, era como si quisiera alcanzar a esas patitas de alambre que, como por arte de magia, se le escapaban. Parecía no saber nada, no conocer nada. Nunca pedía ayuda para sus deberes y, cuando Mathilde se asomaba a sus cuadernos, se limitaba a admirar la letra tan pulcra de su hija, su soltura, su afán de superación.

Aicha no preguntó nada sobre la reunión con las monjas. Sus padres le dijeron que estaban muy orgullosos de ella y que lo iban a celebrar yendo a comer a una *brasserie* de la ciudad nueva. Se cogió de la mano de Mathilde y los siguió. Lo único que aparentemente le había hecho feliz era la pila de libros que le entregó su madre. «Creo que has ganado este premio». Se sentaron en la terraza bajo un gran toldo rojo cubierto de polvo. Amín cogió el vasito de su hija y le echó un poco de cerveza. Dijo que aquel era un día algo especial y que podía beber un sorbito con ellos. Aicha hundió la nariz en el vaso. La cerveza no olía a nada, se la llevó a los labios y tragó aquel líquido amargo. Su madre le limpió con su guante un resto de espuma que le había quedado en la mejilla. A Aicha le gustó ese líquido helado que se le deslizaba por la garganta al estómago y la refrescaba. No pidió nada, no tuvo ningún capricho, pero empujó el vaso hacia el centro de la mesa, y su padre sin pensárselo lo llenó de nuevo. Seguía impresionado con lo que habían dicho las monjas. Su hija, con ese aspecto desaliñado, había aprendido latín y aventajaba a todas las francesas en cálculo. «Sus resultados son excepcionales», había dicho la maestra.

El alcohol empezó a hacer efecto en Amín y Mathilde. Pidieron fritura de pescado, se reían y comían con los dedos. Aicha estaba silenciosa, con la mente nublada. Tenía la impresión de que su cuerpo nunca había sido más ligero, apenas si sentía sus brazos. Como si existiera un desfase extraño entre sus ideas y sus sentimientos, como si fuesen a destiempo, y ello la perturbaba. De pronto la invadía un arrebató de amor hacia sus padres y, unos segundos después, ese sentimiento se volvía ajeno y se ponía a pensar en un poema que había aprendido de memoria pero cuyo último verso había olvidado. No conseguía concentrar su atención y no se rio cuando una pandilla de chicos se detuvo delante de la *brasserie* e hizo algunas acrobacias para divertir a los clientes. Tenía mucho sueño y le costaba mantener los ojos abiertos. Sus padres se levantaron a saludar a un matrimonio armenio que tenía una tienda de alimentación a quien suministraban fruta y almendras. Oyó que pronunciaban su nombre. Su padre hablaba muy alto y posó su mano en el hombro huesudo de su hija. Ella sonrió con la boca abierta, se quedó mirando la mano de piel oscura de su padre y recostó su mejilla en ella. Los amigos de sus padres le

preguntaron: «¿Qué edad tienes? ¿Te gusta el colegio?». Ella no respondió. Había algo que se le escapaba, pero sabía que tenía que ver con la felicidad, y ese fue su último pensamiento antes de quedarse dormida con la cabeza apoyada en la mesa donde estaban comiendo.

Aicha se despertó, con las mejillas húmedas por los besos de su madre. Caminaron hacia la Avenue de la République y el cine Empire cuya entrada se parecía a un teatro griego. Le compraron un helado y la niña comenzó a saborearlo lentamente y de una forma que su padre consideró tan obscena que acabó por arrancarle el cucurucho de las manos y tirarlo a la basura. «Te estás manchando el vestido», le dijo, como justificándose. Ponían *Solo ante el peligro*. En la sala, los adolescentes se reían entre ellos, los hombres vestidos con la ropa de los domingos comentaban las noticias en voz alta y discutían. Una chica vendía bombones y cigarrillos. Aicha era tan bajita que su padre la sentó en su regazo para que pudiera ver la pantalla. Las luces se apagaron y la vieja acomodadora marroquí que los había llevado a sus butacas regañó a un grupo de jóvenes y advirtió a uno de ellos que cerrara la boca de una vez: «*Shed fumukJ*». Aicha se pegó a Amín, mareada por el contacto caliente de su piel. Indiferente a lo que ocurría en la pantalla y a la linterna que la acomodadora hacía oscilar iluminando a un chico que había encendido un cigarrillo, hundió su cara en el cuello de su padre. Durante la película, Mathilde pasó sus manos por el pelo de Aicha, tiró suavemente de cada mechón, de tal modo que el cuerpo de la niña se vio recorrido por escalofríos desde la nuca a la planta de los pies. Cuando salieron del cine, su melena estaba aún más abultada y crespa que de costumbre, y le dio vergüenza que la vieran así por la calle.

En el coche, de vuelta a casa, el ambiente se ensombreció. No solo porque el cielo estaba encapotado y tormentoso ni por las nubes de polvo que el viento levantaba. Amín se había olvidado ya de las buenas noticias que las monjas les habían dado y estaba preocupado por el dinero que acababa de derrochar. Mathilde, con la frente pegada a la ventanilla, hablaba sola. Aicha se preguntó cómo podía decir su madre tantas cosas sobre esa película. Oyó la voz aguda de Mathilde y asintió cuando se giró hacia ella y le preguntó: «¿No te parece guapa Grace Kelly?». A Mathilde le gustaba el cine con tanta pasión que la hacía sufrir. Veía las películas casi

sin respirar, con el cuerpo tendido hacia los rostros en technicolor. Y, al cabo de dos horas, cuando salía de la oscuridad de la sala, la agitación de las calles la sobresaltaba. La que era falsa e incongruente era la ciudad. Y la realidad era la que se le aparecía como una ficción insignificante, como una mentira. Disfrutaba de la felicidad de haber vivido en otro lugar, de haber rozado unas pasiones sublimes y, a la vez, una suerte de rabia y de amargura anidaban dentro de ella. Le hubiera gustado introducirse en la pantalla, vivir unos sentimientos de la misma naturaleza, la misma densidad. Le hubiera gustado que se le reconociese su dignidad de personaje.

En el verano de 1954, Mathilde escribió a menudo a Irene, pero sus cartas quedaron sin respuesta. Se imaginó que los disturbios que agitaban el país eran los responsables del mal funcionamiento del correo y no se preocupó por el silencio de su hermana. Francis Lacoste, el nuevo comisario residente general, había sucedido al general Guillaume y, al incorporarse en mayo de 1954, había prometido luchar contra la oleada de motines y asesinatos que tenían aterrorizada a la población francesa. Amenazó a los nacionalistas con terribles represalias, y Ornar, el hermano de Amín, estaba entre los que no ocultaban su animosidad contra él. Un día, este se metió con Mathilde y la insultó. Él acababa de enterarse de la muerte en la cárcel del resistente Mohamed Zerkuni y estaba que echaba chispas. «Solo las armas permitirán liberar este país. Ya verán lo que los nacionalistas les tienen preparado».

Ella intentó calmarlo. «Todos los europeos no son así, lo sabes muy bien». Le citó el ejemplo de algunos franceses que se habían declarado abiertamente favorables a la independencia y que incluso habían sido detenidos por haber suministrado apoyo logístico a unas células clandestinas. Pero Ornar se encogió de hombros y escupió en el suelo.

A mediados del mes de agosto, cerca de la fecha en que se cumplía el primer aniversario de la deposición del sultán Mohamed V, fueron a pasar el día a casa de Muilala quien acogió a su hijo mayor con mil oraciones, dando gracias a Dios por haberle ofrecido su protección. Se encerraron en un cuarto para hablar de dinero y de asuntos familiares, y Mathilde se sentó en el salón y le hizo unas trenzas a Aicha. Selim corría de un lado a otro de la casa y estuvo a punto de caerse en las escaleras de piedra. Ornar, que adoraba al niño, lo alzó sobre sus hombros. «Me lo llevo a que corra por el parque», avisó y salió, sin prestar atención a las recomendaciones que le hacía Mathilde. A las cinco, Ornar aún no había vuelto con el niño.

Inquieta, fue a llamar a su marido. De la calle llegaba un clamor de voces e insultos. Unos manifestantes lanzaban consignas para que la gente se reuniera y se subleva, conminaban a los musulmanes a dar muestras de orgullo, a levantar la cabeza ante el invasor. «Tenemos que encontrar a Selim», gritó Amín. «¡Vamos!». Se despidieron precipitadamente de Muilala que estaba temblando, y esta posó una mano en la frente de su hijo para bendecirlo. Él metía prisa a Aicha y a Mathilde por las escaleras. «¿Pero estás loca?», dijo a Mathilde. «¿Cómo se te ha ocurrido dejarlos marchar, no sabes que diariamente convocan manifestaciones?».

Había que salir lo antes posible de la medina. Las estrechas callejuelas eran una ratonera en la que Amín temía que quedaran atrapados, como en una emboscada, con su familia a merced de los manifestantes. Se aproximaba gente, voces que retumbaban en las paredes. Vieron llegar a unos hombres, por delante y por detrás de ellos, que surgían a gran velocidad. Una muchedumbre cada vez más compacta los rodeó, y Amín, que llevaba a su hija en brazos, echó a correr hacia la puerta de salida de la medina.

Llegaron al coche y se metieron apresuradamente en su interior. Aicha se puso a llorar. Reclamó los brazos de su madre, preguntó si su hermano se iba a morir, y Amín y Mathilde, a la vez, la mandaron callar. La muchedumbre amotinada los había alcanzado y él no podía dar marcha atrás. Unas caras se pegaron a las ventanillas del coche. La barbilla de un joven dejó en el cristal un largo surco de grasa. Unos ojos desconocidos examinaban a aquella extraña familia, a esa niña de la que costaba decir a qué bando pertenecía. Un muchacho con el brazo alzado hacia el cielo lanzó un grito que galvanizó a la multitud. No debía de tener más de quince años y se había dejado crecer una perilla de adolescente. Su voz grave y llena de odio desentonaba con la dulzura de su mirada. Aicha se quedó observándolo y supo que aquel rostro se grabaría para siempre en su memoria. El chico le daba miedo, aunque le parecía guapo, con su pantalón de paño y la cazadora que recordaba a la de los aviadores americanos. «¡Viva el rey!», gritó el chico, y el coro repitió «¡Viva Mohamed Ben Yusef!», tan alto que ella creyó que las voces eran las que hacían tambalear el coche. Unos chicos estaban golpeando el techo del vehículo con palos,

ritmando sus cantos como una orquesta. Su clamor era cada vez mayor, casi melodioso. Se pusieron a romper las ventanillas de los coches, las bombillas de las farolas, el suelo estaba cubierto de trozos de cristales y los manifestantes los pisaban con sus zapatos maltrechos sin notar la sangre que les salía de los pies.

«¡Agachaos!», gritó Amín, y Aicha puso su mejilla contra el suelo del coche. Mathilde se protegió la cara con las manos y repetía: «Todo va a ir bien, todo va a ir bien». Pensó en la guerra y en el día en el que se había tirado a una cuneta para evitar la metralla de los aviones. Había hincado las uñas en la tierra y dejado de respirar unos instantes, juntando los muslos con tanta fuerza que por poco tuvo un orgasmo. Le habría gustado en esos momentos compartir ese recuerdo o simplemente posar sus labios en los de Amín, hacer que el miedo se disolviera en el deseo. De pronto, la multitud se dispersó, como si una granada hubiera estallado cerca, proyectando los cuerpos en todas direcciones. El coche se tambaleó y Mathilde observó a una mujer golpear con la punta de sus uñas el cristal de la ventanilla. Con el índice hizo una seña hacia Aicha que estaba temblando. Sin saber por qué, Mathilde confió en ella. Bajó el cristal y la mujer, antes de salir huyendo, le lanzó dos trozos grandes de cebolla, como antídoto contra los gases lacrimógenos. «¡El gas!», gritó Amín. En pocos segundos el interior del coche quedó invadido por un olor acre y picante y se pusieron a toser.

Amín arrancó y condujo despacio para atravesar la nube de humo que se había formado. Llegó ante las verjas del parque y bajó apresuradamente del coche, dejando la puerta abierta tras él. De lejos, vio a su hermano y a su hijo jugando. Era como si los disturbios que se habían producido a unos cuantos metros de allí hubieran ocurrido en otro país. El Jardín de las Sultanas estaba tranquilo y silencioso. Un hombre, sentado en un banco, tenía a sus pies una jaula grande con los barrotes oxidados. Amín se acercó y vio en su interior un mono flaco de pelaje grisáceo, cuyas patas pisoteaban sus propios excrementos. Se agachó para ver mejor al animal que se giró hacia él, abrió la boca y le enseñó los dientes. Silbaba y escupía, y él no habría sabido decir si el mono reía o lo estaba amenazando.

Amín llamó a su hijo que corrió hacia sus brazos. No quería hablar con su hermano, no tenía tiempo para explicaciones o reproches y regresó al

coche, dejando a Ornar de pie en medio del césped. En el camino de vuelta a la finca, unos policías habían instalado un control de carretera. Aicha se quedó mirando la larga barrera de pinchos colocada en el suelo y se imaginó el ruido que harían los neumáticos al estallar. Uno de los gendarmes les dio el alto. Se acercó, se quitó las gafas de sol y escudriñó los rostros de los ocupantes. Aicha lo miró con una curiosidad que desconcertó al funcionario. Parecía no entender nada sobre esa familia que tenía delante y que tranquilamente lo observaba en silencio. Mathilde se preguntaba qué historia se estaría imaginando. ¿Se creería que Amín era el chófer? ¿Que ella era la esposa de un rico colono que aquel criado estaba encargado de acompañar? Pero el policía parecía indiferente al destino de los adultos y quienes llamaban su atención eran los niños: las manos de Aicha que rodeaban el pecho de su hermanito como para protegerlo. Mathilde bajó despacio su ventanilla y sonrió al joven agente.

«Se va a decretar el toque de queda. Váyanse a casa. ¡Venga!». El policía dio una palmada al capó y Amín arrancó.

En el baile de la Fiesta Nacional francesa, el 14 de julio, Corinne se puso un vestido rojo con unos zapatos de tacón de cuero trenzado. En los jardines, donde habían instalado farolillos de colores, solo bailó con su marido, rechazando con un gesto amable las invitaciones de algunos señores asistentes a la celebración. Creía que así se protegía de los celos y se ganaba la amistad de las esposas, pero estas, por el contrario, juzgaron su actitud como despreciativa y vulgar. «¿Acaso nuestros maridos», se decían, «no tienen bastante categoría para ella?». En esas circunstancias, Corinne actuaba con prudencia. Desconfiaba del efecto del alcohol y del entusiasmo. Sabía que los despertares eran dolorosos. Tenía la sensación de haberse envilecido, hablado demasiado, sentido desesperadamente el deseo de gustar. Poco antes de medianoche, Dragan, que bebía apoyado en la barra, fue requerido, pues una mujer estaba de parto, era su tercer hijo y había que actuar con urgencia. Corinne no quiso quedarse. «Si tú no estás, yo no bailaré», y él la acompañó a casa antes de ir al hospital. Cuando Corinne se despertó a la mañana siguiente, su marido no había regresado. Se quedó en la cama, con los postigos cerrados, oyendo el ruido de las aspas del ventilador, y con el camisón empapado de tanto como había sudado. Acabó levantándose y se acercó a la ventana. En la calle, donde el calor era ya asfixiante, vio a un hombre barriendo la acera con una hoja de palma. En la casa de enfrente, los vecinos andaban atareados. Los niños estaban sentados en los escalones de la entrada, mientras la madre corría de un lado a otro, cerrando bien los postigos, regañando a las criadas que no acababan de llenar las maletas. El padre, que esperaba fumando en el asiento delantero del coche con la puerta abierta, parecía ya agotado por el largo viaje que tenían por delante. Regresaban a la metrópolis, y Corinne sabía que muy pronto la ciudad nueva quedaría desierta. Unos días antes, su profesora de

piano le había anunciado que se iba al País Vasco. «¡Qué felicidad huir unas semanas de este calor y de este odio!».

Corinne se alejó del balcón y pensó que ella no tenía adónde ir. Ningún lugar familiar, ninguna casa de su niñez llena de recuerdos. Tuvo un estremecimiento de asco al pensar en las calles oscuras de Dunkerque, en las vecinas que la espiaban. Aparecían en su mente, de pie, en la entrada de sus casuchas, agarrando con las dos manos el grueso chal que les cubría los hombros, con el pelo sucio estirado para atrás en un moño. Desconfiaban de Corinne, cuyo cuerpo, al cumplir los quince años, había florecido súbitamente. Sus hombros de niña tuvieron que soportar el peso de sus senos enormes; sus pies frágiles, el de sus caderas redondeadas. Su cuerpo era un señuelo, una trampa en la que se hallaba prisionera. Cuando estaban en la mesa comiendo, su padre ya no se atrevía a mirarla. Su madre repetía tontamente: «Esta niña sabrá cómo vestirse». Los soldados se la comían con los ojos, las mujeres la consideraban una viciosa. «¡Ese cuerpo solo suscita malas ideas!». Se la imaginaban como una glotona, por naturaleza, lasciva. Pensaban que una mujer así solo estaba hecha para el placer. Que los hombres podían abalanzarse sobre ella, desnudarla como cuando se abre un paquete, precipitada y brutalmente. Y entonces contemplar, deslumbrados, sus senos extraordinarios, que, liberados del sujetador, se esparcirían como una nube de nata. Abalanzarse sobre ellos, morderlos abriendo bien la boca, enloquecidos ante la idea de que esa golosina no se terminaría, que jamás agotarían esas maravillas.

Corinne volvió a cerrar los postigos y se pasó la mañana tumbada en la cama, fumando cigarrillos hasta que la colilla le quemaba los labios. De su infancia y de la de Dragan solo perduraban un montón de piedras, unos edificios derruidos bajo los bombardeos, unos cuerpos enterrados en cementerios desiertos. Habían acabado aquí, y al llegar a Meknés creyó que podría construirse una nueva vida. Se imaginaba que el sol, el aire puro, la vida apacible tendrían un efecto sanador en su cuerpo y que podría al fin dar un hijo a Dragan. Pero pasaron los meses, luego los años. En la casa solo se oía el triste runrún del ventilador, y jamás sonó en ella una risa infantil.

Justo antes de la comida, cuando regresó su marido, Corinne le hizo mil preguntas, todas desgarradoras para ella. Se torturaba averiguando: «¿Cuánto pesó?», «¿Lloró mucho?», «Dime, cariño, ¿era un bebé hermoso?». Con ojos de ahogado, le respondió con dulzura, mientras abrazaba a su amada. Esa tarde, él había previsto ir a la finca de los Belhach, y Corinne le propuso acompañarlo. Sentía aprecio por la joven Mathilde, con su impaciencia y torpeza. Le emocionó el relato que le había hecho sobre su vida: «No tengo más opción que la soledad. En mi situación, ¿cómo quiere usted que llevemos una vida social? ¿Se imagina lo que significa estar casada con un marroquí en una ciudad como esta?». Corinne estuvo a punto de responderle que nunca fue fácil estar casada con un judío, un meteco, un apátrida, y ser una mujer sin hijos. Pero ella era joven y pensó que no la comprendería.

Cuando llegaron a la finca, Corinne encontró a Mathilde tumbada bajo un sauce, con los niños dormidos junto a ella. Se acercó en silencio para no alterar el sueño de los pequeños, y Mathilde le hizo una seña para que se sentara sobre la sábana que había extendido en la hierba. A la sombra, acunada por el sonido delicioso de la respiración de los niños, se quedó mirando los árboles que crecían colina abajo y en cuyas ramas se mezclaban frutos de diferentes colores.

Ese verano, Corinne fue casi todos los días a la finca. Le gustaba jugar con Selim cuya belleza la fascinaba, y ella le mordía con dulzura las mejillas y los muslitos. A veces, Mathilde encendía la radio y dejaba la puerta de la casa abierta. La música llegaba al jardín y cada una de ellas agarraba la mano de un niño y lo hacía girar y bailar. En ocasiones, Mathilde la invitaba a que se quedara a cenar, y, cuando caía la noche, los maridos llegaban y comían todos en el jardín bajo una pérgola que Amín había construido y sobre la que empezaba a trepar una glicina.

Los ruidos de la ciudad les llegaban deformados, desfigurados por los rumores. Mathilde no quería saber nada del resto del mundo. Las noticias arrastraban con ellas demasiadas miasmas y desgracias. Pero no se animó a pedir a Corinne que se callara el día en que esta llegó con el rostro descompuesto. «Fiebre trágica en Marruecos», titulaba el periódico que llevaba en la mano. Murmuró, para que los niños no la oyeran, los horrores

que habían sucedido el 2 de agosto en Petitjean. «Han matado a judíos», y, a la manera de una alumna aplicada, recitó los detalles de los suplicios. El pecho abierto por la mitad de un padre de once hijos. El saqueo y posterior incendio de las casas. Los cuerpos destrozados, traídos a Meknés para su inhumación. Y citó las palabras de los rabinos, declamadas en todas las sinagogas: «Dios no olvidará. Nuestros muertos serán vengados».

**V**

En septiembre, Aicha regresó al colegio, y sus retrasos ahora se debían a los enfermos que atendía su madre. Desde el accidente de Rabea corría el rumor de que Mathilde tenía dotes de curandera. Que sabía los nombres de los medicamentos y el modo de administrarlos. Que era tranquila y generosa. En cualquier caso, eso explicaba que desde aquel día, cada mañana, se presentaban algunos campesinos en la entrada de la casa de los Belhach. Las primeras veces, Amín abría la puerta y preguntaba con gesto desconfiado:

«—¿Tú qué haces aquí?

—Buenos días, patrón. He venido a ver a la señora».

Cada mañana, la fila de pacientes de Mathilde era más larga. En la época de la vendimia, se presentaron muchas obreras. A algunas les había picado una garrapata, otras sufrían de flebitis o no podían dar el pecho a sus bebés porque se les había acabado la leche. A Amín no le gustaba ver esas filas de mujeres en las escaleras de la entrada. Odiaba la idea de que penetraran en su casa, espíaran lo que hacía, fueran contando por ahí, en el pueblo, lo que habían visto en el hogar del patrón. Advertía a su mujer sobre las brujerías, las malas lenguas y la envidia que yacía en el interior de los seres humanos.

Mathilde sabía curar heridas, adormecer a las garrapatas con éter y enseñar a una mujer a limpiar un biberón y a mantener la higiene de su bebé. Se dirigía a los campesinos con cierta torpeza. No compartía sus risas cuando gastaban bromas obscenas para explicar un nuevo embarazo. Alzaba la vista al cielo cuando le contaban, una y otra vez, historias sobre los *jinn*s, sobre el bebé dormido en el útero materno o sobre mujeres embarazadas que ningún hombre jamás había tocado. Se alteraba ante el fatalismo de los campesinos, quienes para cualquier cosa se ponían en las manos de Dios, y era incapaz de entender su sumisión al destino. Se pasaba

el día repitiendo sus recomendaciones sobre higiene. «¡Estás sucia!», gritaba. «Por eso se te infecta la herida. Tienes que aprender a lavarte». Incluso se negó a recibir a una obrera que llegaba de otro aduar, cuyos pies estaban cubiertos de estiércol y que sospechaba que estaría infectada de piojos. Desde que curó a Rabea, todas las mañanas resonaban en la casa los gritos de los niños que acudían de los alrededores. A menudo, lloraban de hambre, pues las mujeres destetaban a sus bebés sin ningún miramiento para regresar a sus faenas en el campo o porque estaban de nuevo embarazadas. La criatura pasaba de la leche materna al pan empapado en té, y adelgazaba, de día en día. Mathilde mecía a esos niños de ojos hundidos y mejillas macilentas y, a veces, le era imposible retener las lágrimas al no poder aportarles consuelo.

Muy pronto, se vio desbordada por las necesidades y se sintió ridícula en aquel dispensario improvisado, donde solo tenía alcohol, mercromina y toallas limpias. Un día, se presentó una mujer con un niño en los brazos. El bebé iba envuelto en una manta sucia y, cuando Mathilde se acercó, vio que tenía la piel de las mejillas negra y que se despegaba como la de los pimientos que las mujeres ponían a asar sobre el carbón de leña. En aquellas casas, las campesinas cocinaban en el suelo sobre anafres y a los niños les podía caer un hervidor de agua ardiendo en plena cara o morderles una rata la boca o una oreja.

«No podemos quedarnos así, sin hacer nada», repetía Mathilde, que decidió proveerse de material para el dispensario. «No te pediré dinero, ya me las arreglaré».

Amín alzó las cejas y se echó a reír.

«—La caridad es un deber de musulmán —le dijo.

—También es un deber de cristiano.

—Pues, entonces, estamos de acuerdo. No hay nada más que hablar».

\* \* \*

Aicha adquirió la costumbre de hacer sus deberes en el dispensario, que olía a desinfectante y a jabón. Levantaba la cabeza de los cuadernos y veía a

los campesinos que traían conejos cogidos de las orejas para regalárselos a su madre, como muestra de agradecimiento. «Se privan por mí, pero si rechazo sus regalos sé que les entristecerá», explicó Mathilde a su hija. Esta sonreía a los niños que llegaban tosiendo, con flemas y los ojos cubiertos de moscas. Le impresionaba cómo su madre cada vez hablaba mejor el amazigh y regañaba a Tamo en esa lengua porque lloraba al ver sangre. En ocasiones, Mathilde se reía y se sentaba en la hierba, con los pies descalzos contra los de las mujeres. Daba besos en las mejillas huesudas de las ancianas, cedía ante los caprichos de los chiquillos que pedían alguna golosina. Le gustaba que le contaran viejas historias, y las mujeres narraban, chasqueando la lengua sobre unas encías desdentadas, y se reían, ocultando el rostro con las manos. Narraban en amazigh recuerdos íntimos y olvidaban que ella era la mujer del patrón y, además, una extranjera.

«Unos seres que viven en paz no deberían sufrir así», repetía Mathilde, indignada por la miseria. Su marido y ella coincidían en una misma aspiración al progreso para los hombres: menos hambre, menos dolor. Ambos se apasionaban por la modernidad, con la loca esperanza de que las máquinas permitieran mejores cosechas y las medicinas acabaran con las enfermedades. Él, sin embargo, intentó a menudo disuadir a su mujer. Temía por su salud y se preocupaba por los microbios que esos desconocidos pudieran transmitirles, poniendo en peligro a sus hijos. Una tarde, una campesina se presentó con un niño que llevaba varios días con fiebre. Mathilde le recomendó que le quitara la ropa y lo acostara desnudo, cubriéndolo con toallas húmedas. Al día siguiente, de madrugada, la mujer regresó. El niño estaba ardiendo y por la noche había tenido convulsiones. Mathilde montó a la campesina en el coche e instaló al niño en el asiento trasero, junto a Aicha. «Dejo a mi hija en el colegio y luego vamos al hospital, ¿has entendido?». Estuvieron mucho tiempo en la sala de espera del Hospital Indígena hasta que un médico pelirrojo finalmente atendió al niño. Cuando regresó para recoger a su hija al final del día, Mathilde estaba pálida y le temblaba la mandíbula. Aicha pensó que algo malo había ocurrido. «¿Se murió el niño de la campesina?», preguntó. Ella abrazó a su hija, la colmó de caricias. Se echó a llorar y sus lágrimas mojaron el rostro de Aicha. «Mi niña, mi ángel, ¿cómo estás? Mírame, cariño. ¿Te encuentras

bien?». Esa noche, a Mathilde le costó conciliar el sueño y, excepcionalmente, rezó al Señor. Se dijo a sí misma que había sido castigada por su vanidad. Pretendía curar a la gente sin saber de medicina. Su comportamiento no había servido más que para poner en peligro la salud de su hija, y quizá Aicha amaneciera un buen día ardiente de fiebre, y el médico le diría lo que le dijo esa mañana: «Es la polio, señora. Tenga cuidado, es muy contagiosa».

El dispensario también fue objeto de disensiones con los vecinos. Unos hombres fueron a quejarse a Amín. Mathilde había aconsejado a sus mujeres que se sustrajeran al deber conyugal, llenándoles la cabeza de historias. Esa cristiana, esa extranjera, no tenía por qué meterse en sus asuntos, encender la mecha de la discordia dentro de las familias. Un día, Roger Mariani se presentó en la puerta de los Belhach. Era la primera vez que el vecino rico franqueaba el camino que separaba las dos fincas. De costumbre, Mathilde lo veía montado a caballo, cabalgando por sus tierras, con un sombrero calado hasta la frente. Entró en la sala donde las obreras estaban sentadas en el suelo con sus niños pequeños en los brazos. Al verlo, algunas salieron huyendo sin despedirse de Mathilde que estaba aplicando concienzudamente una gasa sobre la quemadura de un chico. Con las manos cruzadas en la espalda, Mariani atravesó el cuarto y se plantó detrás de ella. Masticaba una espiga de trigo y el ruido que hacía con la lengua la molestaba y no podía concentrarse. Cuando se giró hacia él, este sonrió. «Siga, por favor, siga con lo que está haciendo». Se sentó en una silla y esperó a que ella despidiera al chico al que Mathilde recomendó que evitara el sol y descansara.

Una vez solos, Mariani se levantó. Se sentía desestabilizado por la estatura de ella y por sus ojos verdes en los que no le pareció ver miedo alguno hacia él. Las mujeres siempre lo habían temido y daban un sobresalto ante su voz bronca o intentaban huir cuando las cogía por la cintura o por la melena, y lloraban en silencio cuando las tomaba por la fuerza en algún granero o detrás de los matorrales. «Señora, su amor por los moros le estallará en plena cara», le soltó. Agarró sin mucho cuidado un frasco de alcohol e hizo resonar la punta de unas tijeras sobre la mesa. «¿Qué se cree usted? ¿Que la van a considerar una santa? ¿Está erigiendo

un templo como para los morabitos?», y, bajando la voz, señalando a las obreras que trabajaban fuera, añadió: «Esas mujeres son resistentes al dolor. No se le ocurra enseñarles a sentir lástima de sí mismas. ¿Me ha entendido?».

\* \* \*

Pero nada doblegó la voluntad de Mathilde. Un sábado de principios de septiembre, se presentó en la consulta que el doctor Palosi tenía en la Rué de Rennes, en el tercer piso de un edificio sin encanto. En la sala de espera, cuatro europeas estaban sentadas y una de ellas, al verla entrar, se puso la mano en el vientre como si quisiera proteger a su feto de aquella funesta presencia. Hacía mucho calor en la sala donde pacientemente aguardaban su turno, en medio de un pesado silencio. Una de las señoras se durmió, apoyando el rostro en una mano. Mathilde intentaba leer una novela que se había llevado pero el calor era tal que no conseguía pensar, y su cerebro divagaba de una idea a otra sin poderse concentrar.

Por fin, Dragan Palosi salió de su gabinete y, cuando Mathilde lo vio, se levantó y lanzó un suspiro de alivio. Estaba muy apuesto con su bata blanca, su pelo negro peinado hacia atrás. Le resultó diferente del hombre jovial que había conocido la primera vez, y su mirada ojerosa le pareció triste. Llevaba en la cara el cansancio propio de los buenos médicos. Sus rasgos dejaban translucir los dolores de sus pacientes, se adivinaba que sus confidencias eran las que doblegaban sus hombros; y el peso de ese secreto y su impotencia, los que ralentizaban su andar y su discurso.

El médico se acercó a ella y dudó un poco antes de darle dos besos en las mejillas. Advirtió su rubor y para disipar su malestar examinó la cubierta del libro que ella llevaba en la mano.

*La muerte de Ivan Ilitch*, leyó él en un murmullo. Su voz era grave, llena de promesas, y se notaba que aquel cuerpo y aquel corazón ocultaban historias extraordinarias. «¿Le gusta Tolstoi?».

Ella asintió y, mientras la conducía hasta su espacioso escritorio, le contó una anécdota: «Cuando llegué a Marruecos, en 1939, me alojé en

casa de un amigo ruso, en Rabat, que había huido de la revolución. Una noche, él tenía invitados a cenar. Bebimos, jugamos a las cartas y uno de los presentes, al que llamaban Michel Lvovitch, se quedó dormido en el sofá del salón. Roncaba tan fuerte, que nos echamos a reír y el anfitrión me dijo: “¡Y pensar que es el hijo del gran Tolstoi!”».

Mathilde abrió los ojos como platos y él siguió hablando.

«¡Sí, nada menos que el hijo de ese genio!», exclamó, indicándole que se sentara en un sillón de cuero negro. «Murió al acabar la guerra. No lo volví a ver».

Se instaló el silencio. Él se dio cuenta de lo inconveniente de la situación. Mathilde dirigió el rostro hacia el biombo verde claro tras el cual las pacientes se desnudaban.

«Para serle francamente sincera», lanzó, «no he venido a que me examine, sino a pedirle ayuda».

Dragan, con los codos apoyados en el escritorio, se sujetó el mentón con las manos cruzadas. ¡Había vivido tantas veces esa situación! «Un ginecólogo debe esperar encontrarse con cualquier cosa», le había dicho uno de sus profesores de la Facultad de Budapest. A que le lleguen mujeres suplicando, dispuestas a las más descabelladas experimentaciones para quedarse preñadas o a los peores sufrimientos para quitarse de encima a una criatura. A unas pacientes desesperadas al descubrir, mediante unos síntomas vergonzosos, que sus maridos las engañan. A aquellas, por último, preocupadas por un embarazo tardío, que sobreviene por sorpresa, o por un dolor en el bajo vientre. Y él les preguntaba: «¿Cómo no ha venido antes? ¡Ha debido de sufrir enormemente!».

Se quedó mirando el bello rostro de Mathilde, el cutis, que no estaba hecho para esas latitudes, enrojecido por el sol. ¿Qué esperaba de él? ¿Le pediría dinero? ¿Venía de parte de su marido?

«Dígame, ¿en qué puedo ayudarla?».

Ella empezó a hablar cada vez más rápido, con una pasión que desorientó al ginecólogo. Le contó el caso de Rabea, que tenía unas extrañas placas en el vientre y en los muslos, además de vómitos. Evocó el del bebé de dieciocho meses de Yemía, que aún no se ponía de pie. Le confesó que se sentía desbordada, sin conocimientos para afrontar la

difteria, la tos ferina, el tracoma, enfermedades todas ellas cuyos síntomas había aprendido a reconocer pero que no sabía tratar. Él la observaba, con la boca abierta y una mirada atónita, impresionado por la seriedad con la que describía cada patología. Cogió un bloc, una pluma y se puso a anotar lo que ella iba diciendo. A veces la interrumpía para preguntarle: «¿Las placas supuran o están secas; desinfectó usted la herida?». Le emocionó la pasión de aquella mujer por la medicina, por el deseo que expresaba de comprender la extraordinaria máquina del cuerpo humano.

«Normalmente, no doy consejos ni medicinas sin haber examinado a las pacientes. Pero esas mujeres jamás se dejarán auscultar por un hombre, y menos aún por un extranjero». Le contó que en una ocasión, en Fez, un comerciante muy rico lo había llamado porque su mujer presentaba abundantes sangrados. Un criado mal vestido lo había conducido por la mansión, y él tuvo que limitarse a hacer preguntas a la enferma a través de una cortina opaca. La mujer murió, desangrada, al día siguiente.

Dragan se levantó y sacó dos voluminosos libros de su biblioteca. «Las láminas de anatomía están en húngaro, lo siento. Intentaré encontrar una edición en francés, pero mientras tanto podrá usted familiarizarse con la estructura del cuerpo». El otro libro trataba de medicina colonial y estaba ilustrado con fotografías en blanco y negro. En el camino de vuelta, Aicha ojeó este último y se detuvo en una foto cuya leyenda rezaba así: «Contención de la epidemia de tifus, Marruecos, 1944». Unos hombres vestidos con chilaba, alineados unos detrás de otros, estaban rodeados de una nube de polvo negro y el fotógrafo había conseguido captar en sus rostros una mezcla de pavor y asombro maravillado.

Mathilde aparcó el coche delante de Correos. Abrió la portezuela y estiró las piernas, se descalzó y apoyó los pies en el bordillo de la acera. Nunca había vivido un mes de septiembre tan caluroso. Sacó del bolso una hoja de papel y una pluma estilográfica y se puso a acabar la carta que había empezado esa misma mañana. En el primer párrafo había escrito que no se tenían que creer todo lo que decía la prensa. Que lo que pasó en Petitjean fue horrible, por supuesto, pero que las cosas son más complejas, también.

«Mi querida Irene, ¿te fuiste de vacaciones? Imagino, aunque tal vez me equivoque, que estarás en los Vosgos, cerca de alguno de los lagos en los que nos bañábamos de pequeñas. Todavía conservo en la punta de la lengua el sabor de la tarta de arándanos que servía aquella señora tan alta, con la cara llena de verrugas. Ese sabor permanece en mi memoria y, cuando estoy triste, pienso en él para consolarme».

Se volvió a calzar y subió las escaleras que conducían al edificio de Correos. Se colocó en la fila delante de la ventanilla atendida por una mujer sonriente. «Mulhouse, Francia», le indicó. Luego se dirigió a la sala central donde estaban los apartados de correos. Sobre las altas paredes se extendían las puertecitas de latón de los casilleros en los que figuraba un número, y se detuvo ante el 25, la misma cifra que su año de nacimiento, le había comentado a su marido, indiferente a ese tipo de coincidencias. Introdujo en la cerradura la llavecita que llevaba en el bolsillo, pero el casillero no se abrió. La sacó, la volvió a introducir pero no había manera. Repitió los gestos cada vez con más brusquedad, mostrando un fastidio que las personas que estaban allí notaron. ¿Quizá quiera robar las cartas que alguna amante envía a su marido? ¿O probablemente el casillero es de su amante del que quiere vengarse? Un empleado se acercó despacio, como el guarda de un zoológico que quisiera conducir a una fiera a su jaula. Era un chico joven, pelirrojo y de mandíbula prominente. A Mathilde le pareció feo y

ridículo, con aquellos pies demasiado grandes y el gesto serio que había adoptado al dirigirse a ella. Apenas es un niño, pensó, y sin embargo la miró con severidad:

«¿Qué le ocurre, señora? ¿Puedo ayudarla?». Ella sacó la llave de la cerradura con tanta precipitación que estuvo a punto de meterle el codo en el ojo al chico que era mucho más bajito que ella. «¡Esto no se abre!», le contestó, enfadada.

El empleado le quitó la llave de las manos, pero tuvo que ponerse de puntillas para llegar a la cerradura. Su lentitud exasperó a Mathilde. La llave acabó rompiéndose dentro de la cerradura, y se vio obligada a esperar a que el chico llamase a su jefe. Se iba a retrasar en su trabajo, había prometido a Amín que acabaría con la contabilidad de la nómina de los obreros y se enfadaría si llegaba tarde para servirle la comida. El empleado se presentó por fin, con un taburete y un destornillador, y se puso a desmontar solemnemente los goznes del casillero. En un tono desesperado, dijo que jamás había tenido que lidiar con «una situación así», y a ella le entraron ganas de retirarle el taburete que tenía bajo los pies. La puerta cedió al fin. «¿Quién me dice a mí que esa llave era la correcta? Pues si usted se ha equivocado, a usted le corresponde pagar el arreglo». Mathilde lo empujó con un gesto brusco, cogió el montón de cartas y sin despedirse del chico se dirigió a la salida.

En el momento en que el calor la golpeó, sintiendo en la cabeza la huella ardiente del sol, se enteró de que su padre había muerto. Un telegrama, secamente redactado por Irene, le había sido enviado la víspera. Dio la vuelta al papel, volvió a leer la dirección del remitente, se quedó mirando las letras del telegrama como si aquello solo pudiera ser una broma. ¿Sería posible que en este instante, a miles de kilómetros, en su país dorado por el otoño, estuvieran enterrando a su padre? Mientras el pelirrojo explicaba a su jefe el lamentable episodio de la casilla 25, unos hombres llevaban el ataúd de Georges al cementerio de Mulhouse. A la vez que conducía el coche, nerviosa e incrédula, en dirección a la finca, se preguntaba cuánto tiempo sería necesario para que los gusanos acabaran con la enorme panza de su padre, obstruyeran las fosas nasales de aquel gigante, envolvieran aquella carcasa y la devoraran.

\* \* \*

Al enterarse de la muerte de su suegro, Amín dijo: «Ya sabes que lo quería mucho», y no mentía. Enseguida había sentido una viva amistad por aquel hombre sincero y alegre, que lo había acogido en su familia sin ningún prejuicio ni paternalismo. Amín y Mathilde se habían casado en la iglesia del pueblo alsaciano donde había nacido Georges. En Meknés no lo sabía nadie, y Amín había hecho prometer a su mujer que mantendría el secreto. «Es un delito grave. No lo entenderían». Nadie había visto las fotografías tomadas al salir de la ceremonia. El fotógrafo había pedido a Mathilde que bajase dos peldaños para estar a la misma altura que su esposo. «Si no, resultaría algo ridículo», había dicho. Para la organización del festejo, Georges cedió a los caprichos de su hija y le deslizaba a veces algunos billetes en la mano, a espaldas de Irène, disgustada por esos gastos inútiles. Él entendía que las personas necesitan disfrutar, sentirse bellas, y no juzgaba la frivolidad de su hija.

Amín jamás había visto a unos hombres tan borrachos como aquel día. Georges no caminaba: iba dando tumbos, se agarraba a los hombros de las mujeres, bailaba para disimular su mareo. Hacia la medianoche, se abalanzó sobre su yerno y lo agarró por el cuello con el codo, como se hace con los jóvenes que buscan pelea. Georges no era consciente de su propia fuerza y Amín creyó que lo podía matar, partirle un hueso por exceso de afecto. Se llevó a Amín hacia el fondo de la sala, donde hacía mucho calor y algunas parejas bailaban bajo las guirnaldas y los farolillos. Se acodaron en la barra de madera del bar y Georges pidió dos cervezas sin prestar atención a Amín que rechazaba la suya negando con las manos. Se sentía ya muy borracho e incluso, unos minutos antes, se había escondido detrás del granero para vomitar. Georges lo obligó a beber, para medir su resistencia, para hacerlo hablar. Lo obligó a beber porque era la única manera que él conocía de entablar amistad, de establecer vínculos de confianza. Como niños que se hacen un corte en la muñeca para sellar un juramento con sangre, Georges quiso celebrar con litros de cerveza el afecto hacia su yerno. Este tenía

náuseas y no dejaba de eructar. Buscó a Mathilde con la mirada, pero parecía que la novia había desaparecido. Georges lo agarró por los hombros y empezó una conversación de borracho. Con su marcado acento alsaciano, tomaba al público por testigo: «Solo Dios sabe que no tengo nada en contra de los africanos ni de los creyentes de tu raza. En realidad, si quieres que te diga la verdad, no sé nada de África». Atontados por el alcohol, los hombres reían, con sus labios húmedos colgando. El nombre de aquel continente siguió resonando en sus mentes, evocando a mujeres de senos desnudos, hombres cubiertos con taparrabos, plantaciones que se extendían hasta el horizonte, rodeadas de una vegetación tropical. Oían «África» y se imaginaban un lugar en el que podían ser los amos del mundo, si sobrevivían a los efluvios malignos y a las epidemias. «África» y surgía un desorden de imágenes que decían más sobre las fantasías de cada cual que sobre el propio continente. «No sé cómo tratarán a las mujeres en tu tierra, pero mi niña no es fácil, ¿eh?», le dijo Georges. Dio un codazo al viejo aletargado que estaba junto a él, para pedirle que testimoniase sobre la insolencia de Mathilde. El hombre dirigió su mirada vidriosa hacia Amín y no dijo nada. «Yo he sido demasiado complaciente con ella», seguía diciendo Georges, cuya lengua parecía haberse hinchado y le costaba articular las palabras. «La niña perdió a su madre, ¿qué quieres? Me dejé enternecer. La dejé correr por las orillas del Rin, me la trajeron agarrada por el cuello porque había robado cerezas o se había bañado desnuda». Georges no se dio cuenta de que su yerno se había ruborizado y se estaba poniendo nervioso. «¿Me entiendes? Jamás tuve valor para darle unos azotes. Por mucho que Iréne me regañara, yo no podía hacer nada. Pero tú no dejes que te domine. Mathilde debe entender quién es el que manda, ¿eh, chico?». Georges siguió hablando y acabó olvidándose de que se estaba dirigiendo a su yerno. Una camaradería de taberna y de machos se instaló entre ellos, y se sintió legitimado para hablar del pecho de las mujeres y de sus nalgas, que tanto lo habían consolado de sus desengaños. Dio un puñetazo en la mesa y en un tono grosero propuso que se dieran una vuelta por el burdel. Los hombres que lo rodeaban se echaron a reír y entonces Georges recordó que Amín era el novio y que en su noche de bodas la protagonista sería su propia hija.

Georges era un donjuán y un borracho, un impío y un pájaro de mucho cuidado. Pero a Amín le caía bien aquel gigante que, al principio, cuando le destinaron a Mulhouse e iba a la casa de Mathilde, se mantenía callado en el salón, fumando su pipa en su butaca. Observaba, sin decir palabra, el idilio naciente entre su hija y aquel africano; su hija, a quien, de pequeña, él había enseñado a desconfiar de las bobadas que se escribían en los libros de cuentos. «No es verdad que los negros se comen a los niños que no se portan bien».

\* \* \*

En los días que siguieron a la noticia de la muerte de su padre, Mathilde no hallaba consuelo. Aicha jamás había visto a su madre así. Estallaba en sollozos en mitad de las comidas o bien despotricaba contra su hermana Irene, que no le había informado sobre el estado de su padre. «Hacía meses que estaba enfermo. Si me hubiera avisado, yo me habría ocupado de él, hubiera podido despedirme de él». Muilala fue a la finca a darle el pésame. «Él ya se ha liberado. Hay que seguir viviendo».

Al cabo de varios días, Amín perdió la paciencia y le reprochó que tuviera abandonados a sus hijos y la finca. «Aquí, no nos entristecemos eternamente. Nos despedimos de los muertos y seguimos viviendo». Una mañana, mientras Aicha bebía su vaso de leche caliente y azucarada, Mathilde dijo con firmeza: «Tengo que ir a Francia o me volveré loca. Debo ir a visitar la tumba de mi padre y cuando regrese todo irá mejor».

Unos días antes del viaje de su mujer, que él había consentido y pagado, Amín le habló de un problema que lo obsesionaba: «Pensé en ello cuando murió tu padre. Nuestra boda en la iglesia no tiene valor legal aquí. El país va a obtener pronto su independencia y, si me pasara algo, no querría que te encontraras sin ningún derecho sobre los niños y sobre la finca. Cuando regreses, resolveremos este asunto».

Dos semanas después, a mediados de octubre de 1954, Amín se despertó de buen humor y propuso a Aicha que lo acompañara a su visita diaria de la finca. Le dijo: «Los domingos no existen para los campesinos». Al principio le sorprendió la fuerza de su hija, el modo de correr, de adelantarse a él en las hileras de almendros, perdiéndose en ellas. Parecía conocer cada árbol, sus piecitos evitaban con una agilidad sorprendente los matorrales de ortigas y los charcos de barro que una beneficiosa lluvia había formado por la noche. A veces, Aicha se giraba, como si estuviera cansada de esperarlo, y se quedaba observándolo con su mirada atenta y curiosa. En el espacio de un segundo, a Amín le vino a la mente una idea loca pero la alejó. «Una mujer no puede dirigir una finca como esta», pensó. Para su hija albergaba otras ambiciones, la de ser un ratón de ciudad, una mujer civilizada, incluso una médica o —¿por qué no?— una abogada. Borearon un terreno donde los obreros, al ver a la niña, lanzaron gritos. Hacían amplios gestos con los brazos, temían que la barra de corte de la máquina cosechadora hiriera a la pequeña, pues ya le había ocurrido a alguien y no podían arriesgarse con la hija del patrón. Su padre se unió a los trabajadores y se puso a hablar con ellos durante un rato que a Aicha le pareció interminable. Se tumbó en la tierra húmeda y vio en el cielo lleno de nubes una extraña banda de pájaros. Se preguntaba si serían aves mensajeras, procedentes de Alsacia para anunciar el regreso de su madre.

Achur, que trabajaba con su padre desde el primer día, llegó con un caballo de pelaje grisáceo, con la cola llena de barro. Amín llamó a su hija. «¡Acércate!», le dijo. Pararon el motor de la cosechadora y Aicha, con paso temeroso, se unió al grupo de hombres. Su padre, sonriente, se subió a la grupa del caballo. «¡Ven!». Ella se negó, con su vocecilla endeble, alegando que prefería correr, que no se alejaría mucho, pero él no le hizo caso. Se creyó que quería jugar, como él cuando era pequeño, a unos juegos

violentos, bélicos, en los que se tendían trampas, se decía lo contrario de lo que se pensaba. Dio un golpe con el tacón al caballo que salió disparado y él se inclinó, con la mejilla contra el cuello del animal cuyos ollares se habían dilatado. Se puso a dar vueltas a toda velocidad alrededor de la niña, levantando polvo, obstruyendo el sol. Jugaba a ser un sultán, un caíd de una cabila, jugaba a los cruzados, y enseguida iba a salir victorioso y secuestraría a aquella niña que no era más grande que un cabritillo. Con una mano firme, la agarró por debajo del brazo y la alzó, del mismo modo con que Mathilde alzaba a los gatos por la piel del cuello. La sentó delante de él sobre la silla y lanzó un grito de vaquero o de indio piel roja, que a él le pareció divertido pero que hizo temblar a Aicha, que se echó a llorar y su cuerpecito delgaducho tembló entre sollozos. Él tuvo que abrazarla fuertemente contra su cuerpo. Le pasó la mano por la cabeza y le dijo: «No tengas miedo. Cálmate». Pero la niña se agarraba con violencia a las crines del caballo, miraba al suelo y se sintió mareada. Amín notó entonces un líquido caliente deslizarse contra su muslo. Alzó con violencia el cuerpo de la niña que no dejaba de gritar y vio que la parte delantera de su pantalón estaba húmeda. «¡Será posible!», gritó, cogiendo a la niña con las puntas de los dedos, como si le diera asco, como si se sintiera molesto por el olor y por la cobardía que exhalaba su propia hija. Tiró de las riendas, detuvo el caballo y puso pie en tierra. Frente a frente, el padre y la hija mantuvieron la mirada agachada. El caballo rascó el casco contra el suelo y Aicha, aterrorizada, se lanzó contra la pierna de su padre. «No tienes que ser tan miedosa». Agarró el brazo de la niña y vio cómo la orina se deslizaba por la silla de montar.

Mientras caminaban de vuelta a casa, a una buena distancia el uno de la otra, pensó que ese no era el lugar para Aicha, que él no sabía cómo actuar con ella. Desde que Mathilde se había ido a Europa, había intentado dedicar tiempo a su hija, ser un buen padre cariñoso. Pero era torpe, se ponía nervioso, esa mujercita de siete años lo incomodaba. Su hija necesitaba una presencia femenina, alguien que la entendiera, y no contar simplemente con el cariño de Tamo que era torpe y sucia. Un día sorprendió en la cocina a la criada bebiendo a morro de la tetera y tuvo ganas de darle una bofetada. Tendría que sustraer a su hija de esas influencias nefastas y, además, él solo

ya no podía ocuparse de los trayectos de ida y vuelta entre la finca y el colegio.

Esa tarde, entró en el dormitorio de su hija y se sentó en su camita mientras la observaba, instalada ante su escritorio.

«¿Qué estás dibujando?», le preguntó sin moverse del borde de la cama. Aicha alzó la vista hacia él y dijo: «Estoy dibujando para mamá». Amín le sonrió e intentó varias veces hablar, pero desistió. Se levantó y abrió los cajones de la cómoda en la que Mathilde guardaba la ropa de la niña. Se quedó mirando una de las bragas de lana que su mujer había tricotado y le pareció muy pequeña. Hizo un montón con algo de ropa y lo metió en una bolsa grande marrón. «Hoy dormirás en casa de tu abuela en Berrima y te quedarás algunos días allí. Creo que será mejor para ti y más fácil para ir al colegio». Aicha dobló el dibujo lentamente y cogió su muñeca, que estaba tirada encima de la cama. Siguió a su padre por el pasillo y fue a darle un beso en la frente a su hermano, dormido en el regazo de Tamo.

Era la primera vez que estaban solos los dos en plena noche, y esa intimidad los puso nerviosos. En el coche, Amín se giraba hacia su hija y le sonreía como para decirle: «Todo irá bien, no te preocupes». Ella le devolvía la sonrisa, y, al rato, envalentonada por la tranquilidad de la noche, le dijo: «Cuéntame la guerra». Su voz sonó como la de una adulta, una voz segura, más grave que de costumbre. Él se sorprendió. Con la vista fija en la carretera, le dijo: «¿Has observado esta cicatriz?». Se puso el dedo detrás de la oreja derecha y lo fue deslizando despacio por el hombro. Estaba muy oscuro para poder distinguir el relieve de la cicatriz, pero ella se sabía de memoria aquel dibujo tan raro que tenía su padre en la piel. Asintió con la cabeza, loca de excitación ante la idea de ver por fin resuelto aquel misterio. «Durante la guerra, justo antes de conocer a mamá (Aicha se rio por lo bajo), pasé unos meses en un campo de prisioneros donde nos habían encerrado los alemanes. Había muchos soldados como yo, marroquíes del ejército colonial. Para ser prisioneros no nos trataban mal, aunque la comida no era buena ni copiosa. Perdí mucho peso. Pero no nos maltrataban ni nos obligaban a trabajar. En realidad, lo peor era el aburrimiento. Un día, un

oficial alemán nos convocó a los prisioneros. Preguntó si alguno de nosotros era peluquero y, sin pensármelo dos veces —incluso hoy no sé el motivo—, crucé a través del grupo a toda velocidad, me planté delante del oficial y le dije: “Yo, señor, era peluquero en mi pueblo”. Los compañeros que me conocían se echaron a reír. “En menudo lío te has metido”, me dijeron. Pero el oficial me creyó y mandó instalar en mitad del campamento una mesa y una silla. Me dieron una vieja maquinilla de cortar el pelo, un par de tijeras y un producto pegajoso que les encantaba a los alemanes para aplastarse el pelo». Amín se pasó la mano por la cabeza para imitar el gesto de los oficiales alemanes. «Mi primer cliente se sentó y entonces, hija mía, empezaron los problemas. Yo no tenía ni idea de cómo utilizar la maquinilla y, cuando la coloqué en la nuca del alemán, se me escapó. Un hueco surgió en mitad del cráneo del soldado. Me puse a sudar y me dije que más valía raparlo al cero, pero, a saber por qué, aquella maldita maquinilla hacía tonterías. Al cabo de un momento, el hombre se puso nervioso, se pasó la mano por la cabeza y se enfadó. Hablaba en alemán y yo no entendía nada de lo que decía. Acabó empujándome con violencia y cogió un espejo que estaba sobre la mesa. Cuando se vio en él, se puso a gritar y, aunque yo no entendía nada, sabía que me estaba insultando, que me trataba de lo peor. Llamó al hombre que me había seleccionado y este me pidió una explicación. ¿Sabes que le respondí? Alcé el brazo al cielo, sonreí y le dije: “¡Corte África, señor!”».

Se echó a reír y dio una palmada en el volante para marcar su entusiasmo, pero a ella no le había hecho gracia. No entendió el final de la historia. «¿Y qué pasó con la cicatriz?». Amín pensó que no le podía decir la verdad. Se estaba dirigiendo a una niña pequeña, no a los compañeros del cuartel. ¿Cómo contarle la evasión, el contacto con los alambres de púas hiriéndole el cuello, la carne que se le quedó enganchada, sin sentir el desgarrón, pues el miedo era mayor que el dolor físico? Se lo contaría más adelante, pensó. «Pues bien», dijo sencillamente con una voz dulce que Aicha desconocía en él, mientras las luces de la ciudad empezaban a divisarse y ella distinguía el rostro de su padre y el bulto del cuello. «Pues bien, cuando me escapé del campo de prisioneros, estuve caminando varios días por la Selva Negra sin encontrarme con nadie. Hacía mucho frío. Una

noche, mientras dormía, oí un ruido, como un rugido de un animal feroz. Al abrir los ojos, tenía ante mí un tigre de Bengala. Me saltó encima y con su zarpa acerada me desgarró el cuello». Aicha lanzó un grito, maravillada. «Menos mal que tenía mi fusil y pude acabar con él». Ella sonrió y le entraron ganas de tocar el largo tajo que corría desde las raíces del pelo de su padre hasta la clavícula. Casi se le había olvidado el motivo de aquel viaje nocturno y se sorprendió cuando su padre aparcó, a pocos metros de la casa de Muilala. En una mano, Amín llevaba la bolsa marrón y con la otra agarraba por la muñeca a Aicha. Al entrar, la niña se puso a gritar y suplicó a su padre que no la dejara allí. Las mujeres lo empujaron hacia la salida y a la niña le hicieron mimos. Luego Muilala se cansó del espectáculo que estaba dando su nieta, tirada en el suelo, lanzando cojines y empujando con rabia el plato de pastas que le tendían. «La francesita tiene mal genio», concluyó su abuela.

Instalaron a la niña en el cuarto contiguo al de Selma, y, para esa primera noche, Yasmín aceptó acostarse en el suelo al pie de su cama. A pesar de la presencia de la criada, cuya respiración tendría que haberla tranquilizado, le costó quedarse dormida. Tenía la impresión de que aquella casa era como la de uno de los tres cerditos que construyó su refugio de paja y que el lobo, de un soplo, consiguió que saliera volando.

Al día siguiente, en clase, mientras sor Marie-Solange escribía unos números en la pizarra, Aicha pensó: «¿Dónde está mi madre y cuándo regresará?». Se preguntó si se habrían burlado de ella, si aquel viaje era de esos de los que uno nunca regresa, como el que había emprendido el marido de la viuda de Mercier. Monette, la compañera de pupitre le habló al oído y la maestra dio un golpe con una regla en el borde del escritorio. Era una niña muy despierta y charlatana, cuya estatura impresionaba a todas las alumnas. Sentía por Aicha un afecto especial que esta no se explicaba. Hablaba sin parar en los bancos de la capilla y en el patio de recreo, en el comedor del colegio e incluso cuando hacían exámenes en clase. Irritaba a los adultos, y un día la madre superiora gritó «¡Maldita sea!» y sus mejillas arrugadas se encendieron de vergüenza. Aicha no habría sabido decir si lo que contaba Monette era cierto o si se lo inventaba. ¿Sería verdad que tenía en Francia una hermana actriz? ¿Había viajado realmente a Estados Unidos,

visto cebras en un parque zoológico de París y besado en los labios a uno de sus primos? ¿Sería cierto que su padre, Émile Barte, era aviador? Lo describía con tantos detalles y pasión que Aicha acabó creyendo en la existencia de aquel prodigio del aeroclub de Meknés. Le explicó la diferencia entre los T-33, los Piper Cub y los Vampire, describió con todo detalle las acrobacias aéreas más peligrosas que su padre dominaba. Decía: «Algún día te llevaré y lo verás». Esa promesa se convirtió en una obsesión. Aicha solo tenía dos ideas en la cabeza: pasar una tarde en el aeroclub y que regresara su madre. Se imaginó que el padre de su amiga podría ir a buscar a Mathilde en uno de sus aviones. Si se lo pedía amablemente, si le suplicaba, aceptaría sin duda hacerle ese pequeño favor.

Monette dibujaba en su misal. Le ponía bigotes negros a las imágenes de santos. Hacía reír a Aicha, quien, en los primeros meses de su amistad, no se creía que se pudiera temer tan poco a la autoridad. Observaba las payasadas que hacía su amiga, con la boca abierta, las cejas levantadas, llena de admiración. Varias veces, las monjas intentaron convencerla de que delatara a su amiga. Jamás confesó algo en su contra, siempre se mostró leal. Un día, Monette la llevó con ella a los lavabos del colegio. Hacía tanto frío allí que las niñas se aguantaban varias horas para no tener que desnudarse, castañeándoles los dientes, en cuclillas sobre el retrete turco. Monette miró a su alrededor. «¡Vigila la puerta!», ordenó a Aicha, cuyo corazón amenazaba con salirse del pecho. Le decía «¡Date prisa!», «¿Te falta mucho?», «¿Qué estás haciendo?», «¡Nos vamos a llevar una bronca!». La grandullona de Monette sacó de debajo de su bata escolar un frasco de cristal. Se levantó la falda de lana, sujetando el dobladillo entre los dientes. Se bajó las bragas y Aicha vio, horrorizada, el sexo lampiño de su amiga. Monette pegó el frasco a él y orinó dentro. El líquido caliente se deslizó hasta el fondo, y Aicha se puso a temblar de miedo y de excitación. Sintió que le flaqueaban las piernas. Estuvo a punto de dar unos pasos hacia atrás y preparar su huida pues pensó que quizá había caído en una trampa y que ella iba a obligarla a beber su orina. Era demasiado ingenua, seguro que Monette alertaría a las demás niñas de la clase, que se tirarían encima de

ella, le pegarían el gollete del frasco contra los dientes y le gritarían: «¡Bebe! ¡Bebe!». Pero Monette se subió las bragas, se alisó la falda y con su mano húmeda agarró la de Aicha. «¡Ven conmigo!», le dijo, y se echaron a correr hacia el sendero de grava que conducía a la capilla. Aicha se encargó de vigilar la puerta, pero a cada minuto dirigía la vista hacia el interior para ver lo que tramaba su amiga. La vio echar el contenido del frasco en la pila de agua bendita. A partir de aquel día, no podía evitar un escalofrío cada vez que veía los dedos, adultos o infantiles, sumergirse en la pila y santiguarse.

«¿Falta mucho para que pase un mes?», preguntó Aicha a Muilala, que la abrazó contra su delgado pecho. «Mamá va a regresar», juró. A ella no le gustaba el olor de su abuela, los largos mechones color naranja que se le resbalaban del pañuelo, la alheña con la que se teñía las plantas de los pies. Y además, las manos las tenía callosas, tan ásperas que sus caricias no eran agradables. Unas manos con las uñas corroídas por el agua de las tareas domésticas, y la piel cubierta de pequeñas cicatrices heredadas de esos combates con la limpieza de la casa. Allá, una marca de una quemadura; aquí, la de un corte de aquel día de fiesta en el que sangró tanto en el patinillo de la cocina. Aicha, a pesar de que le desagradaba, se refugiaba en el cuarto de su abuela cuando sentía miedo. A esta le hacía gracia la sensibilidad de su nieta, que atribuía a sus orígenes europeos. Cuando las voces se elevaban de las mezquitas, la niña se ponía a temblar. Al final de la llamada a la oración, los almuédanos soplaban en unas inmensas trompetas cuyo ruido cavernoso aterrorizaba a la niña. En un libro que le había enseñado una de las monjas del colegio, el arcángel Gabriel llevaba en la mano un instrumento parecido ribeteado de oro. Despertaba a los muertos el día del Juicio Final.

Una tarde, mientras hacía sus deberes con Selma, oyó unos portazos y los gritos de Ornar. Las dos abandonaron los cuadernos y se asomaron a la barandilla para observar el patio. Muilala estaba de pie junto al árbol platanero y, en voz baja, con una dureza que Aicha nunca había visto en ella, amenazaba a su hijo con tomar medidas. Se acercó a la puerta de entrada y su hijo le suplicó: «Ahora no los puedo echar, se trata del futuro de nuestro país, Mui». Besó el hombro de su madre, y agarró con fuerza la mano que ella le negaba y se la besó, dándole las gracias.

Muilala subió las escaleras, con la boca llena de insultos y de amargura. ¡Estos hijos suyos la iban a matar! ¿Qué había hecho ella a Alá, qué

crímenes había cometido para merecer a esos dos hijos? Yalil estaba poseído por los demonios y Ornar siempre le había causado disgustos. Antes de la guerra, había sido alumno de un liceo de la ciudad nueva donde Kadur había conseguido matricularlo gracias a la mediación de un amigo europeo. Muerto su padre y con el hermano mayor en el campo de batalla, Ornar ya no tenía que responder de sus actos ante nadie. En varias ocasiones, entraba en la casa con la cara ensangrentada y los labios hinchados. Le gustaba la pelea y siempre llevaba en el bolsillo una navaja bien afilada. Un hijo sin padre es un peligro público, se decía Muilala. Durante varias semanas Ornar había ocultado a su madre que lo habían expulsado del liceo. Ella se enteró por una vecina de que había entrado en clase con un periódico bajo el brazo, gritando en tono triunfante: «¡París ha caído en manos de los alemanes! ¡Qué valiente es Hitler!». En esa época, Muilala se había jurado que le contaría todo a Amín cuando regresara.

Ornar era tan guapo como su hermano mayor, pero de facciones más extrañas: rostro anguloso, pómulos salientes, labios finos y pelo oscuro y denso. Era, con diferencia, más alto que Amín y adoptaba siempre una expresión tan grave, tan malhumorada que parecía mucho mayor. Desde los doce años, llevaba gafas cuyos cristales a pesar de ser gruesos no eran suficientemente eficaces y su mirada de miope le infundía una expresión de perdido, como si fuera a tender los brazos y pedir ayuda. A Aicha, el nerviosismo de su tío la asustaba. Era como estar en contacto con un animal hambriento o apaleado.

Omar nunca lo habría reconocido públicamente, pero en los años de guerra bendijo la ausencia de su hermano mayor. A menudo había soñado con su cuerpo descompuesto, despedazado por un obús, pudriéndose en el fondo de una trinchera. De la guerra solo sabía lo que su propio padre le había contado. El gas venenoso, las zanjas llenas de barro y de ratas. Ignoraba que ya no se luchaba de ese modo. Amín había sobrevivido. O lo que era peor, había regresado como un héroe, con un montón de medallas sobre el pecho y la boca llena de relatos fantásticos. En 1940, había caído prisionero, y Ornar fingió angustia y desesperación. A su regreso, en 1943, simuló que sintió alivio y, luego, admiración cuando su hermano mayor decidió retornar al frente como voluntario. ¡Cuántas veces tuvo que soportar

el relato de sus hazañas, su evasión del campo de prisioneros, huyendo por las praderas heladas donde un pobre campesino lo había acogido, haciéndole pasar por obrero suyo! ¡Cuántas veces tuvo que fingir la risa cuando Amín rememoraba su viaje en un tren de vapor y su encuentro en París con una mujer de vida alegre que lo había alojado! Cuando su hermano se lucía en público, Ornar sonreía. Le daba una palmadita en el hombro diciéndole: «¡Este es un Belhach, uno auténtico!». Pero no soportaba ver la admiración que suscitaba en las chicas, con la boca abierta y soltando risitas, deseando ser seducidas por un héroe de guerra.

Omar odiaba a su hermano, del mismo modo que odiaba a los franceses. La guerra había sido su venganza, su momento de desquite. Había puesto todas sus esperanzas en aquel conflicto, pues saldría de él doblemente libre. Su hermano moriría y Francia sería derrotada. En 1940, tras la capitulación, mostró encantado su desprecio hacia los que manifestaban la mínima obsequiosidad ante los franceses. Disfrutaba tropezando con ellos a propósito en la calle, empujándolos en las colas de las tiendas, escupiendo sobre los zapatos de las señoras. Insultaba a los criados, a los jardineros y vigilantes de las casas de los europeos, que mostraban, agachando la cabeza, el certificado de trabajo que les permitía circular en la ciudad nueva, a los policías franceses que los amenazaban: «Cuando acabes de trabajar, te largas de aquí, ¿entendido?». Llamaba a la revuelta, señalaba con el dedo los carteles que en la entrada de los edificios prohibían a los indígenas el acceso a los ascensores o el baño en las piscinas públicas.

Ornar maldecía aquella ciudad, a su sociedad conformista y rancia, a los colonos y a los militares, a los agricultores y a los alumnos de los liceos franceses, convencidos de que estaban en el paraíso. En Omar, la sed de vivir corría pareja con el afán de destrucción: echar abajo las mentiras, romper las imágenes, aniquilar el idioma, los interiores mugrientos de las casas de la medina, para hacer brotar un orden nuevo del que él sería uno de los líderes. En 1942, «el año de los cupones», tuvo que conformarse con el racionamiento y las penurias. Mientras Amín estaba en el campo de prisioneros, él rabiaba al verse limitado a un combate tan insignificante. Sabía que a los franceses les repartían el doble que a los marroquíes. Había oído decir que a los indígenas no les daban chocolate con el pretexto de que

no formaba parte de sus hábitos alimenticios. Consiguió unos contactos entre la gente que vendía de estraperlo y se ofreció a distribuir la mercancía. Muilala no hacía preguntas sobre el origen de los pollos que Ornar arrojaba sobre la mesa de la cocina, ni sobre el azúcar o el café. Movía la cabeza, adoptando por momentos una expresión de disgusto que enloquecía a su hijo. A este le sentaba mal su falta de gratitud. ¿Acaso no era suficientemente bueno lo que él le traía? ¿Acaso no podía decirle gracias, reconocer que alimentaba a su hermana, al iluminado de su otro hermano y a la antigua esclava glotona? No, su madre no tenía ojos más que para Amín y la idiota de Selma. Hiciera lo que hiciera por su país, por su familia, se sentía incomprendido.

Al acabar la guerra, había hecho muchos amigos en las organizaciones clandestinas que se habían formado contra el ocupante francés. Al principio, los líderes dudaban en encomendarle responsabilidades. Desconfiaban de aquel muchacho impulsivo que no tenía paciencia para escuchar los discursos sobre la igualdad o la emancipación de las mujeres y que llamaba, con voz ronca, a la lucha armada. «¡Ya! ¡Ahora!». Ornar rechazaba con la mano, irritado, los libros y periódicos cuya lectura le aconsejaban sus jefes. Una vez, se enfrentó con un español de rostro cruzado por una cicatriz, que había luchado contra Franco y decía que era comunista. El hombre, que llamaba a la revuelta de la masa proletaria, defendía la independencia de todos los pueblos. Ornar lo había insultado, lo había tratado de infiel, se había burlado de su discurso. Para él, debía primar sistemáticamente la acción en lugar de las palabras. Sus defectos se compensaban con una inquebrantable lealtad y valentía física que acabaron por convencer a los jefes de las células. Cada vez se ausentaba de casa con más frecuencia: varios días, incluso una semana. Muilala nunca se lo había dicho, pero cuando eso sucedía se quedaba muy preocupada. Se levantaba de la cama en cuanto oía algún chirrido en la puerta de entrada. Pagaba su disgusto con la pobre Yasmín y acababa llorando en los brazos de la antigua esclava, a pesar del asco que le inspiraba su piel negra. Rezaba durante noches enteras y se imaginaba que su hijo estaba tirado en algún calabozo o

muerto, por alguna historia de chicas o de política. Pero él siempre regresaba, con más ardor, más convencido de sus ideas y con la mirada exaltada.

Esa noche, Ornar había organizado una reunión en casa de su madre y se había asegurado de que ella no se lo contaría a Amín. Muilala al principio se negó. Se oponía a que escondieran armas entre las paredes que el propio Kadur Belhach había construido. No quiso saber nada de los elocuentes discursos nacionalistas de Ornar que, irritado, estuvo a punto de escupir en el suelo y decir a su madre: «¡Bien contenta que estabas, sin embargo, mientras tu hijo luchaba por los franceses!». Pero se contuvo y le suplicó insistentemente besando sus manos apergaminadas, a pesar de la vergüenza que esta escena le provocaba: «No puedo quedar en ridículo. Somos musulmanes. Somos nacionalistas. ¡Viva Sidna Mohamed Ben Yusef!».

Muilala sentía un conmovedor respeto hacia el sultán. Mohamed Ben Yusef vivía en su corazón, aún más presente por su condición de exiliado lejos del país. Como las demás mujeres, subía por las noches a la azotea para ver el rostro del soberano en la luna. Le había ofendido que Mathilde se echara a reír cuando le comentó que ella lloraba por el exilio de Sidna Mohamed en tierras de *Madamegascar*. Había notado que su nuera no la creía cuando le contó que a su llegada a aquella isla extraña, poblada por negros y elefantes, las fieras se habían postrado a los pies del sultán destronado y de su familia. Mohamed, que Dios lo proteja, había realizado un milagro en el avión que lo conducía hacia aquel lugar maldito. Él y su familia estuvieron a punto de estrellarse debido a la falta de gasolina, pero el sultán había bendecido la carlinga con su pañuelo y el avión llegó sin contratiempos a su destino. Fue pensando en él y en el Profeta por lo que Muilala cedió a los ruegos de su hijo. Y salió corriendo escaleras arriba para no cruzarse con los hombres que estaban entrando en su casa. Ornar fue tras ella y al ver a Aicha sentada en un escalón, la empujó con violencia.

«Venga, largo de aquí, muévete, pareces un saco de sémola. ¿Tú entiendes árabe, *nesranía*? Que no te pille espiando. ¿Te has enterado,

cristiana?».

Alzó el brazo, le mostró la palma de la mano, y ella pensó que podía estrellarla contra la pared, como los moscardones verdes que Selma aplastaba con sus uñas. Aicha desapareció de allí, se metió en su cuarto y cerró la puerta. Tenía la frente empapada en sudor.

El 3 de octubre de 1954, Mathilde tomó el avión hacia París y luego embarcó en un avión pequeño hacia Mulhouse. El viaje le resultó interminable de lo impaciente que estaba por descargar su rabia sobre Irene y ajustar cuentas. ¿Cómo se había atrevido su hermana a mantenerla al margen de la muerte de su padre? Había tomado a Georges como rehén, se había apoderado de su papáito para ella sola y le había cubierto la frente con besos hipócritas. En el avión lloró al pensar que quizá su padre había preguntado por ella e Irene, sin duda alguna, le habría mentido. Se imaginó las palabras que utilizaría, los gestos que haría cuando tuviera a su hermana frente a ella. Revivía una de las escenas de cuando era pequeña y ante Irene cogía rabietas, y la oía reír: «Papá, ven a ver a la niña. ¡Está como poseída!».

Cuando aterrizó en Mulhouse, una brisa fresca le acarició el rostro y toda su rabia desapareció.

Mathilde miró a su alrededor, como en un sueño cuando contemplas un paisaje que te envuelve y temes que un gesto fuera de lugar, una palabra de más, te desaloje de él. Mostró su pasaporte al aduanero y tuvo ganas de decirle que ella era de allí, que había vuelto a su tierra. Le habría plantado un beso en cada mejilla de lo encantador que le parecía el acento alsaciano. Irene la esperaba, delgada y pálida, elegante en su atuendo de luto. Agitó levemente la mano, enfundada en un guante negro y Mathilde caminó hacia ella. Su hermana había envejecido. Llevaba unas gafas grandes que le conferían un aspecto duro y masculino. Bajo la nariz, unos vellos blancos y recios se escapaban de un lunar. Besó a su hermana con una ternura inhabitual en ella. Pensó «ahora somos huérfanas», y esa idea la hizo llorar.

Durante el trayecto en coche hasta la casa, Mathilde iba callada. La emoción del regreso era tan intensa que no quería exagerar y provocar algún comentario irónico de su hermana. El país que había abandonado se

había reconstruido sin ella, la gente conocida había prescindido de su presencia. Sentía su vanidad levemente herida al comprobar que su ausencia no había impedido que las lilas floreciesen ni que empedrasen la plaza. Irene aparcó en un camino frente a la casa de su infancia. Mathilde, de pie en la acera, observó el jardín donde había jugado y alzó la vista hacia la ventana del despacho donde con tanta frecuencia había visto de refilón el imponente perfil de su padre. Se le encogió el corazón y se puso pálida, sin llegar a saber si le emocionaba la familiaridad del lugar o, por el contrario, el hecho incómodo de sentirse ajena a él. Era como si al estar allí, no solo había cambiado de lugar sino también de tiempo, y el viaje realizado era, ante todo, un retorno al pasado.

En los primeros días, mucha gente fue a verla. Se pasó las tardes tomando el té y comiendo dulces, y, al cabo de una semana, había recuperado el peso perdido durante su enfermedad. Sus antiguas compañeras de colegio se presentaban con un hijo, otras estaban embarazadas, la mayoría de ellas se habían convertido en esposas autoritarias y se quejaban de la afición de sus maridos por la botella y por las mujeres fáciles. Tomaban cerezas bañadas en aguardiente y también se las daban a sus hijos, a los que se les ponía la boca roja y acababan dormidos, atontados, en el sofá de la entrada. Joséphine, que había sido su mejor amiga del colegio, y que abusaba del Schnaps, contó que había pillado a su marido con una mujer una tarde en la que supuestamente ella tenía que haber ido a ver a sus padres. «¡Se lo estaban haciendo en mi propia cama!». Las amigas iban a ver a Mathilde para comprobar si la vida le había reservado tantas decepciones como a ellas. Deseaban saber si también había sufrido esa desoladora experiencia de la trivialidad de la vida, del silencio impuesto, de los dolores de parto y de la copulación sin ternura.

Una tarde, estalló una tormenta y se acercaron todas a la chimenea. Irene estaba un poco harta de aquel desfile incesante de visitas y de la coquetería de la que su hermana hacía gala. Pero Mathilde parecía tan apenada, como cuando la vio arrodillada junto a la tumba de su padre, que no se atrevió a negarle esas inocentes distracciones.

«—¡Cuéntanos cómo es África! ¡Qué suerte tienes! Nosotras, en cambio, nunca hemos salido de este pueblo.

—Pues no os creáis que es tan exótico —contestaba con algo de afectación—. Al principio, por supuesto, tienes la impresión de haber llegado a otro planeta, pero enseguida las tareas cotidianas que te absorben son como las de cualquier lugar».

Se hizo de rogar para que les contara más cosas y disfrutó de la atención que notaba en la mirada de aquellas amas de casa que parecían mucho mayores que ella. Mathilde mintió. Mintió sobre la vida que llevaba, sobre el carácter de su marido, y acompañaba con una risa forzada sus incoherentes palabras. No dejaba de repetir que él era un hombre moderno, un experto agricultor que dirigía con mano de hierro una inmensa hacienda. Habló de «sus» enfermos y describió su dispensario, donde realizaba milagros, y ocultó a sus amigas su escasez de conocimientos y de medios.

Al día siguiente, Irene le dijo que pasara al despacho de su padre y le entregó un sobre. «Esta es una parte de lo que te corresponde». No se atrevió a abrirlo pero lo palpó para tantear su grosor y tuvo que contener la alegría. «Ya sabes que papá no era un hombre de negocios muy prudente. Al abrir sus libros de cuentas, he descubierto barbaridades. Dentro de unos días, iremos a ver al notario que nos aclarará todo y podrás regresar tranquila». Mathilde llevaba en Alsacia casi tres semanas e Irene evocaba cada vez con más frecuencia su viaje de vuelta. Le preguntaba si había reservado el billete de avión, si había recibido alguna carta de su marido, y se imaginaba que este debía de estar impaciente por que ella regresara. Pero Mathilde no quería saber nada y consiguió mantener alejada la idea de que tenía una vida en otro lugar y que allí la estaban esperando.

Salió del despacho de su padre con el sobre en la mano y dijo a su hermana que se iba al centro: «Voy a hacer unas compras antes de mi viaje». Se lanzó a la calle principal como a los brazos de un hombre. Temblaba de excitación y tuvo que hacer dos profundas inspiraciones antes de entrar en una elegante tienda cuyo dueño se llamaba Auguste. Se probó dos vestidos. Uno negro y otro malva, entre los que estuvo dudando bastante. Se compró el malva pero salió de la tienda de malhumor, contrariada por haberse visto obligada a elegir, lamentando no haber optado

por el negro que la hacía más delgada. En el camino de vuelta, mecía la bolsa con lo que había comprado, como una niña pequeña que regresa de la escuela y sueña con tirar los cuadernos a la cuneta. En el escaparate de la sombrerería más elegante del pueblo, se fijó en una pamela de paja italiana, con las alas anchas y flexibles, y adornada con una cinta roja. Subió los peldaños que conducían a la tienda y un vendedor le abrió la puerta. Era un hombre mayor y amanerado; un marica, pensó, y el interior del establecimiento le pareció triste y decepcionante.

«¿En qué la podemos atender, señorita?».

En silencio, Mathilde señaló la pamela con la punta del dedo índice.

«Perfecto».

El hombre se deslizó por el parqué y descolgó despacio el sombrero del escaparate. Ella se lo probó y al verse en el espejo dio un respingo. Parecía una dama, una auténtica dama, una parisina sofisticada, una burguesa. Pensó en su hermana que decía que el diablo estaba detrás de la gente soberbia y que no era bueno admirarse en el espejo. Él la halagó sin mucho convencimiento y luego parecía impaciente, ya que ella se ajustaba una y otra vez el sombrero, hacia la derecha, luego hacia la izquierda. Se quedó mirando un rato la etiqueta en la que figuraba el precio y se perdió en una reflexión complicada y profunda. En ese momento entró un cliente, y el vendedor, harto de esperar, alargó la mano hacia el sombrero para recuperarlo.

«¡Encantadora!», dijo el cliente al acercarse a Mathilde.

Ella se ruborizó y se quitó la pamela, que deslizó sobre el pecho, ignorando su gesto, de una ardiente sensualidad.

«—Usted, señorita, no es de aquí. Juraría que es artista. ¿Acaso me equivoco?»

—En absoluto —respondió ella—. Trabajo en el teatro. Me acaban de contratar para la temporada».

Se dirigió a la caja y sacó del bolso el sobre con el dinero. Mientras el vendedor, con una lentitud extrema, envolvía el sombrero, ella respondía a las preguntas del joven cliente. Llevaba un elegante abrigo y un sombrero de fieltro de color caqui que ocultaba en parte su mirada. Ella siguió adentrándose en la mentira con una mezcla de vergüenza y de excitación. El

vendedor cruzó la tienda y ante la puerta acristalada entregó el paquete a Mathilde. Al hombre del abrigo que le proponía que se vieran, le respondió: «Lamentablemente, estoy muy ocupada con los ensayos, pero venga alguna tarde a verme al teatro».

Al llegar frente a la casa, sintió vergüenza por la cantidad de paquetes que llevaba. Cruzó el salón a toda prisa y se encerró en su dormitorio, feliz y sonrojada. Se tomó un baño, trasladó el gramófono del despacho de su padre a su cuarto y lo colocó cerca de su cama. Esa noche estaba invitada a una fiesta y se arregló mientras escuchaba una vieja canción alemana que le encantaba a Georges. Cuando llegó a la fiesta, los invitados elogiaron su vestido malva y los hombres se fijaron, sonriendo, en sus medias de seda resbaladizas. Tomó un vino espumoso tan seco que al cabo de una hora se quedó sin saliva y debió beber más para seguir hablando. Todos le preguntaban sobre su vida africana y sobre Argelia, que confundían continuamente con Marruecos. «¿Entonces hablará usted árabe?», le preguntó un hombre encantador. Mathilde se bebió de golpe una copa de vino tinto que le ofrecieron y pronunció una frase en árabe, acogida con una lluvia de aplausos.

Regresó sola a casa y disfrutó del placer de caminar por la calle sin que nadie la escoltase, sin testigos. Titubeaba un poco y canturreaba una canción atrevida que la hacía reír. Subió las escaleras de puntillas y se tumbó boca arriba en la cama, sin quitarse ni el vestido ni las medias. Estaba feliz con esa embriaguez y esa soledad, feliz de poder inventarse una vida sin que la contradijeran. Se giró y hundió la cara en la almohada para calmar las náuseas que acababa de sentir. Un sollozo brotó en ella, fruto de esa misma alegría. Lloraba por sentirse tan feliz sin ellos. Con los ojos cerrados, la nariz hundida en la almohada, dejó escapar un pensamiento secreto, vergonzoso, que llevaba días anidando en su interior. Un pensamiento que Irene había adivinado, sin duda, y que explicaba su aspecto inquieto. Esa noche, mientras oía el viento en las hojas de los chopos, pensó: «Me quedo aquí». Sí. Pensó que podría no regresar, que podría —incluso si le resultaba imposible pronunciar esas palabras—

abandonar a sus hijos. La violencia de esa idea le dio ganas de gritar y tuvo que morder la sábana. Pero la idea persistía. El guión incluso se volvió cada vez más claro en su mente. Una nueva vida le parecía posible, y medía todas sus ventajas. Por supuesto, estaban Aicha y Selim. Estaba el tacto de la piel de Amín y el cielo infinitamente azul de su nuevo país. Pero con el tiempo y la separación, el dolor se atenuaría. Sus hijos, después de odiarla, después de sufrir, conseguirían olvidarla y serían felices, tanto ellos como ella, de cada lado del mar. Quizás incluso llegaría algún día en el que tendrían la impresión de no haberse conocido jamás, como si sus destinos hubieran sido siempre distintos, ajenos entre sí. Cualquier drama se supera, pensó, cualquier desastre se reconstruye de las ruinas.

La juzgarían, por supuesto. Le lanzarían a la cara sus bellas palabras sobre la vida en aquel país. «Si tan feliz eres allí, ¿por qué no regresas?». De hecho, notaba que los vecinos estaban cada vez más impacientes. Había llegado el momento de que retomara su vida y que la cotidianidad del pueblo, triste y apagada, recuperara su protagonismo. Furiosa consigo misma, con el destino, con el mundo entero, se dijo que, a pesar de todo, se iría de allí, a Estrasburgo o incluso a París, a un lugar donde nadie la conociera. Podría ponerse a estudiar, hacer la carrera de medicina e incluso convertirse en cirujana. Imaginó unos planes imposibles que le producían un nudo en el estómago. Tenía derecho a pensar en ella misma, en su salvación. Se sentó en mitad de la cama, con náuseas y ebria. La sangre le latía fuertemente en las sienes, le impedía pensar. ¿Se estaría volviendo loca? ¿Sería como esas mujeres que la naturaleza no ha dotado de instinto? Cerró los párpados y se tumbó de nuevo. Unas imágenes confusas la acompañaron hasta que se quedó dormida. Esa noche soñó con Meknés y con los campos que rodeaban la finca. Vio las vacas de ojos tristes y de costillas salientes, y los bellos pájaros blancos comiéndoles los parásitos. El sueño se convirtió en una pesadilla, llena de mugidos desgarradores. Unos campesinos aún más delgados que sus rebaños pegaban con palos en la nuca a las vacas que estaban masticando unas hierbas dañinas. En cuclillas, agarraban un rollo de cuerda y ataban las patas traseras de las bestias para que no huyeran.

A la mañana siguiente, Mathilde amaneció con el vestido puesto y las medias enrolladas en los tobillos. Le dolía tanto la cabeza que le costaba mantener los ojos abiertos durante el desayuno. Irene se estaba bebiendo lentamente el té y masticaba una rebanada de pan untada de mermelada, con cuidado para no manchar el periódico que leía. Desde que Mathilde se había ido a Marruecos, le interesaba mucho la situación en las colonias. Cuando su hermana entró en el comedor, estaba recortando un artículo sobre los altercados con las cabilas, las negociaciones del sultán con el residente general. Mathilde se encogió de hombros. «Quizá, no sé». No estaba de buen humor para charlar. De vez en cuando la bilis le quemaba la garganta y tenía que respirar hondo para no vomitar.

Desde que llegó, no se había peleado con Irene. En los primeros días, vivió intranquila por si decía algo inadecuado y se estropeaba todo, y los roces volvían a surgir. Pero una complicidad nueva se había establecido entre las dos. De pequeñas, la competencia por ganar el amor de los padres nunca había permitido el cariño entre ellas. Ahora estaban solas en el mundo y eran las únicas poseedoras de los recuerdos de los muertos. La distancia y la edad habían colocado las cosas en lo esencial y borrado las mezquindades.

Mathilde se echó en el sofá del salón y estuvo dormitando el resto del día. Irene se quedó junto a ella, cubrió sus pies descalzos y alejó a las visitas demasiado insistentes. Cuando despertó, ya había oscurecido. Un fuego ardía en la chimenea e Irene estaba haciendo punto. Mathilde se sintió triste y con resaca. Volvió a recordar su comportamiento de la víspera en la fiesta y se encontró a sí misma ridícula. No era más que una inmadura, eso debió de pensar Irene. Mathilde se incorporó y giró los pies hacia la chimenea. Necesitaba hablar. Aquí estaba su refugio y sería consolada. En ese salón donde solo se oía el ruido de las agujas de tricotar y el crepitar del fuego, se puso a contar el carácter de su marido. Sus estallidos. No dijo nada concreto, nada que hubiera sido interpretado como una mentira o una exageración. Dijo lo justo y supo que Irene la había comprendido. Habló del aislamiento de la finca, del miedo que la atenazaba en la noche negra

cuando solo los aullidos de los chacales quebraban el silencio. Intentó que comprendiera lo que suponía vivir en un mundo donde ella no tenía su lugar, un mundo que se regía por unas normas injustas e indignantes, donde los hombres no daban explicaciones jamás, y donde no existía el derecho a llorar por una palabra hiriente. Se puso a sollozar evocando lo largos que se le hacían los días y la inmensa soledad, la nostalgia que sentía de su tierra y de su propia infancia. No se había imaginado lo que era el exilio. Se sentó con las piernas flexionadas contra el pecho y dirigió su rostro hacia su hermana que estaba mirando con fijeza las llamas. No tenía miedo, pues creía que su sinceridad resolvería todo. No sentía vergüenza de sus mejillas inundadas de lágrimas y de sus palabras inconexas. Ahora ya no intentaba interpretar un papel, aceptaba aparecer como lo que era: una mujer envejecida por el fracaso y el desencanto, una mujer sin orgullo. Contó y contó, y cuando hubo acabado se giró hacia Irene que no se movió.

«Hiciste tu elección. Tienes que asumirla. La vida es difícil para cualquiera, ¿sabes?».

Mathilde agachó la cabeza. ¡Qué ilusa por haber soñado con una mirada compasiva! Se sentía avergonzada por haber creído, incluso por un instante, que sería comprendida y consolada. No supo cómo reaccionar ante semejante indiferencia. Habría preferido que su hermana se burlara, se enfadara, que le dijera: «Te lo había advertido». Le habría parecido natural que echara la culpa de su desgracia a los árabes, al islam, a los hombres. Pero esa dureza la dejó helada y muda. Estaba convencida de que su hermana tenía preparada la respuesta desde hacía tiempo, que la rumiaba en su interior, impaciente por encontrar el momento de lanzársela a la cara. Le habría bastado con muy poquito para que ella no regresara a Marruecos. Para que renunciara a esa idea loca de vivir como una extranjera en otro país, de sufrir aquella extrema soledad. Irene se levantó sin lanzar ni una sola mirada en dirección a su hermana. No le tendería la mano. Que se ahogara si quería. Al pie de las escaleras, la llamó: «Vamos a acostarnos ya, mañana tenemos cita con el notario».

\* \* \*

Salieron después de desayunar. Cuando subió al coche, Irene tenía algunas migas de pan pegadas a los labios. Se presentaron antes de la hora fijada en la notaría, situada en el primer piso de un edificio acogedor. Una joven les abrió y las condujo a una sala helada. Se dejaron los abrigos puestos y no hablaron. De nuevo eran unas extrañas. Al aparecer el notario, ambas giraron la cabeza, y Mathilde no pudo reprimir un grito. Frente a ella estaba el cliente de la tienda. El hombre del sombrero. Ella le tendió la mano húmeda y le lanzó una mirada suplicante. Irene no se dio cuenta de nada y se adelantó.

«Buenos días, señor notario». Las dejó pasar delante de él y les indicó dos sillas frente a su escritorio de madera maciza. El joven había sucedido al viejo notario que Mathilde conocía de siempre y que había fallecido por su afición al alcohol. Sonreía a la manera de un chantajista ante su víctima impotente.

«—¿Y bien, señora, qué tal le va en Marruecos? —le preguntó.

—Muy bien, gracias.

—Ya me ha dicho su hermana que vive usted en Meknés».

Agachó la cabeza, rehuyendo la mirada del hombre que se inclinaba sobre el escritorio como un gato presto a abalanzarse sobre su presa. Buscó algo en una carpeta y sacó un documento, dirigiéndose de nuevo a Mathilde:

«—Dígame, ¿hay teatros en la ciudad donde usted vive?

—Claro —le contestó en un tono glacial—. Pero mi esposo y yo trabajamos mucho. Tengo otras cosas que hacer que divertirme».

**VI**

El 2 de noviembre, Mathilde estaba de vuelta. Ese día, a Aicha se le permitió faltar a clase y esperó a su madre en la carretera, sentada sobre una caja de madera. Al ver llegar el coche de su padre, se levantó agitando los brazos. Las flores que había cogido por la mañana se habían puesto mustias y renunció a dárselas. Amén frenó a unos metros de la entrada de la finca y Mathilde bajó del coche. Llevaba un abrigo nuevo, unos zapatos elegantes de piel marrón y un sombrero de paja, inadecuado para la estación. Aicha la contempló, con el corazón rebosante de amor. Era un soldado que regresaba del frente, victorioso y herido, ocultando sus secretos bajo las medallas. Abrazó a su hija, hundió la nariz en su cuello y sus dedos en las greñas rizadas de la niña. Le pareció tan ligera, tan frágil que tuvo miedo de fracturarle una costilla al estrecharla contra ella.

Caminaron cogidas de la mano hasta la casa y Selim apareció en los brazos de Tamo. En un mes, había cambiado mucho y Mathilde pensó que había engordado por la comida tan grasa que la criada cocinaba. Pero nada hubiera podido ese día molestarla ni irritarla. Estaba tranquila y serena puesto que se había resignado a aceptar su destino, acomodarse a él y rentabilizarlo de algún modo. Mientras entraba en la casa, cruzaba el salón inundado por el sol de invierno y le llevaban su equipaje al dormitorio, pensó que lo más nefasto era la duda, y que elegir entrañaba dolor y torturaba el alma, pero con la decisión ya tomada, ninguna vuelta atrás era posible y se sentía fuerte. Fuerte por no ser libre. Le vino a la memoria ese verso de Andrómaca de Racine, que aprendió en el colegio, ella, la patética embustera, la actriz del teatro imaginario, se entregaba, ciega, a su destino que la arrastraba: «*Je me livre en aveugle au destin qui m'entraîne*».

Los niños no se separaron de ella en todo el día. Se enganchaban a sus piernas y ella jugaba a seguir andando a pesar de que se lo impedían. Abrió su maleta como cuando se abre un baúl que contiene un tesoro, y con

solemnidad sacó unos muñecos de peluche, unos libros de cuentos, unos caramelos de frambuesa cubiertos de azúcar glaseada. En Alsacia, había renunciado a su propia infancia, la había atado, reducido al silencio y guardado en el fondo de un cajón. A partir de ahora, tenía que olvidarse de su niñez, de sus sueños ingenuos, de sus caprichos. Atrajo a los niños hacia su pecho, los levantó, uno en cada brazo y rodó por la cama con ellos. Los abrazó con pasión, y en los besos que les daba en sus mejillas no solo se reflejaba la fuerza de su amor, sino también la intensidad de lo que dejaba atrás. Los quería más por todo a lo que había renunciado en su nombre. A la felicidad, a la pasión, a la libertad. Pensó: «Me odio por estar encadenada de este modo. Me odio por preferiros a vosotros más que a nada». Sentó a la niña en su regazo y le leyó unos cuentos. «Más, quiero más», repetía, y Mathilde volvía a empezar. Se había traído una maleta llena de libros cuyas cubiertas acariciaba religiosamente Aicha antes de abrirlos. Estaba el personaje de Struwwelpeter que la intrigó y le dio miedo, con sus greñas y sus uñas larguísimas. Selim dijo: «Se parece a ti», y eso la hizo llorar.

\* \* \*

El 16 de noviembre de 1954, Aicha celebró sus 7 años. Para esa ocasión, Mathilde decidió organizarle una fiesta de cumpleaños en la finca. Confeccionó ella misma unas bonitas invitaciones en las que incluyó una hojita para que los padres confirmaran la asistencia de sus hijas. Todas las tardes, preguntaba a Aicha si sus amiguitas le habían respondido. «Geneviève no va a venir. Sus padres le tienen prohibido ir donde viven los campesinos de las cabilas. Dicen que puede coger pulgas y cólicos». Mathilde se encogió de hombros. «Geneviève es idiota; y sus padres, unos imbéciles. Prescindiremos de ellos. No te preocupes».

Se pasó toda la semana hablando del cumpleaños. Por la mañana, en el coche, evocó la tarta que iba a encargar en la pastelería más refinada de la ciudad, las guirnaldas que recortaría en papel crepé, los juegos de su infancia que les enseñaría y con los que se divertirían mucho. Estaba tan feliz y tan entusiasmada que Aicha no tuvo valor para decirle la verdad. Sus

compañeras no dejaban de burlarse de ella. Era la más pequeña, le tiraban de los pelos, la empujaban en las escaleras. La odiaban porque era la primera de la clase, y se llevaba todos los premios en latín, en cálculo y en ortografía. «Menos mal que eres lista, porque eres tan fea que nadie se querrá casar contigo», le decían. En la capilla, de rodillas junto a Monette, se abismaba en unas oraciones dañinas, en unos ruegos llenos de odio. Deseaba que las niñas se muriesen. Soñaba que se asfixiaban, contraían enfermedades incurables, se caían de un árbol, se rompían las dos piernas. *«Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores»*. Pero se contenía para no cometer tonterías, para no poner en práctica las venganzas que ideaba. Dominaba los celos que sentía por Selim, y cerraba los puños con fuerza cuando le entraban ganas de pellizcar la espalda del niño que Mathilde se comía con la mirada, con una ternura que la lastimaba. Desde que su madre había regresado de su viaje, había oído varias veces a su padre quejarse de los continuos trayectos de la casa al colegio. «Nos arruinan la salud», decía. «Cansan a los niños». Aicha intentaba ser lo más discreta, lo más transparente posible, pues estaba aterrorizada ante la idea de que sus padres la llevaran al internado y solo pudiera ver a su madre el sábado y el domingo, como la mayoría de las niñas internas de su colegio.

\* \* \*

Llegó al fin el día del cumpleaños. Era un domingo desapacible y lluvioso. Cuando se despertó, Aicha se puso de pie encima de la cama y vio por la ventana las ramas de los almendros temblar por el viento. El cielo estaba triste y enfadado, arrugado como una sábana después de una noche de pesadillas. Un hombre vestido con una chilaba marrón de lana pasó con la capucha sobre la cabeza y ella oyó el ruido del barro chapotear bajo sus zapatos. A mediodía, el viento se calmó, dejó de llover, pero el cielo seguía tapizado de nubes grises y amenazaba tormenta. «¡Qué injusticia!», pensó Mathilde. «En este país con un clima tan desesperadamente bueno, ¿por qué el sol huye de nosotros hoy en especial?».

Amín tenía que ir a la pastelería a recoger la tarta y luego al internado de Notre-Dame a por cuatro niñas que no iban ese fin de semana a sus casas y habían aceptado la invitación. Amín tardaba. Tuvo que pararse dos veces en el arcén y esperar a que cesara la lluvia pues el limpiaparabrisas funcionaba mal y no veía nada. Al llegar a la pastelería, le hicieron esperar. Había habido una confusión, y la tarta de ellos se la habían dado a otra persona. «Ya no tenemos fresas», le explicó la dependienta. Él se encogió de hombros. «Da igual, solo quiero una tarta».

En la finca, Mathilde daba vueltas de un lado a otro. Había decorado el salón, colocado en la mesa platos que tenían pintados motivos de la vida cotidiana en Alsacia. Caminaba por la casa nerviosa, enfadada, imaginándose las escenas más terroríficas. Aicha no se movía. Con la nariz pegada al ventanal del salón, miraba con atención el cielo como si quisiera alejar las nubes, como si esperara que, con la mera fuerza de su deseo, saliera un sol resplandeciente. ¿Qué iban a hacer dentro de esta casa polvorienta? ¿A qué se podía jugar entre esas cuatro paredes? Tendrían que poder correr por el campo, les enseñaría los escondrijos que había en los árboles, irían a ver al burro en la cuadra, aunque ya no servía para nada pues era muy viejo, y las manadas de gatos que Mathilde recogía. «*Señor, tú que eres amor, dame fuerzas*».

Amín llegó por fin, con la ropa chorreando, llevando en las manos la caja con la tarta llena de manchas de nata. Detrás de él entraron Monette y tres niñas con gesto asustado.

«Aicha, ven a saludar a tus amiguitas», dijo Mathilde, empujando a su hija por la espalda.

Ella tuvo deseos de desaparecer. Habría dado lo que fuera por que se llevaran a las niñas de allí, y ella recuperara su soledad sin peligro alguno. Pero su madre, como una posesa, se puso a cantar canciones y Selma a dar palmas. Las niñas se unieron a ellas, confundían la letra y se reían. Taparon los ojos de Aicha con un pañuelo y Mathilde la hizo girar. Avanzaba a ciegas, con los brazos estirados, guiándose por las risas que las niñas soltaban por lo bajo. A las cinco de la tarde, empezó a oscurecer. Mathilde gritó: «¡Creo que ya es la hora!», y se metió en la cocina, dejando en el salón a las niñas sin nada que decirse. Al abrir la caja, por poco se echa a

llorar. No era lo que había encargado. Le temblaban las manos de rabia, puso la tarta en un plato y Aicha oyó a su madre cantar: «Cumpleaños feliz... Cumpleaños feliz...». De rodillas en la silla, la niña se inclinó sobre las velitas y, cuando se disponía a soplar, su madre la detuvo. «Tienes que pedir un deseo sin contárselo a nadie».

Encendieron las luces. Ginette, que moqueaba constantemente, se puso a lloriquear. Tenía miedo de estar allí y quería irse. Mathilde se acercó a ella y la tranquilizó, aunque le hubiera gustado darle unos cachetes a esa niña cargante y decirle que fuera menos egoísta. ¿Acaso no se había dado cuenta de que ella no era la protagonista? Pero las demás niñas, salvo Monette, cambiaron de expresión.

«—Nosotras también nos queremos ir. Dile a tu chófer que nos acompañe.

—¿El chófer?».

Mathilde recordó la cara sombría de Amín, la brusquedad con la que había soltado la caja de la pastelería en la mesa de la cocina. Aquellas niñas lo habían tomado por el chófer y él no lo había desmentido.

Mathilde se echó a reír, y se disponía a aclarar la situación cuando Aicha exclamó: «Mamá, ¿puede el chófer acompañarlas?».

Miraba fijamente a su madre, con la misma mirada de enfado de cuando estaba castigada y parecía odiar al mundo entero. A Mathilde se le encogió el corazón y agachó despacio la cabeza. Las niñas la siguieron, como los patitos siguen a su madre, hasta el despacho donde Amín se había encerrado. Toda la tarde había permanecido allí, devorado por la rabia que calmaba fumando un cigarrillo tras otro y recortando artículos de una revista. Las niñas se despidieron de Aicha sin mucha efusión y se sentaron en la parte de atrás del coche.

Condujo despacio debido a la lluvia que había empezado a caer de nuevo. Las niñas se quedaron dormidas, unas sobre otras, y Ginette roncaba. Amín pensó: «Solo son unas niñas pequeñas. Hay que perdonarlas».

\* \* \*

El jueves siguiente, Mathilde llevó a los niños a un estudio de fotografía que había en la Rué Lafayette. El fotógrafo los sentó en un taburete, ante un panel que representaba la catedral de Notre-Dame de París. Selim no se quedaba quieto y Mathilde se enfadó. Antes de que el fotógrafo estuviera listo, arregló un poco el peinado a Aicha y pasó la mano por el cuello de su vestido blanco. «Así está bien, no os mováis». En el reverso de la foto, anotó la fecha y el lugar. La metió en un sobre y escribió a Irene: «Aicha es la primera de su clase y Selim está aprendiendo muy rápido. Ayer, la niña cumplió siete años. Ellos son mi felicidad y mi alegría. Me vengan de los que nos humillan».

Una noche, mientras terminaban de cenar, llamaron a la puerta. En la oscuridad que reinaba en el vestíbulo, Amín tardó en reconocer a su antiguo compañero de armas. Murad estaba empapado por la lluvia, temblaba bajo su ropa mojada. Con una mano se cerraba los faldones del abrigo y con la otra se sacudía la gorra que chorreaba. No le quedaban dientes y hablaba como los ancianos que se muerden las mejillas por dentro. Amín lo atrajo hacia el interior y lo abrazó tan fuerte que sintió cada una de las costillas de su antiguo asistente. Se echó a reír sin importarle que le mojara su ropa. «¡Mathilde, Mathilde!», gritó arrastrando a Murad de la mano tras él hasta el salón. Ella dio un grito. Recordaba con nitidez al ordenanza de su marido, un hombre tímido y delicado por el que había sentido amistad sin haber podido expresárselo nunca. «Tiene que quitarse esa ropa, está empapado hasta los huesos. Mathilde, ve a buscarle algo para que se cambie». Murad se negó insistentemente, se puso las manos en la cara y las agitó con nerviosismo. Ni hablar, no aceptaría la camisa de su comandante, ni el par de calcetines y menos aún la camiseta. Jamás haría algo así, sería indecente. «No seas ridículo», exclamó Amín. «La guerra se ha acabado». Esa frase lo conmovió. Le provocó como un silbido en la mente, lo incomodó y tuvo la impresión de que si Amín había dicho eso era para entristecerlo.

En el cuarto de baño, con las paredes cubiertas de azulejos azules, Murad se desnudó. Evitó enfrentarse a su reflejo famélico en aquel espejo grande. ¡Qué necesidad de contemplar ese cuerpo devastado por una infancia miserable, una guerra, una errancia por caminos ajenos! Mathilde había dejado en el borde del lavabo una toalla limpia y una pastilla de jabón con forma de concha. Se lavó las axilas, las manos y los brazos hasta el codo. Se descalzó y metió los pies en un barreño lleno de agua fría. Luego, a regañadientes, se vistió con la ropa de su comandante.

Salió del cuarto de baño y cruzó el pasillo de aquella casa desconocida, orientándose por las voces. La de una niña que preguntaba «¿Quién es ese hombre?» y «¡Cuéntanos más cosas de la guerra!». La de Mathilde, que suplicaba que abrieran la ventana para que saliera el humo que se desprendía de los viejos fogones. La de Amín, por último, que se impacientaba. «¿Pero qué hace? ¿Crees que debería ir a ver si todo está bien?». Antes de entrar en la cocina, donde estaban reunidos, se detuvo y por el resquicio de la puerta observó a aquella entrañable familia. Su cuerpo estaba empezando a entrar en calor. Cerró los ojos y aspiró el olor del café puesto al fuego. Un sentimiento de dulzura se apoderó de él y lo aturdió. Era como un sollozo imposible de contener. Se sujetó la garganta y abrió bien los párpados para intentar reprimir hacia dentro el sabor salado que le había invadido la boca. Amín estaba sentado delante de su hija, una niña con la melena desgredada. Hacía siglos, pensó Murad, que no había asistido a una escena así: el ama de casa trajinando, gestos infantiles, muestras de cariño. Se dijo que quizá había llegado al final de su recorrido. Que había arribado a buen puerto y que allí, entre los muros de esa casa, las pesadillas huirían de él.

Entró y los adultos dijeron «¡Ah!», mientras la pequeña lo miraba fijamente. Los cuatro se sentaron alrededor de la mesa sobre la que Mathilde había puesto un mantel bordado por ella. Murad se bebió el café despacio, un sorbo tras otro, con las manos agarrando la taza de hierro esmaltado. Amín no le preguntó de dónde venía ni qué estaba haciendo allí. Le sonrió y le puso la mano en el hombro, repitiendo: «¡Qué sorpresa y qué alegría!». Durante toda la velada evocaron recuerdos, y la niña, fascinada, rogaba que no la mandaran a la cama. Hablaron del viaje en barco que los condujo hacia los hombres civilizados y belicosos, en septiembre de 1944. En el puerto de La Ciotat, en Marsella, habían entonado cantos para infundirse valor. «¿Cómo cantabas, papá? ¿Y qué es lo que cantabas?».

Amín se burlaba de su asistente, el soldado de tropa Murad que se asombraba de cualquier cosa y le tiraba de la manga preguntándole por lo bajo: «¿Aquí tendrán pobres?». En la campiña del sur de Francia se sorprendía al ver trabajar a unas mujeres blancas, que se parecían a las que en su país solo se dirigían a él si no tenían más remedio. Le gustaba decir

que se había alistado por Francia, para defender a un país del que desconocía todo, pero del que sin saber la razón dependía su destino. «Francia es mi madre, es mi padre». La realidad era que no había tenido otra opción. Cuando los franceses se habían presentado en su aldea, a ochenta kilómetros de Meknés, habían agrupado a los hombres, excluyendo a los ancianos, a los niños y a los enfermos, y les habían señalado la parte trasera del camión: «La guerra o la cárcel». Así que Murad se fue a la guerra. Y jamás se le pasó por la mente la idea de que la celda de una cárcel hubiera sido un refugio más cómodo, más seguro, que el campo de batalla de aquel país nevado. En realidad, no fue ese chantaje lo que lo convenció. No fue el miedo a la cárcel ni la vergüenza. Tampoco la prima que les daban por alistarse ni la paga que enviaba a su familia y que tanto le agradeció su madre. Luego, cuando se incorporó al regimiento de los espahíes donde Amín tenía la distinción de primera clase, confirmó que había hecho lo adecuado. Que algo grande acababa de ocurrir, que su vida, su miserable vida de campesino, iba adquirir una grandeza inesperada, una amplitud de la que ni siquiera era digno. A veces no sabía si era por Amín o por Francia por lo que estaba dispuesto a morir.

Cuando rememoraba la guerra, a Murad le sobrecogía el recuerdo del silencio. El estruendo de las bombas, de los fusiles, de los gritos había desaparecido y solo quedaba en su mente la memoria de los años callados, de las pocas palabras intercambiadas entre los hombres. Amín le decía que agachara la cabeza, que se mantuviera discreto. Había que luchar, vencer y luego regresar a casa. No debían hacer ningún ruido. No debían plantear ninguna pregunta. Desde el puerto de La Ciotat, subieron hacia el Este donde los recibieron como libertadores. Los hombres abrían buenas botellas de vino en honor de ellos y las mujeres agitaban pequeñas banderas. «¡Viva Francia! ¡Viva Francia!». Un día un niño señaló a Amín con el dedo y dijo: «Un negro».

Murad estaba presente el día que Amín vio a Mathilde por primera vez, en el otoño de 1944. El regimiento estaba estacionado en un pueblo a pocos kilómetros de Mulhouse. Esa misma tarde ella los había invitado a cenar a su casa. Se disculpó por adelantado: «El racionamiento», les comentó. Y los soldados aceptaron la invitación. Cuando se presentaron en su casa, los

hicieron pasar a un salón que estaba lleno de gente. Algunos habitantes del pueblo, otros soldados, unos cuantos ancianos que parecían estar ya borrachos. Se sentaron a una mesa de madera larga y Mathilde se colocó frente a Amín observándolo con una mirada hambrienta. Para ella, era como si aquel oficial le hubiera sido enviado por el cielo, que había respondido a sus oraciones, a las de ella, que maldecía menos la guerra que la falta de aventuras. A las de ella, que llevaba cuatro años sin ir a ningún lado, sin ropa nueva que ponerse, sin ningún nuevo libro que leer. Tenía diecinueve años, hambre de todo, y la guerra le había arrebatado todo.

El padre de Mathilde entró en el salón cantando una canción descarada que corearon todos. Amín y Murad, callados, miraban fijamente a aquel gigante, con una barriga enorme, un bigote negro como el ébano, a pesar de su edad. Todos se sentaron a comer. Empujaron a Murad y este se pegó cada vez más a Amín. Un hombre se puso al piano y los invitados se agarraron por los codos y cantaron una canción. Reclamaban la comida. Las mujeres, cuyas mejillas estaban enrojecidas, dejaron en la mesa grandes fuentes de charcutería y de col. Sirvieron jarras de cerveza, y el padre de Mathilde gritó para proponer un Schnaps. Mathilde acercó una fuente a Amín. Había que reconocer que ellos eran los soldados de la Liberación y se les debía servir los primeros. Amín plantó su tenedor en una salchicha. Dijo: «Gracias». Y se puso a comer.

Sentado a su lado, Murad temblaba. Estaba pálido como un espectro y con la nuca empapada de sudor. El ruido, las mujeres, la manera indecente de cantar lo incomodaban y le recordaban al burdel del barrio de las prostitutas de Bousbir en Casablanca, adonde unos soldados franceses lo habían llevado una noche. Desde entonces, estaba obsesionado por la risa de aquellos hombres, por la manera brutal con la que se habían comportado. Habían metido los dedos en el sexo de una chica que tendría la edad de su hermana pequeña. Tiraban a las prostitutas de los pelos, les chupaban los senos, no con sensualidad sino como si fueran unas vacas a las que había que vaciar las mamas. Las mujeres tenían el cuerpo morado de tantos chupetones y marcas de arañazos.

Murad se había pegado a su comandante. Le tiraba de la manga y Amín estaba ya harto. «¿Qué te pasa?», le preguntó en árabe, «¿no ves que estoy

hablando con la gente?». Pero él insistía. Lo miraba con unos ojos aterrorizados. «Esto», dijo, señalando las fuentes con el dedo, «es cerdo, ¿verdad?». «¿Y eso?», alzando las cejas en dirección a las copas, «¿es alcohol, verdad?». Amín lo miró, y con una voz seca, le dijo: «Come y calla».

«¿Qué más te daba?», le preguntó luego mientras caminaban hacia su campamento, por las calles oscuras del pueblo. «¿De qué tienes miedo? ¿Del infierno? Allí estábamos y de allí hemos vuelto».

¿Acaso no habían soñado con un cuarto bien caliente, un plato lleno de comida, la sonrisa de una joven, cuando caminaban detrás de los SS que los habían hecho prisioneros tras la batalla de La Horgne, en mayo de 1940? Habían caminado durante horas, días, y Murad insistía en cargar con el petate de Amín. ¿Qué tenían que ver con todo aquello? No pedían nada más que cultivar una pequeña finca, sobre una colina bien lejos de allá. No tenían enemigos cuyos nombres no pudieran pronunciar y, frente a unos gigantes que hablaban una lengua desconocida, habían tirado sus armas al suelo y se habían puesto en fila. Una noche, se detuvieron en el borde de una finca y, en plena oscuridad, escarbaron en la tierra helada. Desenterraron, en silencio, unas patatas que apenas habían germinado y se las comieron con mucho cuidado de no hacer ruido al masticar. Esa noche, todos los hombres vomitaron y algunos se hicieron sus necesidades encima. Cuando amaneció y tuvieron que reemprender la marcha, al lanzar una última mirada a los campos, los vieron atravesados por delgados surcos de rabia. Se hubiera dicho que lo habían labrado unas pequeñas bestias dotadas de garras punzantes. Luego los metieron en un tren para llevarlos a un campo de prisioneros en Dortmund. «¡Cuéntame lo del campo de prisioneros!», pidió Aicha con los párpados casi cerrados. «Las historias sobre el campo de prisioneros las dejaremos para más adelante», le prometió Amín, agotado por tantos recuerdos.

Condujo a Murad hasta el fondo del pasillo y abrió la puerta de un cuarto pequeño, con las paredes tapizadas de tela de flores. No se atrevía a entrar, violento por la delicadeza y la feminidad de aquel dormitorio. En la mesilla de noche, habían dejado una jarra de agua decorada con un ramo de violetas. Mathilde había cosido ella misma y, luego, colgado unas cortinas

con frufrús; y sobre la cama había colocado un montón de cojines de colores. Murad, que esperaba dormir sobre un banco de madera o en el propio suelo de la cocina, se sintió desconcertado. «Puedes quedarte con nosotros el tiempo que quieras. Me alegro de que hayas venido», lo tranquilizó Amín.

Se desnudó y se deslizó en el frescor de las sábanas. El ambiente era apacible, pero no consiguió conciliar el sueño. Abrió la ventana, tiró las sábanas al suelo. Nada calmaba su angustia. Le entró tal pánico que tuvo ganas de levantarse, vestirse, ponerse su chaqueta empapada y marcharse de allí en plena noche. Esa dulzura, esa pureza, ese calor humano no estaban hechos para él. No tenía derecho a trasladar a ese lugar sus pecados, ensombrecer con sus secretos el destino de aquella gente. Acostado, se avergonzó de no haber contado todo. Pensó que cuando Amín descubriera la verdad, lo echaría, lo insultaría, lo acusaría de haberse aprovechado de su bondad.

Le habría gustado poner su mano en la de Amín, y, si se hubiera atrevido, reposar la cabeza en el hombro de su comandante, respirar su olor. Le habría gustado, en el umbral de la puerta, que su abrazo no acabara nunca. Había manifestado a Mathilde y a los niños una alegría hipócrita, pues hubiera preferido que no estuvieran, que no se interpusiera nadie entre el comandante y él. Se había vestido con su camiseta y su camisa con una lubricidad de la que ahora se arrepentía. ¡Qué avergonzado estaba! Las lágrimas le asomaban a los ojos al sentir arder su sexo, con su vientre encogido por el deseo. Intentó alejar esas imágenes de su mente. Se mordió la mano como un enfermo abatido por el dolor. No debía pensar en ello, al igual que no debía pensar en los cadáveres, en los cuerpos lacerados que se pudrían en los charcos de barro, ni en el maldito monzón que enloquecía a sus compañeros de armas en Indochina, ni en la sangre negra que fluía de los que habían preferido matarse antes que regresar al combate. No debía pensar ni en la guerra ni en ese afán loco, febril, que sentía por buscar el cariño de Amín.

Había llegado hasta aquí y ahora le era imposible decidir marcharse de esta casa. La verdad es que su desertión solo tuvo un objetivo, no pretendía más que una cosa. Durante todas las noches en las que estuvo caminando,

escondiéndose en los vagones de transporte de ganado, en los graneros y en los sótanos, durante esos días en que embotado por el cansancio se quedaba dormido en los vestíbulos de las estaciones de tren, olvidándose incluso de sentir miedo, lo que le guiaba era el rostro de Amín. Pensaba en la sonrisa de su comandante, esa sonrisa de medio lado que solo desvelaba una parte de su dentadura blanca. Esa sonrisa por la cual él habría atravesado un continente más. Y mientras los otros soldados sostenían cerca del pecho la fotografía de una muñeca de piernas desnudas, y se excitaban pensando en los senos lechosos de alguna puta o de alguna novia incierta, Murad se juraba a sí mismo que haría lo imposible para volver a ver a su comandante.

A la mañana siguiente, Amín lo esperaba en la cocina. Mathilde estaba sentada, con Aicha en sus rodillas, ambas ensimismadas en la contemplación de una lámina de anatomía en la que se explicaba el funcionamiento de los riñones. Selim, que olía a pis, jugaba en el suelo con unas cacerolas vacías. «¡Bueno, ya estás aquí!», exclamó Amín. «He estado pensando toda la noche y tengo una propuesta que hacerte. Ven, te hablaré de ello mientras caminamos». Mathilde ofreció a Murad una taza de café, que se bebió de un trago. Amín cogió su cazadora, las gafas de sol, dio un beso a su esposa en el hombro y rozó con la punta de los dedos sus nalgas. «¡Venga, marchaos de una vez!», dijo ella, riéndose.

Se pusieron a andar en dirección a los establos. «Me gustaría enseñarte lo que he realizado en solo cinco años. Hace unos meses, contraté a un capataz, a un joven francés que me recomendó una vecina, la viuda de Mercier. Era un buen chico, honrado y trabajador, pero al poco tiempo regresó a Francia. Aquí hay mucha faena y mucho potencial. Me gustaría que me ayudaras. Si pudieras quedarte, serías el capataz». Murad caminaba en silencio, ajustando el paso al de su comandante. No sabía nada de agricultura, pero había crecido al aire libre y ninguna misión le resultaba imposible de cumplir si Amín era quien se la ordenaba. Este le enseñó las plantaciones de árboles frutales que ahora cubrían una buena parte de la finca. Le habló de su pasión por el olivo, un árbol noble con el que intentaba numerosos experimentos. «Me gustaría construir un invernadero para producir mis propias plantas y mejorar el rendimiento. Habría que crear un vivero, instalar un sistema de calefacción y de humidificación. Y

necesito tiempo para dedicarme a mis estudios y a desarrollar nuevas variedades». Con la cara sofocada por la excitación, Amín agarró a Murad de la mano y se la apretó. «Ahora tengo una cita en la Cámara de Agricultura. Hablaremos a mi vuelta, ¿quieres?».

Esa misma tarde, Murad aceptó la propuesta y se instaló en el cobertizo que había junto a una palmera gigante a pocos metros de la casa. De noche, oía el ruido de las ratas que trepaban por la hiedra, alrededor del enorme tronco. Con muy poco tenía suficiente para vivir: un catre, una manta que doblaba cada mañana con un cuidado maniático, una fiambarrera y un jarro grande de agua para averse. Aunque le hubieran pedido hacer sus necesidades en pleno campo, no se habría sorprendido ni escandalizado. Pero utilizaba el váter que había afuera, en el patio de la cocina, que habían construido para Tamo, la criada, que no tenía derecho a orinar en el mismo lugar donde orinaba Mathilde. Con su severo rigor militar, en tres semanas Murad se había granjeado el odio de los obreros. «La disciplina», decía, «es el secreto de los ejércitos victoriosos». Era todavía peor que algunos franceses, esos que encerraban a quien trabajaba mal en un cuartucho o le daban una paliza. Este tipo —se quejaban algunos jornaleros— era peor que un extranjero. Era un traidor, un vendido, era de la raza de los traficantes de esclavos que fundan los imperios a costa de su propia gente.

Un día, delante de la finca de Mariani, mientras Murad y Achur iban caminando, este, aclarándose ruidosamente la garganta, lanzó un escupitajo al suelo y gritó: «¡Maldito seas!», y se quedó mirando la valla. «Estos colonos consiguieron las mejores tierras, se llevaron nuestra agua y nuestros árboles». Murad lo interrumpió y, con gesto serio, le preguntó: «Antes de que él llegara, ¿qué crees que había aquí? Ellos fueron los que perforaron el suelo para buscar agua, ellos los que plantaron los árboles. ¿Y acaso no vivieron en la miseria, en chabolas con techos de hojalata? ¡Anda, calla la boca! Aquí no hacemos política. Trabajamos la tierra». Murad decidió pasar lista todas las mañanas y reprochó a Amín que no hubiera controlado nunca los horarios de sus obreros. «Sin autoridad, reina la anarquía. ¿Cómo quieres que florezca tu finca si les dejas hacer lo que se les antoja?».

Murad trabajaba de sol a sol, sin descansar a mediodía. Los obreros no querían comer con él. Así que se sentaba solo a la sombra de un árbol,

masticando su pan, con los ojos agachados, para no encontrarse con la mirada sarcástica de los demás.

En los días siguientes a su contratación, Murad se propuso solucionar el problema del agua. Con un viejo motor Pontiac, montó una estación de bombeo y encomendó a algunos hombres la tarea de perforar la tierra. Cuando brotó el agua, los obreros lanzaron gritos de alegría. Tendieron las manos callosas bajo el chorro, se refrescaron las caras quemadas por el viento y bendijeron a Dios por su generosidad. Pero Murad no era tan espléndido como Alá. Por la noche, organizaba «turnos de agua» para vigilar el pozo. Dos obreros de su confianza se alternaban delante del agujero, con una escopeta al hombro. Encendían una hoguera para alejar a los chacales y a los perros, y luchaban contra el sueño a la espera del relevo.

Murad deseaba que Amín fuera feliz y que se sintiera orgulloso de él. No le importaba el odio de los obreros, y su única obsesión era satisfacer a su comandante. Este delegaba cada día más tareas en el capataz, dedicándose él a sus experimentos y a las numerosas citas con el banco. Se ausentaba a menudo, lo que desesperaba a Murad. Al aceptar el trabajo, se había imaginado que se restablecería el vínculo que los había unido durante la guerra, que recuperarían la alegría de vivir al aire libre, caminar varias horas, afrontar juntos el peligro, reírse con una risa de hombres y por tonterías. Creyó que su antigua complicidad renacería y que, a pesar de la relación jerárquica que subsistiría, se recuperaría aquella amistad de la que Mathilde, los obreros e incluso los hijos de Amín quedarían excluidos.

A mediados de diciembre, sintió una inmensa alegría cuando Amín le propuso que lo ayudara a reparar la cosechadora. Pasaron tres tardes encerrados en el cobertizo. Amín estaba sorprendido por el entusiasmo de Murad, que, subido a la enorme máquina, silbaba alegremente. Durante la guerra, él era quien reparaba los tanques. Una tarde, con el rostro cubierto de grasa y las manos temblando de cansancio y de frustración, Amín arrojó contra la pared una herramienta, furioso por haber perdido tanto tiempo y dinero en esa máquina. Necesitaban unas piezas, y ningún taller de la zona se las pudo suministrar. «Más vale que lo dejemos ya. Me voy a casa». Pero

Murad fue tras él y, con una voz enérgica que resultaba cómica, intentó convencerlo de que se mostrase valiente y optimista. Estaba seguro de poder forjar él mismo las piezas que faltaban y le dijo que incluso se cortaría una pierna o un brazo si con ello conseguía que la cosechadora funcionara. Amín acabó riéndose, algo que en aquella época era infrecuente en él.

Se alegraba de la eficacia de su capataz, pero le preocupaba el ambiente tenso que sus métodos militares habían creado. Los obreros iban con frecuencia a quejarse de él. Murad estaba en contra de los nacionalistas y lo habían visto, a veces, caminar por la carretera principal con el almocadén, informador de las autoridades, agarrados del dedo meñique. El capataz alardeaba de ser un agente de orden y de prosperidad. Cuando Amín se alteró, preocupado por los enfrentamientos cada vez más frecuentes en la finca y le dijo que lamentaba mucho ver todo el día los rostros sombríos de los campesinos, Murad lo tranquilizó. «No es el momento de mostrar debilidad. Los jóvenes están sembrando el caos en el país, y hay que ser firmes».

«Me está empezando a agobiar», le confesó un día a Mathilde. Ella ya no soportaba la presencia del capataz que su marido imponía en las comidas de la familia, incluso los domingos. Le parecía un buitre, con sus hombros anchos pero caídos, su nariz aguileña como el pico de un pájaro, su soledad de carroñero. Por una vez, Amín no tuvo el valor de contradecirla. Murad hablaba con metáforas guerreras y, a menudo, se vio obligado a llamarle la atención: «No digas ese tipo de cosas delante de los niños. ¿No ves que se asustan?». Para el capataz solo existía el honor y el deber, y las historias que contaba siempre iban de batallas. Amín sentía lástima de su asistente, atrapado por el pasado como esos insectos petrificados dentro del ámbar en un eterno estado de suspensión. Tras su arrogancia, él veía su torpeza, y, una tarde, mientras regresaban juntos del campo, le dijo: «Cenarás con nosotros en Navidad. Es una fiesta importante para Mathilde». Le habría gustado añadir: «No se hablará ni de Francia, ni de la guerra». Pero no se atrevió.

\* \* \*

Para la cena de Navidad, Mathilde invitó a los Palosi, y Corinne aceptó encantada. «Unas Navidades sin niños es triste, ¿no crees?», había comentado a Dragan, a quien se le encogió el corazón al oír esas palabras. Corinne creía que él no entendía lo que significaba no ser madre. Se imaginaba que esa pena era inaccesible para él y para los hombres, en general, pues todos ignoraban esos sufrimientos íntimos. Ella se equivocaba. Un día, el pequeño Dragan, cuando vivía todavía en Budapest, se puso un vestido de su hermana Tamara. La niña se rio tanto que estuvo a punto de hacerse pis en las bragas, y le decía insistentemente: «¡Qué guapa, qué guapa estás!». Cuando su padre se enteró, se puso furioso y castigó a su hijo. Le había advertido de que esos juegos eran perversos y de lo inadecuado de esa dudosa inclinación hacia la cual se había dejado arrastrar. Al recordar aquello, dedujo que fue entonces cuando se despertó en él su fascinación por las mujeres. Nunca quiso poseerlas, ni siquiera ser como ellas, no. Lo que le emocionaba era ese poder mágico que ellas tenían, ese vientre que engordaba poco a poco, como el de su madre. No se lo confesó a su padre ni a su catedrático de Medicina cuando este, con mirada torva, le preguntó el motivo por el cual había elegido dedicarse a la ginecología. Entonces, le había respondido sencillamente: «Porque las mujeres siempre tendrán bebés».

A Dragan le gustaban los niños y estos le devolvían su cariño. Aicha adoraba al doctor que le deslizaba caramelos de menta o de regaliz en el hueco de la mano mientras le lanzaba un guiño cómplice. No le agradecía tanto las golosinas como el hecho de compartir un secreto, pues le hacía sentir que contaba para él, que ella era importante. También le intrigaba por su acento y por ese «telón de acero» que el doctor evocaba a menudo, y tras el cual quería enviar naranjas y un día, quizá, albaricoques. Mathilde anunció en casa que también vendría a la cena la hermana del doctor, Tamara, que vivía detrás del telón de acero, y Aicha se imaginó a aquella mujer detrás de una gran persiana metálica como la que echaba todas las

tardes el tendero del Suss para proteger su local. «¡Qué extraño!», pensaba. «¿Por qué alguien viviría de ese modo?».

\* \* \*

Los Palosi llegaron los últimos a la cena de Navidad. Aicha, escondida detrás de su madre, los observaba. Apareció Tamara, con el cutis amarillento y muy poco pelo, recogido en un moño lateral que estuvo de moda en los años treinta. Sus ojos saltones, de pestañas largas y encanecidas, le devoraban el rostro, y daba la impresión de que en ellos se habían quedado fijadas unas imágenes, unos recuerdos tristes que aquella mujer no dejaba de contemplar. Era como una niña anciana que hubiera quedado encerrada en una trampa. Selim, asustado, no quiso tenderle la mejilla cuando ella acercó sus labios delgados para darle un beso. Llevaba un vestido pasado de moda cuyas mangas y cuello habían sido zurcidos. Pero en el cuello y en los lóbulos de las orejas, unas joyas suntuosas atraeron la atención de Mathilde. Esas alhajas, heredadas de un tiempo antiguo, de un mundo desaparecido, la hicieron soñar, y trató a Tamara como a una invitada de honor.

La llegada de los Palosi alegró la casa que se llenó de risas y de exclamaciones de sorpresa. Todos alabaron a Corinne por su vestido de falda fruncida que dejaba al descubierto sus tobillos y cuyo escote profundo hipnotizó a los hombres. Incluso la viuda de Mercier, que se había torcido el pie y tuvo que quedarse sentada bajo la ventana del salón, felicitó a la invitada por su elegancia. Dragan, hizo esa noche de Papá Noel. Pidió a Tamo y a Amín que lo ayudaran a descargar el maletero de su coche y, cuando entraron en el salón, con los brazos cargados de regalos, Mathilde se lanzó a su encuentro. Aicha, ante la reacción de su madre, tirada en el suelo colocando los regalos, pensó: «Es una niña pequeña, ella también». «¡Gracias, muchas gracias!», repetía Mathilde, al descubrir en primer lugar la botella de vino Tokay húngaro que él había conseguido y que descorchó en mitad del salón. «Le recordará las vendimias tardías de Alsacia, ya verá». Dragan sirvió el líquido dorado en una copa y aspiró su aroma

ceremoniosamente. «¡Venga, abra ese paquete!». Ella deshizo el nudo del cordón y en la caja encontró medicamentos, material y libros de medicina. Cogió uno y lo apretó contra su pecho. «¡Ese está en francés!», exclamó Dragan, que levantó su copa a la salud de los niños y por la felicidad de estar todos juntos.

Antes de la cena, Tamara aceptó cantar para sus anfitriones. En su juventud había gozado de una efímera gloria como cantante, y había actuado en Praga, Viena y en Alemania, a orillas de un lago del que no recordaba el nombre. Se puso de pie, delante del ventanal. Colocó una mano sobre su vientre y alargó el otro brazo, con los dedos señalando el horizonte. De su pecho seco y enclenque surgió una poderosa voz, y las piedras preciosas que adornaban su cuello parecían vibrar. Su canto, de una tristeza infinita, era como el lamento de una sirena o de algún animal extraño, exiliado en la Tierra y que buscara, desesperadamente, a los suyos. Tamo, que jamás había oído algo así, corrió al salón. Obligada por Mathilde, llevaba un uniforme de doncella negro, con delantalito blanco y una cofia ahuecada. Olía a sudor y se había manchado su bonito delantal de volantes al limpiarse los dedos en él. «¡Eso no es un trapo!», le había advertido varias veces Mathilde. La criada posó su mirada estupefacta en la cantante, y, justo antes de que se echara a reír o comentara algo en voz alta, Mathilde se abalanzó sobre ella y la mandó de vuelta a la cocina. Aicha se arrimó a su padre. Había belleza en aquel canto, quizás incluso cierta magia, pero todas las emociones de Amín estaban como ocultas, aprisionadas en una sensación de incomodidad. Ese espectáculo lo avergonzaba sin saber por qué.

Después de la cena, los hombres salieron fuera a fumar. La noche estaba clara y se adivinaba la forma obscena de los cipreses bajo el cielo violeta. Amín estaba algo bebido y se sentía feliz, de pie en la escalera de piedra, ante su casa y sus invitados. Pensó: «Soy un hombre, soy un padre, poseo cosas». Dejó su mente vagar en medio de una ensoñación extraña y ligera. Desde fuera, a través del cristal del ventanal, vio el espejo del salón en el que se reflejaban las siluetas de su mujer y de sus hijos. Giró la mirada

hacia el jardín y sintió una amistad tan profunda, tan viva, por los hombres que tenía al lado, que le asaltó el deseo absurdo de abrazarlos, manifestarles sus sentimientos. Dragan, que tenía la intención de obtener su primera cosecha de naranjas en primavera, les contó que era probable que hubiera conseguido un distribuidor y que estaba a punto de firmar un contrato. Aturdido por el alcohol, a Amín le costaba concentrarse, sus ideas fluían, como la pelusa del diente de león que se deshace al menor soplo de viento. No se fijó en que Murad estaba también borracho, que le costaba mantenerse firme sobre sus piernas. El capataz se había agarrado a Ornar y le hablaba en árabe. «Ese es un blando», dijo, refiriéndose a Dragan, y, al reírse, soltó un perdigón de saliva entre sus dientes mellados. Estaba celoso de la elegancia del húngaro, celoso de la atención que le prestaba Amín. Y se sentía ridículo, vestido con la camisa gastada y la chaqueta que Mathilde le había dado, menos por generosidad que por no avergonzarse ante sus invitados extranjeros.

Ornar no soportaba al antiguo soldado. Se limpió la saliva que le había mojado el cuello y alzó la vista al cielo cuando este empezó su sempiterno discurso sobre la guerra. Todos agacharon la cabeza. Ni el judío, ni el musulmán, ni ninguno de los que habían atravesado por esos años de vergüenza y de traición querían que la velada se estropease por esa evocación. Murad, cuya mirada vacilaba, mencionó los años pasados en Indochina. «¡Cerdos comunistas!», gritó, y Dragan miró hacia el interior de la casa, buscando la complicidad de alguna mujer. Bruscamente, Ornar se apartó de Murad y este perdió el equilibrio y se desplomó en el suelo.

«¡Dien Bien Phu, Dien Bien Phu!», repitió Ornar, saltando como un diablo, y con la boca contraída por la indignación. Se agachó, agarró a Murad por el cuello y le escupió en la cara. «¡Cerdo tú, que te has vendido! Eres un miserable que te dejas explotar por los franceses. Un traidor al islam, un traidor a tu país». Dragan se agachó para examinar la herida que Murad se había hecho en la frente al caerse. Amín se había espabilado y se acercó a su hermano y, antes de intentar que se calmara, la mirada miope de este se clavó en la suya y lo paralizó. «Me largo. No sé qué pinto en esta casa de degenerados, que celebran a un dios que ni siquiera es el mío. Deberías sentir vergüenza delante de tus hijos y de tus empleados. Deberías

sentir vergüenza por despreciar a tu pueblo. Más te valdría desconfiar. Los traidores lo pasarán mal cuando recuperemos nuestro país». Le dio la espalda y desapareció en la oscuridad. Su silueta alargada se fue esfumando poco a poco, como si el campo se lo hubiera tragado.

Las mujeres habían oído gritos y se alarmaron al ver a Murad tendido en el suelo. Corinne corrió hacia ellos. Y, a pesar de la indignación, a pesar de la pena, Amín no pudo contener la risa al verla. Sus senos eran tan imponentes que corría de una forma extraña, dando saltitos como una cabra, con la espalda muy recta y la barbilla hacia delante. Dragan dio una palmada en el hombro de su anfitrión y le dijo en húngaro algo que significaba: «No hay que estropear la fiesta. ¡Bebamos!».

# VII

Omar no volvió a aparecer. Pasó una semana, luego un mes y seguía sin dar señales de vida.

Una mañana, Yasmín encontró delante de la puerta claveteada dos cestas llenas de comida. Pesaban tanto que tuvo que arrastrarlas por el suelo hasta la cocina y llamó a Muilala, gritando: «Dos pollos, huevos y habas. ¡Mire estos tomates y este sobre de azafrán!». Muilala se abalanzó sobre la antigua esclava y la golpeó: «¡Guarda todo eso! ¿Me entiendes? ¡Guárdalo!». Su rostro marchito estaba cubierto de lágrimas y temblaba. Sabía que los nacionalistas repartían a las familias de los mártires o de los presos cestas de comida y, a veces, dinero. «¡Idiota! ¡Imbécil! ¿No entiendes que algo le ha ocurrido a mi hijo?».

Cuando Amín fue a ver a su madre, la encontró sentada en el patio y, por primera vez, la vio sin pañuelo en la cabeza, con largos mechones grises y ásperos que le caían por la espalda. Se levantó, furiosa, y lo miró con odio.

«¿Dónde está? ¡Hace un mes que no aparece por casa! ¡Que el Profeta lo acoja bajo su protección! No me ocultes nada, Amín. Si sabes algo, si a mi hijo le ha ocurrido una desgracia, me lo tienes que decir, te lo suplico». Llevaba varios días sin dormir, tenía la cara desencajada y había adelgazado.

«No te oculto nada. ¿Por qué me acusas? Hace meses que Ornar se junta con una pandilla de agitadores, él es el que pone en peligro a nuestra familia. ¿Por qué lo pagas conmigo?».

Muilala se echó a llorar. Era la primera vez que estallaba una pelea entre ella y Amín.

«Encuétralo, hijo, *ia uldi*, encuentra a tu hermano. Tráelo a casa». Amín besó a su madre en la cabeza, le acarició las manos y se lo prometió.

«Todo va a ir bien. Lo traeré a casa. Estoy seguro de que hay una explicación razonable».

De hecho, la ausencia de Ornar lo atormentaba. Se pasó varias semanas llamando a las puertas de los vecinos, de los amigos de la familia, acudió a antiguos compañeros del ejército. Fue a los cafés que frecuentaba su hermano, pasó tardes enteras en la estación de autobuses, sentado, viendo salir autocares hacia Tánger o Casablanca. A menudo, en la calle, de pronto se sobresaltaba y corría detrás de alguien cuya silueta y forma de andar le recordaban a su hermano. Daba una palmada en el hombro del desconocido que se giraba y Amín decía: «Perdone, señor, me he confundido».

Recordó que Ornar hablaba a menudo de Otman, un compañero del liceo que era de Fez, y decidió ir allí. Llegó a primera hora de la tarde a la parte alta de la ciudad santa y se adentró en las callejuelas húmedas de la medina. Era un mes de febrero triste y glacial, que esparcía una luz lúgubre sobre los campos verdeantes y las mezquitas suntuosas de la ciudad imperial. Fue preguntando la dirección a la gente que pasaba, apresurada y temblando de frío, y cada uno le daba una indicación distinta. Al cabo de dos horas de vagar sin sentido, se desesperó. Tenía que pegarse continuamente a los muros para apartarse de un burro o de un carro, ante los gritos de los que pedían paso, «*Balak, balak!*», y se sobresaltaba, con la camisa empapada en sudor a pesar de que el tiempo estaba fresco. Un anciano con manchas descoloridas en la piel se acercó a él y, con una voz suave marcando las erres con el acento propio de la ciudad, le propuso acompañarlo a la dirección por la que preguntaba. Caminaron en silencio. Amín seguía los pasos de aquel señor distinguido al que todos saludaban. «Aquí es», dijo el desconocido mostrando una puerta, y, antes de que Amín pudiera darle las gracias, desapareció por una callejuela.

Una criada, que no tendría más de quince años, le abrió la puerta y lo condujo a un salón pequeño en la planta baja. Estuvo esperando mucho tiempo en aquella casa tradicional, desierta y silenciosa. Se levantó varias veces y, con precaución, dio la vuelta al patio central. Miró a través de las puertas entreabiertas, hizo sonar sus zapatos sobre el suelo de azulejos esperando que los moradores, que quizá dormían una siesta, se despertaran con el ruido. La casa era grande y estaba decorada con un gusto exquisito.

Frente a la fuente, una amplia sala albergaba un escritorio de caoba junto al cual había dos sofás tapizados con lujosas telas. En el patio se erguía un jazminero que perfumaba el espacio y una glicina que trepaba hasta la barandilla del primer piso. A la derecha de la puerta de entrada, las paredes de un salón rodeado de divanes estaban decoradas con lacerías de yeso y el techo de madera de cedro era policromado.

Se disponía a marcharse cuando se abrió la puerta de la calle y entró un señor vestido con una chilaba de rayas y tocado con un fez. Tenía la barba cuidadosamente recortada y bajo el brazo llevaba una carpeta de cuero roja llena de documentos. El hombre se sorprendió de la presencia de un desconocido en su casa y frunció el ceño.

«Buenas tardes, Sidi. Perdone que lo moleste. Me dejaron entrar».

El dueño de la casa guardó silencio.

«—Me llamo Amín Belhach. Le ruego disculpe esta intromisión. Estoy buscando a mi hermano Ornar Belhach. Sé que su hijo y él son amigos, y pensé que quizá podría encontrarlo aquí. Lo he buscado por todos lados y mi madre se muere de preocupación.

—Ornar, sí, por supuesto, ahora veo el parecido. Usted estuvo en el frente en 1940, ¿no es así? Su hermano no está aquí, lo siento mucho. A mi hijo Otman lo expulsaron del liceo y ahora está estudiando en Azru. Hace tiempo que ellos no se ven, ¿sabe usted?».

Amín no pudo ocultar su decepción. Se metió las manos en los bolsillos y se quedó callado. «Siéntese», le dijo el señor, y en ese instante la criada llegó con una tetera que dejó sobre un ataífor de cobre.

Hach Karim era un próspero hombre de negocios que dirigía un pequeño gabinete de asesoría sobre adquisiciones inmobiliarias e inversiones. Tenía un empleado, máquina de escribir, y gozaba de la confianza de la gente de su barrio y más allá de este. En Fez y en los alrededores, este influyente notable estaba muy solicitado. Próximo a los partidos nacionalistas, contaba a su vez con numerosos amigos europeos. Cada dos años iba a Francia, a la estación termal de Châtel-Guyon, pues sufría de asma y de eccemas en la piel. Le gustaba el vino, la música alemana y le había comprado a un antiguo cónsul de Inglaterra unos muebles del siglo XIX que infundían a aquella casa tradicional un ambiente

particular. Era un hombre huidizo, que fue sospechoso de ser, unas veces, informador de las autoridades francesas, y otras, un firme aliado de los nacionalistas marroquíes.

«En los años treinta trabajaba para los franceses», empezó a contar. «Redactaba contratos, hacía algunas traducciones jurídicas. Era un empleado honrado y ellos no tenían nada que reprocharme, a Dios gracias. Y luego en el 44 dí mi apoyo al Manifiesto por la Independencia y participé en las revueltas. Los franceses me despidieron y entonces abrí mi propio gabinete jurídico especializado en derecho marroquí. ¿Quién dice que necesitamos a esos franceses, verdad?». El rostro de Hach Karim se ensombreció. «Hubo otros con menos suerte que yo. Algunos de mis amigos fueron desterrados al desierto de Tafilalet, otros fueron torturados por auténticos sádicos que les aplastaban cigarrillos ardientes en la espalda e intentaban volverlos locos. ¿Qué podía hacer yo? Intenté ayudar a mis hermanos. Recaudé dinero para financiar la defensa de los presos políticos.

Un día me presenté en el tribunal con la esperanza de poder ayudar a algún joven procesado o simplemente apoyar a algún padre devastado por la crueldad de una sentencia. Frente al edificio vi a un hombre sentado en la acera que gritaba anunciando su mercancía con una palabra que no lograba entender. Me acerqué a él y vi en el suelo tres o cuatro corbatas extendidas con cuidado sobre un trozo de tela. El vendedor creyó tener ante él al perfecto cliente e insistió en venderme una, pero le dije que no estaba interesado y me dirigí al Tribunal. Una muchedumbre se agolpaba en la entrada. Hombres rezando, mujeres que se arañaban la cara del disgusto e invocaban el nombre del Profeta. Créame, Sidi Belhach, recuerdo cada rostro. Padres humillados por su propia impotencia que me tendían unos documentos que no sabían leer. Me lanzaban unas miradas suplicantes, decían a las mujeres que se apartaran y se callaran, pero una madre desesperada no hace caso a nadie. Cuando pude acceder por fin a la entrada del Tribunal, me identifiqué y presenté como jurista, pero el bedel fue categórico: imposible penetrar en el vestíbulo si no llevaba corbata. ¡No me lo podía creer! Agotado, avergonzado, regresé al vendedor sentado en la acera con las piernas cruzadas y elegí una corbata azul. Pagué sin rechistar y me la anudé al cuello sobre la chilaba. Me habría sentido ridículo si no

hubiera visto en las escaleras que conducían a las salas de audiencia a unos padres inquietos, con la capucha de la chilaba alzada y una corbata anudada también al cuello». El padre de Otman bebió un sorbo de té. Amín agachó lentamente la cabeza. «Yo soy como esos padres, Sidi Belhach. Me siento orgulloso de tener un hijo nacionalista. Me siento orgulloso de esos jóvenes que se sublevan contra el invasor, que castigan a los traidores, que luchan por acabar con una ocupación injusta. ¿Pero cuántos asesinatos más serán necesarios? ¿Cuántos condenados al pelotón de fusilamiento para ver nuestra causa triunfar? Otman está en Azru, lejos de todo esto. Debe estudiar y estar preparado para conducir este país cuando sea independiente. Vaya usted a buscar a su hermano. Búsquelo por donde sea. Si lo encuentra en Rabat, en Casablanca, llévelo a su casa. Admiro a los que aceptan, con un corazón sincero, el martirio de los suyos, pero comprendo aún mejor a los que quieren salvarlos a toda costa».

Encendieron unas grandes lámparas de pie en el patio donde empezaba a caer la noche y ya estaba oscuro. Sobre un mueble, Amín vio un bonito reloj de madera, de factura francesa, cuya esfera brillaba en la penumbra. Hach Karim insistió para que alguien acompañara a Amín hasta la salida de la medina donde había dejado aparcado su coche. Antes de despedirse, le prometió que se informaría y le avisaría si se enteraba de algo. «Tengo amigos. No se preocupe, alguno acabará hablando».

En el camino de vuelta a la finca, Amín no dejó de pensar en lo que le había contado aquel hombre. Le vino a la mente la idea de que quizá él vivía demasiado alejado de todo, que en cierto modo ese aislamiento había hecho de él un culpable, lo había cegado. Era un cobarde, y, como el peor de los cobardes, se había construido una guarida y escondido en ella, con la esperanza de que nadie se le acercara, nadie lo viera. Había nacido en medio de esos hombres, en medio de este país, pero nunca había sentido orgullo por ello. Más bien lo contrario. A veces quería ganarse la confianza de los europeos con los que trataba. Había intentado convencerlos de que él era diferente, no era un falso, ni un fatalista, ni un vago, que eran los calificativos que los colonos empleaban al referirse a los marroquíes que trabajaban para ellos. Llevaba clavada en el corazón la imagen que los franceses se hacían de él. Y con ella vivía. Cuando era un adolescente,

había adquirido la costumbre de caminar despacio con la cabeza agachada. Sabía que su piel oscura, su baja estatura, sus hombros anchos despertaban desconfianza. Por ello, se cruzaba de brazos, como un hombre que hubiera jurado no luchar jamás. En esos momentos le parecía que vivía en un mundo poblado solo por enemigos.

Envidiaba el fanatismo de su hermano, su sentimiento de pertenencia. Le habría gustado no experimentar moderación, miedo a morir. En los momentos de peligro, en quien pensaba era en su esposa y en su madre. Sobrevivir era una obligación para él. En Alemania, en el campo de prisioneros, sus compañeros de barracón le habían propuesto que se uniera al proyecto de evasión que preparaban. Habían estudiado minuciosamente las opciones con las que contaban. Habían robado unos alicates para cortar el alambre de púas y juntado algunas provisiones. Durante varias semanas, alegó distintos pretextos para no participar. «Está demasiado oscuro», decía, «esperemos a la luna llena». «Hace mucho frío, no sobreviviremos en esos bosques helados. Aguardemos a que haga mejor tiempo». Los hombres le hacían caso, o quizá en dichas precauciones oían el eco de sus propios miedos. Habían transcurrido ya dos estaciones, dos estaciones de aplazamientos y mala conciencia, dos estaciones simulando las ansias por evadirse. Era obvio que le obsesionaba la libertad, presente en sus sueños, pero no se decidía a aceptar que le diesen un tiro en la espalda o a morir como un perro enganchado en el alambre de púas.

Para Selma, la desaparición de Ornar inauguró una época de alegría y de libertad. Ya nadie la vigilaría ni se preocuparía por sus ausencias o sus mentiras. En su adolescencia, había exhibido con un orgullo perverso sus piernas cubiertas de cardenales, sus mejillas hinchadas, sus ojos entrecerrados. A sus amigas, que se negaban a seguirla en sus locuras, les decía siempre: «¿Por qué privarse? De todos modos te van a caer unas cuantas bofetadas». Para ir al cine, se envolvía en un jaique, por miedo a que la reconocieran, y, una vez en la sala oscura, dejaba que los hombres le acariciaran sus piernas desnudas, y pensaba: «Un poco más de felicidad que no me arrebatarán». Ornar, con frecuencia, la esperaba en el patio, y, ante la mirada de Muilala, le daba una paliza. Un día, había llegado tarde del liceo y, cuando tocó en la puerta de la casa de Berrima, él se negó a abrir. Era invierno y anoecía temprano. Ella juraba que se había retrasado en la hora de estudio, que no había hecho nada malo e invocaba a Alá y su misericordia. Desde la calle se oían los gritos de Yasmín suplicando al joven que mostrara clemencia. Pero Ornar no cedió, y ella, muerta de miedo y de frío, pasó la noche en un pequeño jardín cerca de la casa, acostada sobre la hierba húmeda.

Odiaba a ese hermano que le prohibía todo, que la trataba de puta y le escupía en la cara. Mil veces deseó su muerte y había maldecido al Señor por tener que vivir bajo el dominio de un hombre tan brutal. Él se reía de los deseos de libertad de su hermana. Le decía, con una voz áspera, «las amigas, las amigas», cuando pedía permiso para ir a ver a alguna vecina. «¿Solo piensas en divertirme?». La alzaba unos centímetros del suelo, pegaba su cara a la de ella, que temblaba, y la estrellaba contra la pared o la empujaba por las escaleras.

Cuando Ornar desapareció y Amín, acaparado por su finca, iba menos a verlas, para Selma fue un respiro. Vivió a su aire, consciente de que su

libertad duraría poco y que muy pronto, al igual que la mayoría de las vecinas de su edad, no podría subir a la azotea a causa de un marido celoso y un vientre abultado. En el *hamam*, las mujeres miraban su cuerpo, algunas le acariciaban las caderas, y la masajista, un día, le puso la mano entre sus muslos con cierta brutalidad. Le dijo: «Tu marido tendrá mucha suerte contigo». El contacto de esa mano aceitosa, de aquellos dedos de piel oscura habituados a masajear los cuerpos, la trastornó. Entendió que había en ella algo de insatisfacción, algo insaciable, un vacío que esperaba ser colmado y, sola en su dormitorio, reprodujo el gesto de aquella mujer, sin sentir vergüenza y sin llegar a satisfacerse. A veces se presentaban en la casa algunos hombres a pedir su mano. Se sentaban en el salón y ella, desde las escaleras, observaba con una mirada inquieta a esos padres de familia tripudos que hacían ruido al sorber el té y fingían que escupían para espantar a los gatos que merodeaban por ahí. Muilala los recibía, ansiosa, escuchaba sus peticiones y, en cuanto entendía que no venían para darle noticias de su hijo desaparecido y que esos hombres no sabían nada de lo que le había ocurrido, se levantaba, y ellos se quedaban allí unos instantes, desconcertados, y salían de aquella casa de locos sin darse la vuelta. Selma entonces pensó que se habían olvidado de ella. Que nadie en aquella familia se acordaba de su existencia y eso la hizo feliz.

Empezó a faltar a clase y a pasearse por las calles. Tiró los libros y cuadernos, se acortó los dobladillos de las faldas y con ayuda de una amiga española se depiló las cejas y se cortó el pelo a la última moda. Robó del cajón de la mesilla de noche de su madre dinero para comprar tabaco y botellas de Coca-Cola. Y cuando Yasmín la amenazó con que la iba a delatar, la abrazó y le dijo: «No, Yasmín, tú no harías algo así». La antigua esclava que solo había vivido en los hogares de otros, que no había hecho más que obedecer y callar, ahora tenía el mando sobre la casa. En el cinturón llevaba colgado un manojo de llaves cuyo ruido resonaba en el corredor y en el patio. Era responsable de las reservas de harina y de lentejas, que Muilala, traumatizada por las guerras y las hambrunas, se obstinaba en acumular. Ella era la que abría las puertas de los cuartos, de los arcones de madera de cedro esculpida y de los grandes armarios donde Muilala había dejado enmohecer su ajuar. Por la noche, cuando Selma salía

a escondidas de su madre, la sirvienta negra se sentaba en el patio a esperarla. En la oscuridad, se adivinaba la punta incandescente de sus cigarrillos sin filtro que apenas iluminaban su rostro arrugado, ajado por los años. Aunque de modo confuso, entendía las ansias de libertad de la joven. Sus fugas despertaban en el corazón de la pobre esclava unos deseos apagados desde hacía tiempo, unas fantasías de huida, de anhelo de reencuentros.

\* \* \*

Durante el invierno de 1955, Selma pasaba las tardes en el cine, en casa de las vecinas o al fondo de un café cuyo dueño exigía pagar las consumiciones por adelantado. Allí, los jóvenes hablaban de amor, de viajes, de coches espléndidos y del mejor modo de burlar la vigilancia de los viejos. Estos ocupaban el centro de todas sus conversaciones. Los viejos que no entendían nada, que no se habían dado cuenta de que el mundo había cambiado, que reprochaban a los jóvenes que solo se interesaran por ir a bailar y a tomar el sol. Entre dos partidas de fútbol, excitados por esas largas jornadas sin hacer nada, los amigos de Selma proclamaban que no debían rendir cuentas a esos ancianos siniestros que tenían como padres. Que estaban hartos de oír hablar de las batallas de Verdón y de Montecassino, de los tiradores senegaleses y de los soldados españoles. Hartos de los recuerdos de las hambrunas, de los niños pequeños que morían, de las tierras perdidas al término de una batalla. Los jóvenes solo pensaban en las películas americanas, en el *rock and roll*, en los coches caros y los paseos con las chicas que no temían faltar a clase. De todas ellas, Selma era la preferida. No porque fuera la más guapa o la más atrevida, sino porque era divertida y se notaba en ella una ilusión de vivir tan intensa que nada la frenaba. Era irresistible imitando a Vivien Leigh en *Lo que el viento se llevó*, movía la cabeza y decía en un tono de voz agudo: «¡Guerra, guerra, guerra... todo el día hablando de guerra!». En otras ocasiones, se burlaba de Amín, y los oyentes se partían de risa ante aquella espléndida joven de cejas oscuras y de pecho echado para adelante, como

un soldado veterano orgulloso de sus medallas. «Te puedes considerar una privilegiada, jamás has pasado hambre», decía, alzando la voz y con el índice tieso en el aire continuaba: «tú, que nunca has vivido una guerra, niña malcriada». Ella no temía a nadie. Nunca pensaba que la podían reconocer o denunciar, o que estuviera haciendo algo malo. Creía en su suerte y soñaba con el amor. Con una mezcla de estupor y de excitación, cada día medía un poco más la amplitud del mundo y las posibilidades que se abrían ante ella. Meknés le parecía una ciudad pequeña, como una prenda demasiado estrecha en la que te agobias y temes que con cualquier gesto se desgarre. En esos momentos se enfadaba, le entraban ataques de ira. De pronto, se marchaba de la casa de una amiga, gritando y derramando sobre la mesa los vasos de té ardiendo. Decía: «¡No avanzáis, siempre estáis con las mismas conversaciones!». Sus amigos le parecían sin interés, y adivinaba detrás de su rebeldía de adolescentes una auténtica tendencia al conformismo y a la docilidad. Las chicas ya habían empezado a evitarla. No querían arriesgar su reputación si las veían con ella.

Algunas tardes, Selma se iba a refugiar a casa de su vecina, *Mademoiselle* Fabre. La francesa vivía en la medina desde finales de 1920, en una antigua casa tradicional que se estaba cayendo a pedazos. Reinaba en ella un desorden espantoso. El salón estaba lleno de divanes sucios, baúles destripados, libros con manchas de té o de comida. Las cortinas habían sido mordisqueadas por los ratones, y flotaba en el ambiente un olor a orines y a huevos podridos. *Mademoiselle* Fabre recogía en su casa a los menesterosos que había en la medina y no era inhabitual ver dormir en el suelo o en alguna esquina del salón a niños huérfanos o a jóvenes viudas sin recursos. En invierno, el techo tenía goteras, y el ruido de la lluvia, que caía poco a poco en los cubos de metal, se mezclaba con los gritos infantiles, el rechinar de las ruedas de los carretones que pasaban por las callejuelas o el chasquido de las máquinas de tejer instaladas en el piso de arriba. *Mademoiselle* Fabre era fea. Con una nariz de poros dilatados, gorda y deforme, las cejas grises y ralas, y, desde hacía algunos años, un ligero temblor sacudía su mandíbula haciendo que sus palabras resultaran a veces difíciles de entender. Bajo sus amplias túnicas se le adivinaban la tripa y unas piernas gruesas y cubiertas de varices violáceas. Llevaba colgada del

cuello una cruz de marfil que acariciaba continuamente como si fuera un grisgrís o un amuleto. Se lo había traído del África Central, donde había crecido, aunque no le gustaba hablar de ello. Nadie sabía nada de su infancia ni de los años anteriores a su llegada a Marruecos. En la medina se contaba que había sido monja, que era la hija de un rico empresario y que había llegado a Meknès con un hombre del que estaba locamente enamorada que luego la abandonó.

Llevaba más de treinta años viviendo con los marroquíes, hablaba su lengua y conocía sus costumbres. La invitaban a las bodas, a las ceremonias religiosas y nadie se fijaba en aquella mujer que no se distinguía en nada de la población local. Bebía en silencio su vasito de té ardiendo, sabía bendecir a los niños y convocar en los hogares la misericordia de Dios. Cuando las mujeres se juntaban, le contaban sus confidencias. Impartía consejos, escribía cartas para aquellas que no sabían leer ni escribir, se preocupaba por las enfermedades vergonzosas y las huellas de los golpes. Un día, una mujer le había dicho: «Si la paloma no hubiera gritado, el lobo no habría ido a por ella». Y *Mademoiselle* Fabre siempre se imponía a sí misma una infinita discreción. Se negaba a perturbar los cimientos de aquella sociedad en la que ella no era más que una extranjera, aunque se indignase ante la miseria y las injusticias. Una vez, solo una vez, se atrevió a llamar a la puerta de un hombre cuya hija estaba excepcionalmente dotada para los estudios. Había suplicado a aquel padre severo que apoyara a su hija en su carrera, y se había ofrecido a enviarla a Francia para obtener un título. El hombre no se había enfadado. No la había echado de su casa ni la había acusado de querer sembrar el desorden y el desenfreno. No, el hombre había reaccionado riéndose. Había soltado una carcajada y levantado los brazos al aire. «¡Una carrera!», y, con un gesto casi tierno, la había acompañado a la puerta y le había dado las gracias.

A *Mademoiselle* Fabre le perdonaban sus excentricidades porque era una señora mayor y sin atractivo físico alguno; porque sabían que era una buena persona y generosa. Durante la guerra había alimentado a familias agobiadas por la miseria, había vestido a niños que deambulaban en harapos. Ella había elegido su bando y no perdía ocasión de recordarlo. En septiembre de 1954, un periodista parisino fue a hacer un reportaje sobre la

ciudad de Meknès. Alguien le había aconsejado que entrevistase a la mujer francesa que había montado un telar y que se preocupaba por la gente necesitada. Una tarde, *Mademoiselle* Fabre recibió al joven, que estuvo a punto de ponerse enfermo con el calor sofocante que reinaba en aquella casa donde no entraba nada de aire. En el suelo, los niños clasificaban por colores unos trocitos de lana que luego colocaban en cestos. En el piso de arriba, unas jóvenes, sentadas ante grandes telares verticales, hacían bailar los hilos mientras hablaban. En la cocina, dos ancianas negras estaban comiendo, mojando el pan en una especie de papilla de un color marrón. El periodista pidió un vaso de agua. *Mademoiselle* Fabre le dio una palmadita en la frente diciéndole: «Pobre chico, sérnese, déjese llevar». Hablaron de las obras de beneficencia que ella hacía, de cómo transcurría la vida en la medina, de la situación sanitaria y moral de las jóvenes trabajadoras. Luego el periodista le preguntó si temía a los terroristas, si compartía el mismo estado de nerviosismo que el resto de la comunidad francesa. Ella alzó la vista. Miró hacia el cielo blanco en aquel final de verano y apretó los puños, como para contenerse. «Hubo un tiempo, no muy lejano, en el que llamábamos terroristas a los que luego pasaron a ser resistentes. Tras cuarenta años de Protectorado, ¿cómo no entender que los marroquíes reivindiquen esa libertad por la que han combatido, ese gusto por la libertad que nosotros les hemos transmitido y cuyo valor les hemos enseñado?». El periodista, empapado en sudor, le contestó que la independencia, por supuesto, se lograría, pero poco a poco. Que no se podía echar la culpa a esos franceses que habían sacrificado su vida por este país. ¿Qué sería de Marruecos cuando los franceses se marcharan? ¿Quién dirigiría? ¿Quién trabajaría la tierra? *Mademoiselle* Fabre lo interrumpió: «Me da igual lo que piensen esos franceses, si es lo que quiere usted saber. Tienen la impresión de ser ellos los invadidos por este pueblo que crece y se impone. A ver si se enteran de una vez: ellos son los extranjeros». Echó fuera al periodista sin proponerle que alguien lo acompañara hasta su hotel en la ciudad nueva.

Los jueves por la tarde, la francesa recibía a un grupo de chicas de buena familia a quienes se suponía que enseñaba a hacer punto de cruz, a tricotar y los rudimentos de piano. Los padres confiaban en ella pues sabían que nunca se dedicaría a hacer proselitismo con sus hijas. Y, en efecto,

nunca hablaba de Jesús ni del amor que este irradiaba sobre el mundo, pero conseguía convertir a algunas. Ninguna de las chicas aprendió a tocar más de dos notas de piano seguidas, y menos aún a zurcir calcetines. Pasaban las horas en el patio o en el pequeño salón, tumbadas en los divanes atiborrándose de dulces de miel. *Mademoiselle* Fabre ponía un disco y les enseñaba a bailar, les leía poemas y ellas se ruborizaban. Algunas huían gritando, pudorosas: «*Uili, uili!*». Les prestaba la revista *Varis Match*, cuyas páginas arrancadas se veían volar de azotea en azotea, y las fotos de la princesa Margarita de Inglaterra acababan en alguna alcantarilla.

Una tarde del mes de marzo de 1955, cuando iba a servir el té, *Mademoiselle* Fabre sorprendió a las chicas enfrascadas en una acalorada conversación. Los alumnos del liceo llevaban una semana en huelga debido a que un profesor había humillado a una joven estudiante. La había acusado de haber escrito un texto subversivo sobre el combate de Juana de Arco contra los ingleses, aprovechando la clase de historia, para manifestar sus simpatías hacia el nacionalismo. En el piso de arriba, se oían las risas de los obreros que estaban reparando el tejado, y las chicas no podían evitar observarlos. *Mademoiselle* Fabre sirvió, al estilo marroquí, con un gesto amplio y ceremonioso, el té con hierbabuena en unos vasitos desportillados. Se acercó a Selma.

«Venga, señorita, tengo que hablar con usted».

Selma la siguió a la cocina. Se estaba preguntando el motivo de que la hubiera llamado aparte. A punto estuvo de decir que a ella la política no le interesaba, que su cuñada era francesa y que ella no tomaba partido por nadie, pero *Mademoiselle* Fabre le sonrió y la invitó a sentarse en torno a una pequeña mesa de madera sobre la que había un cesto de fruta con mosquitas revoloteando alrededor. *Mademoiselle* Fabre estiró las piernas. Durante unos minutos que a Selma le parecieron eternos, se perdió en la contemplación de la buganvilla que trepaba con enormes racimos de color morado por la pared del fondo del patio. Cogió un melocotón y vio que estaba agusanado y que la piel se despegaba dejando al descubierto una pulpa negra y blanduzca.

«Me han dicho que usted ha dejado de ir al liceo».

Selma se encogió de hombros.

«—¿Qué sentido tenía? No me enteraba de nada.

—Usted es idiota. Sin estudios no llegará a ningún sitio».

Selma se sorprendió. Jamás había oído a *Mademoiselle* Fabre expresarse de ese modo, mostrarse tan severa.

«Se trata de un chico, ¿verdad?».

Se ruborizó, y, si hubiera podido, habría salido de allí corriendo para no regresar jamás a aquella casa. Le empezaron a temblar las piernas. *Mademoiselle* Fabre le puso una mano sobre la rodilla.

«¿Usted se cree que no la voy a entender? Se imagina, sin duda, que yo jamás estuve enamorada».

Que se calle, que me deje marchar, pensó Selma. Pero la mujer siguió hablando, rozando con las puntas de los dedos su cruz de marfil, que de tanto acariciarla brillaba.

«Hoy está usted enamorada y es maravilloso. Se cree lo que los chicos le dicen. Piensa que ese sentimiento durará, y que la amarán siempre, tanto como ahora. Comparado con eso, los estudios no tienen importancia. ¡Pero qué sabrá usted de la vida! Un día, se dará cuenta de haberla sacrificado por un hombre, él la habrá desposeído de todo y usted dependerá del menor de sus gestos. Dependerá de su buen humor y de su afecto, estará a la merced de su violencia. Créame cuando le digo que debe usted pensar en su porvenir y estudiar. Los tiempos han cambiado. Usted no tiene por qué someterse al mismo destino que el de su madre. Podría convertirse en una abogada, una profesora, una enfermera. ¡O incluso en piloto de aviación! ¿No ha oído usted hablar de esa joven, Turia Chaui, que ha obtenido su licencia de piloto con apenas dieciséis años de edad? Podrá ser lo que usted quiera, basta con que ponga su voluntad en ello. Y jamás, jamás, tendrá que pedir dinero a un hombre».

Selma la escuchaba, agarrando con las dos manos el vaso de té. La escuchaba con tanta atención que *Mademoiselle* Fabre se creyó que la había convencido. «Vuelva a clase. Prepare sus exámenes y yo la ayudaré si lo necesita. Señorita, prométame que no va a abandonar sus estudios». Selma le dio las gracias, besó las mejillas ajadas de su vecina y le dijo: «Se lo prometo».

Pero, mientras regresaba a casa, pensó en el rostro de la antigua monja, en su piel blanca como la cal, en esos labios tan finos que parecía que se había comido su propia boca. Se rio sola por las callejuelas de Berrima y se dijo: «¿Qué sabrá esta de los hombres? ¿Qué sabrá del amor?». Sintió un inmenso desprecio por el cuerpo gordo y triste de la anciana, por su vida solitaria, por sus ideales que no eran más que una manera de disimular la falta de cariño. La tarde anterior, Selma se había besado con un chico. Y desde entonces, no dejaba de preguntarse cómo era posible que los hombres que la dominaban, que le impedían ser libre, eran también esos por los que sentía tanto afán de libertad. Sí, un chico la había besado y recordaba con una exactitud inhumana el camino que habían seguido sus besos. Desde ese momento, necesitaba continuamente cerrar los ojos para revivir una excitación que jamás se agotaba, revivir aquel instante delicioso.

Acudía a su mente la mirada clara del chico, oía su voz, las palabras que había pronunciado —«¿Estás temblando?»— y un escalofrío recorrió su cuerpo. Se sentía prisionera de aquel momento que no dejaba de recordar una y otra vez, se pasaba las manos por los labios, por el cuello, como para buscar la huella de una herida, de una marca que la boca del hombre hubiera dejado en ella. Cada vez que él le había rozado la piel con sus labios, le había parecido que la libraba de la cobardía, del miedo con que había sido educada.

¿Acaso los hombres servían para eso? ¿Por ello se hablaba tanto de amor? Sí, te arrancaban la valentía que llevas oculta en el fondo del corazón, la exhibían a pleno día, la forzaban a ser libre. Por un beso, por un nuevo beso, se sentía dotada de una fuerza inmensa. Qué razón tienen, pensaba, mientras subía a su cuarto. Qué razón tienen de desconfiar y de ponernos en guardia, pues lo que escondemos allí, bajo nuestros velos y nuestras enaguas, lo que disimulamos, está lleno de un fuego por el cual podemos traicionar todo y a todos.

A finales del mes de marzo, una ola de frío se abatió sobre Meknés, y en el patio de la casa de Berrima el agua del pozo se heló. Muilala cayó enferma y tuvo que guardar cama varias semanas, su rostro delgado apenas asomaba por las mantas gruesas con las que Yasmín la tapaba. Mathilde iba a menudo a visitarla y la cuidaba a pesar de su negativa a tomarse las medicinas. Había que tratarla como a una niña caprichosa y asustada. Se curó, pero el día que pudo al fin levantarse y entrar en la cocina, vestida con una bata que Mathilde le había regalado, se dio cuenta de que algo iba mal. Al principio, no supo qué era lo que le provocaba ese pánico, esa impresión de sentirse extraña en su propia casa. Se paseó por el corredor, regañando continuamente a Yasmín, subió y bajó las escaleras sin motivo a pesar de que le dolían las piernas. Se asomó a la ventana y se quedó mirando la calle que le pareció aburrida, como si le faltase algo. ¿Era posible que en las pocas semanas de su enfermedad el mundo hubiera cambiado tanto? Creyó que había perdido el juicio. Que, al igual que a su hijo Yalil, los demonios la habían poseído. Recordó las historias que se contaban sobre sus antepasados, que se paseaban medio desnudos por las calles, hablando con los fantasmas. Y a ella ahora le había tocado la maldición familiar, y la mente poco a poco se le iba. Sintió miedo y, para calmarse, hizo lo que hacía siempre en esos casos, se sentó en la cocina, cogió un manojo de cilantro y lo picó muy fino. Se acercó sus viejas manos, sarmentosas y cubiertas de esas hierbas, a la boca, a la nariz, se untó la cara con el cilantro picado y se echó a llorar. Se metió los dedos en la nariz, se frotó los ojos como una loca. No sentía nada. La enfermedad, por un maleficio incomprensible, le había suprimido el olfato.

Por ello no se dio cuenta del olor a tabaco pasado que desprendía la ropa de su hija, y a polvo de los solitarios solares en construcción de la ciudad nueva. Muilala tampoco le olió en la blusa el perfume barato que se

había comprado en la medina con el dinero que le había robado. Ni se dio cuenta de que a la fragancia dulzona se mezclaba el aroma de una colonia, fresca y cítrica, de esos perfumes de moda que los europeos se ponían en el cuello y las axilas. Selma llegaba a casa tarde, con las mejillas encendidas, despeinada, y en su aliento el de otra boca. Cantaba en el patio, se dirigía a su madre con los ojos brillantes y la abrazaba diciéndole: «¡Cuánto te quiero, madre!».

Una tarde, Mathilde esperó a Amín en la puerta. «Estuve en la ciudad y fui a ver a tu madre», le dijo. Muilala se había comportado de un modo extraño con Aicha. Cuando la niña fue a besar la mano de su abuela, esta se puso a gritar. «La acusó de querer morderla. Sollozaba y apoyaba la mano contra su vientre. Se notaba que tenía miedo, ¿entiendes?». Sí, Amín lo entendió. Había observado la delgadez de su madre, su mirada inexpresiva, sus ausencias. Ya no se teñía el pelo con alheña y a veces salía de su cuarto sin anudarse el pañuelo a su cabello gris. Cuando Mathilde fue a visitarla, casi estaba segura de que Muilala no la había reconocido. La anciana se había quedado mirándola, con la lengua colgando, con expresión distraída y, luego, parecía que se había tranquilizado. No había pronunciado el nombre de su nuera —no lo hacía nunca— pero había sonreído y puesto su mano sobre el brazo de esta. Muilala se pasaba las horas sentada a la mesa de la cocina, con los brazos caídos delante de las cestas de verduras. Si estaba más animada, se levantaba, se ponía a cocinar, pero la comida ya no tenía el sabor de antes. Se olvidaba de los ingredientes o bien se quedaba dormida, sentada en la silla de madera, y el tayín que estaba en el fuego se quemaba. Ella, que había sido siempre silenciosa y austera, ahora se pasaba el día cantando canciones infantiles que la hacían reír a carcajadas. Daba vueltas sobre sí misma, se alzaba con las dos manos el bajo del caftán y le sacaba la lengua a Yasmín, burlándose de ella.

«No podemos dejarla así», afirmó Mathilde. Él se quitó las botas, dejó la cazadora sobre la silla de la entrada y se quedó un rato silencioso. «Nos la tenemos que traer. Y a Selma, también». Y Mathilde, con las manos en jarras, contemplaba a su marido con cariño. Amín le lanzó una mirada

apasionada, que la sorprendió, y ella, con un gesto de coquetería, se arregló el peinado y se desanudó el delantal que le apretaba en la cintura. En ese instante, él lamentó no tener las palabras adecuadas. No ser el tipo de hombre que dedicaba tiempo al ingenio y la ternura, para decir lo que uno lleva dentro en el corazón. Se la quedó mirando y pensó que se había convertido en una mujer de este país, que sufría igual que él, que trabajaba con el mismo empeño y que él era incapaz de agradecerse.

«Sí, tienes razón. De todos modos, yo estaba intranquilo de que vivieran solas en la medina sin ningún hombre para protegerlas». Se acercó a Mathilde, se puso de puntillas y la besó despacio en la cara, que ella había agachado hacia él.

A principios de primavera, Amín ayudó a su madre con la mudanza. Enviaron a Yalil a casa de su tío, muy buena persona, que vivía cerca de Ifrán y que les aseguró que la altitud beneficiaría a la mente frágil del chico. Yasmín, que nunca había visto la nieve, propuso acompañarlo. A Muilala la instalaron en el cuarto más luminoso, a la entrada de la casa. Selma compartía el dormitorio con Aicha y Selim, pero Murad había conseguido ladrillos y cemento, y se puso a construir una nueva ala en la casa.

Muilala salía poco de su cuarto. A menudo, Mathilde la encontraba sentada bajo la ventana, ensimismada en la contemplación de las baldosas rojas del suelo. Toda vestida de blanco, balanceaba la cabeza de un lado a otro, y regresaba a una vida de silencio, una vida muda donde estaba prohibido sentir pena. Sobre la blancura del tejido, destacaban sus manos oscuras y arrugadas, unas manos que parecían contener toda la vida de aquella mujer, como un libro sin palabras. Selim pasaba mucho tiempo con ella. Se tendía en el suelo, apoyaba la cabeza en su regazo y cerraba los ojos, mientras ella le acariciaba la espalda y la nuca. Solo quería comer en el cuarto de su abuela y tuvieron que aceptar que adquiriera malas costumbres, que comiera con los dedos y eructara ruidosamente. Muilala, que Mathilde había conocido como una mujer delgada y que siempre se contentó con los restos de los demás, ahora manifestaba esa glotonería empalagosa de los ancianos que hallan en esos placeres triviales un sentido a sus vidas.

Mathilde se pasaba el día corriendo, del colegio a la casa, de la cocina al lavadero. Aseaba a su suegra y a su hijo. Preparaba la comida para todo el mundo y ella comía de pie, entre dos tareas que tuviera que hacer. Por la mañana, al regresar del colegio, cuidaba de los enfermos y luego lavaba la ropa y planchaba. Por la tarde iba a ver a los proveedores, a comprar productos químicos o piezas de repuesto. Vivía en un estado de inquietud permanente: por las finanzas, por la salud de Muilala y por la de sus hijos. Se preocupaba por el humor sombrío de Amín, quien, el día que Selma llegó a la finca, la había avisado: «No quiero que ella se acerque a los obreros. No quiero que se pasee por ahí. De la casa al liceo y del liceo a casa. ¿Me entiendes?». Mathilde asintió, con el corazón devorado por la angustia. Cuando él no estaba en casa —lo que ocurría la mayor parte del tiempo—, Selma se comportaba de un modo insolente y cruel. Mathilde le daba órdenes, pero ella no le hacía caso y le respondía: «Tú no eres mi madre».

Mathilde temía las lluvias violentas de marzo, el granizo que los obreros predecían por el color amarillento del cielo al final de la tarde. Se sobresaltaba cuando sonaba el teléfono, y, antes de descolgar, rezaba para que no fuera el banco, ni el liceo de Selma, ni las monjas. A menudo, Corinne telefoneaba a la hora de la siesta, invitándola a tomar el té, y le decía: «Te mereces un rato de diversión, ¿no?».

Ya solo escribía a Irene unas cartas secas, desprovistas de confidencias y de emoción. Pedía a su hermana que le mandara recetas de los platos de su infancia por los que sentía nostalgia. Le habría gustado ser un ama de casa irreprochable, como esas que aparecían en las revistas que Corinne le prestaba. Las que saben ocuparse de la familia, proteger la paz del hogar, esas sobre las que recae todo, esas a las que se las quiere y se las teme. Pero, como le dijo Aicha un día, con su voz chillona: «¡Qué más da si todo acaba saliendo mal!», y Mathilde no lo negó. Cuando pelaba verduras, se colocaba un libro delante. Se metía libros en los bolsillos del delantal y a veces se sentaba sobre la pila de ropa que había que planchar y se ponía a leer novelas de Henri Troyat o Anais Nin, que la viuda de Mercier le

prestaba. Cocinaba unos platos que a Amín le sabían fatal. Unas ensaladas de patata, cubiertas de cebolla, y que apestaban a vinagre; unas fuentes de col cuyo olor permanecía en la casa varios días, de tanto tiempo como había estado hirviendo; un pastel de carne tan seco que Aicha lo escupía y escondía los restos en el bolsillo. Amín se quejaba. Apartaba con la punta del tenedor los escalopes flotando en nata, un plato inadecuado al clima. Echaba de menos la cocina de su madre y estaba convencido de que, si Mathilde decía no gustarle el cuscús ni las lentejas con carne ahumada, era por provocar. En las comidas, ella animaba a los niños a hablar, les hacía preguntas, se reía cuando golpeaban la mesa con el mango de la cuchara reclamando el postre. En esas ocasiones, Amín se enfadaba con sus hijos por ser irrespetuosos y armar ruido. Maldecía aquella casa donde un hombre trabajador no podía hallar la calma que tenía derecho a exigir. Mathilde cogía a Selim en brazos, se sacaba del puño de la manga un pañuelo sucio y lloraba. Una tarde, ante la mirada pasmada de Aicha, Amín se puso a cantar una vieja canción: «Ella lloraba como una Magdalena, lloraba, lloraba... Ella lloraba todas las lágrimas de su cuerpo...». Persiguió a Mathilde por el pasillo, gritando «¡Qué depresión! ¡Qué depresión!», y ella, loca de ira, soltó en alsaciano unos insultos que nunca quiso traducir a sus hijos.

Mathilde había engordado y en la sien le había aparecido un mechón blanco. Durante el día, se ponía un gran sombrero de rafia como el de las campesinas y unas sandalias de goma negras. En las mejillas y en el cuello le habían salido unas manchas oscuras y unas arrugas finas. A veces, al final de unas jornadas interminables, caía en una profunda melancolía. En el trayecto hacia el colegio, con el rostro acariciado por el viento, se decía a sí misma que hacía ya ocho años que recorría ese paisaje y le parecía que no había realizado nada en ese tiempo. ¿Qué huellas dejaría? Cientos de platos cocinados, tragados y desaparecidos, alegrías fugaces de las que no quedaba nada, canciones murmuradas junto a los barrotes de una cuna infantil, tardes pasadas consolando unas penas de las que ya nadie se acordaba. Mangas zurcidas, angustias solitarias no compartidas por miedo a despertar burlas. Hiciera lo que hiciera, y, a pesar de la gratitud inmensa de sus hijos y de los enfermos que cuidaba, le parecía que su vida no era más que una empresa

engullidora. Hiciera lo que hiciera, todo estaba destinado a desaparecer, a borrarse. Era su destino, por su vida doméstica e insignificante, donde la repetición de los mismos gestos acababa por destrozar los nervios. Miraba por la ventanilla del coche las plantaciones de almendros, la extensión de los viñedos, los jóvenes arbustos que empezaban madurar y que en uno o dos años darían sus frutos. Estaba celosa de Amín, de esta finca que él había construido, piedra a piedra, y que en este año de 1955 le había procurado las primeras satisfacciones.

La cosecha de melocotones había sido buena y Amín había vendido la almendra a un precio ventajoso. Con la consiguiente desilusión de Mathilde, que reclamaba dinero para lo que necesitaban los niños en el colegio y para comprarles ropa, él decidió invertir todos los beneficios en el desarrollo de la finca. «Una mujer de aquí no se atrevería jamás a entrometerse en estos asuntos», le reprochó. Mandó construir otro invernadero más, contrató a diez jornaleros nuevos para las cosechas y a un ingeniero francés para que estudiase la posibilidad de construir una balsa de riego. Hacía tiempo que Amín se apasionaba por el cultivo del olivo. Leyó todo lo que había podido encontrar sobre el tema y había conseguido que sus plantaciones experimentales fueran muy productivas. Estaba convencido de poder desarrollar, él solo, nuevas variedades más resistentes al calor, a la falta de agua. En la Feria de Meknès, en la primavera de 1955, presentó sus logros, y con un discurso confuso, arrugando sus notas con las manos húmedas de sudor, intentó exponer su teoría ante un público escéptico. «Al principio, la gente se burla de las invenciones, ¿verdad?», le comentó a su amigo Dragan. «Si las cosas se desarrollan como está previsto, estos árboles tendrán un rendimiento hasta seis veces superior a las variedades plantadas actualmente en la finca. Sus necesidades de agua son tan reducidas que podría volver a utilizar los métodos tradicionales de riego».

En esos años dedicados al campo, se había acostumbrado a trabajar él solo, sin contar con la ayuda de nadie. Su finca estaba rodeada por las de los colonos cuya riqueza y posibilidades le habían asustado siempre. Al acabar la guerra, los colonos de Meknès ejercían todavía una influencia considerable. Se decía de ellos que eran capaces de quitar y poner a un

comisario residente general; que bastaba con que movieran un dedo para modificar la política de París. En la actualidad, los vecinos de Amín se mostraban más agradables con él. En la Cámara de Agricultura, donde había ido a solicitar unas subvenciones, lo recibieron con deferencia, y, aunque se las denegaron, fue felicitado por su creatividad y su tesón. Cuando le contó al médico húngaro cómo transcurrió la cita, este sonrió.

«—Tienen miedo, eso es lo que ocurre. Sienten que los vientos están cambiando, que los marroquíes serán muy pronto sus propios jefes. Están asegurando la retaguardia al tratarte como a un igual.

—¿Un igual? Dicen que quieren apoyarme, que confían en mi futuro. Pero me niegan los créditos. Y si fracaso, dirán que soy un vago, que los moros son todos iguales, que sin los franceses y su fuerza de trabajo, no llegaremos a nada».

En mayo, la finca de Roger Mariani ardió. En los establos, murieron los cerdos y durante varios días se propagó un olor a carne quemada. Los obreros, que pusieron poco entusiasmo en apagar el fuego, se tapaban la cara con trapos, y algunos vomitaban. Decían: «¡Respirar ese humo maldito es pecado, es *haram*!». La noche del incendio, Roger Mariani fue a la finca de la colina y Mathilde lo hizo pasar al salón, donde se bebió él solo una botella de Tokay. Aquel hombre, tan poderoso antaño, que llegó incluso a amenazar al general Nogués, al que fue a ver a su despacho de Rabat y este le dio la razón, lloraba ahora como un crío en la vieja butaca de terciopelo. «A veces, se me encoge el corazón, no consigo pensar, tengo la mente como invadida por una espesa bruma. No sé qué nos reserva el futuro, dónde está la justicia, si debo pagar por unas fechorías que siempre negaré haber cometido. Creí en este país, del mismo modo que un iluminado cree en Dios, sin reflexionar, sin hacer preguntas. Y ahora he oído que me quieren matar, que mis campesinos ocultan bajo tierra armas para abatirme, que quizá me ahorquen. Que solo han fingido no ser unos salvajes».

Desde las vacaciones de Navidad, las relaciones entre Murad y Amín se habían enfriado, y este, durante varias semanas, evitó a su antiguo asistente. Cada vez que su silueta se esbozaba en alguno de los caminos entre la finca y el aduar vecino, y veía su rostro hundido y sus ojos amarillos, se le revolvía el estómago. Le daba las órdenes sin mirarle a la cara y, cuando Murad se aproximaba a él para contarle algún problema o para felicitarle por la próxima cosecha, Amín no podía quedarse quieto. Era superior a sus fuerzas, se ponía a mover los pies, y, a menudo, tenía que apretar los puños y los dientes para no salir de allí corriendo.

Durante el ramadán, que aquel año cayó en el mes de abril, Murad se negó a que los obreros trabajaran por la noche y organizaran ellos mismos sus horarios en función del calor y del cansancio. «¡El riego y la siega se hacen de día! ¡Ni Dios ni yo podemos evitarlo!», gritó a un campesino que, escandalizado ante semejante blasfemia, se puso las manos en la boca y rezó una oración. Por el día, los dejaba echarse una siesta, pero luego los insultaba, los hostigaba, los acusaba de aprovecharse de la generosidad del patrón. En una ocasión, golpeó a un empleado que había sorprendido en el jardín, a pocos metros de la casa. Lo agarró de los pelos y le dio una paliza, culpándolo de espiar a la familia Belhach, de acechar a la joven Selma, de intentar ver a la mujer del dueño, a través de los visillos del salón. Murad a su vez espiaba a la criada a la que atribuía unos hurtos imaginarios. Interrogaba a los enfermos a los que atendía Mathilde, de los que sospechaba que querían aprovecharse de ella.

Un día, Amín lo convocó a su despacho y, como en los tiempos de la guerra, le habló de una manera sencilla y marcial, limitándose a darle órdenes, sin ninguna explicación. «A partir de ahora, si un campesino de la zona viene a reclamar agua, le damos agua. Mientras yo viva, a nadie se le negará agua de mi pozo. Si los enfermos quieren que se les cure te

asegurarás de que así sea. En mi finca no se golpea a nadie y cada cual tiene derecho a un descanso».

Amín se pasaba todo el día en la finca, pero al anochecer huía de los gritos de los niños, de las quejas de Mathilde, de la mirada enfurecida de Selma que no soportaba vivir en aquella colina alejada de la ciudad. Jugaba a las cartas en cafetines llenos de humo. Bebía vino en garitos de paredes ciegas, en compañía de otros hombres igual de avergonzados y borrachos que él. A menudo se encontraba con antiguos compañeros de su regimiento, unos militares callados, a los que Amín, para sus adentros, agradecía que no le diesen conversación. Una noche, se topó con Murad. A la mañana siguiente, fue incapaz de recordar en qué circunstancias y mediante qué argucia el capataz lo había convencido de dejarse acompañar. Esa noche, Murad subió al coche y fueron a un bar de mala fama que había en el borde de la carretera general. Juntos bebieron, y Amín no le hacía caso. «Que se emborrache», pensó. «Que se emborrache y se caiga redondo en el suelo este majadero, este estúpido». En el miserable antro en el que habían acabado, un hombre tocaba un acordeón y a Amín le apeteció bailar. Tuvo deseos de ser otra persona, alguien del que nadie dependiera, con una vida fácil y ligera, una vida surcada por pecados. Un hombre lo agarró del hombro y se balancearon de derecha a izquierda. A su compañero le dio un ataque de risa que se extendió por la sala y que, como un sortilegio, contaminó a los presentes. Sus bocas, abiertas por la risa, dejaban al descubierto unos dientes picados. Algunos tocaban las palmas o seguían el ritmo zapateando. Un hombre alto y escuálido emitió un silbido y todos se giraron hacia él. «¡Venga, vámonos!», dijo, y ya sabían adónde.

Caminaron por el borde de la medina hasta Le Mers, el «barrio reservado». Borracho, Amín titubeaba y no veía bien por dónde iba. Unos desconocidos se turnaban para sostenerlo. Uno del grupo orinó contra un muro y los demás lo imitaron. Con mirada ausente, Amín observó el largo chorro de orina que corría por la pared de las murallas hasta el suelo pavimentado. Murad se acercó a él para disuadirle de que siguiera por aquella calle ancha, a lo largo de la cual se sucedían burdeles regentados

por unas matronas amargadas. La calle, que se iba estrechando y oscureciendo, desembocaba en un callejón sin salida donde unos jóvenes delincuentes esperaban a los clientes que por echar una cana al aire no mostrarían prudencia alguna. Amín apartó a Murad con violencia y lanzó una mirada desagradable a la mano que este le había puesto en el hombro. Se detuvieron ante una puerta a la que uno de los hombres llamó. Se oyó un tintineo, luego el deslizar de unas babuchas por el suelo y unas pulseras que entrechocaban. La puerta se abrió y unas mujeres medio desnudas se abalanzaron sobre ellos como las langostas sobre las cosechas. Murad no vio desaparecer a Amín. Quiso apartar, sin éxito, a una morena que lo cogió de la mano y lo arrastró a un cuarto minúsculo, amueblado con una cama y un bidet del que goteaba agua. El vino ralentizaba sus movimientos y no conseguía mantenerse fijo en su objetivo de cuidar de Amín, y empezaba a sentir rabia hacia sí mismo. La mujer, de edad indefinida, llevaba un turbante en la cabeza y su piel desprendía un aroma a clavo de olor. Bajó el pantalón a Murad con una habilidad que le horrorizó. Observó cómo se desabrochaba algo que parecía una enagua. En las piernas tenía unas escarificaciones con aspecto de ser recientes que formaban un dibujo, un símbolo cuyo significado no acertó a entender. Le entraron ganas de meter los dedos en los ojos de la prostituta, de castigarla. La chica, que debía de conocer esa mirada, tuvo un momento de vacilación. Dirigió su rostro hacia la puerta, y, luego, visiblemente borracha o atontada por el kif, desistió de escaparse y se tumbó boca arriba en la cama. «Aligera, que hace calor».

Al reflexionar más tarde sobre ello, fue incapaz de decir si fue el sudor que se deslizaba entre los senos de la joven, los chirridos que procedían de los otros cuartos o la impresión que le produjo reconocer la voz de Amín. El caso es que, ante aquella chica con las pupilas dilatadas, le vinieron imágenes de la guerra de Indochina y de aquellos burdeles militares que los oficiales de asuntos indígenas organizaban para los soldados. Volvieron los ruidos de allá y la humedad del aire, el paisaje sin sentido que una vez intentó describir a Amín, sin que este entendiera esa negrura, esa sensación de pesadilla. Había dicho: «Una jungla como esa te lleva a soñar». Murad se pasó las manos por sus brazos desnudos, se sentía helado y con la impresión de que una nube de mosquitos había invadido el cuarto, que de

nuevo la nuca y el vientre se le cubrían de esas amplias placas rojas que no le dejaban dormir en toda la noche. A su espalda oía los gritos de los oficiales franceses y se preguntó a sí mismo a cuántos blancos había visto con las entrañas fuera; y a cuántos cristianos, morir deshidratados por las diarreas, enloquecidos por esas guerras inútiles. No, lo más duro no era matar. Y, al decirse eso, el ruido del gatillo resonó en su cerebro y se dio un golpe en la sien como para vaciar la mente de aquellas ideas negras.

La prostituta, a quien la matrona aleccionaba para que aligerase el servicio, pues otros clientes esperaban, se levantó con aire cansado. Desnuda, avanzó hacia Murad. Le dijo: «¿Te encuentras mal?», y pidió ayuda al ver que el antiguo soldado, con el cuerpo sacudido por los sollozos, se golpeaba la frente contra la pared de piedra. Los echaron fuera, y la jefa escupió en la cara de Murad, que estaba delirando. Las prostitutas se abalanzaron sobre él, gritándole, burlándose, cubriéndolo de insultos: «¡Maldito seas, malditos seáis todos!». Amín y él se pusieron a caminar sin rumbo fijo. Ahora se habían quedado solos, los demás hombres habían huido de ellos, y Amín no recordaba dónde había dejado el coche. Se detuvo en el borde del camino y encendió un cigarrillo cuya primera calada le dio ganas de vomitar.

Al día siguiente, comentó a los obreros que el capataz estaba enfermo, y no pudo reprimir un sentimiento de tristeza al comprobar, en sus rostros, una expresión de alivio y de alegría. A Mathilde, que propuso su ayuda y medicinas, le contestó secamente que Murad necesitaba descansar: «Basta con que descanse». Y añadió: «Creo que tendríamos que casarlo. No es bueno que esté tan solo».

# VIII

Mehki llevaba veinte años trabajando como fotógrafo en la Avenue de la République. Si el clima lo permitía, o sea, a menudo, caminaba por la avenida, con el aparato colgado en bandolera, y proponía a los transeúntes hacerles una foto. Al principio, a este joven armenio le costó imponerse frente a la competencia. Pero acabó conociendo a todo el mundo, desde los limpiabotas hasta los dueños de los bares, y se quedaba con la clientela. Mehki entendió que no había que contar solo con la suerte para encontrar modelos que fotografiar. Que no bastaba con insistir, bajar los precios o hacer publicidad de tu talento. No, lo importante era localizar a los que deseaban conservar un recuerdo de un momento preciso. A los que se sentían guapos, se veían envejecer u observaban cómo crecían sus hijos y se decían a sí mismos: «Todo pasa tan rápido». No merecía la pena perder el tiempo con ancianos, hombres de negocios, amas de casa con la cara surcada por las preocupaciones. Y donde acertaba siempre era con los niños. Les hacía muecas, les explicaba el funcionamiento de la máquina fotográfica, y los padres no se resistían al deseo de fijar en un trocito de cartón el rostro angelical de sus nenes. Mehki nunca había fotografiado a su propia familia. Su madre pensaba que el aparato de fotos era una máquina del diablo que sustraía el alma a aquellos que, movidos por la soberbia, se dejaban retratar. En los primeros años, había trabajado como fotógrafo para el Registro Civil y a menudo los maridos se negaban a que sus mujeres fueran retratadas. Algunos notables marroquíes incluso habían mandado cartas amenazantes a la Residencia General explicando que se oponían firmemente a que sus mujeres mostraran el rostro a unos desconocidos. Los franceses habían cedido, y muchos caídos o bajás se contentaban dando una breve descripción de sus esposas que se incluía en los documentos de identidad.

Pero los enamorados eran su presa favorita. En ese día de primavera, Mehki dio con una parejita ideal. Hacía un tiempo suave y lleno de promesas. Una luz sedosa inundaba el centro de la ciudad, acariciando las fachadas blancas de los edificios, resaltando el rojo intenso de los geranios y de las flores de hibisco. Una pareja destacaba entre la muchedumbre. Mehki corrió hacia ellos, con el dedo en el disparador de la cámara y fue sincero cuando dijo: «¡Desprendéis tanta belleza que podría fotografiaros gratis!». Lo había dicho en árabe y el joven, que era europeo, levantó las manos para indicar que no le había entendido. Sacó un billete del bolsillo y se lo dio a Mehki. «Los enamorados son generosos», pensó. «¡Ellos quieren impresionarlas a ellas, luego con el tiempo la relación se estropeará, pero mientras tanto mejor para el negocio de Mehki!». Es lo que pensaba el fotógrafo, y se sentía feliz y tan entusiasmado que no se dio cuenta de que la chica estaba mirando alrededor, como una fugitiva. Se había sobresaltado cuando el chico, que llevaba una cazadora de estilo americano, le rozó en público el hombro. Los dos eran tan guapos que Mehki se quedó deslumbrado. Ni por un segundo pensó que no pegaban juntos. No tuvo la perspicacia suficiente para entender que esos dos jóvenes no estaban abocados a formar pareja.

¿Qué hacía ella en la avenida aquel martes por la tarde, ella que no era más que una jovencita, de buena familia sin duda, de una familia honorable que le hacía vestirse con faldas rectas y chaquetas de un tejido austero? No se parecía en nada a esas pelanduscas que se paseaban calle arriba, calle abajo, escapando a la vigilancia de padres y hermanos, que se quedaban preñadas por un extravío en algún asiento trasero de un coche. Esa chica tenía un aspecto natural que desarmaba, y mientras Mehki preparaba su cámara, pensó que había algo maravilloso en ser él quien fijara para la eternidad ese instante. Se sentía movido por un estado de gracia. Ese instante fugaz, ese rostro aún no profanado por nada, ni por la mano de un hombre, ni por los vicios, ni por la dureza de la vida. Eso es lo que quedaría impreso en la foto, la ingenuidad de una joven, esa mirada sobre la que planeaba un deseo de aventura. El chico también era de una gran belleza. Bastaba con ver a los transeúntes que se giraban, hombres y mujeres, ante ese cuerpo, puro músculo, un cuerpo estilizado y seco, una nuca sólida,

bronceada por el sol. Sonreía, y era el tipo de cosas a las que Mehki era sensible. La belleza de unos labios y unos dientes aún no manchados por el exceso de tabaco y de café barato. Tenía la suerte de que la mayoría de sus modelos cerraban la boca al posar, pero ese joven estaba tan inundado de alegría, se sentía tan afortunado, que no dejaba de reír y de hablar.

La chica no quiso posar para la foto. Hizo ademán de marcharse y murmuró algo al oído del joven que Mehki no oyó. Pero el enamorado insistía, agarró a la chica de la muñeca para que se girara y dijo: «Venga, solo llevará un instante, será un recuerdo». Mehki no lo habría dicho mejor. Unos cuantos segundos para un recuerdo que dure toda una vida: ese era su lema. Ella estaba tan tensa, tan encerrada sobre sí misma, allí, de pie, en la avenida, que Mehki se acercó a ella y, en árabe, le preguntó cómo se llamaba. «Solo será eso, Selma, una sonrisa y mírame».

Una vez que les tomó la foto, Mehki les entregó un resguardo que el joven deslizó en un bolsillo de su cazadora. «Vuelve mañana. Si no me encuentras por la avenida, dejaré la foto en el estudio que está allí en la esquina». Y Mehki los vio alejarse y perderse entre el gentío que paseaba por la acera. Al día siguiente, el joven no apareció. Mehki lo esperó un día tras otro e incluso cambió de itinerario con la esperanza de cruzarse con él por casualidad. La foto había salido muy bien y Mehki pensó que quizá era el retrato más bonito que había hecho. Había conseguido captar la luz de la tarde de mayo, un encuadre en el que asomaban al fondo las palmeras y el anuncio de la sala de cine. La parejita se miraba. Ella, frágil y tímida, había dirigido sus ojos hacia el rostro del apuesto muchacho cuya boca estaba entreabierta.

Una tarde, Mehki entró en el estudio de Lucien, que le revelaba sus carretes y le había facilitado la compra a crédito de su nuevo aparato de fotos. Estuvieron solucionando asuntos pendientes, haciendo cuentas y, al final de la conversación, Mehki sacó la foto del pequeño bolso de cuero: «¡Es una pena, no vinieron a recogerla!». Luden, que empleaba toda su energía en ocultar su deseo hacia los hombres, se inclinó sobre la fotografía y exclamó: «¡Qué chico tan guapo! En efecto, es una pena que no regresara por la foto». Mehki se encogió de hombros y, cuando extendió el brazo para que se la devolviera, Lucien le dijo: «Es una fotografía bellísima, Mehki, de

verdad, muy bella. Estás mejorando mucho. Lo sabes, ¿no? Te voy a proponer algo. Pondré la foto en el escaparate, puede ser un reclamo para los clientes, y así toda la avenida sabrá que fotografías a las parejitas como nadie. ¿Qué te parece?».

Mehki dudó en un primer momento. Le había emocionado que Lucien lo halagara, y la foto sería una publicidad para los paseantes de la avenida. Pero también sentía un extraño deseo de quedarse con la imagen para él solo, convertir a aquella pareja en amigos suyos, en acompañantes anónimos. Temía, en cierto modo, arrojarlos a merced de la muchedumbre, pero Lucien se mostró persuasivo y lo convenció. Al final de la tarde, justo antes de cerrar, Lucien colocó en el escaparate la foto del piloto Alain Crozières y de la joven Selma Belhach. Menos de una semana después, Amín pasó por delante y la vio.

Tras lo ocurrido, Selma y Mathilde pensaron que el azar se cebaba en ellas. Que hasta el azar estaba del lado de los hombres, de los poderosos, de la injusticia. Pues en esa primavera de 1955, Amín iba muy poco al centro. La sucesión de atentados, asesinatos, secuestros, la respuesta cada vez más violenta de la asociación clandestina *Présence Française* contra las acciones de los nacionalistas habían contribuido a crear en la ciudad una atmósfera agobiante en la que él no quería verse mezclado. Pero ese día rompió con sus costumbres y fue a la consulta de Dragan Palosi, que había decidido hacer un pedido de plántones de árboles frutales a Europa. «Pásate por mi consulta y hablaremos de negocios, te acompañaré al banco para tratar el asunto del crédito que necesitas». Y así fue. Amín se sentó, muerto de vergüenza, en una sala de espera donde la mitad de las mujeres estaban embarazadas. Estuvo hablando casi una hora con el médico, que le enseñó una especie de catálogo impreso en papel satinado, con variedades de melocotoneros, ciruelos y albaricoqueros. Luego caminaron juntos hacia el banco donde un hombre, con la piel escamosa, los recibió. Dragan le había contado que estaba casado con una argelina y que vivía a las afueras, cerca de una de esas huertas que los habitantes de la ciudad alquilaban los domingos para pasar un día de campo. El banquero se interesó por los proyectos agrícolas de Amín con un entusiasmo y una curiosidad que lo sorprendieron. Al final de la reunión, se estrecharon la mano, el asunto

había concluido satisfactoriamente. Amín se despidió de ambos con la sensación del deber cumplido.

Se sentía feliz y por ello caminaba sin prisas por la avenida. Pensaba que se merecía pasear, mirar a las mujeres, acercarse a ellas, tanto como para oler el perfume que llevaban. No le apetecía regresar a casa y deambulaba con las manos en los bolsillos y la mirada puesta en los escaparates de las tiendas, olvidándose de los acontecimientos, de la desaparición de su hermano o de los reproches que le hacía Mathilde a propósito de sus nuevas inversiones. Se fijó en la ropa interior de una mercería, en unos sujetadores puntiagudos y unas bragas de satén. Admiró los bombones expuestos en la pastelería cuya especialidad eran las cerezas confitadas. Y, luego, ante un estudio de fotografía se quedó mirando una foto. Durante unos segundos, no se creyó lo que veía. Se río con nerviosismo y pensó que la chica de la foto se parecía extrañamente a Selma. Debía de ser italiana o española, en todo caso, mediterránea, y le pareció muy guapa. Pero se le hizo un nudo en la garganta, como si le hubieran dado un golpe en el vientre, y el cuerpo se le tensó por la indignación. Se acercó al escaparate, no tanto para observar la foto sino para ocultarla de la mirada de la gente. Tenía la impresión de que su hermana estaba desnuda ante los ojos de la muchedumbre y que él solo contaba con su cuerpo para hacer de barrera que preservara su honor. Tuvo que contenerse para no romper el cristal, coger la foto y salir corriendo.

Entró en la tienda. Lucien estaba jugando a las cartas detrás del mostrador de madera, haciendo solitarios.

«¿Le puedo ayudar en algo?», preguntó el dueño del estudio, mientras lanzaba a Amín una mirada preocupada. ¿Qué querría de él ese moro de cejas oscuras y mirada amenazadora? Menuda suerte la suya. En la tienda no había nadie, y ese tipo agitado, un nacionalista, un terrorista quizá, quería cargárselo, porque estaba solo, sin defensa y porque era francés. Amín sacó un pañuelo del bolsillo y se secó la frente:

«—Desearía ver la fotografía que tiene en el escaparate. La de la chica.

—¿Esa? —preguntó Lucien, y, acercándose despacio a las repisas, cogió la foto y la dejó en el mostrador».

Amín la observó largamente, en silencio, y preguntó:

«—¿Cuánto?

—Perdone, ¿cómo dice?

—¿Cuánto vale la foto? Querría comprarla.

—Es que no está en venta. Esta pareja la pagó y debían venir a recogerla. Nadie se ha presentado por el momento, pero puede que lo hagan —afirmó Luden, en un tono agrio y se echó a reír».

Amín le lanzó una mirada fulminante.

«—Dígame cuánto quiere por la foto y se lo pagaré.

—Pero si ya le he dicho que...

—Escúcheme. Esa chica —dijo señalando con el índice la foto—, esa chica es mi hermana y no pienso dejarla ni un minuto más en el escaparate de su tienda. Dígame cuánto le debo y me iré de aquí».

Lucien no quería líos. Víctima de un humillante chantaje, se había marchado de Francia y había llegado a este nuevo mundo, un mundo con la misma maldad pero soleado, con la idea de cumplir con los votos de discreción que se había propuesto. Le habían hablado con frecuencia del sentido del honor de los árabes y no se atrevería a provocarlos. «Toca a sus mujeres y te rajarán el cuello de oreja a oreja», le había dicho un cliente cuando inauguró el estudio. Y Lucien había pensado: «No seré yo quien esté tentado de hacerlo». Unos días antes, había leído en un periódico que un funcionario, en Rabat o en Port-Lyautey, había sido apuñalado por un viejo marroquí. Le había reprochado haber tocado el velo que ocultaba el rostro de su esposa, exclamando mientras se reía: «Pero si esta fátima es más rubia que una alemana. ¡Y para colmo, tiene los ojos azules!». Luden se estremeció y entregó la foto a Amín: «Quédesela. Puesto que es su hermana, le pertenece. Podría usted dársela a ella. En fin, haga lo que quiera, no es asunto mío».

Amín cogió la fotografía y se marchó sin despedirse de Lucien que decidió esa tarde echar el cierre al estudio más temprano que de costumbre.

Ya había anochecido cuando llegó a la finca. Mathilde estaba zurciendo ropa en el salón. De pie, por el resquicio de la puerta la observó un rato sin que ella se diese cuenta. Amín tragaba saliva sin parar, una saliva abundante, pegajosa y salada.

Ella lo vio y enseguida bajó los ojos sobre la labor que estaba haciendo. «¡Qué tarde vuelves!», dijo, y no se sorprendió al no recibir respuesta. Su marido se acercó y se quedó mirando el jersey con la manga rota, y el anular de Mathilde protegido por un dedal plateado. Sacó la foto del bolsillo y, cuando la dejó sobre la prenda infantil, Mathilde se llevó las manos a la boca. El dedal chocó contra sus dientes. Tenía la expresión de un asesino ante una prueba incuestionable. Estaba confundida, acorralada.

«Es algo inocente por completo», balbuceó. «Te iba a hablar de ello. Este chico va en serio, quiere venir a la finca, pedir su mano, casarse con ella. Es una buena persona, te lo aseguro».

Amín la miró fijamente y ella sintió que los ojos de su marido se agrandaban, sus facciones se deformaban, la boca se le volvía enorme, y se sobresaltó cuando él se puso a gritar: «¡Te has vuelto loca! ¡Mi hermana jamás se casará con un francés!».

La agarró por la manga y la levantó de la butaca. La arrastró por el pasillo sumido en tinieblas. «¡Me has humillado!».

Le escupió a la cara y le dio una bofetada con el revés de la mano.

Ella pensó en los niños y se quedó callada. No se defendió, no saltó al cuello de su marido ni lo arañó. No decir nada, dejar pasar la ira, rezar para que sienta vergüenza y la vergüenza lo detenga. Se dejó arrastrar, como un cuerpo muerto, un cuerpo tan pesado ahora que la rabia de Amín se multiplicó por dos. Quería provocarla y que se defendiera. Con su manaza oscura le tiró de los pelos, la obligó a levantarse y acercó su rostro al de ella: «Y esto no se ha terminado», le dijo, dándole un puñetazo. En la

entrada del pasillo que conducía a los dormitorios, la soltó. Ella se quedó de rodillas ante él, con la nariz chorreando de sangre. Amín se desabrochó la chaqueta y se puso a temblar. Tiró el mueble de madera en el que Mathilde colocaba sus libros, que se rompió y estos se desparramaron por el suelo.

Ella vio a través de la puerta entreabierta la silueta de Aicha, espiándolos. Amín se volvió hacia su hija. Las facciones se le destensaron. Se hubiera dicho que se iba a reír, a pretender que aquello no era más que un juego entre mamá y él, un juego que los niños no pueden comprender y ella debía volver a la cama ahora. Pero con paso furioso, con paso demente, se dirigió al dormitorio.

Mathilde se quedó mirando la cubierta de un libro tirado en el suelo. La historia del viaje de Nils Holgersson que le leía su padre de pequeña. Concentró toda su atención en el dibujo del pequeño Nils, montado sobre una oca. No alzó la vista cuando le llegaron los gritos de Selma, pidiéndole ayuda. No se movió. Luego oyó la voz de Amín, amenazándolas.

«¡Os mataré a todas!».

Llevaba en la mano un revólver que apuntaba al bello rostro de Selma. Unas semanas antes había pedido un permiso de armas. Decía que era para proteger a su familia, que el campo era peligroso, que solo se podía contar con uno mismo. Mathilde se tapó los ojos con las manos. Fue lo único que pudo hacer. La única idea que se le ocurrió. Se negaba a ver aquello, a ver llegar la muerte de frente, de las manos de su marido, del padre de sus hijos. Luego pensó en su hija, en su bebé que dormía plácidamente, en Selma, sollozando, y giró la cabeza hacia el cuarto de los niños.

Amín siguió la mirada de Mathilde y vio de nuevo a Aicha y su melena iluminada por un fino halo de luz. Parecía un fantasma. «¡Os mataré a todas!»., volvió a gritar, mientras movía nerviosamente el revólver a derecha e izquierda. No sabía por cuál de ellas empezar, pero una vez que lo decidiera, las eliminaría, una tras otra, con frialdad y determinación. Los sollozos se mezclaron con los gritos, Mathilde y Selma imploraron su perdón, y de pronto oyó su nombre, oyó «Papá». Y sudó bajo la chaqueta que ahora parecía haber encogido. Ya una vez había disparado contra un hombre, contra un desconocido. Ya había disparado una vez, sabía que podría hacerlo, que ocurriría deprisa, que el miedo se calmaría y le

sucedría un inmenso consuelo, un sentimiento incluso de omnipotencia. Pero oyó «Papá», y la voz venía de allí, del cuarto en cuya puerta estaba su hija con el camisón empapado, y los pies chapoteando en un charco en el suelo. Durante un instante, pensó en dirigir el cañón del revólver hacia sí mismo. Resolvería todo, no habría nada más que decir, ninguna explicación que dar. Y su chaqueta de los domingos quedaría cubierta de sangre. Soltó el revólver y, sin mirarla, salió del cuarto.

Mathilde se puso el dedo índice en los labios. Lloraba en silencio e hizo una seña a su cuñada para que no se moviera. A cuatro patas se abalanzó sobre el arma. Tenía los ojos empapados en lágrimas, le sangraba abundantemente la nariz y le costaba respirar. Unos destellos le atravesaban la cabeza y tuvo que sujetarse las sienes con las manos para no desplomarse en el suelo. Luego, con las dos manos, agarró el revólver, que le pareció pesado y se puso a girar sobre sí misma como una posesa. Miró a su alrededor, buscando algo, una solución para esconder el arma. Lanzó una mirada desesperada a su hija, se puso de puntillas, inclinó un poco un enorme jarrón de cerámica que había sobre un estante de la biblioteca y echó el revólver dentro. Volvió a colocar bien el jarrón que osciló lentamente y, durante unos segundos, las tres se quedaron petrificadas, aterrorizadas ante la idea de que se cayera al suelo, y él regresara, viera el desastre y las matara.

«Escuchadme bien, ángeles míos». Mathilde atrajo hacia ella a Selma y a su hija, y las estrechó contra su corazón que latía tan fuerte que la niña se asustó. Aicha sintió en la nariz el olor a su orina, mezclado al de la sangre. «Nunca digáis dónde está el revólver, ¿entendido? Aunque él os lo suplique, os amenace u os prometa algo a cambio. Nunca digáis que está dentro del jarrón». Asintieron despacio con la cabeza. «Quiero oíros decir “Te lo prometo”. ¡Decidlo!». Parecía enfadada en ese momento y las dos la obedecieron.

Las llevó al cuarto de baño y llenó un barreño grande de agua templada en el que introdujo a Aicha. Lavó el camisón de la pequeña y pasó sobre el rostro de esta y el de Selma un trapo empapado en alcohol y agua helada. La nariz le dolía enormemente. No se atrevió a tocársela pero supo que estaba fracturada y, a pesar de su disgusto, de su rabia, no pudo evitar

pensar que la afearía. Que además de haberle robado su dignidad, Amín la dejaría con una nariz de boxeador, un rostro de perro sarnoso.

Aicha ya había visto a mujeres con la cara amoratada. A algunas madres con los ojos hinchados, la mejilla violeta, el labio partido. En esa época creyó incluso que el maquillaje servía para eso. Para disimular los golpes de los hombres.

Esa noche se acostaron las tres en el mismo cuarto, con las piernas entrelazadas. Antes de quedarse dormida, con la espalda pegada al vientre de su madre, Aicha recitó en voz alta su oración: *«Bendice, Dios mío, el descanso del que voy a disfrutar para reponer fuerzas y servirte mejor. Virgen María, madre de Dios, después de Él, mi principal esperanza, mi ángel de la guarda, mi Santa Patrona, intercede en mi favor, protégeme durante la noche, durante todo el tiempo de mi vida y en la hora de mi muerte. Amén»*.

Amanecieron en la misma posición, inmóviles por el miedo a que él regresara, convencidas de que las tres formaban un cuerpo invencible. En medio de su sueño agitado, se habían convertido en una especie de animal, en un cangrejo ermitaño, alojado en la concha vacía de un caracol marino. Mathilde estrujó a su hija contra ella, hubiera querido que desapareciera y esfumarse las dos. Duérmete, duérmete, mi niña, esto ha sido solo una pesadilla.

\* \* \*

Amín estuvo caminando toda la noche por el campo. En la oscuridad tropezaba con los árboles, las ramas le arañaban la cara. Caminaba maldiciendo cada metro de aquella tierra ingrata. Como loco y delirando, se puso a contar las piedras, convencido de que conspiraban contra él, se reproducían en la sombra, se diseminaban por millares en cada hectárea para impedir que la labrase, para impedir que fuera fértil. Habría querido triturar aquella rocalla entre sus dedos, entre sus dientes, masticarla y escupir una inmensa nube de polvo que lo cubriera todo. El aire estaba helado. Se sentó al pie de un árbol. Le temblaba el cuerpo, agachó la

espalda, se encogió sobre sí mismo y se sumió en un duermevela, embrutecido por el alcohol y la vergüenza.

Regresó dos días después. Ella no le preguntó dónde había estado y él no buscó el revólver. La casa quedó sumida en un silencio profundo, opaco, que nadie se atrevió a romper. Aicha hablaba con la mirada. Selma no salió de su cuarto. Se pasaba el tiempo tendida en la cama, llorando sobre su almohada, maldiciendo a su hermano y jurando que se vengaría. Amín había decidido que ya no iría al liceo. No veía el interés de perturbar aún más a la joven y de que le metieran ideas locas en la mente.

Él se pasaba el día fuera. No soportaba ver el rostro de Mathilde, las ojeras moradas, la nariz que había aumentado el doble de su volumen, el labio partido. No estaba seguro, pero parecía que le faltaba un diente. Amín salía de madrugada y regresaba cuando su esposa ya dormía. Se acostaba en su despacho y hacía sus necesidades en el váter del patio, lo que desagradaba a Tamo, escandalizada por esa promiscuidad. Esos días vivió como un cobarde.

El sábado siguiente, se levantó al alba, se lavó, se afeitó, se perfumó. Entró en la cocina, donde Mathilde, de espaldas, estaba friendo unos huevos. Olió la colonia de su marido y fue incapaz de moverse. De pie, ante el fogón, con una espátula de madera en la mano, rezó para que él no hablase.

Era lo único que le preocupaba. «Que no sea tan torpe como para abrir la boca, agobiarme con alguna tontería, fingir que no ha pasado nada». Si se le ocurría decir «Te pido disculpas», Mathilde se prometió a sí misma que le daría una bofetada. Pero el silencio no fue interrumpido. Él dio unos pequeños pasos detrás de Mathilde. Ella no lo veía, pero adivinaba que, como una alimaña, su marido iba de un lado a otro, con las fosas nasales dilatadas, la respiración entrecortada. Se apoyó en la alhacena azul y se la quedó mirando. Ella se atusó los cabellos y se ajustó las cintas del delantal. Dejó que los huevos se quemaran y tosió por el humo, tapándose la boca.

Se avergonzaba de reconocerlo, pero el silencio que se había establecido entre los dos tuvo sobre ella un efecto extraño. Creyó que nunca más se iban a dirigir la palabra, que podrían convertirse en bestias y, entonces, una gran cantidad de cosas podrían suceder. Nuevos horizontes surgirían ante

ellos, aprenderían nuevos gestos, podrían rugir, pelearse, arañarse hasta sangrar. Ya no necesitarían esas explicaciones interminables donde cada uno se agotaba queriendo tener razón, y no se resolvía nada. No sentía deseos de venganza. Quiso entregarle el cuerpo que él había devastado, su cuerpo, roto. Durante varios días no se dijeron nada, pero hicieron el amor, de pie contra una pared, detrás de una puerta, e incluso, fuera, una vez, contra la escalera de mano que conducía a la azotea. Para avergonzarlo, ella perdió todo pudor, toda compostura. Le arrojó a la cara su lujuria y su belleza de mujer, su vicio y su lubricidad. Mathilde le daba unas órdenes cuya crudeza escandalizaba a Amín y alimentaba su excitación. Ella le demostró que guardaba dentro algo inasible, algo sucio, y que él no era quien lo había ensuciado. Una negrura de la que ella era dueña y que él nunca entendería.

Una tarde, mientras Mathilde planchaba, Amín entró en la cocina y dijo: «Ven, ha llegado».

Dejó la plancha. Salió de la cocina y luego volvió sobre sus pasos. Ante la mirada de Aicha, se inclinó sobre el grifo. Se mojó la cara y se atusó el pelo. Se quitó el delantal y dijo: «Ahora vuelvo». La niña, por supuesto, fue tras ella, discreta como un ratón, y sus ojos brillaban en el pasillo oscuro por el que avanzaba. Se sentó detrás de la puerta y a través de una rendija vio a un hombre bajito, con el cutis lleno de granos, vestido con una chilaba marrón y mal afeitado. Tenía bolsas bajo los ojos, tan abultadas que hubiera bastado con que las rozase una mano o una corriente de aire para que estallasen y brotase un líquido viscoso. Estaba sentado en una de las butacas del despacho y, de pie, tras él, había un joven. Sobre el hombro de su chaqueta verde militar, destacaba una mancha grande de color amarillo como si un pájaro se acabara de cagar encima. Entregó al señor mayor una libreta grande en una carpeta de cuero. «¿Tu nombre?», preguntó este mirando en dirección a Mathilde. Ella respondió, pero el adul se dirigió a Amín y, con el ceño fruncido, repitió: «¿Su nombre?», y él deletreó el nombre de su mujer.

«—Mathilde.

—¿Nombre del padre?

—Georges —le dijo Amín, y se inclinó sobre la libreta, un poco violento por tener que desvelar ese nombre cristiano, un nombre imposible de escribir.

—¿Jourge? ¿Jourge? —repitió el adul, que empezó a mordisquear la pluma. Tras él, el muchacho estaba nervioso.

—Voy a escribirlo como suena, así estará bien —concluyó el hombre de leyes, y, detrás de él, su ayudante lanzó un suspiro de alivio».

El adul alzó la vista hacia Mathilde. Se la quedó mirando unos segundos, examinó su rostro, luego sus manos, que tenía entrecruzadas. Entonces, Aicha oyó alzarse la voz de su madre que recitó en árabe: «Juro que no hay más Dios que Dios y que Mohamed es su profeta».

«Muy bien», dijo el adul. «¿Y qué nombre tendrás a partir de ahora?».

Mathilde no lo había pensado. Amín le había comentado la necesidad de volverse a bautizar, de ponerse un nombre musulmán, pero estos últimos tiempos estaba tan triste, con la mente puesta en tantas preocupaciones, que no había pensado en su nuevo nombre.

«Mariam», dijo ella al final, y el adul parecía satisfecho de su elección. «Que así sea, Mariam. Bienvenida a la comunidad del islam».

Amín se acercó a la puerta. Vio a Aicha y le dijo: «No me gusta ese modo que tienes de espiar continuamente. Ve a tu cuarto». Ella se levantó y fue caminado por el pasillo, mientras su padre la seguía. Se tendió en su cama y vio a Amín agarrar a Selma por el brazo, del mismo modo que las monjas cuando agarraban a alguna alumna si estaba castigada y la madre superiora la había convocado.

Aicha estaba ya dormida cuando Selma y Murad se reunieron en el despacho, y, en presencia de Mathilde y de Amín y de dos obreros convocados para hacer de testigos, el adul los casó.

Selma no quiso saber nada. Cuando Mathilde fue a llamar a la puerta del cobertizo donde esta dormía ahora con su marido, se negó a abrirle. La alsaciana dio patadas a la puerta, tocó fuerte con los nudillos, apoyó su frente y, tras haber gritado, se puso a hablar bajo esperando que Selma acercara el oído. Que apoyara, ella también, la cara contra el marco de la puerta y escuchara, al igual que antaño, los consejos de su cuñada. Con una voz suave, sin pensárselo, sin calcular, Mathilde pidió perdón. Habló de libertad interior, de la necesidad de aprender a resignarse, de las quimeras sobre el gran amor que hundía a las jóvenes en la desesperación y el fracaso. «Yo también fui joven». Y habló en futuro, «algún día lo entenderás», «algún día nos lo agradecerás». Debía ver, le dijo, el lado bueno de las cosas. No dejar que el disgusto ensombreciera el nacimiento de su primer hijo, no alimentar la añoranza por un hombre que, en efecto, era apuesto, pero un cobarde y un inconsecuente. Selma no respondió. Se mantuvo lejos de la puerta, en cuclillas, apoyada contra la pared, tapándose los oídos con las manos. Había hecho confidencias a Mathilde, le había mostrado los senos que le dolían, el vientre que aún no se le notaba, y ella la había traicionado. No. No la escucharía, se metería alquitrán en los oídos, si fuera necesario. Su cuñada había actuado movida por los celos. Habría podido ayudarla a huir, a desembarazarse del bebé, a casarse con Alain Crozières, podría haber puesto en práctica sus bellos sermones sobre la liberación de las mujeres y el derecho a amar. Pero no, prefirió que la ley de los hombres se erigiera entre las dos. Mathilde la había denunciado a su hermano, que no había encontrado nada mejor que los métodos antiguos para solucionar el problema. «Seguramente no soportaba la idea de que yo fuera feliz», pensó. «Más feliz que ella y mejor casada».

Si no se encerraba en su cuarto, Selma buscaba la compañía de Muilala o de los niños, evitando quedarse a solas con su cuñada para no permitirle una conversación íntima, lo que torturaba a Mathilde que estaba deseando que la perdonara. Corría detrás de ella cuando se la encontraba sola en el jardín. En una ocasión, la agarró de espaldas y tiró tan fuerte de la blusa que le hizo daño en el cuello. «Deja que te explique. Te lo ruego, no sigas rehuyéndome». Pero ella se giró con violencia y se puso a golpearla con las dos manos, a darle patadas. Tamo oyó los gritos de las dos mujeres que se peleaban como niñas pequeñas y no se atrevió a intervenir. «Acabarán diciendo que fue por culpa mía», pensó, y siguió haciendo sus cosas. Mathilde se protegía la cara y le suplicaba: «Sé un poco razonable. De todos modos, tu apuesto aviador salió huyendo en cuanto se enteró de lo del bebé. Deberías sentirte contenta de que te hayamos evitado que pases vergüenza».

Por la noche, mientras Amín roncaba a su lado, Mathilde pensó en lo que había dicho. ¿Se lo creía de verdad? ¿Se habría convertido en una mujer así? ¿De esas que empujan a las demás a mostrarse razonables, a renunciar a su felicidad, a poner el honor en primer lugar? En el fondo, pensó, yo no habría podido hacer nada. Y se lo repetía a sí misma, una y otra vez, no para lamentarse sino para convencerse de su impotencia y atenuar su sentimiento de culpa. Se preguntó qué estarían haciendo Murad y Selma en ese instante. Imaginó el cuerpo desnudo del capataz, sus manos sobre las caderas de ella, su boca desdentada contra sus labios. Se figuró esa escena con tanto realismo que tuvo que contenerse para no gritar, para no echar a su marido fuera de la cama, para no llorar por el destino de aquella joven que ella había abandonado a su suerte. Se levantó y se puso a caminar por el pasillo intentando tranquilizarse. En la cocina comió los restos de una Linzer Torte con mermelada, hasta empacharse. Luego se asomó a la ventana convencida de que oiría un gemido o un grito. Pero solo oyó a las ratas que trepaban por el tronco de la palmera gigante. Entonces entendió que lo que la atormentaba, lo que la indignaba, no era tanto el matrimonio en sí ni la moralidad de la decisión de Amín, sino aquella copulación contra

natura. Y tuvo que admitir que si perseguía a Selma no era para pedirle perdón sino para hacerle preguntas sobre ese apareamiento infame, monstruoso. Quería saber si la adolescente había sentido miedo, repugnancia, cuando el miembro de su marido la había penetrado. Si había cerrado los ojos y pensado en su aviador para olvidar la fealdad y la vejez del soldado.

\* \* \*

Una mañana, una camioneta aparcó en el patio y dos chicos descargaron una cama de matrimonio de madera. El mayor de ellos apenas debía de tener dieciocho años. Llevaba un pantalón que le llegaba a mitad de la pantorrilla y una gorra de lona desteñida por el sol. El otro era aún más joven, y su rostro de muñeco contrastaba con un cuerpo imponente y musculoso. Se mantenía a la espera de las órdenes que le diera su compañero. Murad les mostró el cobertizo, pero el chico de la gorra se encogió de hombros. «Esto no entra ahí», dijo, señalando la puerta. Murad, que había comprado la cama a uno de los mejores artesanos de la ciudad, se enfadó. No estaba allí para charlar con ellos, y les ordenó poner la cama en diagonal y deslizarla por el suelo. Durante más de una hora, la empujaron, la alzarón, le dieron la vuelta. Se destrozaron la espalda y las manos. Con la frente empapada de sudor, el rostro sofocado, los dos chicos se echaron a reír ante el empecinamiento de Murad. «¡Sé razonable, hombre! ¡Si no quiere, no quiere!», dijo el más joven, en un tono burlón que desagradó al capataz. Agotado, el muchacho se sentó sobre el somier y guiñó un ojo a su compañero: «La señora es la que no estará contenta. Es una cama bien bonita para una casa tan pequeña». Murad se quedó mirando a los chicos que saltaban sobre la cama partiéndose de risa. Se sintió estúpido, tan estúpido como para echarse a llorar. Le había parecido perfecta cuando la había visto en la tienda de la medina. Había pensado entonces en Amín, en que su patrón estaría orgulloso de él. Que por fin lo consideraría como el mejor marido posible para su hermana. «Soy un idiota», se decía a sí mismo, y, si no se hubiera contenido, habría golpeado a los chicos,

destruido la cama con un hacha, allí mismo, al pie de la palmera. Pero, con serena desesperación, vio alejarse la camioneta dejando tras de sí una nube de polvo.

La cama se quedó dos días allí fuera y nadie hizo preguntas. Ni Amín, ni Mathilde. Se sentían tan violentos, tan avergonzados, que fingieron que ese era el sitio del mueble, en medio del patio arenoso. Pero entonces una mañana Murad pidió el día libre y Amín se lo concedió. El capataz cogió un mazo y tiró abajo la pared del cobertizo que daba al campo. Y por el hueco metió la cama. Se procuró unos ladrillos y cemento, y agrandó la habitación en la que ahora vivía con Selma. Durante todo el día y hasta bien entrada la noche, montó una nueva pared. Tenía la intención de instalar un cuarto de baño para su esposa que hasta entonces utilizaba el lavabo del patio. Tamo se alzó de puntillas para observar, desde la ventana, al capataz trabajando. «No seas indiscreta. No te metas donde nadie te llama», le dijo la alsaciana.

Cuando terminó la obra, Murad se sintió orgulloso, pero no cambió en nada sus costumbres. Al llegar la noche, dejaba la cama a su mujer y él se acostaba en el suelo.

Para encontrar a Omar, había que rastrear el olor a sangre. Es lo que se decía a sí mismo Amín, y en aquel verano de 1955 la sangre no faltaba. Corría a chorros en las ciudades donde se multiplicaban los asesinatos en plena calle y las bombas destrozaban los cuerpos. La sangre corría en el campo donde se quemaban las cosechas y se molía a palos a los patrones, hasta la muerte. En esos asesinatos, se mezclaba la política con las venganzas personales. Se mataba en nombre de Dios, de la patria, para borrar una deuda, vengarse de una humillación o de una mujer adúltera. A los colonos degollados se respondía con la caza al moro y las torturas. De tanto cambiar de bando, el miedo reinaba por todos lados.

Cada vez que ocurría un atentado, Amín se preguntaba: ¿Habrá muerto Ornar? ¿Lo habrán matado? Pensó en él el día en que asesinaron a un empresario en Casablanca, a un soldado francés en Rabat, a un anciano marroquí en Berkan, y en Marrakech, cuando un funcionario fue objeto de un ataque. Pensó en él cuando, dos días después de que el movimiento contrterrorista asesinara al dueño de un periódico moderado, Jacques Lemaigre Dubreuil, oyó decir en la radio al comisario residente general, Francis Lacoste: «La violencia, en todas sus formas, nos horroriza y son despreciables por igual». Francis Lacoste fue sustituido unos días más tarde por Gilbert Grandval que llegó a Marruecos en el momento de mayor tensión. Grandval suscitó inicialmente la esperanza de poner fin al terrorismo, de restablecer el diálogo entre las comunidades. Anuló algunas condenas y medidas de alejamiento. Se enfrentó a los más radicales de la comunidad francesa. Pero el 14 de julio, el atentado del café Mers Sultán en Casablanca vino a deshacer todas las ilusiones. Mujeres vestidas de luto, con un velo negro que les cubría la cara, se negaron a dar la mano al representante francés durante la celebración de la Fiesta Nacional. «Nada nos vincula a la metrópolis y ahora resulta que vamos a perder lo que tantos

años nos costó construir, el país en el que hemos criado a nuestros hijos». Algunos europeos se lanzaron a la medina de la ciudad blanca, arrancando a su paso las banderas tricolor que adornaban las calles con motivo de la conmemoración. Se dedicaron a saquear comercios, a incendiar, a cometer atrocidades que la policía, a veces, fomentaba. A partir de ese momento, un abismo de sangre separó a las comunidades.

La noche del 24 de julio de 1955, reapareció Ornar. Llegó a Meknés oculto en la parte trasera de un coche conducido por un joven de Casablanca de apenas dieciocho años. Aparcaron más abajo de la medina, en un callejón impregnado de un olor a orines, y esperaron a que amaneciese fumando un cigarrillo tras otro. La comitiva oficial de Gilbert Grandval debía cruzar por la plaza El-Hedim en torno a las nueve de la mañana, y Ornar y sus compañeros se habían impuesto el deber de recibirlo. En el maletero del coche habían disimulado en unos sacos grandes llenos de basura dos revólveres y algunos cuchillos. Amaneció y las tropas de la guarnición aparecieron en la plaza, luciendo sus uniformes de gala. Iban a presentar sus honores al paso del cortejo y escoltar al comisario residente general hasta la puerta Al-Mansur donde tendría lugar la ofrenda de bienvenida, de dátiles y leche. Las mujeres se situaron detrás de las barreras. Agitaban sin gran entusiasmo unas muñecas en forma de cruz, que habían fabricado para dar colorido a la festividad, y cuyo vestido consistía en un trozo de trapo y un ramillete de flores. Les habían dado unas monedas a cambio de su presencia, pero a pesar de la alegría que mostraban, se notaba que su fervor era falso, que sus gritos de «¡Viva Francia!» eran puro cuento. Unos hombres, amputados de un brazo o de una pierna, intentaban situarse cerca del paso de la comitiva con la esperanza de dar a conocer su triste destino a una Francia que los había olvidado. A los policías que los apartaban hacia atrás les describían su hoja de servicios. «Hemos combatido por Francia y ahora estamos en la miseria».

En cuanto amaneció, los grupos especiales de protección montaron barreras ante cada una de las puertas de la medina. Pero enseguida se vieron desbordados por la multitud que surgía de todos lados. Un camión estacionó

en la plaza El-Hedim y los policías, enloquecidos, ordenaron a la gente que iba dentro que bajaran y tiraran al suelo las banderas marroquíes que enarbolaban. Los hombres se negaron y se pusieron a dar zapatazos en la parte trasera del camión que empezó a balancearse, y el ruido galvanizó a la muchedumbre. Jóvenes y viejos, campesinos bajados de las montañas, burgueses y comerciantes se agolparon en las inmediaciones de la plaza. Llevaban banderas, fotografías del sultán y coreaban: «¡Ben Yusef! ¡Ben Yusef!».

Algunos llevaban palos; otros, cuchillos de carnicero. Cerca de la tribuna donde el residente debía pronunciar su discurso, los notables, inquietos, sudaban bajo sus chilabas blancas.

Omar hizo una seña a sus compañeros y salieron del coche. Caminaron hasta donde estaba la gente y se fundieron con aquel enjambre cuyo nerviosismo no dejaba de crecer. Tras ellos, unas mujeres con las caras veladas se habían subido a unas vallas y gritaban «¡Independencia!».

Ornar apretó el puño, se puso a gritar él también y distribuyó los sacos llenos de basura entre los hombres. Lanzaron a la cara de los policías cáscaras de naranja, fruta podrida, porquerías. La voz de Ornar, grave y vibrante, animaba a sus compañeros. Hacía ruido con los pies, escupía, y su rabia se propagaba a su alrededor, llenando de coraje el pecho de los adolescentes y enderezando las espaldas encorvadas de los ancianos. Un chico que no debía de tener más de quince años, vestido con una sencilla camiseta blanca y un pantalón que dejaba al descubierto unas pantorrillas lampiñas se armó de valor y lanzó piedras a los policías. Los demás manifestantes lo imitaron y no se oía más que el ruido de las piedras estrellándose contra el pavimento y los gritos de la policía que, en francés, llamaban a la calma. Uno de ellos, con la ceja sangrando, agarró su metralleta.

Disparó al aire y luego, con las mandíbulas contraídas y la mirada llena de terror, apuntó el arma hacia la muchedumbre y volvió a disparar. A los pies de Ornar, cayó el chico de Casablanca. A pesar de la confusión, las carreras enloquecidas de la gente y el llanto de las mujeres, los compañeros de Ornar se reunieron alrededor del joven herido y uno de ellos intentó sacarlo de allí. «Están llegando ambulancias. Tenemos que trasladarlo a uno

de los puestos de seguridad donde atienden a los heridos». Pero Ornar, con un gesto cortante, lo detuvo.

«¡No!».

Los chicos, acostumbrados a la frialdad de su líder, se miraron. El rostro de Ornar mostraba calma. Esbozaba una sonrisa de satisfacción. Las cosas se estaban desarrollando justo como lo había deseado, y ese desorden, esa confusión, era lo mejor que podía ocurrir.

«Si lo llevan al hospital y sobrevive, lo torturarán. Lo amenazarán con enviarlo al centro de detención Darkoum o a otro lugar parecido. ¡Nada de ambulancias!».

Ornar se agachó y con sus delgados brazos levantó al herido que gritaba de dolor y cargó con él.

«¡Echad a correr!».

En medio del pánico, perdió las gafas, y luego pensó que gracias a esa ceguera pudo atravesar la muchedumbre, evitar las balas, llegar a la puerta de la medina y adentrarse por las callejuelas. No intentó cerciorarse de si sus compañeros lo seguían, tampoco consoló al herido que llamaba a su madre e imploraba a Alá. Ni vio, al salir de la plaza, las numerosas babuchas que se le habían caído a la gente y que yacían esparcidas por el suelo, por el lugar de su infancia, ni cada vez manchado de sangre que resbalaba de la cabeza de los manifestantes ni a los hombres llorando.

En las calles de Berrima, lo acogieron las albórbolas que entonaban las mujeres agrupadas en las azoteas. Le pareció que lo animaban, lo guiaban hacia la casa de su madre, y, como un sonámbulo, llegó ante la vieja puerta claveteada de bronce y tocó. Un anciano le abrió. Ornar lo empujó y penetró en el patio, y, una vez que cerró la puerta, le preguntó:

«—¿Tú quién eres?

—¿Y quién eres tú? —le preguntó a su vez el viejo.

—Esta es la casa de mi madre. ¿Dónde están todos?

—Se fueron. Hace varias semanas. Yo vigilo la casa hasta que regresen —el guarda lanzó una mirada inquieta al cuerpo del chico que Ornar cargaba a la espalda, y añadió—: No quiero líos».

Omar tendió al herido sobre un diván. Acercó su cara al joven, su oído a la boca de él. Respiraba.

«Vigíalo», ordenó Omar que subió las escaleras a cuatro patas, poniendo las manos sobre los peldaños. En su recorrido por las calles no había visto más que unas formas borrosas, halos de luz, movimientos inquietantes. Sintió un olor a humo y entendió que se habían quemado casas, que habían incendiado los comercios de los traidores, que la ciudad entera se había sublevado. Oyó el rugido de un avión sobrevolando la medina y el ruido de disparos a lo lejos. Se alegró al pensar que en las calles los hombres seguían luchando y que, Francia, representada en la persona de Gilbert Grandval, debía de temblar ante aquel desastre. Al final de la mañana, los *goumiers* de las unidades de infantería, en uniforme de gendarmes habían acordonado por completo la medina, aislándola de la ciudad nueva. Cerca del campamento Poublan, tres tanques estaban dispuestos para intervenir, con sus cañones apuntando hacia la medina.

Cuando Ornar bajó, el chico se había desmayado. El guarda estaba a su lado, con la respiración agitada y golpeándose la frente de desesperación. Ornar le ordenó que se callara y, al igual que los gatos que antaño poblaban la casa, el viejo atravesó el patio y se fue a esconder en la antigua habitación de Muilala. Durante toda la tarde, Ornar se quedó sentado en el patio ardiente de calor. A veces, se masajeaba las sienes y dilataba sus ojos de lechuza, como si esperase así recuperar la vista. No podía arriesgarse a salir y que lo detuvieran los policías que recorrían las callejuelas de la medina, que tocaban en las puertas de las casas y amenazaban a los habitantes con entrar a la fuerza y saquear todo. Unos *jeeps* surcaban las calles para evacuar a los europeos que seguían viviendo en la ciudad vieja y trasladarlos al recinto ferial o al hotel Bordeaux, requisado debido a los sucesos.

Al cabo de unas horas, Ornar se quedó dormido. El viejo, que se sobresaltaba al menor ruido, se puso a rezar. Observó a Ornar y se dijo que había que tener un corazón muy frío, que había que estar desprovisto de moral y de sentimientos, para poder dormir en aquella situación. Por la noche, el herido estaba muy inquieto. El guarda se acercó a él, le cogió la mano e intentó entender lo que el joven murmuraba. Era un campesino,

originario de alguna aldea perdida, que había huido de la pobreza de las montañas para establecerse en los barrios de chabolas de Casablanca. Durante varios meses, intentó que lo contratasen en alguna de las obras de construcción de las que le habían contado maravillas pero no tuvo suerte y, al igual que otros miles llegados del campo a la espera de algo mejor, se dirigió al barrio de Carrières Centrales, en la periferia de la ciudad blanca, demasiado pobre y demasiado avergonzado para pensar en regresar a su pueblo. Fue allí, en medio de las chabolas de hojalata, en esos barrios donde los niños sin padre cagan en el suelo y se mueren de unas simples anginas, donde el encargado de reclutar a potenciales terroristas lo había encontrado. En su mirada debió de ver odio y desesperación, y pensó que era un buen fichaje. Presa de la fiebre y de un dolor intenso, el joven pedía que avisaran a su madre.

Al amanecer, Ornar llamó al guarda.

«Vas a ir en busca de un médico. Si la policía te pregunta algo, dices que una mujer está de parto y que es urgente. Aligera. Ve donde te indico y vuelve, ¿has entendido?».

Entregó una hoja de papel al viejo que, encantado de salir de aquella casa maldita, se lanzó a la calle.

Dos horas después, Dragan entraba en la casa. No le había hecho pregunta alguna al viejo y se había limitado a seguirlo, llevando en la mano su viejo maletín de cuero. No esperaba encontrarse con Ornar y amagó un movimiento de retroceso cuando vio aparecer su larga silueta.

«Hay un herido».

Dragan lo siguió hasta donde estaba el adolescente, cuya respiración se había debilitado, y se agachó para examinarlo. El hermano de Amín, a su espalda, no dejaba de moverse. Al no llevar las gafas, destacaba su rostro de niño, sus rasgos finos y estirados. Con el pelo pegado por el sudor y el cuello cubierto de sangre seca, apestaba.

Dragan buscó algo en su maletín. Pidió al guarda que lo ayudara, y este hirvió agua y limpió los instrumentos. El médico desinfectó la herida, le vendó el brazo y le dio al chico un calmante. Mientras le hacía la cura, le hablaba con dulzura, le acariciaba la frente, lo tranquilizaba.

Los compañeros de Ornar llegaron a la casa al tiempo que el médico suturaba la herida. Cuando el guarda notó la deferencia con que trataban a su líder, se mostró de pronto obsequioso, y corrió a la cocina a preparar un té a los combatientes de la resistencia. Maldijo repetidas veces a los franceses, trató a los cristianos de infieles y cuando se encontró con la mirada de Dragan, este se encogió de hombros para mostrar que sus palabras no iban con él.

El médico se acercó a Ornar para despedirse.

«—Hay que vigilar la herida y limpiarla con regularidad. Puedo regresar esta noche si quieres. Traeré más vendas y medicinas para la fiebre.

—Es muy amable por su parte pero esta noche ya no estaremos aquí —le respondió.

—Tu hermano Amín se preocupó mucho por ti. Te buscó por todas partes. Corrieron rumores de que estabas en la cárcel.

—Todos estamos en la cárcel. Mientras vivamos en un país colonizado, no nos consideraremos libres».

Dragan no supo qué contestar. Estrechó la mano de Ornar y se fue. Caminó por las calles desiertas de la medina y notó que las pocas caras que veía mostraban duelo y pena. Sonó la voz del almuédano. Ese día habían enterrado a cuatro muchachos. Desde la madrugada, un cordón de seguridad había sido instalado por la policía francesa y, bajo su protección, el cortejo fúnebre se había dirigido a la mezquita, en un ambiente de calma y recogimiento. Ornar, al despedirse de Dragan, le propuso pagarle y este se negó secamente. «Este chico es cruel», pensó, mientras regresaba a su casa. El hermano de Amín le recordaba a algunos hombres con los que se había topado en su camino hacia el exilio. Sostenían un discurso grandilocuente, henchido de ideales, y con tanta retórica habían agotado en ellos cualquier forma de humanidad.

Dragan dio a su chófer el día libre. Se sentó al volante de su coche y se dirigió, con las ventanillas abiertas, a la finca de los Belhach. Afuera, el cielo lucía un azul claro y el calor era tan agobiante que parecía que en cualquier momento el campo se incendiaría. Abrió la boca e inspiró un viento caliente y desagradable que le ardió en el pecho y le hizo toser. En el aire se mezclaba un olor a laurel y a chinches aplastadas. Como siempre, en

los momentos de melancolía, pensaba en los árboles frutales, en las naranjas maduras y jugosas que algún día se servirían en los hogares checos y húngaros, como si enviara un trozo de sol a esas tierras oscuras.

Cuando llegó a la colina, se sintió casi culpable de llevarles noticias tristes. Él no era de los que creían en el mito del campo idílico poblado por campesinos bereberes, bonachones y alegres. Pero sabía, a pesar de todo, que allí reinaba una especie de paz, de armonía, custodiadas por Amín y Mathilde. No ignoraba que ellos se mantenían voluntariamente apartados del furor de la ciudad; que no encendían la radio y que los periódicos servían para empaquetar los huevos frescos o hacer sombreros o aviones para Selim. Aparcó el coche y, a lo lejos, divisó a Amín que se apresuró a ir a su encuentro. En el jardín, Aicha había trepado a un árbol y Selma estaba sentada en el columpio que Amín había colgado de las ramas del *limarango*. El suelo de cemento, ardiente por el sol y recién regado, desprendía una nube de vapor. En el follaje se oía revolotear a los pájaros, y a Dragan casi se le saltaron las lágrimas por la indiferencia de la naturaleza ante la torpeza de los hombres. Se matarán entre ellos y las mariposas seguirán volando, pensó.

Mathilde lo recibió con una alegría que le encogió aún más el corazón. Quiso conducirlo al dispensario, enseñarle los progresos que había hecho ordenando el instrumental y las medicinas. Le preguntó por Corinne que se había instalado en la casita de la playa y la echaba de menos. Lo invitó a desayunar con ellos y se excusó, con las mejillas y el cuello enrojecidos por el sol, porque solo tenía previsto café con leche y rebanadas de pan con mantequilla. «Le parecerá ridículo pero es lo que les gusta a los niños». Dragan, que temía que estos lo oyeran, murmuró que debía hablarles de un asunto serio y que era mejor que se reunieran en el despacho. Se sentó frente al matrimonio y les contó, con la voz velada por la emoción, los disturbios de la víspera. Amín no dejaba de moverse en su asiento, miraba hacia la puerta como si una tarea urgente lo reclamase fuera. Parecía decir: «¿A mí qué más me da todo esto?». Cuando Dragan pronunció el nombre de Ornar, ambos se quedaron inmóviles, y atendieron concentrados a sus palabras. No se miraron entre ellos ni una sola vez, pero él vio que se habían cogido de la mano. En ese instante no se hallaban en bandos

opuestos. No disfrutaban de la desgracia del otro. No esperaban que uno de ellos llorase o se alegrase para atacarlo e inundarlo de reproches. No, en ese instante, ambos pertenecían a un bando que no existía, un bando donde se mezclaban a partes iguales, y por tanto de un modo extraño, la compasión hacia la violencia y la misericordia hacia los asesinos y los asesinados. Los sentimientos que surgían en ellos les parecían una traición, y preferían, pues, acallarlos. Eran a la vez víctimas y verdugos, compañeros y adversarios, dos seres híbridos, incapaces de poner nombre a su lealtad. Dos excomulgados que ya no podían rezar en ningún templo y cuyo dios era un dios secreto, íntimo, del que ignoraban hasta el nombre.

**IX**

El Aid al-Kebir debía de caer el 30 de julio. En la ciudad y en el campo, la gente temía que la pascua fuera motivo de desórdenes, que la celebración del sacrificio de Abraham se convirtiera en una masacre. La Residencia General dio instrucciones muy estrictas a los militares estacionados en Meknès y a los funcionarios, indignados al no poder ir a la metrópolis durante sus permisos de verano. Muchos de los colonos, vecinos de la finca, se habían ido de vacaciones; entre ellos, Roger Mariani, que tenía una casa en una playa del norte de Marruecos.

Una semana antes de la pascua, Amín compró un borrego que ataron al sauce y que Murad alimentaba con paja. Desde el ventanal del salón, Aicha y su hermano observaban el animal, su lana amarillenta, sus ojos tristes, sus cuernos amenazantes. El niño quiso acariciarlo, pero su hermana se lo impidió. «Papá lo compró para nosotros», insistía él, y Aicha, en un impulso de una crueldad irreprimible, le describió con un aluvión de detalles lo que iba a suceder al animal. No permitieron a los niños mirar cómo el carnicero degollaba al borrego cuya sangre brotó y se extendió, a borbotones, por la hierba del jardín. Tamo fue a buscar un balde y limpió la hierba roja agradeciendo a Dios su generosidad.

Unas mujeres entonaron alórbolas de alegría y un obrero descuartizó al animal en el mismo suelo. Colgaron la piel en la entrada de la casa. Tamo y sus hermanas encendieron carbón en los anafres. Por la ventana de la cocina se veían volar las chispas del fuego y se oían las manos que se hundían en las entrañas del animal y hacían un ruido de esponjas empapadas en agua, un ruido de succión y de mucosas.

En un barreño, Mathilde puso el corazón, los pulmones y el hígado del borrego. Llamó a Aicha y acercó el rostro de la niña al corazón violáceo. «Mira, es exactamente igual al dibujo del libro. La sangre circula por aquí». Mathilde hundió el dedo en la aorta y luego enunció los nombres de los

ventrículos y aurículas, y concluyó: «Y esto ya no recuerdo cómo se llama, lo he olvidado». A continuación, cogió los pulmones, ante la mirada escandalizada de las criadas, que consideraban ese comportamiento indigno y sacrílego. Colocó las dos bolsas grises y viscosas bajo el grifo y observó cómo se llenaban de agua. Selim aplaudía y ella le besó la frente. «Imagina que es aire en lugar de agua. Mira, cariño, así es cómo respiramos».

Tres días después de la pascua, unos hombres del Ejército de Liberación se presentaron en el aduar, en plena noche, con los rostros ocultos bajo pasamontañas negros. Ordenaron a Ito y a Ba Milud que les diesen de comer y les procurasen gasolina. A la mañana siguiente se fueron, prometiendo que la victoria estaba cerca y que los tiempos de la expoliación quedarían atrás.

\* \* \*

En esa época, Mathilde pensaba que sus hijos eran demasiado pequeños para entender lo que ocurría, y si no les explicaba nada no era por indiferencia ni por exceso de autoridad. Estaba convencida de que, pasara lo que pasara, los niños vivían en una burbuja de inocencia que los adultos eran incapaces de reventar. Creía comprender mejor que nadie a su hija, leer en su alma, como cuando contemplas un bello paisaje a través de una ventana. La trataba como a una amiga, una cómplice, contándole cosas que no eran propias de su edad, y se tranquilizaba pensando: «Aunque no lo entienda, tampoco le hace daño».

Y Aicha, en efecto, no entendía. Para ella, el mundo de los adultos era brumoso, turbio, como el campo de madrugada o al final del día, en esas horas en las que los contornos de las cosas desaparecen. Sus padres hablaban delante de ella, y captaba fragmentos de esas conversaciones en las que bajaban la voz al pronunciar la palabra asesinato y desaparecidos. Se hacía preguntas silenciosas. ¿Por qué Selma ya no dormía con ella en su cuarto? ¿Por qué algunas obreras se dejaban arrastrar entre los matorrales por unos obreros de manos agrietadas y cuellos enrojecidos por el sol? Sospechaba que existía algo que se llamaba desgracia, y que los hombres

eran capaces de ser crueles. Y buscaba explicaciones en la naturaleza que la rodeaba.

Ese verano, recuperó su vida de niña salvaje, sin horarios ni obligaciones. Exploró el mundo de la colina que para ella era una isla en medio de la llanura. A veces se encontraba con otros niños, con chiquillos de su edad que llevaban en los brazos corderitos asustados y sucios. Cruzaban los campos con el pecho desnudo. El sol les había bronceado la piel y teñido de rubio el vello de la nuca y los brazos. Hilillos de sudor formaban en sus torsos polvorientos unos surcos algo más claros. Aicha se perturbó cuando aquellos pastorcillos se acercaron a ella y le propusieron que acariciase a los animales. No podía apartar la mirada de sus hombros musculosos, de sus tobillos anchos, y presentía en ellos a los hombres en que se convertirían. Ahora eran pequeños, como ella, inmersos en una especie de estado de gracia, pero, sin tener conciencia de ello por completo, veía que la vida adulta ya alcanzaba a esos niños. Que el trabajo, la pobreza envejecían esos cuerpos con más rapidez que el ritmo al que crecía el suyo.

Cada día observaba, sentada a la sombra de los árboles, la procesión de los obreros cuyos gestos imitaba, e intentaba no perturbar sus tareas. Les ayudó a montar un espantapájaros con prendas viejas de Amín y paja verde. Colgó de los árboles frutales trocitos de espejos rotos para espantar a los pájaros. Podía pasarse horas observando el nido de la lechuza en el aguacatero o la madriguera de un topo al fondo del jardín. Se mostraba paciente y callada, y aprendió a cazar camaleones y lagartijas que escondía en una caja cuya tapa levantaba rápido para observar a sus presas. Una mañana, mientras caminaba, encontró un minúsculo embrión de pájaro, no más grande que su dedo meñique. El animal, que no acababa de ser un animal, tenía un pico, unas garras y un esqueleto tan pequeño que parecía casi irreal. Aicha se tumbó, con la mejilla apoyada en el suelo, y observó cómo se afanaban las hormigas corriendo sobre el cadáver. Pensó: «No por ser pequeñas son menos crueles». Habría deseado preguntar a la tierra, pedirle que diera testimonio sobre lo que había presenciado, sobre las demás personas que vivieron antes allí, o sobre las que estaban muertas y que ella jamás había conocido.

Precisamente porque se sentía libre, quiso encontrar los límites de la finca. Nunca había sabido con certeza hasta dónde estaba autorizada a avanzar, dónde terminaba la propiedad de su familia y dónde empezaba el mundo de los otros. Sus fuerzas la llevaban cada día más lejos, y a veces esperaba encontrarse con un muro, una cancela, un montículo, algo que le hiciera afirmar: «Aquí se para. No se puede ir más allá». Una tarde, dejó atrás el cobertizo donde aparcaban el tractor. Cruzó los campos de membrillos y olivos, fue abriéndose camino entre unos altos tallos de girasoles quemados por el sol. Luego llegó a un terreno lleno de ortigas que le llegaban hasta la cintura y allí vio una tapia de un metro de alto. Estaba pintada con cal y formaba un pequeño cercado invadido por la maleza. Ya había estado allí antes. Mucho tiempo atrás, era muy pequeña e iba de la mano de Mathilde, que había cogido unas flores cubiertas de mosquitas. Su madre le había señalado la tapia y le había dicho: «Ahí nos enterrarán a tu padre y a mí». Aicha se aproximó al cercado. Las chumberas desprendían un olor a miel y se tendió en el suelo, en el lugar donde se imaginó que enterrarían el cuerpo de su madre. ¿Sería posible que un día Mathilde fuera igual de vieja y arrugada que Muilala? Se tapó la cara con el brazo para protegerse del sol y pensó en las láminas de anatomía que Dragan les había regalado. Se sabía de memoria el nombre en húngaro de algunos huesos: *combcson*t era el fémur; *gerinc*, la columna vertebral; y *kulcscson*t, la clavícula.

\* \* \*

Una noche, mientras cenaban, Amín les anunció que irían al mar y pasarían dos días en la playa de Mehdía. El lugar no les sorprendió. Era la playa más próxima de Meknés, a una distancia de tres horas en coche. Pero él siempre había ignorado las actividades de ocio a las que Mathilde le hubiera gustado dedicarse. Las excursiones al campo, los paseos por el bosque, por la montaña. Tachaba de holgazanes, flojos, inútiles o vagabundos a quienes les gustaba divertirse. Si organizó aquel viaje fue quizá por la insistencia de Dragan, que tenía allí una casita de playa, y,

como eterno cómplice de Mathilde, veía en los ojos de la joven brillar chispas de envidia cuando evocaba las vacaciones. Su envidia no era malsana ni corrosiva, sino triste, como la de un niño que, resignado, observa a otro acariciar un juguete que él no poseerá jamás. O quizá Amín se guió por unos sentimientos más profundos, por un deseo de hacerse perdonar o de hacer feliz a esa mujer que veía apagarse poco a poco en esa colina, ese universo donde solo reinaba el trabajo.

Salieron de madrugada. El cielo estaba rosado y era la hora en que desprendían su aroma las flores que había plantado Mathilde en la entrada de la finca. Amín había pedido a los niños que se apresuraran, que quería aprovechar para conducir con el frescor de la mañana. Selma se quedó en la finca. No se levantó para despedirse de ellos y Mathilde pensó que así era mejor. No habría podido enfrentarse a la mirada de la joven. Selim y Aicha estaban sentados en el asiento trasero. Mathilde se había puesto el sombrero de rafia y en una cesta grande había metido dos pequeñas palas y un viejo cubo de fregar.

A pocos kilómetros de la costa empezaron los atascos en la carretera. Selim se había mareado y en el coche flotaba un olor a vómito. Olor a leche agria y a Coca-Cola. Se perdieron por las calles por donde caminaban familias enteras que estaban de vacaciones, y les costó encontrar la casa de los Palosi. En la terraza, Corinne tomaba el sol, y Dragan, con el rostro colorado y sudando, había abusado un poco de la cerveza. Se alegró al verlos y cogió a Aicha en brazos. La hizo volar, y ese recuerdo, el de su levedad en aquellas manos inmensas y peludas, sería luego igual de potente, casi igual de insoportable, que el recuerdo del mar. «¿Qué dices?», exclamó el médico. «¿Cómo que nunca has visto el mar? Eso hay que solucionarlo ya mismo». Se llevó a la niña a la arena, aunque a ella le hubiera gustado que no actuara con tanta precipitación. Le habría gustado quedarse un rato más, con los ojos cerrados, en la terraza, a pleno sol, y oír el ruido del mar, turbulento, ensordecedor. Fue lo primero que le gustó. Le pareció bellísimo. Ese ruido, parecido a soplar en un periódico enrollado como un catalejo, pegándolo al oído de alguien. Ese ruido, como la respiración de quien duerme feliz y lleno de sueños. Ese vaivén de las olas, ese furor al que se unían, amortiguadas, las risas de los niños jugando, las recomendaciones de

las madres —«¡No te alejes demasiado, te podrías ahogar!»—, las voces de los vendedores de pipas y de buñuelos que anunciaban a gritos su mercancía y su andar divertido al quemarse los pies en la arena. Dragan, llevándola aún en brazos, se acercó a la orilla. Soltó a la niña, que no se había descalzado y que se sentó en la arena para quitarse las sandalias de cuero *beige*. El agua la rozó y no sintió miedo en ningún momento. Intentó, con la punta de los dedos, coger la espuma que se formaba en el borde de las olas. «La espuma», le dijo Dragan, con su marcado acento. Y parecía orgulloso de conocer esa palabra.

Comieron en la terraza. «Un pescador vino esta mañana a ofrecernos su pesca del día. Jamás comeréis algo tan fresco». La criada, que Corinne se había traído de Meknès, había preparado una ensalada de tomate y de zanahorias marinadas, y comieron con los dedos unas sardinas asadas y una especie de pescado blanco, alargado como una anguila, de carne firme y de sabor insulso. Mathilde desmenuzaba continuamente el pescado del plato de los niños. Decía: «Lo que nos faltaba es que se atragantaran con una espina. Se fastidiaría todo».

De niña, había sido una nadadora sin igual. Sus amigas le decían que tenía un cuerpo para serlo. Hombros anchos, muslos firmes y una piel densa. En el Rin, se bañaba incluso en otoño, cuando la primavera tardaba en aparecer, y salía del agua con los labios morados, la piel de los dedos arrugada. Aguantaba sin respirar mucho tiempo y no había nada que le gustara más que zambullir la cabeza en el agua, marearse por lo que no era un silencio, sino un silbido de las profundidades, una ausencia de agitación humana. Una vez, a los catorce o quince años, se había dejado ir flotando, con el rostro medio sumergido, como una vieja rama, durante tanto tiempo que un amigo acabó tirándose al río para auxiliarla. Se había creído que estaba muerta, se había imaginado esas historias románticas de chicas que se ahogaban por penas de amores. Pero en el último momento, ella había alzado la cara y se había reído: «¡Te lo creíste!». El chico se había enfadado mucho. «Acabo de estrenar el pantalón. Mi madre me matará».

Corinne se puso un bañador y Mathilde la siguió a la playa. A lo lejos, en la arena, algunas familias habían montado unas jaimas y acampaban allí un mes, cocinaban en anafres de barro y se lavaban en las duchas públicas.

Mathilde avanzó y, cuando el agua le llegó al pecho, sintió una felicidad tan intensa que estuvo a punto de lanzarse a abrazar a Corinne. Nadó tan lejos como pudo y se sumergió hasta lo más hondo, hasta donde sus pulmones lo permitían. Por momentos, se giraba para ver la casita de los Palosi cada vez más pequeña, sin que la pudiera distinguir de las demás, que, situadas en hilera, tenían una arquitectura muy similar. Sin saber por qué, se puso a agitar los brazos, para saludar a sus hijos, quizá para decirles «Mirad hasta dónde me he metido».

Selim, con un sombrero de paja que le quedaba grande, excavó en la arena un agujero que atrajo la curiosidad de los demás niños. «Hagamos un castillo», dijo una niña. «No hay que olvidar el foso», exclamó un crío al que le faltaban tres dientes y ceceaba. Aicha se sentó con ellos. ¡Había que ver cómo el mar facilitaba las amistades! Medio desnudos, con la piel morena por el sol, se divertían juntos y no pensaban más que en excavar lo más profundo posible hasta ver aparecer el agua y que se formase un lago al pie del castillo. Gracias al agua del mar y al viento, el pelo de Aicha, de costumbre enredado y encrespado, lucía unos rizos bonitos que se atusó con las manos. Pensó que al llegar a la finca pediría a su madre que echara grandes puñados de sal en la bañera.

Al final de la tarde, Corinne ayudó a Mathilde a duchar a los niños. En pijama, agotados por los juegos y el mar, los niños se tendieron en la terraza. Aicha sentía que los párpados se le cerraban solos, pero, por el esplendor del espectáculo que se le ofrecía, los mantuvo abiertos. El cielo se volvió rojo, luego rosa y al final un halo violeta cubrió el horizonte, mientras el sol, más incandescente que nunca, descendía hacia las olas y estas lo engullían. Pasó cerca un vendedor de mazorcas de maíz asadas y Aicha cogió una que Dragan le ofreció. No tenía hambre pero no quería privarse de nada, sino aprovechar lo que ese día podía regalarle. Mordió la mazorca, se le quedaron algunos granos entre los dientes, era una sensación desagradable y tosió. Antes de sumergirse en el sueño, oyó la risa de su padre, una risa que jamás había oído antes, aligerada de preocupaciones y de prejuicios.

\* \* \*

Cuando Aicha se despertó a la mañana siguiente, al ver que los adultos dormían, se puso a caminar sola por la terraza. Por la noche había tenido un sueño, tan largo como la piel de manzana que Mathilde pelaba, apretando los labios y jurando que conseguiría hacer una guirnalda sin que se rompiera. Los Palosi desayunaron en bañador, algo que pareció escandalizar a Amín. «Vivimos como robinsones», explicó Dragan, cuya piel lechosa había adquirido el color de las cerezas, «con la indumentaria más sencilla, y comemos lo que el mar nos da».

A mediodía, hizo tanto calor que una nube de libélulas, con el cuerpo rojo y brillante se formó sobre el agua, en la que se zambullían antes de reemprender el vuelo. El cielo estaba blanco y la luz era cegadora. Mathilde puso la sombrilla y las toallas lo más cerca posible del agua para aprovechar el frescor del mar y vigilar mejor a los niños que no se cansaban de jugar en las olas, de hundir las manos en la arena mojada, de observar los peces minúsculos que rozaban sus pies. Amín fue a sentarse al lado de su mujer. Se quitó la camisa y el pantalón bajo el que llevaba un bañador que Dragan le había prestado. La piel del vientre, de la espalda y de las piernas la tenía pálida y se veía la marca del bronceado en sus brazos desnudos. Parecía que nunca hubiera ofrecido su cuerpo a la caricia del sol.

Amín no sabía nadar. Muilala siempre tuvo miedo del agua y prohibía a sus hijos, de pequeños, acercarse al ued o incluso al pozo. «El agua podría tragarnos», les decía. Pero, viendo a los niños zambullirse en las olas y a las mujeres frágiles y blancas ajustándose los gorros de baño y nadar con la cabeza erguida en la superficie del agua, pensó que no debía de ser tan complicado. Que no había motivo alguno para que él no lo consiguiera, él, que corría más rápido que sus compañeros, que montaba a caballo a pelo, que trepaba a un árbol sin apoyo ninguno, solo por la fuerza de sus brazos.

Se disponía a unirse a los niños, cuando oyó gritar a Mathilde. Una ola, mucho más grande que las demás, había alcanzado las toallas y arrastrado la

ropa de Amín. Con los pies ya en el agua vio su pantalón ir y venir en la superficie de las olas.

Como una amante celosa, la mar se burlaba de él y señalaba con el dedo su desnudez. Los niños se echaron a reír y corrieron para intentar recuperar la ropa y ganar la recompensa que esperaban merecer. Mathilde pudo por fin coger el pantalón y lo escurrió con las manos. Él le dijo: «Que no se nos haga tarde. Debemos regresar».

Cuando llamaron a los niños, estos se negaron a marcharse. «No. Queremos quedarnos», decían. Amín y Mathilde, de pie en la arena, los regañaban. «Ahora mismo os salís del agua. Ya basta. ¿Queréis que entremos a por vosotros?». Los niños no les dieron otra opción. Mathilde saltó al mar con gracia y Amín caminaba prudentemente hasta que el agua le llegó al pecho. Furioso, con la voz helada por el enfado, alargó el brazo hacia su hijo y lo agarró con violencia por los pelos. Selim lanzó un grito. «Que sea la última vez que desobedeces a tu padre. ¿Te has enterado?».

En el camino de vuelta, Aicha no pudo reprimir las lágrimas. Miraba el horizonte y se negaba a contestar a su madre que intentaba sin éxito consolarla. A un lado de la carretera, vio que caminaban unos hombres, con las manos atadas, vestidos con harapos, el pelo cubierto de polvo, y pensó que quizá los habían sacado de una gruta o de un agujero. Mathilde le dijo: «No los mires».

\* \* \*

Llegaron a la finca en plena noche. Mathilde llevó a Selim en brazos, y Amín a Aicha a su cama, pues se había quedado dormida en el coche. Cuando estaba a punto de cerrar tras él la puerta del dormitorio, la pequeña le preguntó: «¿Papá, solo atacan a los franceses que son malos, verdad? A los que son buenos, los obreros los protegen, ¿no?».

Pareció sorprendido y se sentó en la cama. Con la cabeza agachada y las manos apretadas delante de la boca, reflexionó unos instantes.

«—No —soltó con voz firme—, no tiene nada que ver con la bondad ni con la justicia. Hay hombres buenos a los que les han quemado sus fincas y

otros sinvergüenzas que se libran de todo. En las guerras, ya no hay ni buenos ni malos ni justicia.

—Entonces, ¿estamos en guerra?

—No exactamente —contestó, y, como si hablase consigo mismo, añadió—: En realidad, es peor que la guerra. Pues vivimos con nuestros enemigos, o los que deberían serlo, desde hace tiempo. Algunos son nuestros amigos, nuestros vecinos, nuestra familia. Crecieron con nosotros y, cuando los miro, no veo ante mí a un adversario al que hay que matar. No, veo a una criatura inocente.

—¿Pero nosotros estamos del lado de los buenos o de los malos?».

Aicha se había sentado en la cama y lo miraba inquieta. Él se dio cuenta de que no sabía hablar con los pequeños, que ella sin duda no estaba entendiendo lo que intentaba explicarle.

«—Nosotros —le dijo—, somos como tu árbol, mitad limonero, mitad naranjo. No estamos en ningún lado.

—¿Y a nosotros también nos van a matar?

—No, no nos pasará nada. Te lo prometo. Puedes dormir tranquila».

Acercó con dulzura el rostro de la niña al suyo y le dio un beso en la mejilla. Cerró la puerta con delicadeza y en el pasillo pensó que el fruto del *limaranjo* era incomible. La pulpa estaba seca y el gusto era tan amargo que se saltaban las lágrimas al probarlo. Comparó el mundo de los hombres con la botánica. Al final, una especie dominaba a otra y, un día, la naranja vencería al limón, o a la inversa, y el árbol daría por fin unos frutos comestibles.

\* \* \*

No, se convenció a sí mismo, nadie vendrá a matarnos, y tenía la intención de asegurarse de ello. Durante todo el mes de agosto, durmió con la escopeta debajo de la cama y pidió a Murad que hiciera lo mismo. El capataz ayudó a Amín a fabricar un escondite en el armario empotrado de su dormitorio. Lo vaciaron, desmontaron las baldas y construyeron una especie de doble fondo. «Venid», dijo un día a los niños, «entrad ahí».

A Selim le pareció divertido el juego, se deslizó en el escondite y su hermana lo siguió. Amín cerró la tabla sobre ellos y los niños se quedaron a oscuras. Desde allí oían la voz de su padre amortiguada y los pasos de los adultos en la habitación.

«Si pasa algo, si estamos en peligro, os esconderéis aquí».

Amín enseñó a Mathilde a manejar una granada, en caso de que atacaran la finca estando él ausente. Ella lo escuchó con una concentración de soldado, dispuesta a lo que fuera para proteger su territorio. Unos días antes, un hombre se había presentado en el dispensario. Era un obrero ya mayor que trabajaba con ellos desde siempre, que incluso había conocido al padre de Amín. Ella supuso que por pudor le había pedido que saliesen a hablar fuera, bajo la palmera. Quizá no quería que nadie supiera de qué estaba enfermo. O, como solía ocurrir con frecuencia, pedirle un anticipo sobre su sueldo o un trabajo para algún primo lejano. El obrero empezó a hablar del tiempo, del calor agobiante que hacía, del viento seco que era muy malo para las cosechas. Le preguntó por los niños y la cubrió de bendiciones. Cuando agotó todas las fórmulas de cortesía, le puso la mano en el brazo y le susurró: «Si algún día, sobre todo si es de noche, vengo a llamar a tu puerta, no me abras. Incluso si soy yo, incluso si te digo que es urgente, que alguien se ha puesto malo y que necesitamos tu ayuda, no abras la puerta. Avisa a tus hijos y a la criada. El día que me presente será para matarte. Porque habré acabado creyendo a los que dicen que con ello iré al paraíso y que hay que matar a los franceses». Esa noche, Mathilde agarró la escopeta que estaba debajo de la cama y, descalza, se encaminó a la palmera. En la penumbra disparó al tronco hasta vaciar el cargador. Amín se levantó y vio los cadáveres de las ratas que solían trepar por la hiedra. Al pedirle explicaciones, Mathilde se encogió de hombros. «No soportaba el ruido. Oírlas trepar por las hojas me provocaba pesadillas».

A final de mes, llegó la gran noche. Una noche de agosto, bella y silenciosa. Entre las puntas de los cipreses, una luna rojiza brillaba y los niños se habían tumbado en la hierba para ver las estrellas fugaces. Debido al viento del *chergui*, habían adoptado la costumbre de cenar en el jardín cuando caía la noche. Unas moscas de reflejos verdes morían atrapadas en la cera de las velas. Decenas de murciélagos volaban de árbol en árbol y Aicha se metía las manos en la melena pues temía que alguno de ellos hiciera allí su nido.

Las mujeres fueron las primeras en oír las detonaciones. Sus oídos se habían ejercitado para detectar el llanto de sus pequeños, los gemidos de los enfermos, y se sentaron en la cama, con el pecho encogido por un mal presentimiento. Mathilde corrió al cuarto de los niños. Cogió en brazos los cuerpos calientes y abandonados al sueño. Apretó a Selim contra ella: «No pasa nada, no pasa nada». Encargó a Tamo que los ocultase en el armario y Aicha, aún medio dormida, entendió que cerraban el escondrijo y que debía tranquilizar a su hermanito. No era el momento de llorar ni desobedecer, y se mantuvieron tranquilos. Ella pensó en la linterna que servía para atrapar pájaros. Lamentaba que a su padre no se le hubiera ocurrido dársela.

Desde su escondite, oyó los gritos de Tamo, que quería ir al aduar para asegurarse de que su familia estaba bien, y los de Amín que ordenó que nadie saliera. La criada se quedó sentada, sobresaltándose ante el menor ruido, llorando, inclinada sobre la mesa de la cocina con el rostro hundido en el hueco del codo.

Primero, hubo una claridad inmensa, una explosión de color violeta a lo lejos, una brecha de luz en la oscuridad de la noche. El incendio trazaba un nuevo horizonte y parecía que el día quisiera amanecer en plenas tinieblas. A la claridad azulada sucedió el tono naranja de las llamas. Por primera vez en sus vidas, veían el campo agujereado por la luz. El mundo de ellos no era

más que una enorme hoguera, una bola de fuego que crepitaba. El paisaje, de costumbre mudo, se había llenado con el ruido de los disparos, de los gritos que llegaban hasta ellos, mezclados con los de los chacales y los búhos.

A unos kilómetros de allí, los primeros cultivos ardieron, las ramas de los almendros y de los melocotoneros fueron devoradas por el fuego. Se hubiera dicho que miles de mujeres se habían puesto de acuerdo para preparar una comida diabólica y el viento terrible trasladaba el olor de la leña y de las hojas quemadas. Al chasquido de las llamas se mezclaron los gritos de los obreros, quienes, en las tierras de los colonos, corrían del pozo al establo, del pozo a los almiarés de heno que se consumían. La ceniza y las brasas volaban, cubrían el rostro de los campesinos, les quemaban la espalda, las manos, pero no sentían nada, se apresuraban con los cubos de agua en la mano. En los establos, los animales murieron, quemados vivos. «Ni con toda la buena voluntad del mundo se podría poner fin a esta masacre», pensaba Amín. «Nada los detendrá. Quedaremos atrapados en medio del fuego. No hay nada que lo impida».

Por la noche, un carro de combate del ejército francés entró en la finca. Amín y Murad, que habían estado de guardia desde el atardecer, se identificaron ante ellos como antiguos soldados. El militar les preguntó si necesitaban ayuda. Amín se quedó mirando el enorme vehículo, el uniforme del soldado, y su presencia en sus tierras lo incomodó. No quería que sus obreros lo vieran parlamentando con aquel hombre que calificarían de invasor.

«No, no, todo va bien, comandante. No necesitamos nada aquí. Puede usted continuar su camino». El militar se fue y Murad se puso en posición de descanso.

En el escondrijo del armario, Selim lloraba. Se agarraba a su hermana, la cubría de mocos y de lágrimas, y ella le decía: «¡Cállate de una vez, imbécil. Los malos van a oírnos, vendrán por nosotros y nos matarán!». Tapó la boca al niño que no dejaba de moverse. Ella intentaba distinguir los ruidos de la casa, en particular, la voz de su madre, pues por quien se

preocupaba era por ella. ¿Qué le harían si la cogían? Selim se tranquilizó. Apoyó su rostro en el pecho de su hermana, sorprendido de que el corazón de esta no latiese más fuerte, y tranquilizado también al ver que ella no parecía sentir miedo. Aicha recitó una oración, con los labios pegados al oído de su hermanito: *«Angel del cielo, mi fiel y caritativo guía, hay de mí que sea dócil a tu voz y ajuste bien mis pasos, de modo que no me aleje en nada del camino de los mandamientos de mi Dios. Virgen Santa, Madre de Dios, madre y defensora mía, me pongo bajo tu protección»*. Y los dos se quedaron dormidos, apaciguados por la imagen del ángel que los protegía.

Aicha fue la primera en despertarse. No sabía cuánto tiempo había dormido. Afuera, no se oía nada. Los disparos parecían haber cesado y la calma había vuelto. Se preguntó por qué nadie había venido a liberarlos. «¿Y si nos hemos quedado solos en el mundo?», se preguntó. «¿Y si se han muerto todos?». Con las dos manos empujó la tabla que los encerraba, se puso de pie y abrió la puerta del armario. Selim estaba tendido en el fondo y, al levantarse ella, lanzó un breve gemido. El cuarto estaba oscuro. Aicha caminó a tientas por el pasillo, con los brazos extendidos. Sabía dónde estaba cada mueble y tuvo cuidado en no chocar, en no hacer ningún ruido que pudiese llamar la atención. Llegó a la cocina, que estaba también vacía, y se le encogió el corazón. Unas moscas volaban por encima de los restos de la cena. «Llegaron», pensó, «y se han llevado a Tamo, a mis padres, incluso a Selma». En ese momento, la casa le pareció inmensa y hostil. Se vio a sí misma como madre de su hermano, como una niña pequeña destinada a un futuro extraordinario. Pensó en los cuentos sobre huérfanos y los sufrimientos que padecían, y los ojos se le inundaron de lágrimas. Eran unas historias que la aterrorizaban y, a la vez, le infundían ánimos. Y de pronto oyó la voz de su tía, lejana, amortiguada. Se giró, pero no vio a nadie. Al principio, creyó que lo había soñado, pero luego oyó la voz de Selma, de nuevo. Se acercó a la ventana y desde allí distinguió con más nitidez el ruido de una conversación. «Deben de haber subido al tejado», supuso, y abrió la puerta, aliviada de saber que estaban vivos, y enfadada porque se hubieran olvidado de ellos. En la oscuridad subió por la escalera de mano que conducía a la azotea y vio primero la punta incandescente de los cigarrillos de Murad y Amín. Los dos estaban sentados, el uno junto al

otro, sobre las cajas de almendras que los obreros ponían a secar; y Selma y Mathilde, de pie, dándose la espalda. Esta última observaba la ciudad, cuyas luces se adivinaban desde esa altura. Selma, en cambio, contemplaba el incendio. «No llegará hasta nosotros. A Dios gracias, la colina quedará a salvo. El viento ha amainado y pronto estallará una tormenta». Abrió los brazos, como Cristo en la cruz, y se puso a gritar. Unos gritos roncoss e interminables que respondían a los de los chacales, excitados por el incendio. Murad lanzó su cigarro y tiró de la falda de su esposa con rudeza para que se sentara.

Aicha, con los pies en uno de los peldaños de la escalera, con el rostro que apenas asomaba por el borde del tejado, dudó en mostrarse. Quizá la regañarían. Su padre le reprocharía que estuviera siempre pendiente de lo que hacían, queriendo enterarse de las cosas de los adultos sin saber quedarse quieta en su sitio. A lo lejos, vio una nube cuya forma le recordaba la de un cerebro que, por momentos, parecía iluminarse, llenarse de electricidad. Selma tenía razón. Iba a llover y estarían salvados. Sus rezos no habían sido en vano y su ángel había cumplido sus promesas. Subió al borde de la azotea con prudencia y avanzó despacio hacia Mathilde, que no dijo nada al verla. Estrechó la cabeza de su hija contra su vientre y giró la cara hacia las llamas que morían.

Un mundo desaparecía ante sus ojos. Frente a ellos, ardían las casas de los colonos. El fuego devoraba los vestidos de las niñas buenas, los abrigos elegantes de las mamass, los muebles en cuyo fondo se guardan, enrollados en paños, los vestidos de fiesta que solo se ponen una vez. Los libros habían sido reducidos a cenizas como las herencias llegadas de Francia y exhibidas con orgullo ante los indígenas. Aicha no apartaba la vista de aquel espectáculo. Jamás la colina le había parecido tan bella. Le habría gustado gritar de lo feliz que se sentía. Le habría gustado decir algo, echarse a reír o ponerse a bailar, como esas mujeres videntes, las *chuañas* de las que le había hablado su abuela, que giraban sobre sí mismas hasta caer desmayadas. Pero se quedó inmóvil. Se sentó al lado de su padre, con las piernas flexionadas contra el pecho. «Que ardan», pensó. «Que se vayan. Que se mueran».

En primer lugar, todo mi agradecimiento a mi editor, Jean-Marie Laclavetine, sin quien este libro no habría visto la luz. Su fe en mí, su amistad, su pasión por la literatura me han animado en cada página. Agradezco también a Marión Butel, cuya eficacia y buen hacer me ayudaron a robar tiempo para la escritura. Toda mi gratitud va al historiador Hassan Aourid, a Karim Boukhari, a los profesores Mustapha Bencheikh y Maati Monjib, cuyas obras me inspiraron, y que tuvieron la amabilidad de informarme sobre la vida en Marruecos en los años cincuenta. Gracias también a Jamal Baddou por sus confidencias y su generosidad. Por último, doy las gracias de todo corazón a mi marido, Antoine, que me perdona mis ausencias, que asume cariñosamente la guardia ante la puerta de mi despacho y que, cada día, me demuestra cuánto me quiere y me apoya.



LEILA SLIMANI nace en Rabat en 1981, de padre marroquí y madre franco-argelina. Al terminar su formación en el liceo francés de Rabat, se marcha a París para matricularse en el Instituto de Estudios Políticos y, posteriormente, en la Escuela Superior de Comercio donde se especializa en medios de comunicación. Después de ejercer varios años como periodista en L'Express y Jeune Afrique, decide dedicarse por completo a la literatura. Con su primera novela, «En el jardín del ogro» (2014), donde aborda la adicción sexual femenina, recibe el reconocimiento unánime de la crítica. «Canción dulce», su segunda novela, consolida la carrera literaria de Slimani al obtener el Premio Goncourt 2016. En 2017 se edita en Francia su comprometido ensayo «Sexo y mentiras». Actualmente es la representante francesa en el Consejo de la Francofonía.